

Joaquín Rodríguez

PARAÍSO

o de la felicidad en las bibliotecas





TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Introducción a una teoría del paraíso

Paraíso

- Richard Nixon sitúa el paraíso del conocimiento en Alejandría
- Johannes Trithemius o las llaves del paraíso
- Antonio Magliabechi o el reposo en el paraíso
- Charles-Maurice Talleyrand o la creación del paraíso terrenal
- William Lovett o el paraíso cartista de las salas de lectura
- Andrew Carnegie o la recuperación del paraíso perdido

La expulsión del paraíso

- Paraíso para unos pocos
- Reformas en el paraíso

La reconquista del paraíso

- El paraíso empieza en la escuela
- Paraísos virtuales

Bibliomaker o la fábrica del paraíso
El paraíso entre barrotes
Acariciando un fragmento de Paraíso

Agradecimientos

Apéndices
Bibliografía
Créditos de las ilustraciones (por orden de aparición)

Notas

Créditos

PARAÍSO

o de la felicidad en las bibliotecas

Joaquín Rodríguez

TUSQUETS EDITORES

A la memoria de mi padre,
ahora en otro paraíso

Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.

JORGE LUIS BORGES, *Poema de los dones*

Introducción a una teoría del paraíso

Cabe imaginarse el paraíso bajo muchas formas, pero una de las más acreditadas es la de una biblioteca. Compilar todo el conocimiento humano en todas sus posibles acepciones, lenguas y especialidades sería el trasunto de un jardín del paraíso poblado por todas las especies vegetales imaginables. Los ensueños sobre la morfología de los paraísos suelen traer consigo pesadillas porque la mayoría de ellos poseen entradas angostas que solamente pueden ser franqueadas por quienes acrediten una creencia firme y excluyente en lo que fuere, lo que siempre conlleva alguna forma de fanatismo, sea religioso, mesiánico o sangrientamente utópico. Las bibliotecas se presentan como paraísos socializantes y permisivos, como huertos fértiles sobre los que hacer crecer la curiosidad y sobre los que fraguar una personalidad crítica y robusta. No hay paraíso perfecto, sin embargo, porque ni tan siquiera las bibliotecas cumplen con el propósito que enarbolan: aunque nadie lo vea, aunque resulte impalpable e invisible, existe una suerte de velo intraspasable para quienes no reúnan una serie de competencias indispensables que solamente se adquieren de una manera muy concreta (y no todos, claro, lo hemos conseguido). No es que la biblioteca no pueda ser una de las formas del paraíso en la tierra: como trataré de mostrar, existen múltiples testimonios a lo largo de la historia que atestiguan que muchos la percibieron como una encarnación del edén, como una fascinante personificación de los saberes divinos y humanos (que son lo mismo, al fin y al cabo). Pero

también es verdad que esa condición de nirvana temporal solamente puede percibirse como tal a condición de poseer la disposición necesaria para hacerlo, y esto no es solamente un juego de palabras: que la lectura, que el diálogo silencioso con los vivos o los muertos, que la concentración y el estudio de los autores canónicos pueda ser considerado como una bienaventuranza depende, en grado sumo, de que hayamos desarrollado en el entorno familiar y escolar la competencia necesaria para evaluarlo como tal, y todos sabemos, no obstante, que nuestras familias son muy diversas, que sus herencias educativas y prácticas culturales son tan heterogéneas como lo sean sus orígenes sociales. De ahí que la llave de acceso al vergel inagotable de la creatividad humana esté en muy pocas manos, a no ser, por supuesto, que hagamos lo posible por hacer y repartir copias. Y ya hablaremos de lo que significa hacer copias, claro.

Esta no es, en suma, por tanto, una historia meramente hagiográfica, que pretenda difundir la idea de que la biblioteca es una suerte de recinto sagrado que atesora obras asimismo venerables que solamente un escaso grupo de iniciados está capacitado para adorar. Todo lo contrario. Es posible que las primeras bibliotecas fueran así, recintos selectos a los que muy pocos pudieran acceder, presumiendo una interlocución privilegiada con aquello en lo que cada cual creyera. Si hay una constante antropológica en la historia de la humanidad esa es la de que cada cual tiende a proyectar la teodicea de su propia condición, a hacer creer a los demás que su manera de pensar, de ser, de vivir, de actuar y de percibir, además de plenamente justificada, es la única plausible, la única fundada y razonable. Eso pasa siempre con las cosas de la cultura: quien cree haber recibido el gracioso don de la capacidad de percibir el valor inapreciable de los productos

culturales, es incapaz de comprender que otros no lo hagan, reduciéndolos a la condición de bárbaros sin formación y sin sentimientos. Cosas de la magia social que no tendrían nada de malo si no fuera por la maldad que originan, por las diversas formas de exclusión y segregación que generan amparándose en esa nefasta ideología del don natural.

Esta no es, tampoco, una historia evolutiva de las bibliotecas, porque no hay nada que nos permita entender que existe algo parecido a un progreso o perfeccionamiento hacia un estadio de excelencia superior. No hay ningún movimiento histórico de culminación de una serie constituida por eslabones intermedios. Lo que sí es cierto, sin embargo, es que se percibe una tendencia histórica que va de lo más restringido y selecto a lo más abierto y comprehensivo, de la copia minuciosa y la obsesión filológica por el canon a la producción y la colaboración comunitaria. Las bibliotecas, por mucho que se empeñen quienes ganan con la inmovilidad, no son entes inanimados o estacionarios, muy al contrario: son entidades que evolucionan con el tiempo, que se rehacen en la medida en que las sociedades conciben formas de participación y cooperación diferentes, que se reinventan cuando ya no basta con un conocimiento pasivo y heredado de las cosas, que se renuevan cuando los formatos y soportes sobre los que se crea, comparte y distribuye el conocimiento varían.

Esta no es, tampoco, una historia cronológicamente sistemática de las bibliotecas, un compendio histórico exhaustivo de todas sus posibles formas y manifestaciones. Se trata, en gran medida, de una selección personal aunque no caprichosa de momentos y ejemplos históricos que alumbran una faceta concreta de su naturaleza y de su funcionamiento. En el caso de este libro los ejemplos seleccionados tratan de seguir la pista de ese hilo conductor que va

del paraíso personal y privativo a una forma verosímil de paraíso comunal y participativo, del paraíso en el que el único fruto conocido (y tolerado) era el escrito, a una forma exuberante de paraíso poblado por toda clase de frutos, más allá de lo escrito, pero con lo escrito como elemento indispensable, irrenunciable. No hace falta que insista demasiado en que lo que hoy vivimos es una conmoción mucho mayor que la que los contemporáneos de Johannes Gutenberg pudieran haber vivido. Me atrevería a afirmar que a la velocidad a la que se propagó la imprenta hoy nos da tiempo a inventar una red universal de comunicaciones; varios dispositivos digitales, entre ellos artilugios cada vez más portátiles que hacen de la creación y el consumo de contenidos algo casi trivial; diversas modalidades de creación transmedia; hasta una forma de inteligencia que amenaza con suplantarnos. Si las bibliotecas no se alborotan con todo eso, no sé con qué podrían hacerlo.

Pero esta sí es la historia de una de las creaciones humanas que sería firme candidata a entenderse como una de las posibles formas que adquiera el paraíso, un lugar de búsqueda e indagación, de concentración y estudio, de convivencia y armonía, de tolerancia y respeto, de creación e inventiva. Todos esos tienen que ser atributos de algo que se parezca a eso que a lo largo de la historia los seres humanos han buscado sin encontrarlo.

Jorge Luis Borges nos dejó estos conocidos versos:

Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.

Ya ciego, abrumado por la ironía de un dios malévolo que le dio al mismo tiempo los libros y la ceguera, soñaba con volver a verlos,

conformándose con imaginarlos. Ya lo decía Mark Twain: «Dios es fuente de toda misericordia, pero no hay un solo caso en la historia en que Él haya mostrado tal virtud». Un paraíso, en todo caso, inacabable, infinito, ilimitado, como Borges escribió en alguno de sus cuentos más famosos, cuentos que eran atestados autobiográficos en forma de evocación.

Si algunos estamos convencidos de que, efectivamente, una biblioteca es uno de los nombres del edén, de lo que se trata es de pensar la manera en que pueda serlo para todos. No basta ya con que sea un refinado espacio de acceso restringido. La falacia de la accesibilidad, sobre todo en nuestra era digital, suele conformarse con establecer una insostenible equivalencia entre disponibilidad potencial y acceso efectivo y real. Poco tiene que ver la superpoblación de dispositivos móviles conectados con la disposición, la facultad y el interés para acceder, utilizar y apetecer un contenido concreto.

La historia de las bibliotecas y las reflexiones sobre sus posibles futuros ha estado ligada a grandes nombres ante cuya irradiación caíamos rendidamente admirados, pero hoy, muy al contrario, hablamos de los hombres y de las mujeres que hacen de las bibliotecas lugares de rescate de la memoria, de concepción comunitaria del futuro, de diálogo y contrastación de la disparidad de los puntos de vista que se tienen sobre un asunto o una obra, de creación de comunidad, de muchas otras cosas que tienen que ver con la resolución colaborativa de problemas que les conciernan, con el aprendizaje sin edades ni límites temporales. [1]

Iván Illich —tan inteligente y tan avanzado a su tiempo, a nuestro propio tiempo, que a veces me parece alienígena— afirmaba que «la principal fuente de injusticia en nuestra época es la aprobación política de la existencia de herramientas que, por su naturaleza,

restringen la libertad para su uso autónomo a unas pocas personas», algo perfectamente extensible al caso de las bibliotecas donde, más allá de las vacuas reclamaciones institucionales, solamente unos pocos pueden hacer un uso integral de ellas. Iván Illich estaba extremadamente preocupado por que el uso de las herramientas y el acceso al conocimiento necesario para utilizarlas fuera igualitario y porque eso contribuyera a aumentar la autonomía, la libertad y la creatividad de todos y cada uno de nosotros. En realidad, abogaba por una suerte de *uso subversivo* de las herramientas, por soslayar sus usos previstos para buscar otras propiedades y potencialidades. Y apelaba siempre a la idea de comunidad, de creación compartida y colaborativa. De hecho, utilizaba un término bastante curioso para referirse a esto: «convivencialidad». Y decía: «la convivencialidad es la sociedad en la que el ser humano controla la herramienta», [2] en la que el paraíso, si es que existe, es aquel lugar en el que los recursos y las infraestructuras están a disposición de quien los necesita. Nos recordaba que «la herramienta manejable llama al uso convivencial» y se lamentaba de que «si no se presta a ello es porque la institución reserva su uso para el monopolio de una profesión, como lo hace, por ejemplo, al poner las bibliotecas en el recinto de las escuelas», anteponiendo los intereses corporativos a las necesidades reales de sus usuarios.

Este libro se estructura, por todo lo anterior, en torno a tres capítulos que son como tres estadios para pensar en la historia, el presente y el futuro de las bibliotecas, tres secciones que se toman en serio la posibilidad de que, efectivamente, quepa figurarse el paraíso bajo la especie de su forma: el primero, titulado con llaneza *Paraíso,* indaga en todos aquellos episodios históricos, desde la Antigüedad hasta el mismo siglo xx, en los que se concibió y disfrutó

ese espacio como la morada empírea, si bien es cierto que con un progresivo grado de apertura que fue desde aquel lugar en el que solamente podía habitar el alma de los nobles hasta aquel otro que se construyó como un palacio para el pueblo.[3] Una historia, por tanto, de apropiación progresiva, de apertura gradual, de conquista paulatina. Con el paso del tiempo, sin embargo, nos dimos cuenta de que, aun con todo, el paraíso o su promesa seguía siendo para unos pocos, que, como sucede con las apelaciones universalistas a la promoción de la lectura, la realidad negaba lo que por otro lado se proclamaba. *La expulsión del paraíso* relata, por eso, cómo aquellos servicios e infraestructuras teóricamente concebidos para el uso público, genérico, solamente alcanzan a unos pocos, porque en su diseño no se tuvieron nunca en cuenta las cortapisas educativas y sociales que impiden a muchos concebir siquiera el uso de la biblioteca como algo plausible o deseable. Las encuestas sobre el uso de las infraestructuras culturales no tienen casi nunca en cuenta que no se trata, simplemente, de *poner a disposición,* de franquear el acceso, de promover la gratuidad, sino de hacer concebible lo inconcebible a alguien que jamás incorporó a sus prácticas ninguna de las propuestas que pueda hacer una biblioteca o que le permitieran desplegar su creatividad e imaginación valorándolas como una manifestación genuina de cultura. No sé si muchos son los llamados, pero sí sé que pocos son los escogidos. Las bibliotecas, nuestras bibliotecas, no pueden ser una maquinaria de expulsión, sino todo lo contrario: una incubadora de ideas, comunidades y convivencia. *La reconquista del paraíso* es, por eso, el tercer capítulo de este libro, una última parte que muestra cómo las bibliotecas se han convertido en espacios polimorfos, polifuncionales, multialfabéticos. La definición de lo que fue una biblioteca se reconoce todavía en alguno de sus servicios irrenunciables, porque

la promoción y preservación de las textualidades tradicionales y de todo lo que las rodea son esenciales para nuestras vidas, pero se abre a las textualidades digitales, a la nueva cultura de la colaboración, al aprendizaje a lo largo de toda la vida, a la lógica de la creatividad y la producción cooperativa, del aprender haciendo y participando, a la redención de los recluidos y a la estimulación de los desposeídos y, en suma, al restablecimiento y pábulo de derechos mediante un trabajo comunitario que forma a ciudadanos activos y pensantes.

Bienvenidos, todos y todas, al paraíso.

Paraíso

Cuando Alejandro Magno planificó la construcción de la ciudad epónima, la ciudad que nunca llegaría a ver, quizás llegara a discutir con su maestro Aristóteles sobre la posibilidad de trasladar los libros del filósofo al edificio que se consagraría a biblioteca. Esta es, claro, una suposición incontrastable y, seguramente, estrafalaria, pero es una de las muchas hipótesis que rodean a la idea mítica de la gran biblioteca de la Antigüedad, con permiso de las bibliotecas asirias y sumerias. Lo cierto, sin embargo, es que, como tantas cosas en nuestras vidas, la leyenda suplanta a la realidad, porque casi siempre preferimos inventar una verdad a la altura de nuestras aspiraciones que indagar en los hechos históricos, a menudo más deslustrados y deslucidos. No es que aquella biblioteca no existiera; tampoco que no fuera un foco de cultura en el que las sucesivas dinastías ptolomeicas acopiaran todo el conocimiento que fuera posible para sustentar su poder, reunieran a los sabios más conspicuos de su época para dar brillo y lustre a su propia estirpe. Existió, sin duda alguna, aunque tampoco sepamos a ciencia cierta por qué sucumbió, por qué desapareció, si por la pura dejadez de las inercias históricas, si por algún incendio que pretendía evitar la conquista o la retirada por mar de las tropas enemigas, o si por esa modalidad de fanatismo religioso que hace de la intransigencia la razón para prescindir del legado y la memoria de los que no son iguales ni comulgan con el mismo credo. Cuanto más grande es el poder y más se exhibe y se expone, más probabilidades tiene de

generar el recelo suficiente como para desear su desaparición y, con ello, el de todo su legado. De hecho, si conocemos algo de la herencia clásica es gracias, sobre todo, a las colecciones particulares que pasaron más desapercibidas, no a los repertorios que despertaron la envidia y el reconcomio de sus enemigos. Sea como fuere, la biblioteca, las dos bibliotecas que convivieron una junto a la otra, debió de ser un vergel en el que se cultivaban las lecturas y las conversaciones, el paseo filosófico y el diálogo esclarecedor, el descanso y la reflexión, un oasis en el que muy pocos podían penetrar, todo envuelto en la fragancia de las flores y en la exuberancia multicolor de la vegetación. Paraíso (del griego παράδεισος *parádeisos*, y este del avéstico *pairida*ēza, «cercado circular», aplicado a los jardines reales), no en vano, significa «jardín». La idea de un espacio apartado del mundo como una suerte de refugio docto debió de parecerse mucho a la de un edén para privilegiados. No cabe extrapolar, aunque lo hagamos, la idea contemporánea de una biblioteca abierta a la curiosidad pública, porque ni había público que quisiera consultarla ni, aunque lo hubiera habido, se lo habrían permitido.

Siglos después, a caballo entre el formato del códice y la explosión del libro impreso, de la copia a mano a la reproducción mecánica, un virtuoso abad equiparó las dichas del cielo con las delicias de su biblioteca e intentó convertir en regla de su monasterio la copia concienzuda, el estudio detenido y la lectura sosegada (siguiendo el ejemplo de su ascendiente Casiodoro), no siempre con la comprensión y el apoyo de sus monjes, aunque sí de las más célebres lumbreras de la época y de los monarcas y nobles que aspiraban a convertirle en un preceptor de la corte. Johannes Trithemius gozaba en privado de los indecibles placeres del coleccionismo y la monomanía bibliográfica, esa forma de apacible y

cultivada locura, pero comenzó a configurar una incipiente y reducida red de corresponsales e interlocutores que compartían la fruición libresca, como si un círculo del paraíso de Dante se hubiera ampliado para dicha y contento de sus afines. «La forma general del Paraíso / abarcaba mi vista enteramente, / sin haberse fijado en parte alguna», puede leerse en el canto XXXI del «Paraíso» de la *Comedia* de Dante Alighieri, un verso con el que Trithemius hubiera descrito, seguramente, su propia biblioteca, la más grande conocida en la Edad Media, aquella a la que entregó buena parte del tiempo y la ilusión de su vida, aquella por la que penó y padeció cuando tuvo que separarse de ella. En todo caso, más allá de los íntimos placeres y exaltaciones que Trithemius pudiera experimentar, tuvo siempre el prurito de compartir, quizás porque todo feligrés de cualquier iglesia sea inseparable del proselitismo, quizás porque no hay tesoro bibliográfico cuyo valor no aumente cuando se comparte, o quizás porque en los albores del Renacimiento y del auge de la imprenta el conocimiento comenzaba a circular y participarse de otra manera, y Trithemius no pudo abstraerse de ese poderoso movimiento.

Antonio Magliabechi (1633-1714) es el patrón de todos los bibliómanos, el hombre libro que tantos han imaginado, la cabeza más poblada de referencias bibliográficas y de conocimientos misceláneos (con permiso de Jakob Mendel, el protagonista del famoso cuento de Stefan Zweig) de la historia occidental, aquel del que muchas leyendas ubican su muerte entre los estantes de su biblioteca, harapiento y sonriente, no porque fuera cierto, sino porque uno quisiera pasar el resto de la eternidad entre sus seres más queridos, en este caso los libros que reunió y cuidó como si fueran la credencial con la que se accede al Paraíso. Fue menos considerado oficialmente de lo que hubiera debido y querido pero, a cambio, fue reconocido en todo el orbe bibliográfico como el mayor

de los expertos, como la referencia inexcusable, como el depositario de todos los saberes. Trabajó al servicio de aquellos grandes nobles que atesoraban gigantescas bibliotecas como trasunto de su poder inmoderado, pero no se limitó a ser un buen lacayo: aquellas bibliotecas palaciegas no eran lugares accesibles para el pueblo lego y sin aspiraciones, pero Magliabechi contribuyó a la construcción de un incipiente campo internacional de expertos, una comunidad multilingüe de especialistas que, en su intercambio epistolar, en sus visitas recíprocas, en sus eruditos debates, contribuyeron a la creación de una sociedad científica cosmopolita que traspasaba los límites de sus bibliotecas. Magliabechi fue uno de esos colosos sobre cuyos hombros nos alzamos los diminutos devotos contemporáneos de las bibliotecas.

En la Revolución francesa muchos hombres pusieron su talento al servicio de la universalización de la educación y de los saberes, de los recursos y de las infraestructuras necesarias para que llegaran a los más desposeídos, ampliando de manera ingente el restringido círculo de las bibliotecas nobiliarias. No solamente se procedió a la confiscación y desamortización de las colecciones particulares de los nobles y de las bibliotecas de los monasterios como una condición necesaria para dotar a las bibliotecas populares, sino que se reclamó la instrucción pública como el instrumento imprescindible para la verdadera liberación de todos los seres humanos. Una y otra cosa, en la visión de aquellos hombres, iban de la mano: no podía haber libertad ni igualdad si el criterio de los menesterosos no se fortalecía y no se desprendía de las adherencias de la sumisión, y no podía pensarse ninguna forma de liberación sin el alimento intelectual necesario para que ese impulso prosperara. La apertura y dotación de las bibliotecas públicas, por muchos problemas que la gestión y distribución de todos aquellos fondos requisados pudiera haber

tenido, supuso un salto cualitativo fabuloso en la historia occidental. La mera disponibilidad de volúmenes escritos, sin embargo, resultaba insuficiente para el objetivo que se habían planteado los revolucionarios, porque intuían que el apetito por los libros y por la lectura no podía germinar sin que la mecha de la curiosidad fuera encendida por la educación. A esa tarea se entregaron muchos hombres admirables, tan osados en su tiempo que todavía hoy resultan asombrosos: solamente he elegido a uno, aunque hubiera podido incluir a unos cuantos más en la nómina de los valientes y los insólitos: Charles Maurice de Talleyrand reunió en su persona dimensiones difícilmente conciliables, porque fue sacerdote y obispo en época de sublevaciones, además de político, estadista y diplomático, no siempre en bandos compatibles, pero precisamente porque nunca dejó de ser un aristócrata sorprende aún más su convicción inamovible en el poder liberador de la educación, en la necesidad de que el pueblo fuera instruido para poder ejercer sus derechos civiles, en los libros y las bibliotecas como infraestructuras públicas repartidas por todo el territorio como crisoles de emancipación. No creo que Talleyrand fuera un mero tahúr que utilizara una deliberada estrategia de condescendencia para acercarse a los más infortunados mientras mantenía inamovible su posición social, gozando simultáneamente del beneficio simbólico de acercarse a los desventurados al tiempo que se preservan los privilegios de clase. Tuvo que haber algo genuino en su empeño, en el ahínco que muchos otros de sus contemporáneos, como Nicolas de Condorcet, mostraron por procurar una educación universal basada en valores cívicos y en recursos compartidos. Les debemos en buena medida nuestra concepción actual de la biblioteca pública como un espacio integrador, sustento de comunidades, abierto a cualquiera que lo demande y lo necesite. La socialización del paraíso.

Algo de lo más singular del siglo siguiente fue que la demanda formativa y la reclamación de los servicios necesarios para obtenerla partiera de los mismos que la necesitaban. En los siglos previos hubo un componente de avanzadilla revolucionaria ilustrada, que tampoco faltó en el XIX, pero ahora la exigencia y la avidez provenían de los mismos que se beneficiarían de la conquista. Es cierto que fue un período tumultuoso en el que las iniciativas de apertura de librerías, fundación de editoriales, diseño de colecciones y concepción de nuevos formatos se mezclaba con la demanda de una población obrera que estaba dispuesta a sacrificar una parte de su ínfimo salario en la adquisición de bibliotecas comunes y en la lectura solidaria en voz alta. Hubo quien se cuestionara la pertinencia de emprender una aventura empresarial de aquel calibre cuando el público receptor apenas parecía preparado para valorar la oferta, pero el éxito simultáneo de las distintas cabeceras de la prensa, de los folletos y libelos obreros, de las librerías que comerciaban con títulos comprometedores, de la conformación de círculos de lectura y debate, de la fundación de bibliotecas institucionales y, sobre todo, circulantes, que prestaban y alquilaban textos por pequeñas cantidades, habla de una explosión de aquel material inflamable que era la desigualdad y la discriminación. Los libros, las bibliotecas y la lectura, como pequeños oasis aflorando entre la masa gris indiscernible del humo y el hollín, fueron lugares de empoderamiento y socialización, de toma de conciencia y de aprendizaje, abiertos por fin a cualquiera que le urgiera.

William Lovett (1800-1877) fue un personaje extraordinario, aunque un fiel hombre de su época: líder del movimiento cartista, de las justas reivindicaciones obreras en pleno apogeo de la Revolución Industrial, fundador de asociaciones en las que se practicaba la lectura en común, promotor de librerías que fungían como

despensas del pensamiento y la contestación política, alentador de la creación de bibliotecas en todos los distritos como fraguas de la nueva ciudadanía. Todo giraba en aquel momento histórico en torno a la letra escrita como una pócima capaz de despertar del letargo a quienes habían sucumbido a la opresión de los poderosos, al desnivelado juego de la lucha de clases, que siempre se basa en el desequilibrio de las condiciones materiales y culturales sobre las que uno crece y se desarrolla.

Nunca antes aparentemente en toda la historia de la humanidad una institución pública o un agente privado hizo algo parecido a lo que fraguó Andrew Carnegie. Su historia es la historia de todo magnate norteamericano enriquecido de manera desaforada por la demanda siderúrgica de una economía en expansión. Pero su perfil no es igual al de otros magnates porque optó por el desprendimiento completo de sus bienes, en buena medida invertidos en la creación de la red de bibliotecas públicas más grande que se haya conocido. Cabe discutir si esa forma de paternalismo no era una forma encubierta de beneficencia que distaba mucho de lo idóneo, una forma de limosna filantrópica que suplantaba el papel que hubiera debido asumir el Estado. Pero lo cierto es que esa herencia, incluso en su concepción arquitectónica, se acerca a esa idea de *palacios para el pueblo* pero sin el pueblo que tanto opulentos capitalistas como dictadores autoritarios han erigido bajo sus respectivas égidas. Carnegie llegó a fundar hasta dos mil quinientas bibliotecas en un formidable esfuerzo económico, logístico y cultural, así que, más allá de la polémica que legítimamente pudiera suscitarse en torno a la conveniencia o inconveniencia de la iniciativa privada en el ámbito bibliotecario, lo cierto es que su titánica voluntad dotó a muchas comunidades con

las instalaciones y los servicios que, de otra manera, difícilmente habrían llegado a tener.

Pero, llegados al siglo xx, y aun a pesar de esos colosales esfuerzos, de la osadía y el atrevimiento de hombres que arriesgaron su vida por hacer llegar a los más desfavorecidos los equipamientos y los recursos que les salvaran de su condición, la verdad es que todo fue insuficiente. Quienes habían entrevisto las delicias del paraíso fueron expulsados de él.

Richard Nixon sitúa el paraíso del conocimiento en Alejandría

El 12 de junio de 1974 un coche oficial descubierto, escoltado por una multitud de motoristas, recorría, con un calor sofocante, la carretera que iba del aeropuerto de El Cairo a la ciudad. El gentío ocupaba las cunetas y lanzaba exclamaciones de bienvenida en una coreografía bien orquestada. Nada podía confiarse a la improvisación, nada podía fallar en la visita de un dignatario de aquella importancia, y las aclamaciones populares suelen agasajar los egos incluso de los más altos dignatarios. El periodista del *New York Times* que cubría el evento escribía que «el acalorado entusiasmo de la multitud se hizo patente cuando la comitiva abandonó el aeropuerto. Una multitud al grito de «¡Bienvenido Nixon!» y «¡Viva Sadat!» rompió las filas policiales y se abalanzó sobre el coche mientras los presidentes, de pie, sonreían y saludaban». [1]

Richard Nixon había llegado a Egipto en su gira por el Medio Oriente invitado por Anwar el-Sadat. El mandatario egipcio se había pronunciado públicamente en contra del *impeachment* del presidente norteamericano, en la esperanza de forjar una relación de confianza con los Estados Unidos, agradecido por el acuerdo de retirada militar en Egipto y Siria, y esperanzado por la expectativa de incluir a la delegación palestina en las negociaciones de paz de Ginebra. [2] Un malabarismo diplomático aderezado de brindis, cenas,

declaraciones y visitas a los iconos culturales de una de las civilizaciones más antiguas de la cultura universal.

Aquella primera noche de cortejo y homenaje acabó en la humedad confortable de los jardines del palacio presidencial, entre luces resplandecientes, música orquestal, manjares infrecuentes, el olor embriagante de miles de flores y el intercambio de esas insignias y condecoraciones que sellan los acuerdos políticos como trofeos o emblemas infantiles.

Al día siguiente, Richard Nixon recorrió el andén de la estación de El Cario con su séquito para coger el tren que debía llevarle a Alejandría a través del delta del Nilo. En la parada de la ciudad mítica le esperaban tres millones y medio de personas según las crónicas del momento, masas entregadas y vociferantes que enarbolaban banderas y carteles de bienvenida y bendición, una muchedumbre bien adiestrada en las artes de la adulación y la lisonja. [3] Nixon no podía ser consciente de lo que significaría para la mitología de la Biblioteca de Alejandría la pregunta que le planteó al dirigente egipcio durante aquel trayecto en ferrocarril, al visualizar las ruinas de la ciudad antigua mientras se acercaban a la estación: «¿En qué lugar se ubicó la legendaria biblioteca de Alejandría?». [4] Aquella cuestión que trataba de hilar una conversación civilizada entre dos jerarcas para evitar la incomodidad de los silencios que pudieran producirse en un largo viaje en tren, fue seguramente el fundamento de toda la fabulación posterior sobre la historia de la biblioteca y su naturaleza, sobre su magnitud y el volumen de las obras albergadas, sobre su régimen de consultas y de apertura, sobre su significado civilizatorio. Nadie en aquel vagón parece que supiera responder a aquel inocente requerimiento, nadie parece que tuviera conocimiento alguno del lugar que pudo ocupar la biblioteca, menos aún de su historia o de su devenir o de

las personalidades que la visitaron y la consultaron. Aquella misma noche, tras el revuelo y la confusión causada por aquel imperdonable desconocimiento, el rector de la Universidad de Alejandría, instado por el círculo de la presidencia, ordenó al profesor Mostafa el-Abbadi, un especialista en la Antigüedad grecorromana formado en la Universidad de Cambridge, que elaborara un memorándum sobre la historia de la biblioteca, sobre su fundación, su auge y su declive. Resultaba imperdonable que un jefe de Gobierno extranjero al que pretendían impresionar abochornara a las autoridades egipcias por su incuria y su dejadez, por su indiferencia ante su propio patrimonio histórico, de manera que aquel fue el momento en el que se desató una operación de rescate que culminaría en la construcción de una mitología redentora capaz de reivindicar un pasado soñado sobre el que proyectar un futuro deseado. No es que falsearan deliberadamente las pruebas de su antigüedad, sino que las adecuaron o amoldaron a la magnitud de un pasado imaginado sobre el que construir ese futuro anhelado. «Quizás sea, pues, legítimo afirmar», escribiría años después Mostafa el-Abbadi en *La antigua biblioteca de Alejandría. Vida y destino,* «que antes de la era de la Antigua Biblioteca de Alejandría el saber había sido fundamentalmente regional, pero también que con la creación de la Antigua Biblioteca de Alejandría el saber comenzó a ser, por vez primera, universal». [5] Abbadi y sus colegas se embarcaron inmediatamente en un esfuerzo estratégico para recuperar la biblioteca, como él mismo afirmaría sin reparos en una entrevista realizada años después: «podíamos utilizar asociaciones específicas de la antigua biblioteca con fines propagandísticos y... descubrimos que jugar la "carta cosmopolita" era útil, ya que funcionaba muy bien dentro de los propios intereses y valores de la Unesco». [6] A finales de la década de 1970, con esa carta de

persuasión mítica en la mano, se dirigieron al ministro de Educación Mostafa Kamal Helmy, apelando a sus raíces alejandrinas y a su simpatía por el proyecto, para conseguir que la idea llegara a oídos de la Unesco en París. El entonces director general de la Unesco, Ahmed Mukhtar Embu, se dejó convencer y, en su visita a Alejandría a finales de la década de 1980, declaró: «Si el proyecto se lleva a cabo al nivel de la idea que lo inspiró, será capaz de cambiar el mapa cultural de toda la zona»,[7] en realidad no solo de la región sino del mundo entero y de sus artificiosas convicciones sobre la cartografía del conocimiento humano.

La lista de actores internacionales que participaron de este rito de redención mítico, en una sobrepuja delirante de declaraciones altisonantes, comenzaría por la reina Noor de Jordania «honrando a nuestros antepasados», pasando por el presidente francés François Mitterrand, «imaginemos a los poetas y pensadores, procedentes de todos los rincones de la tierra conocida, trabajando juntos y cooperando entre sí», hasta la del director general de la Unesco, Federico Mayor Zaragoza, que describió la pérdida histórica como un «aleccionador recordatorio de lo frágiles que pueden ser las construcciones de la mente civilizada». Mubarak, para no ser menos, declaró con rotundidad faraónica: «en el suelo de Alejandría, la antigua civilización egipcia se reunió y fusionó con las civilizaciones griega, romana y árabe». Más que un debate real o una fehaciente indagación histórica, el acto fue una celebración del «imaginario antiguo de Alejandría»[8] y —afianzado aún más por el uso excesivo de palabras de moda como orígenes universales, progreso, revivalismo, paz, democracia, humanidad, ilustración y desarrollo— fue parte integrante del drama fundacional de la biblioteca que sirvió para evocar respuestas emocionales y declaraciones incuestionables. En resumen, aquello fue un aquelarre purificador orquestado por la

diplomacia internacional, un rito cultural catártico que llevó a personajes como Sadam Husein a aportar 21 millones de dólares a aquel proyecto para «reclamar su lugar como mecenas de la civilización y la cultura mundial», [9] credenciales ilustradas que no parece que tuvieran muy en cuenta algunos ejércitos años después.

Alejandría ejercía una poderosa influencia en el imaginario occidental, ya que se consideraba, en gran medida, el origen metafísico y el modelo de la cultura occidental, algo que la *soft diplomacy* supo aprovechar para intentar tender puentes reconciliatorios entre el mundo árabe y el del hemisferio norte.



Biblioteca de Alejandría.

Es cierto, por intentar alumbrar algo de verdad en la espesa niebla de la historia, que la Biblioteca de Alejandría fue una invención helenística, fruto de la floración que la cultura griega experimentó en las tierras conquistadas por el mítico Alejandro de

forma que el Museo que Ptolomeo I Sóter erigió en Alejandría reproducía los elementos propios de la Academia y del Liceo atenienses, con sus pórticos, sus patios, sus atrios, sus jardines, su exedra [10] y su comedor, con el resto de los elementos arquitectónicos que predisponían al paseo y al diálogo, al intercambio oral de las doctrinas filosóficas que se discutieran en aquellos momentos. Pero nunca existió una biblioteca como tal, no al menos al principio, sino más bien un conjunto de habitaciones en las que se custodiaban los papiros de las obras que la corte de los Ptolomeos fueron adquiriendo durante los siglos de su reinado celeste. Aquellas dependencias no debieron de ser especialmente espaciosas ni particularmente adecuadas para la lectura o el estudio porque se trataba, solamente, de garantizar la conservación y el almacenamiento de aquellos dispositivos fabricados con las hebras vegetales de los juncos que crecían en las riberas del río mágico. Tampoco albergó los millones de libros que las leyendas históricas le atribuyen, cifra inverosímil e inalcanzable porque, como escribió Hipólito Escolar hace ya dos décadas, «suponiendo que la Biblioteca adquiriera lo importante y lo de mediana importancia que circuló en forma de libro [...], no pudo llegar a poseer en tiempos de Calímaco, mediados del siglo tercero, más de diez mil obras o títulos distintos», [11] cifra a la que, si añadiéramos posibles copias y duplicados, podría alcanzar, a lo sumo, los 50.000 volúmenes reales. Si, estableciendo equivalencias aproximadas, un rollo antiguo pudiera equivaler a tres o cuatro pliegos de dieciséis páginas de un libro actual, y si conviniéramos en que el promedio de cuadernillos de un volumen corriente es de dieciséis a veinte, es decir, entre 224 y 320 páginas, el número de libros que pudo albergar la biblioteca alejandrina al final del período ptolemaico pudo ser, aproximadamente, de unos 8.750 a 12.500, número que fue ya

entonces prominente, pero que dista mucho de las consideraciones siderales de la imaginación popular.

El propósito fundamental de los Ptolomeos, de toda su dinastía reinante, era convertir aquel recinto en un lugar de apacible encuentro y estudio para los escritores griegos más destacados, libres de cargas y preocupaciones económicas, acogidos por la merced real, por aquella estirpe de reyes que pretendía encarnar y hacer cierta la tesis que Isócrates había plasmado en el *Panegírico:* «Nuestra ciudad aventajó tanto a los demás hombres en el pensamiento y oratoria que sus discípulos han llegado a ser maestros de otros, y ha conseguido que el nombre de griegos se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los partícipes de nuestra educación que a los de nuestra misma sangre». [12] La fecha de la redacción del *Panegírico* y de la alegación de las condiciones de la ciudadanía griega es muy precisa: entre julio y septiembre del año 380 a.C., unos cien años antes de la supuesta fundación de la biblioteca, sedimento o poso demorado del imaginario helenístico. En buena medida aquel espacio rememorado hoy como el de una biblioteca pública y abierta era, precisamente, todo lo contrario: una selecta torre de marfil entre cuyas paredes un reducido número de escritores invitados, desentendidos de las grandes audiencias y de las alocuciones públicas, configuraron un catálogo de prosistas y poetas distinguidos, un inventario crítico de la literatura griega, como se recogería en los *Pínakes o tablas de todos los que fueron eminentes en cualquier género literario y de sus obras,* confeccionado por Calímaco a instancias de Ptolomeo II Filadelfo, que le encargó la tarea de elaborar un catálogo completo de los fondos bibliográficos acumulados hasta ese momento siguiendo para ello la convención de ordenarlos por géneros, títulos y autores, con una breve biografía precedente de cada uno de ellos,

un inventario de los elegidos, de los *classici,* de los pertenecientes a la primera clase, a la categoría de *ordo* o, expresado en griego, al *canon,* al listado normativo o canónico de los eminentes, de los que pueden y deben ser legítimamente recordados y leídos. «Pedimos el celo en el estudio, don de Hermes», [13] podría haber sido el criterio de selección o la demanda de abnegación que hubiera debido cumplir todo aquel que aspirara a formar parte de aquel selecto club.

Aquel «Museo» construido en honor de las hijas de Zeus, de las nueve musas a las que debía rendir culto cualquiera que tuviera tratos con la creación, fue un paraíso para los amantes del conocimiento, un centro de estudios seculares que heredaba el anhelo helénico de diseminación del saber, pero también un recinto cerrado en el que los reyes egipcios se celebraban a sí mismos rodeándose de los poetas y estudiosos que pudieran reflejar su ambición y su brillo. «En Egipto se encuentra todo lo que hay o se produce en cualquier parte del mundo», dejó escrito Herodas, en una enumeración que equiparaba el vino a los filósofos o la proliferación de bellas mujeres a las delicias del museo: «riqueza, palestras, poder, buen clima, fama, espectáculos, filósofos, joyas, jóvenes apuestos, el santuario de los dioses hermanos; el rey es bueno; hay además un museo, vino, todo cuanto uno puede apetecer; mujeres en tal cantidad que ni el cielo puede presumir de tener semejante número de estrellas». [14] Este mismo párrafo podía haber sido escrito por Lawrence Durrell veintitrés siglos después, porque la belleza tóxica de la ciudad perduró durante todo ese tiempo y atrapó en sus destellos a otros escritores que hubieran sido igualmente aspirantes a pasear por los patios y los jardines del museo.

«Ni la biblioteca de Alejandría ni la de Pérgamo eran públicas, ni siquiera en el sentido en que se utilizaba el término para referirse a las bibliotecas imperiales de Roma; eran bibliotecas reales a las que solo podían acceder quienes estaban autorizados», afirma Michael W. Handis en una reflexión sobre los mitos y la historia de la biblioteca alejandrina y sobre la auténtica naturaleza de las bibliotecas de la Antigüedad.[15] En esto las bibliotecas antiguas tenidas por públicas no distaban en su régimen de acceso y consulta del restringido protocolo practicado ya por los asirios, aquella cultura obsesionada con la ordenación burocrática: «quien es competente (o conocedor) debe mostrar esto solo a quien también es competente, pero no puede mostrarlo a los no iniciados»,[16] *mudû mudâ likallim mudû lā mudâ lā ukallam,* podía leerse en el colofón de algunas tablillas depositadas en los almacenes reales de los palacios del Imperio asirio de Mesopotamia. Aquellos archivos burocráticos resultaban inaccesibles para cualquiera que no dispusiera de la formación y del rango adecuados, que no hubiera sido iniciado en el arcano oficio de la escritura y en el del desciframiento de aquellos impenetrables signos, que no hubiera sido legitimado para tener conocimiento de los fundamentos de la maquinaria estatal.

En enero del año 2005 se hizo un descubrimiento en el Monasterio Vlatadon de Tesalónica que trastocaría nuestra manera de percibir las bibliotecas del mundo antiguo. Se refería a la carta o al tratado de Galeno de Pérgamo *Sobre el duelo,*[17] en el que relataba la destrucción de los depósitos del Templo de la Paz por un gran incendio en el año 192 d.C. y, con ellos, de toda su biblioteca personal, acomodada temporalmente en aquellas instalaciones, y en el que criticaba la situación de mantenimiento y conservación de otras copias y originales en las bibliotecas oficiales. «Además de estos [libros] tan importantes y tan numerosos», relataba Galeno,

con un punto de contención y comedimiento estoico, «perdí el mismo día todos los libros que, después de corregidos, habían sido escritos por mí sobre un texto puro, libros con lecturas confusas y erróneas a lo largo de los textos, pensando producir mi propia edición.» Entre el olor de las cenizas a las que quedaron reducidos sus más queridos compañeros y la fragancia vegetal del papiro quemado, Galeno se esforzaba por mantener la templanza y la circunspección de quien tiene plena conciencia de la temporalidad de las cosas y de quien, en el fondo, entiende que el único conocimiento verdadero es el que ha sido asimilado y ejercido: «ninguna de estas cosas, pues —aunque había muchos [libros] útiles y difíciles de encontrar— me preocupó, ni siquiera la destrucción de mis comentarios, que eran de dos tipos. Algunos estaban adaptados para ser útiles también a otros. Otros eran para mí solo, aunque tenían la misma disposición para la memoria. Luego había muchos resúmenes, sinopsis de un gran número de libros médicos y filosóficos. Pero ni siquiera estas cosas me angustiaban». Y en esa suerte de despedida de los amigos que le acompañaron fielmente refiere la relación de algunos de sus libros perdidos y más queridos: «entre ellos se encontraban los libros de Teofrasto, Aristóteles, Eudemo, Clitómaco, Fanias, la mayoría de los de Crisipo y todos los de los antiguos médicos». A Galeno de Pérgamo, el legendario médico del siglo II d.C., no le satisfacían aquellas bibliotecas de acceso restringido al menos por dos razones: porque no solían disponer de las obras que buscaba o porque la fidelidad de las copias que guardaban distaba mucho de ser pertinente, o porque la integridad de los papiros o pergaminos que guardaban estaba sujeta a peligros y amenazas constantes, bien fueran incendios o robos o deterioros fruto de la falta de atención y mantenimiento. De hecho, sus propios libros ardieron junto al resto de los que formaban parte

de las bibliotecas «del Palatino», que «fueron destruidas el mismo día que la mía; el fuego no solo destruyó los almacenes de la Vía Sagrada, sino también, antes que ellos, las [bibliotecas] junto al Templo de la Paz, y después, tanto las del Palatino como la llamada "Casa Tiberiana", en la que también había una biblioteca llena de muchos otros libros; pero algunas, por el contrario —a causa de la negligencia de quienes las robaban continuamente—, en el momento en que subí por primera vez a Roma, estaban al borde de la destrucción». En efecto, Galeno relata cómo los papiros que intentaba copiar para abastecer su propia biblioteca a menudo eran ya inservibles porque, en aquellas condiciones climatológicas de extremo calor y humedad se descomponían y ni siquiera podían desenrollarse debido a su avanzado estado de putrefacción, que hacía que las hojas vegetales quedaran adheridas unas a otras o que, simplemente, se deshicieran de manera irremediable.

En aquellos tiempos solamente quedaban tres vías alternativas para conseguir las obras deseadas: la consulta en las bibliotecas privadas de conocidos o colegas, el préstamo entre propietarios de bibliotecas profesionales o especializadas, o la adquisición en alguna de las librerías que los comercializaban con la intención de construir una biblioteca temática personal, aun cuando el comercio de aquellos soportes se exacerbara por la codicia bibliófila de los Ptolomeos y el mismo afán de coleccionismo contribuyera a la multiplicación de los falsificadores y de los impostores, al florecimiento de una industria de la copia apresurada repleta de errores y omisiones, de factorías de la invención de originales inexistentes. Galeno visitó la Biblioteca de Alejandría después de haber pasado por un periplo personal que le llevaría desde el ejercicio de la medicina entre los gladiadores de Asia Menor hasta la asistencia personal al emperador Marco Aurelio con la intención de

adentrarse en los trabajos de Numisiano, el famoso anatomista. Buena parte de su vida la dedicó al estudio, a la escritura, a la fijación de los textos canónicos y a la construcción de su biblioteca personal, de una biblioteca de temática acotada, fundamento de sus indagaciones y de su desempeño, un pequeño paraíso personal en el que solazarse, tumbado en su sofá de lectura, despojado de sus vestidos, leyendo a Catón, como él mismo relatara en el documento encontrado en el monasterio griego.

Galeno, conociendo la fragilidad de los soportes y la necesidad de preservarlos, ideó una solución costosa pero, aparentemente, segura: «pues todas [mis obras] destinadas a la publicación estaban ya transcritas por duplicado, sin contar las que debían permanecer en Roma. Por una parte, mis amigos de casa [es decir, de Pérgamo] me pedían que les enviara todas las obras compuestas por mí para colocarlas en una biblioteca pública —como, de hecho, algunos otros [amigos] ya habían colocado muchas de mis obras en otras ciudades — y, por otra parte, yo pensaba tener copias de todo en Campania», en su segunda residencia, retirada de los trasiegos y peligros de Roma. Su previsión no fue suficiente porque, con todo, no tuvo tiempo de que ni los originales ni las copias llegaran a su retiro ni a casa de sus camaradas, pero denotaban una anticipación que pretendía combatir la ineficiencia de las bibliotecas palaciegas y la precariedad de los soportes mediante la construcción de una biblioteca propia duplicada y repartida en el espacio. Dos ámbitos complementarios, dos ámbitos privados, uno relacionado con las ambiciones de la corte y de su séquito de poetas lisonjeros o de intelectuales de prestigio a los que abrían de manera exclusiva las puertas de sus recintos, y otro con las aspiraciones intelectuales de un experto que recopilaba los textos y las herramientas necesarias y realizaba las comprobaciones y correcciones pertinentes para

mejorar el ejercicio de su profesión, rodeándose de una limitada comunidad de especialistas que intercambiaban y compartían sus obras.

En realidad, tratándose de la Antigüedad, deberíamos hablar, más bien, como sugieren algunos especialistas, de bibliotecas «específicas» o «especiales», [18] de recopilación y uso de textos especializados por parte de pequeñas colectividades de profesionales versados en materias concretas. «Es casi seguro», afirmaba Harris en *Ancient Literacy,* «que el nivel global de analfabetismo del Imperio romano bajo el principado superaba el 90%. Incluso para las poblaciones más instruidas —que se habrían encontrado principalmente, creo yo, en las ciudades griegas entre los siglos IV y I a.C.— hay que buscar la horquilla, si incluimos a las mujeres y a la gente del campo, muy por encima del 50%.» [19] Si esto es así, por muy controvertida que pueda parecer la cifra, lo cierto es que solamente podrían existir dos tipos de bibliotecas igualmente circunscritas a los colectivos que las utilizaran: las de una élite cultural bien asentada en el poder que compartiría su patrimonio bibliográfico con el doble fin de irradiar su aura de poder y refinamiento, y las de un colectivo de expertos o artesanos —tal como se consideraba en su momento a la profesión médica— que construía el fundamento de su conocimiento sobre los volúmenes de las obras propias o de los antepasados. «Galeno», nos explican los especialistas en historia antigua, «poseía una extensa colección privada de textos que incluía tanto escritos médicos como otros literarios. Si bien es cierto que prestaba sus textos literarios, la relación profesional entre Galeno y otros médicos les daba la oportunidad de tomarlos prestados de una biblioteca con una política de adquisición especializada y una colección que incluía notas médicas y otros objetos efímeros relacionados.» [20]

Tenemos la tentación firmemente arraigada de suponer que aquellas bibliotecas de la Antigüedad contribuyeron a la difusión a gran escala de la palabra escrita, cuando lo cierto es que su ámbito de influencia fue tan limitado como pudiera serlo el contorno de las clases sociales cultas y acomodadas, alfabetizadas, que quisieran y pudieran disfrutar de ellas, bien en su versión palatina, bien en su variante profesional. Tampoco Roma fue un ejemplo de apertura y circulación, por mucho que en los anales de la historia existan referencias repetidas a la fundación de bibliotecas «públicas» abiertas, supuestamente, a la consulta popular, porque lo cierto es que «los autores en el mundo romano, casi por definición, eran miembros de las clases altas que se dirigían a otros miembros de las clases altas» en círculos de celebración endogámicos de muy limitado alcance. «Aquellos autores que elogian el "acceso público" a los libros tenían muy probablemente en mente a un "público" constituido por otros como ellos mismos», algo que apenas puede sorprendernos porque, dado el elevadísimo nivel de analfabetismo y, por tanto, de distancia objetiva y subjetiva respecto a cualquier manifestación literaria, no cabría esperar que aquellas bibliotecas «públicas» fueran otra cosa que las bibliotecas públicamente frecuentadas por un público restringido.

Cierto es que Julio César ideó una biblioteca pública que no vio en vida como elemento para la urbanización de Roma y que fue uno de sus lugartenientes más allegados, Asinio Polión, quien entre los años 39 y 28 a.C. erigiera una biblioteca en el *Atrium Libertatis,* y que casi simultáneamente, entre los años 36 y 28 a.C., en el Templo de Apolo en el Palatino se construyeran algunas estancias anexas en las que se conservaban y exhibían libros en griego y en latín o que, en fin, el Pórtico de Octavia acogiera una biblioteca de la misma índole poco después. Es verdad que existen referencias que describen aquellos

espacios como lugares en los que se celebraban recitaciones públicas y justas poéticas [21] y que esos acontecimientos orales abiertos al público ampliaban el número de potenciales visitantes, pero no cabe de ahí colegir que fueran mayoritarios o que sedujeran a quienes tenían socialmente vedado el acceso a aquellos lugares. Es indudable que en algunos baños públicos, como los de Trajano, Caracalla o Diocleciano, [22] se han encontrado restos de lo que podrían denominarse bibliotecas, servicios públicos complementarios de la misma índole que pudieran serlo los dedicados a actividades deportivas, sociales o culturales, pero también es incontestable que no existe constancia de que haya una sola alusión escrita a ellos en los textos de los autores clásicos, quizás por su insignificancia o, quizás, porque se tuviera por acostumbrado y corriente y careciera de importancia. Y cierto es, también, que en muchos textos de la época cabe encontrar alusiones al patrimonio literario conservado en aquellas bibliotecas como un bien de «carácter público», tal como hiciera, por ejemplo, Plinio el Viejo cuando escribía en su *Historia natural,* describiendo al mencionado Asinio Polión, como «el primero en hacer del genio humano propiedad pública dedicándole una biblioteca», [23] aunque el significado y el alcance de lo público se circunscribiera a aquellos dichosos y afortunados que pudieran disfrutar de aquella forma de edén terrenal. No puede negarse, en suma, que de alguna manera las bibliotecas romanas constituyeron una suerte de repositorio de la producción literaria contemporánea, [24] de espacio para el conocimiento y la promoción de la obra de los autores del momento, de altavoz de sus contenidos y de difusión de su genio y que, aunque su ámbito de influencia pudiera ser restringido, no eran ajenas por completo a las actividades cotidianas del pueblo, a las prácticas de consumo

cultural y entretenimiento del momento, una progresiva apertura respecto a sus antecedentes históricos.

Como dejó escrito Amro Ali en su reflexión sobre la refundación de la Biblioteca de Alejandría, «ese "paraíso", en muchos aspectos», por muy restringido y limitado que fuera, «ha regresado a Alejandría, con un nuevo guion, nuevos actores y, esta vez, un drama sagrado más convincente». [25]

Johannes Trithemius
o las llaves del paraíso

En la noche del 31 de marzo de 1505, un día antes de abandonar definitivamente el monasterio de Sponheim, en el Sacro Imperio Romano Germánico, donde había vivido y trabajado los últimos veintitrés años, su abad, Johannes Trithemius, también conocido como Jacob von Heidelberg, se levantó antes de *laudes* y se dirigió a su biblioteca. En la penumbra de la sala de lectura, envuelto en el olor penetrante del cuero de las encuadernaciones y de los pliegos de pergamino y de papel, contempló arrobado los dos mil volúmenes que había conseguido reunir con un tesón solamente atribuible a quien cree que la lectura y la escritura, que el amor al estudio y al conocimiento, pueden abrir las puertas del edén y procurar la misericordia eterna de su dios imaginario. Al pasar los dedos por los lomos de los libros de alguno de sus estantes recordó que ese amor inmoderado afloró cuando tenía quince años y comenzó a cultivar furtiva y secretamente el estudio de las letras. Recordó, también, que todo jardín requiere su cultivo y que para disfrutar del placer de sus flores tuvo que salvar la más obstinada oposición de su padrastro, que intentó con todas sus fuerzas separarle de aquel sinsentido literario recurriendo a las palabras más crueles y soeces y a los latigazos más dolorosos y sangrantes, pero su pasión crecía de manera proporcional a la dureza del castigo, en la esperanza de alcanzar mediante el conocimiento de las Sagradas Escrituras, del

cultivo de la gramática, la retórica y la lógica y del trato con los filósofos, el paraíso prometido.

Rememoró las noches en las que se escapaba de su casa y se adentraba en una tiniebla tan ilegible como la sima de los pecados o el alma de los demonios y se encontraba con un profesor al que encomendó su educación inicial, sus primeras letras, y de cómo aquel maestro quedó asombrado por la tenacidad de su memoria y su dócil sumisión. *Scientia latet in cucullis,* el conocimiento se esconde bajo la capucha de un monje, se repetía Trithemius, ávido de sacrificios y de saberes. Pero sobre todo recordaría aquel sueño en el que un joven se le acercaba con dos tablas, cada una en una mano: la primera con inscripciones escritas, la segunda con imágenes grabadas. El joven le demandó que eligiera una de las dos, que seleccionara su preferida, y no tuvo duda alguna al respecto: por primera vez fue agudamente consciente de que un amor incombustible por las letras bullía en su interior, algo que no le abandonaría a lo largo de toda su vida y que, entre otras cosas, le llevaría a acopiar una de las bibliotecas más nutridas y prominentes de la Edad Media europea, así que eligió la tabla escrita como un destino ineludible en su vía de ascenso espiritual. Aún podía escuchar la voz del joven que enarbolaba las tablas, como si fuera un ángel o un mensajero enviado a Trithemius desde lo alto, diciéndole con voz firme y solemne: «he aquí que Dios ha escuchado tus plegarias y te concederá todo lo que has pedido, de hecho más de lo que hayas podido pedir», y así Trithemius supo que los libros, la lectura y las letras no eran un pasatiempo infame ni un capricho voluble, que el ensañamiento de su padrastro era un mínimo y soslayable obstáculo intentando interponerse en la carrera de un hombre de letras, y que era el momento de partir. Las etapas de aquel viaje de tres días de huida, o quizás de encuentro, fueron —

como el de la multitud israelita en Egipto— Tréveris, desde donde transitaría brevemente hacia Holanda, hasta recalar finalmente en Heidelberg. Era el año 1482 y llegar allí fue un alumbramiento, una iluminación, una inspiración porque pronto conocería al círculo de humanistas germanos, a los miembros de la *Sodalitas literaria Rhenana,* la sociedad literaria renana, y entonces se sintió en casa, se sintió comprendido y arropado, se sintió miembro de una congregación universal a la que la voluntad divina le había destinado. Igual que en aquel momento ya lejano que partió a oscuras de su casa hacia un incierto camino, ahora tenía que abandonar el monasterio en el que se había inmolado en un perpetuo holocausto las últimas dos décadas de su vida. En la tímida luz del amanecer que se filtraba como una leve caricia por las cristaleras de la biblioteca, pudo ver mejor a sus numerosos amigos, aquellos fieles compañeros que le habían acompañado lealmente todos aquellos años, y entendió que eran la puerta que abría la cancela del paraíso, que sus páginas eran las praderas del jardín del edén y que sus letras eran la simiente del huerto que había plantado Jehová Dios en la tierra para su mayor gloria y adoración. Por tanto, si Dios puso al hombre en el jardín del edén para que lo labrase y lo guardase —como había escrito Moisés en el primer libro del Génesis —, la biblioteca era el vergel en el que el fruto dado por cada libro invitaba gloriosamente a amar a Dios. *Amor et cognitio, amor librorum,* amar a Dios a través del conocimiento que nos dispensa el amor por los libros.

Trithemius había llegado a aquel monasterio de Sponheim de manera fortuita. Cuando caía la tarde de un día de febrero del frío invierno de 1482, en el camino que iba de Heidelberg a su tierra

natal, un pueblo de la región del Mosela, un compañero de estudios y él mismo se protegieron de la mordedura glacial de las temperaturas en el monasterio de San Martín de Sponheim, cerca de las poblaciones de Bockenau y Bad Kreuznach. Las reglas monásticas dictaminaban que los peregrinos podían acogerse a la posada durante una sola noche, debiendo partir de inmediato a la mañana siguiente. Al marchar aquella mañana de nubes de color del plomo, con un viento que aullaba como si quisiera advertir de algo, una tormenta de nieve se cernió sobre el camino haciéndolo intransitable, cegando los ojos de los peregrinos. Trithemius interpretó aquello como un claro signo en la encrucijada de su vida, como un perceptible mensaje que el viento se empeñaba en traer a sus oídos. Al regresar al cobijo del claustro, después de haberse resguardado bajo las copas de los árboles, Trithemius comunicó a su acompañante y a sus anfitriones que deseaba permanecer en el monasterio como monje residente, un novicio de veintiún años que pronto tomaría sus votos y que reconocería en aquella soledad y aquella quietud la posibilidad de dedicarse al estudio de las letras, en la soledad de su celda lejos de los placeres mundanos, porque la única sed que deseaba saciar era la del conocimiento de las Sagradas Escrituras, la de la exploración de todas aquellas evidencias y testimonios del pensamiento humano, provinieran de la fuente que fuera, que arrojaran alguna luz sobre el misterio incomprensible de su esotérica fe. «Así, cada hora que podía robar para mí al sueño, a la tranquilidad y al solaz de mis hermanos, la aplicaba con el mayor fervor al estudio de las Escrituras, de modo que creía haber malgastado aquel día en el que no había aprendido algo útil en mi lectura de los Libros Sagrados.» [1] Y aquella noche muchos años después, antes del momento de partir, robando de nuevo para sí algunas horas al sueño, mientras deambulaba por la

biblioteca que había reunido con la pasión de un amante inmoderado, supo que el dolor más intenso que podía experimentar no era el de la traición de sus hermanos, sino el de la separación de su biblioteca. Desde el momento en que entró en la orden benedictina, reconocería Trithemius en sus memorias, *Nepiachus,* no hubo para él nada más dulce, agradable y delicioso que dedicar su mente al estudio de las Sagradas Escrituras con el empeño obsesivo de quien entendía que el conocimiento del bien supremo y de aquellas otras cosas que lo acompañan y que es beneficioso discernir, incrementarían su amor por su divinidad, le ayudarían a despojarse de las adherencias terrenales y le acercarían progresivamente en aquel peregrinaje mundano a un estadio de desprendimiento y plenitud que solamente experimentó, de una manera especular y por muy desatinada que resultara la comparación, en su biblioteca, la antesala del paraíso que tanto ansiaba.

En el divagar desordenado de la memoria, en la recopilación de los fragmentos del pasado, en la reconstrucción arbitraria de toda vida, Trithemius recordó que tan solo un año después de haber asumido sus votos, con veintidós años, recibió la tercera cifra del designio divino en relación con su vida y su destino: el abad de Sponheim, Johannes von Kolenhausen, se trasladaba al monasterio de Seligenstadt y la congregación le había designado como digno sucesor. Todo lo que hasta aquel momento no había sido otra cosa que una convicción personal, que un fervor íntimo, que una certidumbre erudita, podría convertirse en la política comunal del monasterio, en la directriz principal de una comunidad dedicada a la escritura y el estudio, devota de los libros y de las bibliotecas como antecámara del paraíso. Al fin y al cabo, san Benito, bajo cuya regla profesaban su fe, [2] había prescrito que se leyera durante las comidas

como fórmula de edificación para el resto y había dejado ordenada la lectura de un libro edificante por las noches, tras las completas, como una manera de protegerse y salvaguardarse ante el abismo indescifrable del sueño, en el que los demonios desplegaban su onírica red de tentaciones.

Por otro lado, san Benito había escrito que era obligación de un monje la obediencia pronta, absoluta, sin vacilación y sin rencor a todo lo que, lícitamente, pudiera ordenar un abad,[3] de forma que profundizar en los anhelos e intuiciones del santo, siempre en beneficio del mayor conocimiento de las Sagradas Escrituras y de la salvación eterna, no podía sino constituir una prolongación de ese medio hacia la piedad que era la propia «regla» constitutiva de la orden. «Una vez que fui ordenado abad», escribía en su autobiografía,

> no solo no disminuí ni interrumpí mi antiguo fervor por el estudio, sino que incluso lo aumenté y persistí en él con mayor ardor cuanto más libre era para hacerlo. Y así, ahora que ya nadie podía envidiar mi celo por el estudio, una necesidad mayor que nunca parecía urgirme al estudio de las Escrituras, tanto por la dignidad que se obtiene de tal estudio, de acuerdo con la cual ahora se veía como necesario no solo aprender sino también enseñar, como, si puedo decir la verdad, para que mi propia ignorancia no me avergonzara frente a mis hermanos, entre los cuales algunos parecían ser respetuosamente ancianos, otros verdaderamente eruditos y otros solo pretendían serlo. [4]

Pero ¿quién podría haber pensado que sus hermanos desacataran sus normas, que despreciaran el estudio, la escritura y la lectura, que desdeñaran los libros y la biblioteca, que pudieran siquiera imaginar que brotara el amor por Dios y su palabra sin haberla conocido, sin haberla transcrito y rumiado, sin haberla transmitido y perpetuado? Él, que sin haberlo buscado ni premeditado era consejero de príncipes y emperadores en arcanos teológicos, en el desciframiento de toda clase de hermetismos y en el desvelamiento

de oscuridades demonológicas, había fracasado en algo tan sencillo como transmitir el apego a los libros y a las letras, al santo espacio en el que se custodiaba el celo de muchos seres humanos y de muchos siglos por comprender los propósitos del altísimo. Todo había llegado a tal grado de repudio y enfrentamiento que se veía obligado a abandonar el monasterio que quiso convertir en una comunidad autosuficiente de eruditos, allí donde había atesorado una colección de «unos dos mil volúmenes, tanto manuscritos como impresos, sobre todos los temas y ciencias que se consideran de utilidad entre los cristianos», algo que «nunca he visto en toda Alemania, ni he oído que exista en ninguna parte, una biblioteca tan rara y magnífica», [5] con tratados y manuales en latín, en griego y en hebreo, en las lenguas que todo hombre docto debía conocer. Transformar a los *ignari* en *sapienti* poblando de textos y compendios aquel espacio en el que «no había biblioteca porque los monjes groseros no perseguían libros, sino deliciosos pasatiempos y placeres». [6] Ocho míseros volúmenes desperdigados y descuidados y una *Vulgata* olvidada en un rincón fruto de la rapiña y de la venta furtiva e incontrolada de aquellos tesoros, eso es todo lo que se encontró a su llegada y, sin embargo, con el ahínco y la perseverancia del predestinado amante de las letras «comenzó a adquirir gradualmente muchos tipos diferentes de libros sobre todos los temas de estudio, tantas y tan importantes obras griegas y latinas que hoy se dice que no hay biblioteca como la nuestra en toda Alemania en la que se contengan tantos volúmenes raros, tan esotéricos y tan diferentes para tan pocos hombres». En efecto, satisfaciendo el sueño de acumulación y acaparamiento apenas encubierto de todo bibliómano, «tan grande era el número de libros en este monasterio que ya no bastaba un solo lugar para depositarlos». [7] Pero nada de eso alcanzó para convencerlos, para

contagiarles la dicha inaudita de convivir con los sabios, de conversar con los muertos, y ahora se veía abocado a abandonar aquel ambiente iletrado e irrespirable, expulsado por sus propios hermanos. Muchos de ellos argumentaron, en contra de Trithemius, que su dedicación a los asuntos de la magia, la nigromancia y la demonología excedían el ámbito por el que hubiera debido interesarse, rozando lo herético, pero, en realidad, no era eso lo que les preocupaba: observar una estricta regla que decretaba la lectura, la escritura y el estudio entre las paredes de un escritorio o una biblioteca pareció a muchos una forma de condena intolerable, prefiriendo el trabajo al aire libre o la simple holganza.

Nadie en Sponheim pareció entender ni compartir lo que muchos otros discípulos discernían con claridad, lo que muchos encomiaban como un logro sin par: «durante muchos años reunió en su biblioteca de Sponheim un gran tesoro de libros sobre todos los temas, tanto impresos como manuscritos, de la que era custodio», escribiría Johannes Duraclusius en octubre de 1515:

> En una ocasión en que fui su huésped con el propósito de aprender griego y hebreo de él, período que duró un año, conté dos mil volúmenes en su biblioteca, entre los cuales no menos de ochocientos estaban decorosamente inscritos por una pluma en pergamino y papiro. A menudo oí de su propia boca que había pagado más de dos mil florines por sus libros, que no recibía de los fondos del claustro (pues estos eran siempre bastante escasos), sino que, como era conocido y querido por muchos príncipes, era honrado con peculios de estos con los que gastaba mucho para estos libros. Seguramente es el mayor amante y cultivador de libros que he conocido en vida. [8]

Amator et cultor librorum. Otros frailes capaces de reconocer el prodigio y la singularidad de aquel empeño bibliográfico —como se recogía en la epístola que Rutger Sicamber dirigió en junio de 1494 a Conrad Celtis— manifestaban su asombro sin ambages: «cuando hube visto tan copiosa colección de volúmenes, me sobrevino tal

éxtasis mental, tal estupor, que no soñaba con otra cosa que con esos libros y, cuando estaba despierto, no fantaseaba con otra cosa que con ellos. Me maravillaba enormemente que tal vivacidad sin igual pudiera encarnarse en un solo hombre». [9] La estupefacción y el entusiasmo al contemplar aquella biblioteca que era como un bello huerto que produjera frutos preciosos, con los más exóticos perfumes, como un paraíso de granados con frutas escogidas, alheña y nardos (Cantar de los Cantares 4:12-14).

En aquel edén de letras cabían todos aquellos que comprendieran que el amor por lo desconocido tan solo podía crecer en el suelo fertilizado por el conocimiento y que al final de ese viaje de las almas estaba la dicha y el contento. No se trataba solamente de que una iluminación o una revelación arrebataran o poseyeran a alguien, sino de que la verdadera devoción y el deleite derivado únicamente podían provenir del estudio, la lectura y la escritura, de la profunda comprensión de la palabra revelada. Por eso Trithemius se empeñó en abrir el jardín de su biblioteca a quienes compartieran esa estima por las letras. El 14 de agosto de 1495 el magistrado Matthäus Herbenus Trajeetensis, proveniente de Utrecht, no encontró palabras suficientes durante su visita al monasterio para alabar la disponibilidad de su abad para compartir los frutos de su insaciable apetito y lo expresaba abiertamente en una carta al patricio Jodocus Beyselius, en Aquisgrán, que le había facilitado una misiva de presentación para que le franquearan el paso:

> después del primer saludo le entregué su carta y fui recibido de una manera que no podría haber sido más amistosa y amable por parte del gran prelado. Dio un corto paseo conmigo, como es costumbre cuando los amigos se encuentran, después de que el invitado se ha refrescado, y pronto me condujo a su admirable biblioteca, donde me asombraron los muchos volúmenes hebreos y griegos. Hay abundancia de libros latinos de los más variados contenidos. No creía que en toda Alemania hubiera tantas obras extranjeras; pues allí encontré códices muy antiguos en cinco lenguas y escritos diferentes,

> que el inquieto celo de Trithemius había reunido con mucho esfuerzo. Si hay una academia hebrea o griega en Alemania, es la del monasterio de Sponheim. [10]

Tal como sucedería en el verdadero Paraíso, pocos serían los aceptados, pocos los admitidos, porque acercarse a los textos filosóficos y a las palabras confiadas a los profetas requería de una formación preliminar compleja al alcance de muy pocos y porque la restringida cantidad de libros con la que contaban permitía solamente el acercamiento de unos cuantos elegidos. Un pequeño círculo de humanistas que lo eran acaso sin saberlo, humanistas precoces, que se acercaban a aquel rincón del mundo a regocijarse en aquel vergel de saberes diversos, «pues hoy la biblioteca de este monasterio es tan ampliamente proclamada en todo el mundo que muchos príncipes, obispos, doctores, maestros, nobles y hombres famosos, no solo de las regiones vecinas, sino también de tierras lejanas, se han sentido atraídos por el nombre y la fama del abad Johannes Trithemius, y no solo han deseado visitar este lugar, sino que a menudo lo han conseguido, hombres para los que el nombre de este claustro era desconocido hasta entonces». [11]

No todos, sin embargo, apreciaron que aquella regla tan exigente de educación monacal fuera deseable y que aquella biblioteca fuera vestíbulo del cielo. Más bien al contrario: aparentemente la mayoría de los monjes rechazaron aquella norma que los obligaba a pasar innumerables horas en el escritorio, encorvados sobre los pergaminos, sucios de tinta y con dolores de espalda y manos, de todas sus articulaciones, sin hacer ningún bien a nadie, absortos en una meditación solitaria y errabunda, leyendo y transcribiendo una y otra vez los mismos textos, hastiados de silencio, aislamiento y repetición. Pero lo peor no fueron aquellos monjes iletrados que rechazaban la regla, sino aquellos ignorantes conspiradores que

aprovecharon la naturaleza de sus estudios para denunciarlo y vilipendiarlo: «algunos pensaron que Trithemius era un hombre divino, otros lo proclamaron como uno sumamente erudito, pero otros, siendo más lentos de intelecto y de una voluntad más dispuesta a la temeridad, afirmaron que él era un mago y realizó estas cosas», el estudio y redacción de tratados relacionados con la criptografía y la estenografía, «con la ayuda de espíritus. Pero como estas cosas que se relatan en la misma carta son todas logradas por medios enteramente naturales, las revela él al principio del libro llamado *Steganographia*». [12]

La necedad siempre viene acompañada de la ingratitud y del impulso de venganza y en aquel caso fue Nicolaus de Remich, el prior del monasterio nombrado por el mismo Trithemius, quien se encargaría de propagar aquel rumor y quien indispuso al resto de los frailes contra quien había convertido aquel páramo yermo en un vergel floreciente. Pero Trithemius era un hombre de convicciones firmemente arraigadas, persuadido de que la construcción de una biblioteca selecta, de un limbo letrado, equivalía a una ascensión hacia el reino celestial pareja a la ignorancia de quienes lo acosaban: «¿debería yo por esa razón renunciar alguna vez a mi sagrado deber de filosofar o por el odio de un hombre discontinuar el estudio de las letras sagradas?», se preguntaba, retóricamente, con sus certezas intactas.

> Quien ha nacido para la avaricia piensa ansiosamente en las riquezas. Pero yo he nacido para las letras y persigo los sagrados placeres de los libros. En cuanto a mí, que he sido formado de esta carne mortal, vivir no es hacer otra cosa que trabajar en el estudio de la verdadera sabiduría. Por tanto, si una elección u otra es necesaria, prefiero despedirme del abadiato que del estudio de las letras. [13]

Trithemius nos suena casi como la de una voz contemporánea, la de un individuo emancipado que reivindicara el uso de la razón, la

filosofía y la lectura de todos aquellos clásicos que pudieran ayudarle en su empeño por alcanzar su verdad, aun manteniendo indemnes sus convicciones más estrafalarias y herméticas, aun salvaguardando la estricta observación de su desatinada regla monástica. No debió de ser fácil vivir en la tensión entre la libre indagación reivindicada y practicada por un protohumanista y la sujeción a los cerriles cánones de la indistinción entre razón y fe medievales, entre el ejercicio de una lectura concentrada y meditativa como fundamento de sus certidumbres y la apelación a la ciega fe y a la ofuscada disciplina, entre la lenta y emocionante construcción de una biblioteca y la certeza de que sería inmediatamente desintegrada y mal vendida en su ausencia. Su palabra nos resuena cinco siglos después como la de un espíritu insubordinado e inquieto que en un ejercicio de sincera introspección reconocía que

> mi amor por el estudio y los libros ha sido inmoderado, a consecuencia de lo cual nunca he podido cesar ni cansarme de perseguir los objetos de mi voluntad. Todo lo que en el mundo es conocible siempre he deseado conocerlo. Y todos los libros que he visto o de los que he oído hablar, incluso los infantiles y poco elegantes, he pensado que podría poseerlos y, con sus encuadernaciones desplegadas, leerlos en aras de sus grandes placeres. Pero no existían los medios, como yo deseaba, para satisfacer mi deseo. Como la vida es corta y nuestras disposiciones débiles, uno no es de ninguna manera capaz de comprender tantos, tan diversos y tan profundos misterios de las diversas ciencias. [14]

En aquella madrugada del 1 de abril de 1505, fría y serena, con una luz de ópalo rosado entrando por los altos ventanales del escritorio, contemplando sus amados volúmenes como quien se despide de viejos amigos, revivió también la aparente contradicción de haber dedicado toda una vida a la defensa de la escritura, la copia y la transcripción y el hecho de haber presenciado el milagro de la invención de la imprenta: «en aquellos días en la ciudad de Maguncia, localizada en Alemania sobre las riberas del Rin», a no

más de cincuenta kilómetros del monasterio de Sponheim, «fue inventada e ideada por el ciudadano de Mainz Johannes Gutenberg el maravilloso y hasta ese momento desconocido arte de la imprenta y de la impresión de libros», [15] escribía el abad como testigo de aquel prodigio de amplificación y extensión de la sabiduría y de la palabra de los profetas. [16] Sin embargo, reproducir a mano y en silencio los textos a través de los que podía vislumbrarse la existencia de Dios era una forma de oración permanente, un ejercicio de meditación continuo en torno al misterio de su creencia, una tarea reflexiva que ponía en contacto el intelecto con la fe, el entendimiento con el éxtasis. Nada, ninguna otra tecnología, podía aspirar a ser superior a la de la transcripción a mano, [17] a la del uso de las tintas, los aceites, los aglutinantes y las plumas, de los escalpelos, las chiflas, las palas, los buriles o las raederas, pero a ojos de muchos aquello convivía mal con sus alabanzas incesantes a la imprenta, a la *novitas impressoriae artis* e, incluso, con su uso frecuente como medio de difusión masivo de las bienaventuradas palabras. «He aquí cuán oportunamente sonríen ahora todas las cosas al estudioso, para quien la novedad del arte de imprimir saca a la luz miles de libros», escribía arrebatado por la novedad y exaltado por las posibilidades que abría a quienes no habían tenido la oportunidad de tener trato previo con los libros, de erigir cuidadosamente su propia biblioteca, su propia ciudadela de saberes imprescindibles. «Todo hombre puede ahora, a bajo costo», afirmaba entusiasmado, en el encomio del incremento indudable de la accesibilidad,

> ser culto, y es una época afortunada la que ha adquirido este don de Dios. Antes había una gran escasez de libros, cuando se elaboraban a un gran precio y gasto. Pero ahora existe una gran abundancia de volúmenes, y esto en todo tipo de temas literarios, por medio de los cuales todas y cada una de las

personas son ahora fácilmente capaces de alcanzar la competencia en el conocimiento de las letras. [18]

Pero siendo ese reconocimiento explícito y cierto, existían sobradas razones por las que la elaboración y preservación de las copias manuales era una obligación monacal ineludible: la preservación prolongada de la memoria, dada la perdurabilidad mayor de los soportes tradicionales; [19] la mayor pertinencia de las copias hechas a mano, con mayor atención y esmero, casi exentas de errores en comparación con los que, aparentemente, se encontraban en las copias impresas, hechas con mayor velocidad y descuido; [20] la belleza ornamental incomparable de las copias iluminadas confrontadas con las copias en papel, esa nueva modalidad de pergamino hecho de trapos; [21] la contribución del mismo ejercicio de la transcripción a la devoción religiosa, a la lectura concentrada y meditativa, a la reproducción reflexiva y ensimismada de las palabras divinas. [22] Nada, ni siquiera la maravilla de un descubrimiento como el de la imprenta, aparentemente antagónico, debía predisponer al monje al abandono de sus sagradas tareas. Trithemius dedica una obra antológica, *Elogio de los amanuenses,* [23] escrita en el año 1492, en ese momento histórico de segura confrontación entre dos artes de reproducción y diseminación de lo escrito, al enaltecimiento de la labor artesana de la lectura y la escritura, al encomio de la producción autosuficiente de las obras que debían abastecer su biblioteca y al ensalzamiento de sus principales utilidades: «su tiempo, que es algo muy preciado, lo gastan de una forma provechosa, se ilumina su intelecto mientras transcriben, su espíritu se enciende de devoción y al término de esta vida son premiados con una recompensa especial». [24] A sus ojos resultaba incomprensible que aquellos que se tenían por devotos hermanos rechazaran abruptamente los provechos y beneficios

derivados de aquel modo de vida, porque hacerlo era tanto como negar las fuentes sobre las que se sostenía su fe, la razón de su existencia. Otros santos y otros profetas habían encontrado dificultades en su peregrinaje hacia la perfección, escollos y traiciones, y la única manera de sobrellevarlos y superarlos era alzar la vista y no desviarla del objetivo que su sueño de las tablas le había procurado.

«Ya que el más grande tesoro de la Iglesia son todos los textos que posee, quien no se preocupa por cuidar adecuadamente los libros santos comete una injuria contra ella», había dejado escrito Trithemius trece años, antes de aquella madrugada en que abandonaría contrito su monasterio, su biblioteca. Su aflicción anticipada provenía de la constatación de la dejadez a la que sus predecesores habían sometido a aquellos santos anaqueles y, también, de la sospecha de que sus sucesores harían lo mismo, incumpliendo con ello el sagrado mandato de preservar su principal fortuna, escarneciendo a la Iglesia como garante de esa conservación y burlándose de su piadosa afición por los libros y las bibliotecas.

En aquella mañana en que la luz iba adquiriendo los matices de un topacio amarillo, en la que el murmullo de la vida del monasterio comenzaba a despertar y en la que estaba a punto de partir hacia un lugar lejano, Trithemius supo que su testamento más glorioso, que su forma más acabada de inmortalidad y supervivencia, era aquella biblioteca, la que quedaría en la memoria de los hombres, la que se recordaría por los siglos de los siglos como la del menesteroso esfuerzo humano por tener muchos libros buenos con los que acrecentar la pasión por el estudio, con los que ahuyentar a los demonios odiadores de la escritura, con los que cultivar algunas flores aromáticas con las que perfumar el jardín de aquel fugaz

paraíso. «El infinito número de volúmenes que llevaron a sus bibliotecas», escribió Trithemius a propósito de la pasión bibliofílica de algunos santos antecesores, «es un testimonio de su amor.» [25]

Antonio Magliabechi
o el reposo en el paraíso

La leyenda dice que Antonio Magliabechi murió con una sonrisa en los labios, sentado mientras dormía, con un gran libro abierto sobre su regazo, sucio, vestido con harapos, descuidado, con sobras de comida caídas y esparcidas a su alrededor, en la Biblioteca Palatina a la que dedicó buena parte de su vida, aquel edén al que había consagrado por entero su energía y que era la antecámara del paraíso al que todo cristiano practicante podía aspirar, un espacio que él había convertido en un olimpo de la sabiduría, en el que había recibido a eminencias y prelados, a príncipes y sabios, mostrándoles los frutos de aquel huerto rico en temas, lenguas y variedades, y en el que finalmente había expirado, con una mueca de felicidad, dando por bueno y concluido su paso por la tierra, más fugaz que el de sus libros, que lo acompañaron por doquier a lo largo de su existencia y le mostraron el resquicio de dicha que se acrecentaría después en el paraíso verdadero, y que durarían por siglos para ilustrar a los hombres sobre esos caminos que Dios elige para mostrarnos la senda hacia el gozo eterno.

Antonio Magliabechi fue príncipe por derecho propio en una incipiente República de las Letras, corresponsal obseso capaz de construir una red de decenas o centenares de bibliómanos interesados por minucias bibliográficas y por los muy diversos arcanos de los muchos saberes existentes, muñidor de un campo

literario internacional y embrionario del que solamente unos pocos podían formar parte, enciclopedia viviente, *viva quaedam biblioteca,* con una memoria paquidérmica capaz de perorar sobre cualquier tema y asunto rescatando la información precisa que cualquiera pudiera necesitar, biblioteca intangible sobrepuesta a la biblioteca de miles de volúmenes depositados en los anaqueles, anacoreta antisocial dedicado a la lectura y el estudio, abstraído por completo en sus cavilaciones, hombre aparentemente modesto que huyó de los reconocimientos y los homenajes, de los cumplidos y de las distinciones, pero que cuanto más trataba de esquivarlos, más se hacía acreedor de ellos porque con esa muestra de humildad parecía hacerse digno de una gratitud redoblada. Algunos comentaristas aducen que aquello no era sino una forma de impostura premeditada, una estrategia preconcebida de ascenso social porque, ya que su cuna no le hacía merecedor de un puesto entre los nobles, tendría que acuñarse su propia nobleza, esta vez de espíritu, como soberano entre los eruditos y estudiosos, como excéntrico ermitaño de biblioteca, como consejero plebeyo de príncipes y dignatarios que, por ese mismo ejercicio de guía y recomendación, de memoriosa instrucción, se haría merecedor de una posición que excedería con creces aquella que, por nacimiento y circunstancia, hubiera podido alcanzar. Cosme de Médici le decía en una carta de manera casi coloquial, salvando las siderales diferencias de clase que los separaban, dirigiéndose casi a un amigo al que se le confía una efusión íntima: «debes creerme cuando te digo que aprendo más de una de tus cartas que de muchos de los discursos que he mantenido en estos viajes con muchas personas virtuosas», [1] un reconocimiento a su erudición y sabiduría, al modesto ejercicio de su labor de preceptor, porque, en realidad, Magliabechi nunca fue nombrado bibliotecario, pues en el intrincado juego de los reconocimientos

sociales y de las atribuciones simbólicas, no resultaba concebible ni apropiado honrar a un vasallo con tal título, aunque lo hubiera merecido con creces, de forma que aquellas confesiones privadas de su mecenas constituían una justa compensación y un galardón superior al que hubiera podido merecer de haber ostentado el título de ilustrísimo bibliotecario de su alteza, tal como muchos admiradores se dirigían a él. Anton Francesco Marmi, su más íntimo amigo y a la postre biógrafo, escribía a Ludovico Antonio Muratori en el año 1736, cuando él mismo recibiera el reconocimiento de bibliotecario del gran duque, que «aunque el famoso Magliabechi merecía este carácter con más justicia que yo, no lo tuvo, sino solo el de Custodio de la Biblioteca Palatina», [2] conservador de una suculenta y extensa colección, depositario y protector de sus enseñanzas, difusor de sus conocimientos y tejedor de una vasta red de corresponsales que fraguaron el embrión de la restringida y selecta República de las Letras.

Cuando Magliabechi cumplió los dieciséis años, en 1649, su madre, viuda y ávida de ofrecer a su hijo un oficio que le proporcionara el sustento, le envío al taller de los Guidi y Comparini, joyeros renombrados en Florencia, pero «el ingenioso joven pronto hizo saber que esa ocupación no se parecía en nada a las nobles inclinaciones que tenía por el estudio de las letras, que le atraían como un poderoso imán a su simpático hierro», [3] algo inusitado y extravagante porque nada en su origen social y familiar permitía anticipar que pudiera desarrollarse una vocación para la que no existía condición suficiente alguna. Andrea Torsi, sacerdote de la parroquia de San Ipólito, en Castel Fiorentino, cliente regular de aquella joyería por el gusto que la curia siempre ha tenido por los oropeles y las suntuosidades, fue, aparentemente, una figura que determinaría su destino, porque le animó al estudio de los latines y

las ciencias, y fue quien le predispuso a abandonar la joyería para dedicarse a perseguir sus afanes más que a perseverar en un oficio sin vocación. «Por lo tanto, habiéndose apartado de aquel ejercicio tan contrario y repugnante a su inclinación, pues su madre ya había muerto el 19 de junio de 1673, se sacrificó libremente al citado estudio y así pronto fue introducido en la amistad de Michele Ermini, bibliotecario del cardenal Carlo de Médici, decano del Sacro Colegio», un cofrade que también determinaría su porvenir porque fue quien le hizo conocer los gentiles placeres bibliográficos, quien le aconsejó sobre las lecturas más apropiadas y quien le proporcionó «noticias de buenos libros», aquellos libros que «compraba cuanto lo permitían sus rentas, que no eran muchas pero tampoco escasas, y leía con tanta atención que a menudo se olvidaba de comer y de descansar convenientemente». [4]

No se sabe con exactitud cuándo y quién presentó a Magliabechi en la corte, aunque quepa presumir que su albacea fuera Michele Ermini, por su cercanía con la familia Médici y por su conocimiento de las pretensiones bibliográficas de sus patrones. Le precedía su excelsa fama de gran conocedor de libros con una memoria excepcional y le arropaba el aprecio de diversos personajes de la corte que se habían percatado del valor de sus servicios y de la vastedad de sus conocimientos, algo que le permitió acceder a las bibliotecas de la casa de Médici y terminar prestando su asistencia como custodio o bibliotecario en las casas del gran duque Fernando II, de los cardenales Leopoldo y Juan Carlos, del príncipe que más tarde sería el gran duque Cosme III, del cardenal Francisco María, del gran príncipe Fernando o, en suma, de todos o casi todos los miembros de la casa de Médici. De hecho, existen pruebas fehacientes de su empleo remunerado con el cardenal Leopoldo —que le abonaba 8 escudos al mes—, con el gran duque Cosme y con

el cardenal Francesco María, aunque el pago no siempre se efectuaba, porque sus patrones a menudo olvidaban satisfacer sus servicios.

Sean cuales fueren las razones de su contratación, Magliabechi fue un bibliotecario desacostumbrado porque, a diferencia de otros custodios de bibliotecas palaciegas, prestó su colaboración sin trabas ni dificultad algunas, con la humildad y la modestia, aparentemente, del estudioso que no necesita halagos ni adulaciones para seguir perseverando en su fascinación, recibiendo y hospedando a los visitantes eruditos que querían conocer o consultar alguna de las maravillas bibliográficas de las colecciones de los Médici, sobre todo la del gran duque Cosme III, asesorando y facilitando trabajos filológicos, filosóficos, jurídicos o teológicos que procuraban alguna aportación adicional a la discusión contemporánea y cosechando el reconocimiento entusiasta y unánime de los centenares de sabios y hombres célebres que demandaron su consejo. El cardenal Cornaro de Padua, sucesor de otro corresponsal asiduo de la misma diócesis, el obispo Barbadigo, escribía a Magliabechi estas líneas como agradecimiento a sus epístolas preliminares y a la calidad de su juicio:

Estimado Señor:

Me veo favorecido por vuestra excelencia con dos cartas tan corteses como virtuosas; y así como las recibo con la debida estima, así las conservaré en beneficio de la imprenta de mi seminario, a la que uno mi agradecimiento por las noticias literarias que se ha dignado compartir conmigo. Mientras tanto, confirmo a Vuestra Excelencia mi deseo de servirle y le deseo desde el Cielo verdadera felicidad.

Padua 17 de agosto de 1708. Por V.S.

Afectuosamente para servirle de todo corazón,

La originalidad de Magliabechi no residía, al menos no únicamente, en su erudición ni en su afán acaparador. La historia está llena de bibliópatas, bibliómanos y bibliofrénicos como él que, como describía su biógrafo, convertía «todos sus ingresos en la compra de libros nuevos y preciosos» o, en el caso de que no los adquiriera, los recibía en «gran cantidad de todos los eruditos literarios así como de los impresores más famosos con los que mantenía una correspondencia continua, como si fuera un mecenas, y a cuyo patrocinio y defensa se encomendaban». [6] Su singularidad histórica radica más, seguramente, en su capacidad de tejer una red epistolar que se convertiría en la infraestructura preparatoria de una verdadera «República de las Letras» y en convertir sus bibliotecas en un espacio de consulta abierto, aunque restringido, a los estudiosos o personajes insignes que necesitaran visitarlas.

El método de la comunicación postal le era particularmente querido porque le permitía demorar su respuesta controlando los tiempos de contestación y despejando de injerencias y molestias su tiempo de lectura y estudio. «Y en verdad», escribiría Marmi en su epitafio, «siempre que los serenísimos príncipes tenían necesidad de dar a nuestro Antonio alguna instrucción, para no incomodarle ni distraerle de sus estudios, solían hacerlo por cartas escritas de su puño y letra, y con tanta reserva y distinguida cortesía como si su alteza no hubiera tenido que tratar con uno de sus súbditos y servidores.» [7] La comunicación erudita tenía como canal principal el aviso o el despacho escrito durante buena parte del siglo XVII pero, poco antes del fallecimiento de Magliabechi, en junio de 1709, se proyectó el lanzamiento del *Giornale de Letterati d'Italia,* la misma revista que acogería en sus páginas la biografía dedicada por Anton Francesco Marmi a Antonio Magliabechi, una cabecera que seguiría

el ejemplo trazado por el *Journal des Sçavans* publicado catorce años antes.



Biblioteca Magliabechiana, hoy de los Uffizi.

En cuanto a su relación con las bibliotecas, Magliabechi se movió entre los vértices de un triángulo que representaban las tres modalidades posibles de vinculación con lo escrito en aquel momento histórico: por una parte, dispuso de una biblioteca propia, la de su domicilio, en la que recibía a amigos, admiradores y especialistas, en la que campaba el desorden y la proliferación incontrolada de volúmenes y saberes, en la que debía oler a tumulto, polvo y piel curtida, en la que solamente las campanas de la iglesia cercana turbarían con la profundidad del bronce tañido las largas horas de lectura, un pequeño paraíso personal donde encarnaba, tanto a ojos de sus incondicionales como de sus detractores, la figura del filósofo apartado de las agitaciones del mundanal ruido, de la corte y del protocolo. Hasta el año 1654 vivió

en la Via della Scala, que linda con la Via de Cannacci, en el barrio del Spedale degli Innocenti, cerca de la iglesia dominica de Santa María Novella, domicilio en el que llegaría a almacenar unas 25.000 obras impresas y unos 2.800 manuscritos, una casa «tan llena de libros que por dondequiera que se pasase, se veían triplicados en número y en muchos lugares, y con tal confusión de materias, que nadie sería capaz de encontrar ningún libro o librito a toda petición, debido al grande e increíble caos, por decirlo así, de ellos», la colección privada más rica de Florencia, la biblioteca paradisiaca y asilvestrada de un gran lector.

Era aquel cenáculo excusa diaria de encuentros, conversaciones y disputas, como nos recuerdan los cronistas de la época, evocando el carácter de hostería cosmopolita de las letras que tenía el domicilio de Magliabechi:

> todos corrían a su casa para consultarle como a un oráculo, interrogándole sobre temas dispares, de los que les daba sabia opinión e información, citando los autores que hablaban de ellos, la impresión precisa de sus obras y hasta los mismos párrafos y palabras, no sin asombro de ellos; y muchas veces contestaba a varias preguntas sin confusión alguna, teniendo presente los muchos nombres y apellidos de los autores, sus países, en qué tiempo florecieron, a quién tenían en las disputas literarias por antagonistas, sus defensores, cada opinión, sistema, pensamiento; y quiénes eran los mejores, y qué escritores en cualquier materia o clase de estudio estaban más acreditados; y todo con tal método, que se hubiera creído que había leído a esos autores con frescura, o que sabía de antemano qué temas se iban a razonar, mientras incluso citaba los papeles; y abriendo a los que le interrogaban los libros que hablaban de tales materias, encontraba inmediatamente lo que requerían, dando amplio testimonio de que su gran memoria no se dejaba engañar; la cual conservó sin merma alguna hasta el fin de su vida. [8]

Llegó a conocer, por otro lado, un segundo fruto del obsequio o agasajo de Francisco Esteban de Habsburgo-Lorena, la Magliabechiana, «una biblioteca pública para beneficio universal de

la ciudad y, especialmente, de los clérigos, sacerdotes y seculares que no tienen forma de comprar libros y poder estudiar». [9] Los libros de Magliabechi ya habían sido trasladados, al menos en alguna cantidad, a las salas del Palacio Vecchio, aunque su poseedor mostró cierta disconformidad con su alojamiento y cuidado, [10] demandando que se habilitara algún otro espacio mientras terminaba de reformarse la «sala de comedias» [11] que acabaría convirtiéndose en ese conato de biblioteca popular conocida por su nombre. [12] Lo que había sido un «teatro de la comedia» o un «teatro para histriones» se transformaría, tras una larga y retardada reforma, en un «teatro del saber», en un espacio destinado a ser una infraestructura pública amparadora del primer depósito legal italiano, que era una forma de construir y reforzar el tesoro público de saberes compartidos. [13] Además de la exhaustiva catalogación del fondo aportado por Magliabechi, se añadieron las aportaciones del gran duque Gian Gastone de Médici, que conminaba a sus consejeros a

> que toda la biblioteca no solo se conserve, sino que también se aumente, con nuestro conocimiento cierto y con la plenitud de la autoridad soberana, no teniendo en mente otra cosa que el bien público, y todas aquellas felices consecuencias que se derivan de hacer buenos estudios comunes a todas las naciones. [...] Ordenamos a nuestros ilustrísimos lugartenientes y consejeros que, en nombre del público de Florencia, tomen posesión civil y efectiva de la Biblioteca de Antonio Magliabechi y de todo lo que a ella pertenece, y que a continuación, en nombre de la biblioteca pública, se haga la adición solemne del legado de los libros dejados por el caballero Anton Francesco Marmi [...] e instando a que se aumente el número de libros de dicha biblioteca, ordenamos que se obligue a todos los impresores de esta ciudad a entregar un ejemplar de cualquier libro que impriman en el futuro a dicha biblioteca pública, y que no se imponga ninguna otra condición a su impresión. [14]

Una biblioteca que olería a yeso y a maderas recién barnizadas, a tinta recién impresa, en la que se escucharía ocasionalmente la algarabía de voces provenientes de la Piazzale degli Uffizi o, incluso,

de la Piazza della Signoria, una idea de infraestructura y servicio público de la que, en realidad, solamente podrían disfrutar aquellos que dispusieran del rango, instrucción y motivación que les granjeara el acceso. Y no es difícil imaginar a Magliabechi cada mañana arribando al vestíbulo de la Biblioteca Palatina, como el custodio que guarda las puertas de acceso al paraíso, ingresando en aquella sala de lectura que debería oler a poder y privilegio, [15] a madera de tilo y a lienzos recién preparados, un espacio restringido reservado a duques, prelados y monarcas, a ocasionales estudiosos protegidos por algún soberano, un lugar en el que Magliabechi ejercía de asesor y cicerone, en el que «era muy puntual en ayudar a los extranjeros a ver las bibliotecas más conspicuas de la ciudad. Por la mañana siempre se reservaba para tales oficios, dejaba sus otras obligaciones y actuaba en la Biblioteca Palatina» [16] como un san Pedro benevolente a las puertas de aquel paraíso vegetal.

Tres bibliotecas como tres encarnaciones de un posible edén en la tierra, todas ellas tuteladas por un mismo ángel custodio, un personaje que se había volcado tanto en la lectura y el estudio, en el cuidado de aquellos oasis letrados, que se había olvidado de sí mismo, de su aspecto, de su cuidado e higiene, de las más elementales reglas del decoro social. [17]



Medalla de bronce con la efigie de Antonio Magliabechi realizada en el año de su muerte (1714).

La fama de Antonio Magliabechi llegaría hasta tal punto y fue tan infrecuente para tratarse de un humilde custodio de baja extracción que Francesco de Ficoroni, anticuario romano, acuñó una medalla en cuyo anverso podía verse el rostro ajado, despeinado y de perfil de Magliabechi y en cuyo reverso representaba a este republicano de las letras sentado en el jardín de su casa, con un libro entre las manos y algunos otros desperdigados por el suelo, en conversación con sus distantes semejantes, quizás el mismo Diógenes, con quien tan a menudo llegó a comparársele, tanto por su sabiduría como por su apartamiento. *Scire nostrum reminisci,* dice el lema inscrito en el reverso, algo así como «para conocer nuestros recuerdos», «para conocer nuestra memoria».

Es cierto que Magliabechi no murió sentado con un libro en las manos sonriendo plácidamente, pero hubiera podido ocurrir: «cuando le vencía el sueño», contaba Marmi,

> se quedaba dormido en la misma silla donde estaba acostado, sin tomarse nunca, o al menos muy raramente, la molestia de acostarse en la cama o de desvestirse, como su mismo criado nos ha informado, que solo en el invierno más riguroso, vestido como estaba, se metía en la cama bien envuelto en su capa, que le servía de guata para el día y de manta en tal ocasión, guardando en medio de su cama mal ajustada y descompuesta un calentador de agua caliente que había puesto en la cama y que había puesto en la cabecera, un caldero de fuego que le calentaría mejor, poniéndose, al hacerlo, en un peligro muy evidente de incendio irreparable, encontrándose completamente solo, ya que mantuvo encendida toda la noche su lámpara, única testigo de esa vida suya verdaderamente filosófica, con lo cual sucedió una vez en el mes de mayo que, habiéndose dormido, comoquiera que fuese el asunto, prendió fuego a las cortinas de su cama, la cual tenía siempre llena, como todos los rincones de la casa, de libros, algunos de los cuales perdió y otros de los que sufrió mayor daño. [18]

No murió Magliabechi en aquella ocasión, pero podría haberlo hecho, abrasándose en las llamas desprendidas por sus más fieles y queridos compañeros, imaginando quizás una eternidad de lecturas,

porque el ansia de leer y de conocer era en él insaciable y necesitaba de un limbo inacabable para satisfacerla.

El príncipe Fernando de Toscana, advertido de la dejadez de su protegido y de su necesidad de vigilancia y cuidados, dispuso que Magliabechi se trasladara a un apartamento en el Palazzo Vecchio, pero el bibliotecario se resistió durante un tiempo alegando que aquella mudanza interrumpiría sus estudios y amenazaría la integridad de su biblioteca. El 9 de mayo de 1708, ante la imposibilidad de seguir rechazando tan generosa y magnánima invitación, se trasladó al nuevo emplazamiento, no sin que el príncipe le garantizara que «para que su vasta biblioteca quedase primero para su libre uso, y luego para beneficio público, se ubicara en una gran sala situada en el interior del edificio de la galería real, que ya había sido utilizada en el pasado como teatro para comedias; y a este fin ordenó el príncipe que se dispusiese de ella y se librase del escenario y palcos y se redujese a tal conveniencia», [19] una biblioteca privada convertida en el germen de una posible biblioteca pública, un paraíso privado convertido en el germen de un elíseo público. La terquedad de Magliabechi, sin embargo, era legendaria e, insatisfecho e irritado por «la gran confusión en que sus libros habían sido colocados», regresó a su domicilio en la Via della Scala el 30 de septiembre del mismo año. Aún viviría allí durante seis años más, hasta aquel invierno extremadamente frío —de cuarenta y tres días fríos, como específica su biógrafo— de 1714 en el que debilitado por su falta de cuidados y de alimentación, por la privación de sueño y de vestido apropiado, yendo como todas las mañanas hacia su Biblioteca Palatina, «comenzó a sentir tal debilidad en las piernas y tan cierto temblor por la vida, que al instante se persuadió de retirarse a su casa durante aquella peligrosa estación». A lo largo de su vida, mientras leía resguardado

en su guarida, había escuchado como sonido de fondo las campanas de Santa María Novella, esa melodía de llamada a una forma de oración no tan distante de la que él practicaba en su propio cenáculo. El propio Magliabechi decidió que era momento de aceptar la invitación del prior dominico de aquel santuario para recluirse en su enfermería y recibir sus atenciones. Hacia el 20 de mayo su situación, después de fugaces restablecimientos, empeoró y, siendo plenamente consciente de su situación, llamó a quien luego se encargaría de redactar su biografía, el caballero Anton Francesco Marmi, para hacer testamento y confiarle sus últimas voluntades. A las siete de la tarde del miércoles 4 de julio de 1714 el memorioso, biblioteca viviente, docto y erudito príncipe de las ciencias y las letras humanas, aquel que nunca se separaba de la continua conversación con los libros, asombro del pueblo y de todos los sabios, Antonio Magliabechi, el hombre de baja estatura, de cabeza algo inclinada hacia la izquierda pero sin deformidad, de ojos pequeños y oscuros, con cejas eminentes y nariz grande y ancha, con frente no muy alta y arrugada y boca ancha, inmoderado en el uso del tabaco y gustoso del vino, expiró, y Federigo Nomi, presbítero, poeta y latinista italiano, dedicó estos versos de despedida, en *El cerrojo de Anghiari,* en alusión a la puerta que se le abría al paraíso perenne, a aquel hombre sin igual, aquel del que los siglos venideros oirían sus grandezas sin conocer nada semejante:

> Ese solitario que nunca se cansa de leerlo todo / y todo lo guarda en la mente, / de alma hermosa, pero de cuerpo feo, / que, como ves, se sienta allí en la hierba, / es Antonio Magliabechi: ahora disfruta del fruto / de su sudor desde su amarga edad, / mientras desde / la magna Italia, Francia, Iberia y Holanda le envían libros de todas partes. [20]

Muchas veces invitado a abandonar su domicilio para visitar las bibliotecas de Roma o de otras ciudades, Magliabechi no supo ni

quiso nunca abandonar la querida compañía de sus libros, aquel vergel personal, aquel pequeño o gran paraíso provisorio que era el pórtico del paraíso final.

Charles-Maurice Talleyrand
o la creación del paraíso terrenal

En el *Journal de Paris* del 12 de septiembre de 1790 podía leerse una larga noticia sobre la edición y la lectura pública de una obra sobre la educación comunitaria y el papel reservado a las bibliotecas del señor Talleyrand. El extracto decía:

> M. de Talleyrand reanudó la lectura de su informe o, mejor dicho, de su libro sobre la educación pública: duró otras tres horas. Los señores de Beaumez y Le Chapelier le prestaron ocasionalmente la ayuda de sus voces. Hay algo muy notable y muy halagador para el autor en el éxito que ha alcanzado esta obra. Era imposible que la atención de la gente no se cansara después de escuchar durante varias horas sin descanso una obra bien pensada sobre temas profundos; y, sin embargo, fue en los momentos finales y durante las últimas piezas cuando los aplausos fueron los más repetidos y los más universales. Este efecto solo pueden producirlo las obras que devuelven, por el placer que dan, las fuerzas que agotan por la atención que suscitan. Creemos que el juicio de la nación, de Europa y de la posteridad será que se trata de la obra más grande jamás producida por la Asamblea Nacional. [1]

El escrito causante de aquella conmoción, dirigido a la comisión nacional los días previos, entre el 10 y el 11 del mismo mes, titulado *L'instruction publique,* reclamaba con determinación que «es imposible, en efecto, haber penetrado en el espíritu de esta Constitución sin reconocer que todos los principios invocan la ayuda de una nueva instrucción», porque la educación pública era el fundamento de la liberación, la forma en que el pueblo no tendría que renunciar a sus propios pensamientos, como denunciaba

Talleyrand, la manera de alcanzar la verdadera libertad política. «Se declara que los hombres son libres pero: ¿no sabemos que la educación amplía constantemente la esfera de la libertad civil, y que es la única que puede mantener la libertad política contra toda clase de despotismo?» [2] Y Talleyrand proseguía desgranando las razones por las que resultaba imprescindible evitar la prolongación de la dominación social basada en la ignominia de la ignorancia, de la presunción interesada de que existen espíritus naturalmente ilustrados y espíritus naturalmente incultos, por eso proclives a la sumisión y a la rudeza:

> ¿No sabemos que, incluso bajo la constitución más libre, el hombre ignorante está a merced del charlatán, y demasiado dependiente del hombre educado; y que una educación general, bien distribuida, puede evitar por sí sola, no la superioridad de mentes que es necesaria, y que incluso contribuye al bien de todos, sino al imperio demasiado grande que esta superioridad daría, si cualquier clase de la sociedad estuviera condenada a la ignorancia? Quien no sabe leer ni calcular depende de todo lo que le rodea,

quien no sabe leer ni calcular depende casi por completo de los lugares comunes para pensar, para pensarse, y asume como corriente y aceptable tanto la limitación de sus expectativas como el orden establecido de las cosas, porque admite como natural lo que no es sino una arbitrariedad social.

> Los hombres son reconocidos como iguales y, sin embargo, ¡qué poco se sentiría esta igualdad de derechos, qué poco sería real, en medio de tantas desigualdades de hecho, si la educación no se esforzara constantemente por restablecer el nivel y, al menos, por debilitar las desastrosas disparidades que no puede destruir! [3]

Es difícil no compartir la emoción y el entusiasmo que debió de respirarse en aquella tarde de lectura pública, la incandescencia y la vibración de un mundo nuevo que se abría paso entre las cenizas del orden antiguo, el aroma turbulento y embriagador de una libertad

desconocida. Talleyrand fue, sin duda, un personaje contradictorio, un prelado que se atrevió a exigir el requisamiento de los bienes de la Iglesia en beneficio del bien común, que abogó por la educación pública y universal como medio para liberar las mentes de los sometidos, que postuló la creación de bibliotecas públicas, adheridas a los centros educativos, como el baluarte de la equidad y de la ilustración, y que supo sobrevivir a todos los regímenes sirviéndoles. Tal como podría leerse en el *Informe sancionado por la ley* del 26 de Fructidor del año V (26 de septiembre de 1796), «aumentar el número de bibliotecas, [...] enriquecerlas, es contribuir más de lo que se piensa al fortalecimiento de la República, a facilitar el aprendizaje de los ciudadanos, a consolidar entre ellos la verdadera igualdad, la de la ilustración de la que solo puede resultar la igualdad real de derechos». [4] En aquel *Informe sobre la instrucción pública* Talleyrand no había olvidado incluir la necesidad de una infraestructura sobre la que sostener el proyecto de una educación pública, liberadora y equitativa; en la sección titulada «Sobre las bibliotecas», exigía: «habrá una biblioteca en cada departamento, bajo la inspección particular del Directorio del departamento; y en los pueblos donde ya exista una biblioteca municipal establecida, esta podrá servir de biblioteca departamental, y estará bajo la supervisión del Directorio del departamento, y su fin principal no podía ser otro que el de garantizar a «toda persona que desee trabajar en una biblioteca pública» ser «admitida todos los días, excepto domingos y festivos, ya sea en la biblioteca o, en presencia del bibliotecario, en una sala especial de trabajo, si el local lo permite contigua al depósito general de libros». [5]

Es posible que aquel hombre de porte distinguido e inteligente, de mirada penetrante e inaccesible, de condición al mismo tiempo de libertador y de superviviente, tuviera mucho que ver con una

infancia de abandono y enfermedad, de soledad y padecimiento, de tenacidad y gallardía ante la adversidad y de deseo irredento de conservación y de resistencia.[6] Es cierto que sirvió bajo diferentes regímenes contrapuestos,[7] pero no lo es menos que sus convicciones, compartidas con muchos otros, sirvieron para la extensión de la escuela pública, de la expansión vinculada de las bibliotecas y de un programa sistemático de liberación por medio de la adquisición de nuevos conocimientos. Como escribiría uno de sus biógrafos, en el año 1868, Talleyrand era uno de esos «hombres de ese calibre» que «suelen perseguir con rigurosa circunspección e indomable perseverancia algún plan fijo o alguna idea predominante, adaptando sus medios a su objetivo, pero sin perder nunca de vista ese mismo objetivo, y sin sobrepasar nunca en esta persecución la línea que separa las dificultades de las imposibilidades».[8]

Seguramente fuera en el Hotel de Coigny, en el Club de 1789, donde coincidiera más asiduamente con otro titán de los ideales de liberación y autonomía, Nicolas de Condorcet, y que allí se fraguara una amistad y una complicidad que Talleyrand reconocería cuando, dirigiéndose a él por carta, le confesara que «usted es el único hombre con el que he podido intercambiar ideas libremente, sin miedo a ser malinterpretado».[9] Nicolas de Condorcet era un hombre de tez pálida y aire tímido y distinguido, tan aparentemente retraído como inteligente y determinado, con ojos pequeños y huidizos y una amplia frente dentro de la que debían amontonarse todas aquellas cavilaciones que aún hoy resuenan como los fundamentos de nuestra civilización contemporánea. En la agitación y el ardor de aquellos días, aquellas dos almas temporalmente gemelas disfrutaban de la fortaleza y la serenidad de los que poseen firmes convicciones. No podía ser coincidencia, por eso, que el mismo año en que Talleyrand publicara su *Informe,* Condorcet diera a conocer

su *Cinco memorias sobre la instrucción pública* porque, para él, la educación era también el principio innegociable de la igualdad, y las bibliotecas uno de los instrumentos infalibles de la liberación: «en vano», escribía hace tres siglos y sus palabras resuenan con suma vigencia en el tiempo, «se habría declarado que todos los hombres tienen los mismos derechos; en vano las leyes habrían respetado este primer principio de justicia eterna, si la desigualdad de facultades morales impidiera al mayor número de disfrutar plenamente de estos derechos». Desmantelada la absurda idea de que existieran seres humanos superiores a otros en cualidades y atributos, Condorcet demandaba que la educación tuviera como fin primordial el fortalecimiento del juicio individual con el propósito de que nadie dependiera de nadie, de que cada cual pudiera disponer de sus propias razones. Es difícil no sentir la cercanía de un hombre cuyo pensamiento atraviesa los siglos y puja por abrirse paso en una sociedad que sigue encubriendo las desigualdades, porque «basta para el mantenimiento de la igualdad de derechos que esta superioridad no conduzca a una dependencia real, y que cada persona esté suficientemente educada para ejercer por sí misma, y sin someterse ciegamente a la razón de los demás, aquellos derechos que la ley le ha garantizado». [10] Para que ese ejercicio constante de fortalecimiento fuera posible, Condorcet se anticiparía en sus demandas a las leyes que, posteriormente, dispondrían que todos los centros educativos dispusieran de bibliotecas, de lo que hoy denominaríamos bibliotecas escolares. La fundación de las Escuelas Centrales se promulgaría el 25 de octubre de 1795 y el decreto mediante el que se establecería el vínculo indeleble entre el establecimiento escolar y la biblioteca se publicaría el 5 de mayo de 1796. Varios años antes de que eso sucediera Condorcet había proclamado algo que ya sabemos: que en cada distrito y jefatura de

departamento debería haber una biblioteca que diera cobertura a la misión ecuménica de la educación. [11]

En todas las Declaraciones de aquellos años, la de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, de 1789, y la de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, de 1791, sobrevolaba la idea de que el paraíso terrenal podía advenir siempre que se construyera una sociedad libre e igualitaria y de que la educación y las bibliotecas públicas ejercieran el papel liberador que la Revolución les había encomendado. Talleyrand fue uno de los miembros del Comité de Constitución, encargado de redactar las declaraciones, y Condorcet fue uno de los miembros del Comité de Asuntos Generales, igualmente encargado de la redacción. Entre sus textos sobre la instrucción pública y las infraestructuras sobre las que debía apoyarse y las grandes declaraciones de vocación universal, no existía divergencia alguna, al contrario, porque la elevación de los derechos debía apoyarse sobre la instrucción y la equidad.

Todo había comenzado poco tiempo antes: entre el 2 y el 4 de noviembre de 1789 se promulgó la «puesta a disposición de la nación» de los bienes del clero, algo que el propio Talleyrand había apoyado en un discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional Constituyente el 2 de noviembre de 1789 [12] y en el que destacaba el papel que la expropiación tendría en el desarrollo de una sociedad más igualitaria, incluyendo en ello el patrimonio bibliográfico acumulado en las bibliotecas monacales. La Asamblea Nacional pretendía evitar la amenaza de una bancarrota del tesoro público confiscando las riquezas de la Iglesia, pero en aquel proceso de desamortización se encontraron con algo relativamente inesperado: centenares de bibliotecas con decenas de miles de libros que deberían conservar y convertir en patrimonio público. El 27 de julio de 1792 se pusieron «bajo la mano de la nación» los bienes

confiscados a los emigrados, los deportados y los condenados, una segunda provisión de bienes entre los que se encontraban, de nuevo, multitud de bibliotecas privadas que incrementarían el acervo bibliográfico del que sería el proyecto de bibliotecas públicas promulgado pocos años después. El 8 de julio de 1793 se suprimieron las sociedades científicas y académicas y, con esa liquidación, se hizo acopio de otra cantidad importante de obras técnicas y eruditas que acabarían formando parte de los aproximadamente diez millones de volúmenes que podrían ponerse a disposición de esa nación a la que apelaban los revolucionarios.

La idea de que el conocimiento había estado apresado y embargado, de que la ignorancia podía y debía combatirse mediante la puesta a disposición pública de esos saberes decomisados, de que los libros eran el instrumento a través del que cualquiera podría adquirir la instrucción necesaria y de que las bibliotecas públicas debían ser la nueva infraestructura social sobre la que soportar el desafío del acceso universal, formaba parte de las elucubraciones intelectuales de buena parte de los revolucionarios.

En 1790 el abad Tuet, canónigo de Sens, publicaba el ejemplar titulado *Projet sur l'usage que l'on peut faire des livres nationaux,* y en sus páginas advertía de que entre todos aquellos bienes enajenados los libros no eran un bien más, vendible y expropiable, sino el fundamento sobre el que construir sólidamente un futuro luminoso:

> de todos los bienes nacionales, este es uno del que la nación no puede abandonar su propiedad. Al conservarlo, no renuncia más que a un beneficio pecuniario muy módico para que merezca su atención. A pesar de las presiones que sufre de todos lados, está en su dignidad, e incluso en su interés, ponerse más allá del socorro que solo puede aliviarla por un momento, y cuyo económico sacrificio le proporcionará una ventaja inestimable por su tamaño y duración, la de establecer el hogar de las Letras. [13]

El hogar de las letras, la red de bibliotecas públicas garante del acceso colectivo a las fuentes del conocimiento, la infraestructura social más crítica por cuanto suponía la posibilidad de saciar esa sed largamente aplazada:

> es hora de encender por fin la sed de conocimiento. El sentimiento de esta necesidad (lo digo con pesar, y sus habitantes me perdonarán por reprocharles una falta de la que son más bien las víctimas que los autores), el sentimiento de esa necesidad es muy raro entre ellos. Apenas hay un hombre alfabetizado entre cien habitantes de la ciudad: sin embargo, este pequeño número, hecho para iluminar al resto de sus conciudadanos, es entre ellos como una luz oculta bajo un celemín. [14]

Jean-Charles-François Tuet nació en el año 1742 en el seno de una familia noble de Lyon y fue ordenado sacerdote en el año 1777, lo que no le impediría, como a su contemporáneo Talleyrand, desempeñar un importante papel en la Revolución francesa reclamando la separación de Iglesia y Estado para garantizar la libertad de culto y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, exigiendo la expropiación de los bienes del colectivo corrupto y opresivo al que él mismo pertenecía, y defendiendo a ultranza los ideales de la libertad, la igualdad y la fraternidad sostenidos, en buena medida, sobre la idea de que los libros y las bibliotecas eran un bien supremo sobre el que asentarlos: «¿Quieres enseñar a los hombres?», se preguntaba: «consígueles libros, es el único secreto para disipar la oscuridad de la ignorancia y elevar el conocimiento al nivel de estima que merece». [15]

Aquel clima de ebullición letrada, aquel aire de libertad que impregnaba cualquier programa o acción, no fue patrimonio exclusivo de una clase intelectualmente asentada o de una burguesía proclive al cambio, sino también de los intendentes municipales o departamentales que deseaban transformar los grandes principios de la revolución en beneficios concretos. El 3 de

octubre de 1792 los administradores del departamento francés de Maine y Loira enviaron una petición por escrito a los miembros de la Convención instándoles a que les permitieran crear una biblioteca pública con los volúmenes confiscados durante la Revolución, una declaración en la que los libros y la lectura constituían el fundamento de una revolución irreductible y memorable. «Los buenos libros», escribían,

> han hecho nuestras dos revoluciones. Solo los buenos libros pueden hacer que su éxito sea permanente y glorioso. Es haciendo circular, por decirlo así, canales de instrucción en todos los departamentos, y al alcance de todos los ciudadanos, como la sana filosofía, que no es otra cosa que el amor a la libertad y a la igualdad, podrá arraigar y fructificar en todas las almas... Señores legisladores, les pedimos, les rogamos con las más fervientes súplicas, que nos autoricen a reunir en un establecimiento público los libros que, en nuestro departamento, se encuentren a disposición de la Nación. Todos nuestros electores os piden este beneficio y, en el momento de dejar el cargo, sería bueno que hubiéramos obtenido para ellos un monumento donde, a través de la lectura de Platón, de Sidney y Rousseau, pudieran fortalecer su amor a las buenas leyes y su odio a los tiranos. [16]

Poco tiempo después, el 3 de Pluvioso del año II (22 de enero de 1794), los comisarios del consejo ejecutivo de Córcega, dirigiéndose al Comité de Salud Pública, hacían constar sus consideraciones y sus peticiones respectivas: «ya se sabe que el mayor mal de los corsos es la ignorancia... Los individuos no tienen gusto por los libros y ni siquiera existe una buena librería en Córcega... Si queremos consolidar allí la libertad y hacerla verdaderamente francesa, la ilustración debe llegarles a raudales...». [17] Los libros y las bibliotecas abiertos a la consulta, liberados de la posesión privada de sus depositarios, cabalmente administrados, irrigados por todo el territorio francés como si se tratara de un antídoto imprescindible contra la ignorancia, del fundamento sólido de un nuevo sujeto político, de la garantía inconmovible de justicia y de libertad. Incluso

nobles favorables a la Revolución y a la abolición de los privilegios de clase abogaron por la instalación de bibliotecas de libre acceso que proporcionaran los conocimientos prácticos necesarios para el desarrollo de las comunidades agrícolas: Armand-Joseph de Béthune, duque de Châtrost, conocido por sus prácticas filantrópicas y su celo en el progreso de la agricultura y la industria, publicó en el año 1795 las *Vues générales sur l'organisation de l'instruction rurale en France,* en las que preconizaba la creación en cada cantón de una granja modelo dotada de una biblioteca: «una biblioteca que contenga los libros que han tratado de una manera útil de la agricultura en general, los tratados particulares, todas las instrucciones dadas por el gobierno, todo lo que ha sido o será impreso, y que pueda contribuir al perfeccionamiento de la economía rural, debe, según parece, presentar a todos los ojos una utilidad demasiado evidente para que no pueda ser considerada como parte esencial de una institución rural».

La historia del decomiso de las grandes colecciones monacales y nobiliarias, de su proceso de selección y catalogación, de su idoneidad o no para la constitución de los fondos de las bibliotecas públicas, de lo que resultaba apto para la consulta, para la venta o para la destrucción, de las resistencias de los departamentos para revelar la verdad a las distintas comisiones centrales sobre la composición de sus colecciones, temerosos de perder lo que habían requisado, es prolija y puede distraer de cuál fuera el propósito real de los ilustrados. [18]

Todos aquellos sueños de universalización del conocimiento se concretaron el 27 de enero de 1794 (el 8 de Pluvioso del año II) en el *Decreto relativo al establecimiento de las bibliotecas públicas en los distritos.* [19] En su artículo primero se refería a la obligación que debían adquirir las administraciones de distrito para procurar un

inventario fehaciente de los bienes incautados, fundamentalmente libros, pero también grabados, pinturas, dibujos o cualquier otro bien que pudiera conformar parte del patrimonio nacional. En su artículo segundo, refiriéndose al emplazamiento, el presupuesto y la infraestructura, podía leerse: «las administraciones de distrito propondrán, entre los edificios nacionales situados en su distrito, un lugar adecuado para establecer una biblioteca pública; enviarán al departamento una indicación al respecto, junto con una estimación de los gastos necesarios para albergar la biblioteca y los demás objetos designados en el artículo 1». [20] El 16 de noviembre de 1794, algunos meses después de la promulgación del decreto de bibliotecas públicas, otro sacerdote partidario de la laicización de la educación, de la propagación de los valores republicanos y de la separación de poderes, Joseph Lakanal, se dirigía a la Asamblea Nacional con la solemnidad y el empaque que requería el alumbramiento de un nuevo orden a propósito de la instauración de la educación primaria universal. Casi resulta posible escuchar la tensión contenida de aquellos parlamentarios expectantes ante el nacimiento de un nuevo derecho general:

> ciudadanos, el orden social se funda en las leyes; las leyes se apoyan en la moral; la moral se refina y conserva por la educación: instrucción y educación deben caminar juntas y prestarse mutuo apoyo, pues como dijo un célebre filósofo: el hombre no se forma [en] dos etapas. Para derrocar la tiranía, el primer paso que hay que dar es difundir la ilustración; sin ella, el frío inactivo de la ignorancia llegaría pronto hasta los confines del cuerpo social, y habríais llevado a los franceses al estado de degradación al que quería reducirlos uno de los visires que nombramos ministro, quien se lisonjeaba de que pronto en Francia solo se imprimirían almanaques. Es indudable que ha llegado el momento de proveer una de las necesidades más esenciales y más descuidadas de la República; apresurémonos a establecer la enseñanza, pero sobre un plan más nacional y más orgánico, más digno, en una palabra, de nuestros destinos futuros. [...] He aquí el decreto que me han pedido que les presente. [21]

Entre el olor a basura y excrementos,[22] a sangre y muerte[23] y a pólvora y humo se alzaba el cautivador aroma a libertad e igualdad, al pan recién horneado[24] de las nuevas esperanzas. Fue el 25 de octubre de 1795 (3 de Brumario del año IV), la víspera de la disolución de la Convención, cuando se aprobó la Ley de Educación, basada en el plan de organización propuesto por Condorcet a la Asamblea Legislativa, marco dentro del que cobraba pleno sentido la extensión de las bibliotecas públicas y escolares. El filósofo ya no estaba allí para ver la realización de su obra y disfrutar de su triunfo. Falleció en prisión el 29 de marzo de 1794, después de haber sido arrestado por los jacobinos por oponerse a la violencia y al terror, y redactar una de sus obras fundamentales, el *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*. Había sido tan modesto en vida, tan poco hábil para promocionarse, que muy pocos hombres valoraron el considerable papel que realmente desempeñó en el acontecimiento. El público ni siquiera lo sospechaba, y ciertos políticos, mientras aún vivía, solo encontraron en este memorable servicio a la sociedad un motivo más para perseguirle y derribarle.

Tampoco Charles-Maurice de Talleyrand conocería mejor suerte, aunque sí asistiera al anuncio de la Ley de Educación: en el año 1797 sufriría el segundo de sus exilios, acusado de apoyar, como en el primer caso, la causa realista y de conspirar para la restauración de la monarquía, algo que le unía a la opinión y la postura de Condorcet. En la hoguera de la Revolución ardieron muchos de sus hijos porque cuando las llamas prenden son insaciables. No bastaba con anticiparse a la misma cámara constituyente ni a la legislativa en sus demandas de libertad e igualdad, de educación universal, de infraestructuras bibliotecarias, de acceso irrestricto al conocimiento o de emancipación de las mujeres y de los esclavos, porque son siempre los que toman el poder quienes establecen lo que resulta

legítimo o ilegítimo defender, lo que es ortodoxo o inconforme a los altos designios que establecen, aunque esos propósitos sean siempre cambiantes y tornadizos.

«Una buena biblioteca», escribiría Talleyrand en sus *Memorias,* «ofrece ayuda a todas las disposiciones del alma», [25] a todos los humores y situaciones, a todos los accidentes y circunstancias en las que un ser humano pueda encontrarse, por muy aciagos que resulten. Esa predisposición a configurar una biblioteca como un fortín del pensamiento y un bastión de la independencia floreció en su juventud, en los momentos en que se cimenta la personalidad y se orienta el espíritu: «mi primera preocupación», relataba Talleyrand cuando era joven y se estableció en la Rue de Bellechasse en París,

> fue constituir una biblioteca, que más tarde se convirtió en inestimable por la selección de libros, la rareza de las ediciones y la elegancia de las encuadernaciones. Intenté entablar amistad con los hombres más distinguidos por su vida pasada, o por sus obras, o por su ambición, o por el futuro que prometía su nacimiento, sus relaciones, sus talentos. Colocado así por mi propio impulso en el vasto círculo donde tantos hombres superiores brillaban de tantas maneras diferentes, me entregué al orgulloso placer de creer que toda mi existencia era solo mía. [26]

Una existencia solo suya, una vida propia, un criterio independiente, algo que cualquiera podría ambicionar. «A partir de entonces», rememoraba, «mis ideas siguieron siendo mías: los libros me iluminaron, pero nunca me esclavizaron», porque el valor primordial de los libros no era subordinar a sus lectores, sino fortalecer su juicio independiente, liberado de ataduras externas y de sumisiones íntimas. «No examino si está bien o mal, pero así me educaron. Esta educación por sí sola debe tener algún valor.» [27] El valor, sin duda, de la soberanía personal y colectiva al que las bibliotecas debían contribuir fortaleciendo el criterio personal,

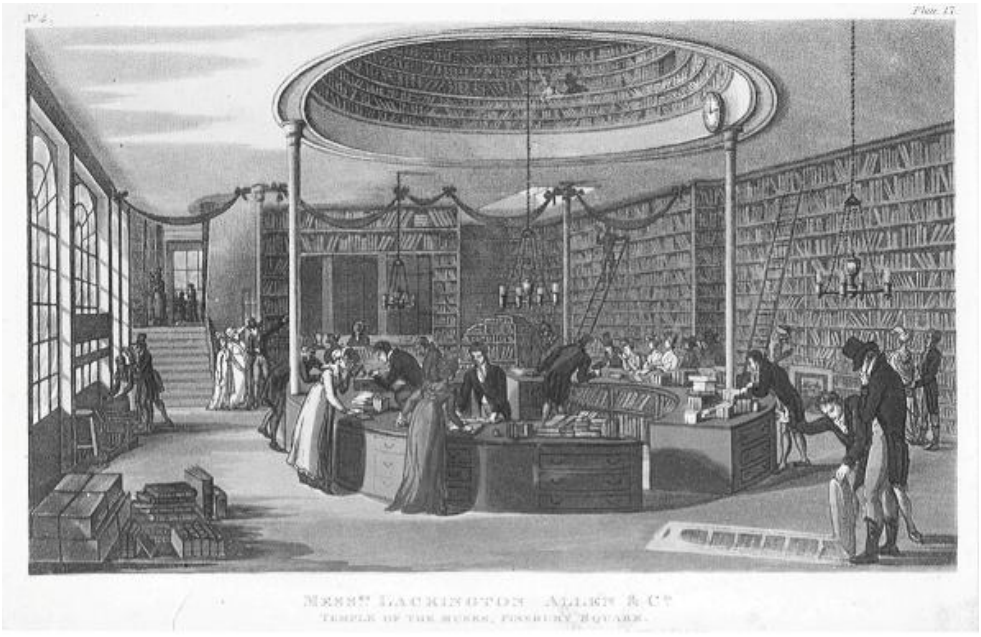
facilitando el aprendizaje de los ciudadanos, consolidando entre ellos la verdadera igualdad de deberes y derechos, propagando los valores de la República y de la Ilustración. Una promesa de paraíso en la Tierra.

William Lovett
o el paraíso cartista de las salas de lectura

En la edición del 6 de febrero de 1847 del *Chamber's Edinburgh Journal* podía leerse la reflexión de un editor británico, seguramente James Lackington, sobre la supuesta paradoja de la creación masiva de contenidos y la circulación de los libros para quien no quiere o no puede, aparentemente, disfrutarlos:[1] «la gran pregunta, sin embargo, sigue siendo: ¿las masas, es decir, el grueso de las clases trabajadoras manuales en la ciudad y el campo, desean realmente comprar hojas literarias? ¿No es un engaño y una falacia que los editores como nosotros imaginemos que estas clases tengan gusto por la lectura o que sea posible crearles ese gusto?». Esas preguntas, que cualquier despistado podría seguir formulándose hoy, ignoran, consciente o inconscientemente, que cuando no existen las condiciones adecuadas para desarrollar un gusto, una práctica o una propensión, ni se desarrolla, ni se practica ni se expande, simplemente. O dicho de otra manera: cuando las condiciones materiales, educativas y culturales no han permitido que se genere el hábito cultural de la lectura y de muchas otras formas solidarias de práctica cultural (sea la visita a museos, a conciertos, a salas de cine o teatro, etcétera), la lectura, los libros, las librerías y las bibliotecas son perfectamente ajenos, distantes, no inalcanzables sino, simplemente, indeseables.

Planteadas las preguntas de la manera en que lo hizo aquel librero que arriesgaba su capital en la impresión de aquellas hojas informativas —y en que lo siguen haciendo todos los que ignoran o pretenden ignorar las diferencias debidas al origen social y a la herencia cultural—, pareciera como si la desafección de los obreros procediera de la ignorancia y la desidia, de alguna clase de incapacidad patológica, de un desorden mental que no cupiera subsanar por su ineptitud intrínseca. Claro que eso siempre comporta que si hay infradotados deben existir los que fueron graciosamente distinguidos con el don contrario, los que sí disfrutan con la lectura, los que frecuentan con solvencia las bibliotecas y los que acceden sin remilgos a las librerías sabiendo lo que buscan. A lo largo de la historia, hasta nuestros días, lo que son meras diferencias de origen social se transmutan, por el arte de la magia social, en diferencias de origen natural, y resulta por tanto comprensible que un editor en el siglo XIX se cuestionara la pertinencia y la viabilidad de arriesgar su capital en una empresa imposible: ¿cómo revertir la falta de gusto literario, la ausencia de disposición intelectual, la timidez y el apocamiento ante la puerta de una librería o ante el estante de una biblioteca? Aquel empresario que se cuestionaba públicamente su estrategia comercial llegaría a ser el más famoso e importante librero británico, el que fundara la librería El Templo de las Musas,[2] el que desarrollara un nuevo sistema de distribución para alcanzar todos los rincones del Reino Unido, el que vendía a crédito y el que se valió del furor lector de aquellos años cartistas[3] para fundar su pequeño imperio editorial. «Después de haber tenido en cuenta la inadecuación de las hojas literarias existentes, las nuestras incluidas, al gusto de las clases trabajadoras, nos inclinamos a pensar que una gran parte de ellas se convertiría en compradora si el artículo se pusiera claramente a su alcance», reflexionaba el

empresario, porque percibía que en aquellos años de agitación política y de lucha democrática se había incrementado el apetito intelectual de los trabajadores, que la circulación de periódicos, libros, panfletos, carteles y almanaques formaba parte de la dieta mediática de los conjurados, y que era necesario satisfacer esa hambre creciente. La neblina del supuesto desinterés cultural se veía disipada por la acuciante necesidad de armarse intelectualmente ante el ala más conservadora y recalcitrante del Parlamento.



El Templo de las Musas.

Pero romper esa barrera invisible, impalpable, que impide física y mentalmente a las personas acceder a los templos culturales, atreverse a traspasar el umbral de una librería, una biblioteca o un museo, plantearse siquiera la conveniencia o la deseabilidad de hacerlo, no es una tarea sencilla. No es una labor fácil porque quienes no pueden o no se plantean siquiera hacerlo lo viven, a menudo, como una limitación personal o, también, como un rechazo visceral, y porque quienes son usuarios regulares y habituales de

esos servicios lo viven como un don privativo, como una predestinación cumplida, de manera que la diferencia que se origina por razones meramente sociales acaba percibiéndose como naturalmente natural. Nadie que no perteneciera a una clase abiertamente acomodada osaría cruzar la puerta de la librería más famosa de Londres, El Templo de las Musas, porque ni dispondría del interés, de la formación, del conocimiento y de la disposición corporal necesarios para hollar aquella capilla laica. Imaginar que un proletario menesteroso pudiera coexistir en aquel espacio amaderado presidido por un templete coronado por una cúpula hecha de libros con un público ataviado con sus mejores galas y ornamentado con sus más galantes maneras, era como imaginar a un mono visitando la ópera. «En la actualidad», reconocía acertadamente Lackington, «pocos de ellos entran en las librerías», refiriéndose a los obreros y los trabajadores cartistas amotinados, «y si no se frecuentan estos establecimientos de libros, no pueden, según los viejos usos, convertirse en compradores de libros».

Cierto era que en aquella década algo menos que prodigiosa, la que fue de los años 1838 a 1848, resultaría improbable que a un jornalero se le pasara siquiera por la cabeza la posibilidad de profanar un templo para cuyo culto no estaba preparado, pero también es verdad que entre las reivindicaciones de sufragio universal masculino, elecciones anuales al Parlamento, igualdad de representación electoral o reducción de la jornada laboral, se encontraba la de procurar que la circulación del conocimiento no fuera gravada con impuestos abusivos porque, como William Lovett adujera, se trataba de «un primer paso necesario hacia el establecimiento en este país de instituciones verdaderamente democráticas». [4] Entre los líderes del movimiento cartista —y Lovett fue fundador de la London Working Men's Association y de una

librería en Tottenham Court Road— la oposición a los impuestos sobre el conocimiento fue radical, porque sabían que podía constituir el fundamento del empoderamiento y la liberación. «La pobreza no se debe a la escasez, sino a instituciones sociales injustas», [5] había afirmado Lovett, y esa pobreza no se refería solamente a la material, sino también a la espiritual, y de lo que se trataba, en consecuencia, era de combatirla en todos los terrenos, incluyendo el de la fundamentación intelectual de sus reclamaciones poniendo «los conocimientos políticos al alcance de las clases laboriosas». [6] James Lackington imaginó una nueva red de distribución en la que los libreros rurales se convirtieran en agentes comerciales dispuestos a llegar hasta la puerta del domicilio de sus potenciales lectores porque sostenía que «el único medio seguro de llegar a las masas es actuar agresivamente, llevar la librería a sus puertas y chimeneas». [7] William Lovett escribió en sus memorias que «no había ninguna librería en la ciudad, apenas se vendía el periódico, salvo entre los pocos burgueses, y en aquella época una parte considerable de la población adulta no sabía leer», [8] de manera que para subsanar aquella deficiencia en un momento histórico en el que resultaba crucial robustecer y ejercitar el criterio de los trabajadores, abrió una pequeña librería y se unió a una de las muchas asociaciones literarias o círculos de lectura que proliferaron por entonces. Sabía, por experiencia, que aun habiendo nacido «con deseo de saber, no tenía libros que me iluminaran ni un maestro que me instruyera», [9] de forma que era necesario pugnar contra la inercia socialmente condicionada de la ignorancia valiéndose de los recursos que pudiera tener a su disposición: «lo primero que me estimuló a la investigación intelectual, y que sentó las bases de los pocos conocimientos que poseo, fue que me introdujeron en una pequeña asociación literaria denominada Los Liberales, que se

reunía en Gerrard Street, Newport Market. Estaba compuesta principalmente por trabajadores que pagaban una pequeña suscripción semanal para la formación de una selecta biblioteca de libros que circulaban entre ellos. Se reunían, si no recuerdo mal, dos tardes a la semana, y en una de esas ocasiones solían tener algún tema de discusión, ya fuera literario, político o metafísico». [10]

No todos los libreros estaban dispuestos a poner a la venta prensa o literatura potencialmente sediciosa, comprometedora, como pudiera ser el caso del *Poor Man's Guardian,* de manera que la censuraban y la excluían del comercio, lo que condujo a los activistas a ubicar anuncios «buscando personas para venderlos en las calles y de casa en casa, y nos encontramos con muchos voluntarios; algunos de ellos por un sincero deseo de servir a la causa, y otros por el mero beneficio insignificante que les ofrecimos, que generalmente era una reserva de periódicos para empezar, y una libra en dinero por cada mes (o menos tiempo) que pudieran sufrir encarcelamiento». [11] Una labor arriesgada, a caballo entre el compromiso y la supervivencia, en todo caso necesaria.

Prensa, libros, panfletos, librerías, círculos de lectura, reparto callejero de prensa gratuita o a muy bajo precio, nuevas formas de distribución a domicilio para garantizar que ni un solo trabajador quedara sin su ración de sustento intelectual, bibliotecas de los institutos mecánicos y bibliotecas circulantes. Con todo, a pesar de la multiplicación de los canales y del incremento de la disponibilidad de los escritos, seguía existiendo una necesidad insatisfecha, un «requisito esencial» parcialmente incumplido, el de procurar «hacernos con una selecta biblioteca de libros, eligiendo al principio aquellos que mejor nos informen de nuestros derechos políticos y sociales», combinando, «en la medida de nuestras posibilidades, el estudio con la recreación, y participando en cualquier diversión

racional (no asociada con los medios de intoxicación) que se considere que pueda calmar nuestras ansiedades y aliviar nuestros trabajos». [12]

Hacerse una selecta biblioteca de libros en la que compaginar el deleite de la lectura con el de la configuración del criterio político y con el de la construcción de una comunidad solidaria. De eso se trataba, de «esforzarse por hacer que la tierra estuviera más de acuerdo con el cielo», [13] de crear un mínimo paraíso de fraternidad ilustrada radicado en la sala de lectura de una biblioteca compartida, de impulsar aquellas instituciones que hicieran a una nación ilustrada, próspera y feliz, no ignorante, pobre o degradada. La circulación de aquella literatura barata y asequible contribuyó, sin duda, a la formación de las clases trabajadoras, de la misma forma en que lo hicieron la «gran extensión de los cafés y salas de lectura de nuestras grandes ciudades», algo que favoreció, definitivamente, «la mejora mental y moral resultante de su establecimiento». [14]

En aquel esfuerzo organizativo por darse los instrumentos de una nueva ordenación social, Lovett escribió en 1840 una suerte de manual, *Chartism: A New Organization of the People,* en el que incitaba a que en «cada sala de distrito se construirá de tal manera que tenga (además de sus otras dependencias) dos salas altas y espaciosas, una encima de la otra, que sirvan de aulas durante el día y de salas de conferencias, lectura, etcétera, por la noche». [15] Aquella pauta constructiva perseguía un propósito político «porque, combinando lo instructivo con lo entretenido, poniendo al alcance del campesino aislado y del mecánico rural obras de las que de otro modo nunca oiría hablar, relativas a las mejoras del arte, a los descubrimientos de la naturaleza, a las bellezas de los escritores antiguos, a las producciones de la literatura moderna y a los más útiles e instructivos de nuestros escritores políticos, se generarían

entre ellos hábitos de lectura y reflexión, se apreciarían sus derechos y deberes, se mejorarían sus gustos, se erradicarían sus supersticiones y prejuicios, y se convertirían en miembros más sabios, mejores y más felices de la comunidad». [16] Un sueño de equidad y de ilustración amparado en la lectura, en la diseminación de salas de lectura, de bibliotecas de libre acceso, por todo el territorio británico.

La teorización sobre las características, razones y usos de aquellas salas de lectura, de aquellas bibliotecas populares, vendría años después, en 1858, cuando un simple oficial de imprenta, James Wall, publicó un decálogo retrospectivo sobre la naturaleza de aquellos espacios inusitados en los que se ejercía conscientemente el derecho a la educación y a la información:

> 1. Las salas de lectura para trabajadores están controladas exclusivamente por hombres dependientes de salarios semanales.
> 2. Los miembros gozan de la libertad deseada de leer libros, así como periódicos, sobre política partidista y religión sectaria; y se someterán a cualquier regla o restricción que pueda ser impuesta por una mayoría de ellos mismos.
> 3. Estas salas, que son numerosas en la ciudad, tienen principios constitutivos distintos, se hallan en las proximidades de sus viviendas, no requieren gran preparación en el vestir, dan a cada uno de sus miembros su turno en su gobierno, inculcando el sentido de la responsabilidad y cultivando los hábitos de la prudencia y la discreción, fomentando las cualidades vitalmente importantes (comparativamente raras entre las clases trabajadoras) del autorrespeto y autonomía, y fortaleciendo la fuerza de pensamiento, la facilidad de expresar las ideas y buenos hábitos en los negocios; todo lo cual parece surgir naturalmente del hecho de que la institución sea dirigida por ellos y no para ellos.
> 4. Están abiertos durante la mayor parte o la totalidad del día de reposo, lo que contribuye en gran medida a mejorar las costumbres y la respetabilidad de la gran mayoría de las clases trabajadoras, para las cuales los bares son demasiado seductores.
> 5. En estas salas se imparte, a horas fijas, la instrucción más sencilla y elemental; y como muchos de los socios, al ingresar, ni siquiera saben leer, se ha previsto la lectura en voz alta de los periódicos a horas fijas.

6. Que los pagos se efectúen cada semana; y que los miembros que temporalmente, y por el tiempo que sea, no puedan pagar el penique semanal, estén exentos, por una regla fundamental, tanto del pago como de la deuda, regla que se ha comprobado que funciona muy admirablemente.

7. El número y la variedad de las salas de lectura de una ciudad ofrecen un alojamiento agradable a los hombres de gustos y costumbres diferentes.

8. Los comités solo se eligen por períodos cortos, por un mes o por tres meses, nunca por un año; en algunos casos, de hecho, nunca se nombra un comité; los deberes, en tal caso, son cumplidos satisfactoriamente por los miembros presentes a la hora señalada para la reunión y se encuentra que así el problema, el interés, y la adquisición de conocimientos y hábitos de negocios, se difunden más generalmente entre los miembros de la institución.

9. Todos los regalos en forma de libros, o dinero, o periódicos, o cualquier otra descripción, deberán llegar libre e incondicionalmente.

10. Todos los bienes de la institución se invierten en el cuerpo elegido popularmente para prevenir la dispersión o la enajenación de estos, así como para protegerlos de los fideicomisarios que, por falta de un poder de control sobre ellos, puedan resultar molestos o hacer que la institución se convierta en un fracaso. [17]

Una biblioteca autogestionada, con cargos de responsabilidad rotatorios, que procura instrucción elemental y autonomía personal, que preserva la libertad en la selección de las lecturas, que ampara el respeto mutuo y la construcción de una comunidad de lectores que practica la cortesía como salvoconducto intelectual, que fomenta el acceso mediante la creación de una red de cercanía y unos horarios de apertura extensos y flexibles. Una forma de culminación histórica del propósito de las bibliotecas que, de una configuración aristocrática, reservada a los pocos elegidos que pudieran disfrutarla, se convierte en un espacio abierto de reconocimiento mutuo, de generación de sentido de un colectivo comprometido, de formación en los conocimientos más avanzados o elementales. Un espacio frugal, modesto, que olería a papel barato y a los sudores de la refriega laboral si la lectura se producía entre semana, o a camisas limpias y a la novedosa ilusión de disfrutar de una habitación propia si se trataba de una escuela dominical.

Aquel movimiento de emancipación fundamentado en la red de bibliotecas obreras no podía quedar sin censura, sin reconvención y sin el intento de reconducir la amenaza de desorganización hacia la reconstrucción del orden social establecido. En el año 1757 el autor y diputado Soame Jenyns argumentó que «animar al pobre hombre a leer y a pensar, y así a ser más consciente de su miseria, sería ir en contra de la intervención divina», [18] y aquella tesis resultaba definitiva por irrebatible, porque nadie en sus cabales podría cuestionar la intención celestial de dividir a los seres humanos en clases con derechos, responsabilidades y atribuciones radicalmente diferentes. En la alquimia de lo social siempre ha sido un recurso recurrente y muy socorrido apelar a que el orden está inscrito en las estrellas aunque su configuración provenga de artificios y estratagemas sociales. Condenar a la ignorancia a los obreros no solamente no era un atentado contra las normas más elementales de la democracia igualitaria y de la equidad social, sino que reforzaba los mandamientos divinos de segregación y discriminación obligatorios. «Entonces», se preguntaba el autor anónimo de una colección de ensayos publicados en el año 1788, «¿por qué habríamos de esforzarnos en descalificar a un grupo de hombres que se dedican a las tareas inferiores que realizan con gran satisfacción? La lectura es la falacia del ocio sedentario», [19] el embuste que infla y deforma inútilmente las expectativas de una clase social (aparentemente) satisfecha con su destino. [20]

Hubo quienes sostuvieron, curiosamente, lo contrario, caballeros que, socialmente distanciados, suponían que la lectura podía constituir un instrumento de suma utilidad para que los trabajadores asumieran de forma pacífica los límites de sus expectativas y entendieran que no había contradicción, incompatibilidad o enfrentamiento entre el capital y el trabajo. Charles Knight, conocido

editor de la época, dejó escrito con sutileza en la introducción a las *Memorias de un trabajador,* de 1845, que «no debe deducirse que un hombre que desempeña diligentemente todos los deberes de la profesión más humilde sea necesariamente ignorante; o que si alcanza algunas de las adquisiciones que antaño se consideraron propias de los nobles, los ricos y los eruditos profesionales, deba estar descontento con su posición y volverse incapaz de desempeñar los oficios por los que reclama una parte del fondo de trabajo, que es la única herencia de él y de su clase». [21] Educar a las masas obreras no solo no debía comportar ningún amago o peligro de rebelión, sino, al contrario, una profunda toma de conciencia, agradecida, del lugar que le correspondía en el orden social vigente. Knight fue un adelantado a su tiempo porque formuló de manera precisa lo que hoy podría entenderse por una descripción intachable del procomún en un tiempo en el que la propiedad de los medios de producción y el reparto de la riqueza y el conocimiento parecían todavía en manos de unos pocos: «está comenzando a percibirse que el conocimiento es la propiedad común de la familia humana, la única propiedad que puede dividirse en partes iguales sin perjudicar al conjunto», [22] escribió en aquel prólogo, pero aun cuando la lectura fuera considerada como una bendición que daba acceso a las fuentes inagotables del conocimiento compartido, no debía nunca comportar el cuestionamiento del orden establecido.

El debate entre la pertinencia o no de capacitar en la lectura a los trabajadores y de permitirles el acceso a la información y a la prensa, entre la bondad o maldad intrínseca de esa práctica, desembocaba en la misma lógica de la reproducción del orden social y de la aquiescencia consentida.

El martes 22 de mayo de 1849, los miembros del comité encargados de deliberar sobre la intervención estatal en la

constitución de una red de bibliotecas públicas [23] llamaron a declarar a William Lovett, acreditado defensor de los derechos de los trabajadores y activista reconocido en la construcción de salas de lectura y bibliotecas obreras. En aquella sala imponente del Parlamento británico, con comparecientes entogados y el pesado aire del recelo y la sospecha sobrevolando el ambiente, los miembros más selectos de la sociedad victoriana se preguntaban si la apertura de bibliotecas públicas y la exposición de las clases trabajadoras a la lectura podrían entrañar el menor atisbo de conspiración social o, por el contrario, podría constituir el fundamento de un contrato social renovado en el que las partes concernidas no modificaran ni un ápice sus lugares ni sus obligaciones y responsabilidades. En 1839, un año después de que los historiadores fecharan el inicio del movimiento cartista, Lovett había fundado el National Hall, un espacio de encuentro para la educación de la clase obrera, un lugar donde los cartistas pudieran reunirse, debatir cuestiones políticas y recibir educación y formación para empoderarse política y socialmente. El National Hall acogía conferencias, debates y clases sobre temas como política, economía, literatura e historia, con el objetivo de educar y movilizar a la población obrera, y la sala de lectura, su biblioteca, era el epicentro de aquel pequeño edén, la precaria posibilidad de un paraíso solidario.

El presidente del comité comenzó preguntando a Lovett por sus ocupaciones [24] y por la constitución y propósito, precisamente, de aquel espacio, y Lovett contestó marcando con claridad sus designios y sus intenciones:

> Nuestro objetivo era formar una asociación para la promoción del mejoramiento político y social del pueblo. Uno de nuestros objetivos era asegurarles la igualdad de derechos políticos; pero un objetivo igualmente importante era prepararlos, en la medida de lo posible, intelectual y

> socialmente para el uso adecuado de ese poder cuando lo tuvieran; y con ese fin hemos dado conferencias en el lugar; tenemos una biblioteca en relación con ella, y ahora tenemos una gran escuela, en la que tenemos alrededor de doscientos niños y setenta niñas. [25]

Cualquier pedagogía moderna hubiera suscrito el planteamiento de Lovett porque de lo que se trataba no era solamente de proporcionarles un lugar de esparcimiento o una alfabetización superficial, sino de facultarles para que hicieran un uso responsable y meditado del poder que se depositaba en sus manos. Sometido repetidas veces a preguntas relacionadas con el mejoramiento intelectual de los trabajadores, Lovett insistía en que, en los veintiocho años que había residido en Londres y había participado activamente en los movimientos por la igualdad de derechos, había comprobado un progreso veraz de sus capacidades gracias a la combinación de la lectura de la prensa y de las obras seleccionadas en el catálogo de su biblioteca, de las lecturas y conferencias en alta voz impartidas en aquel espacio o de la formación en distintas materias que se impartía, también, en aquel lugar. Lovett era consciente de que la preocupación principal de aquellos honorables miembros de la institución victoriana era que una ilustración excesiva de las clases trabajadoras equivaliera a que sus expectativas de cambio social sobrepasaran lo aceptable, de manera que, a lo largo de toda la entrevista, intentó apaciguar sus aprensiones y desconfianzas apelando al perfeccionamiento intelectual y moral de los obreros, a su incrementado sentido de la responsabilidad. Lovett se movía en aquella comparecencia en el delicado filo entre la contención y la incontinencia, entre recalcar el amoldamiento o la discordancia respecto a las normas. «¿Tiene alguna otra razón para pensar que los libros serían especialmente valorados por las clases trabajadoras?», le planteó el presidente del comité. «Creo», sostuvo Lovett, «que las bibliotecas públicas ayudarían mucho al

mejoramiento intelectual y moral del pueblo, sobre todo si se les permitiese, bajo las debidas normas, llevarse libros a casa; y también si se tomaran medidas para evitar que tales bibliotecas tuvieran un carácter exclusivo o sectario.» [26] En su figuración de lo que debería ser una biblioteca pública Lovett era firme partidario de la implicación activa de sus usuarios en tareas de coordinación y administración porque la autogestión era un principio fundamental de la independencia, de la asunción de responsabilidad, de la identificación con el objeto de la institución. «¿No cree usted?», planteaba el presidente del comité en un notable ejercicio de apertura de su criterio, apostando ya por emitir un informe positivo para la construcción de una red pública, «¿que sería muy conveniente que en las grandes ciudades de provincia las clases trabajadoras tuvieran fácil acceso a los libros, especialmente ahora que se han extendido las conferencias y se difunde ampliamente la información general?» Y Lovett, aprovechando ese movimiento de apertura, quiso ir un paso más allá, reclamando el autogobierno y la ausencia de tutela para evitar la supervisión y la fiscalización de sus contenidos y sus actividades: «quisiera decir una palabra sobre la gestión de esas bibliotecas, si se crean; creo que sería bueno que no estuvieran confinadas a ninguna clase en particular, sino que aquellas personas que hicieran mayor uso de las bibliotecas tuvieran algo de voz o voto en la administración; porque creo que probablemente sentirían mayor interés en conseguir obras adecuadas, y en hacer que la biblioteca fuera eficiente, que si la administración se confiara a cualquier clase particular de personas, que podrían ser personas que se interesarían poco o nada en el asunto». [27]

Aquellos pequeños vergeles cartistas —cerca de dos mil solamente en Londres, si hemos de creer en la declaración de Lovett

ante el comité, entre *coffe-houses* y salas de lectura— fueron espacios de aliento y esperanza, de formación y emancipación, de solidaridad y apoyo mutuo. En sus memorias, *Vida y luchas de William Lovett en pos del pan, del saber y de la libertad, con una breve reseña de las diferentes asociaciones a las que perteneció y de las opiniones que profesaba,* recalcaba Lovett el papel primordial que aquellas infraestructuras tuvieron en la fundamentación y progresión de las expectativas de progreso de una clase que, de otra manera, hubiera estado abocada a la ignorancia y la servidumbre: «la perspectiva de tener a su disposición amplios salones, jardines, bibliotecas y museos; de tener un trabajo liviano y alternativo en el campo o en la fábrica; de ver a sus hijos educados, bien provistos y cuidados a expensas públicas; de no temer ni preocuparse por la pobreza ellos mismos; ni por la esposa, los hijos o los amigos que puedan dejar tras de sí; es una de las más alentadoras y consoladoras para una mente entusiasta». [28] Mentes apasionadas, autónomas y soberanas en aquellas salas de lectura predecesoras de las bibliotecas públicas.

Andrew Carnegie
o la recuperación del paraíso perdido

En el número 397 de la revista *The North American Review,* publicado en el año 1889, cuando Andrew Carnegie contaba cincuenta y cuatro años y había amasado ya una inmensa fortuna gracias, en esencia, a la industria del acero, se preguntaba abiertamente qué podía hacer con su dinero, cuál era el objeto más loable de inversión, cuál el mejor ámbito para ejercer la filantropía. «¿Cuál es el mejor regalo que se puede hacer a una comunidad?», [1] inquiría en aquel artículo que tituló «The best fields for philantropy», teniendo en cuenta que el éxito de la fórmula requería no tanto generar subordinación o dependencia, sino, al contrario, iniciativa propia y emancipación, al menos en el evangelio de aquellos creyentes en el espíritu redentor del capitalismo.

Carnegie, emigrante nacido en una ciudad del centro de Escocia, Dunfermline, era un fervoroso seguidor del dogma de la autorrealización, del emprendimiento como instrumento de generación de riqueza y de la filantropía como dadivoso procedimiento de reparto y promoción del bien común. No un reparto indiscriminado que tuviera solamente como objeto la exhibición de la propia riqueza, porque era parcialmente consciente de que eso no hubiera sido otra cosa que una mera estrategia de condescendencia, sino una manera de que «los poseedores» de aquellas enormes fortunas que se amasaron en los albores del

industrialismo, «de vez en cuando, a lo largo de su propia vida», las administraran «de forma que promuevan el bien permanente de las comunidades de las que proceden». Había un prurito de responsabilidad y compromiso con las colectividades cuya fuerza de trabajo aprovechaba, una pretensión de mejora que siempre quedaba al albur de la voluntad del donante, de ahí que todos aquellos millonarios norteamericanos necesitaran una guía de inversión, un catecismo del filántropo, un breviario de buenas prácticas. De hecho, tal era la necesidad de orientación de aquellos recientes millonarios que Carnegie tituló uno de sus artículos más polémicos como «Wealth», más conocido popularmente como el «Evangelio de la riqueza». [2] La acumulación de patrimonio había sido de tal magnitud en aquellos años de extractivismo e industrialismo desaforado que, en algún momento de lucidez caritativa, Carnegie decidió «dejar de acumular y empezar la tarea infinitamente más seria y difícil de distribuir sabiamente». [3] No era ajeno aquel empresario a la tensión que se había generado entre trabajadores y empresarios, entre pobres y ricos, pero su apenas enmascarada convicción calvinista le llevaba a pensar que cada cual se labraba su destino a fuerza de voluntad y atrevimiento y que era responsabilidad de los uncidos por sus dioses hacerse cargo del rebaño menesteroso y extraviado, una labor de compasión y misericordia mediante la administración cabal de sus bienes que sería doblemente recompensada allí donde ellos creyeran que debía reconocerse. «El problema de nuestra época», pontificaba en «Wealth», «es la correcta administración de la riqueza, para que los lazos de la fraternidad aún puedan unir a ricos y pobres en una relación armoniosa», [4] y esa gestión responsable comportaba que «los propietarios, de vez en cuando y durante su propia vida, deben administrarla de forma que promuevan el bien permanente de las

comunidades de las que proceden»,[5] una forma de paternalismo solidario basado en la convicción de que el dinero no podría acompañar a los muertos en su destino de ultratumba.

Pero la cuestión fundamental sigue en el aire: «¿cuál es el mejor regalo que se puede hacer a una comunidad?», planteaba Carnegie en su discurso sobre la diplomacia filantrópica. Cuenta el propio autor que el editor de *The North American Review,* el también millonario Allen Thorndike Rice, le pidió que le leyera a solas y en voz alta el contenido de aquel artículo, para ponderar mejor su valor y su pertinencia. Es sencillo imaginar a aquellos dos hombres convencidos de su propia valía, vestidos con sus trajes de *tweed,* sentados en olorosos sillones de cuero, en un salón forrado de madera de caoba, con un fragante cigarro en la mano, conversando sobre la inconveniencia de practicar obras de caridad que disuadieran a los pobres de realizar el esfuerzo necesario para dimitir de su condición, sobrepujándose uno al otro en afirmaciones superlativas sobre el despilfarro que suponen las obras de caridad mal orientadas: «cuando se leyó el pasaje que afirmaba que, de cada mil dólares gastados hoy en la llamada caridad, probablemente novecientos se gastaron imprudentemente, exclamó», refiriéndose Carnegie a su interlocutor, «¡sí, novecientos cincuenta! ¡Que sean novecientos cincuenta! Y así se hizo».[6] Para no dilapidar el excedente acumulado gracias al trabajo de las legiones de obreros empleados en sus fábricas, Carnegie propuso, en suma, que «el mejor regalo que se puede hacer a una comunidad es que una biblioteca gratuita ocupe el primer lugar, siempre que la comunidad la acepte y la mantenga como una institución pública, tan parte de la propiedad de la ciudad como sus escuelas públicas y, de hecho, un complemento de estas».[7] El millonario del acero ponía en primer lugar a las bibliotecas públicas de libre acceso y, también, a las

bibliotecas escolares como parte esencial de la dinámica pedagógica, seguramente, como él mismo reconocería, porque una dulce evocación de la infancia le recordaría que cada biblioteca es una réplica en miniatura del paraíso y porque es, también, un bastión contra cualquier forma de fundamentalismo embrutecedor. «Es sin duda posible», escribía, rememorando las raíces infantiles de su devoción por los libros y las bibliotecas, enmarcadas en un contexto de pobreza, integrismo religioso y emigración en la Escocia de finales del siglo XIX, «que mi propia experiencia personal me haya llevado a valorar una biblioteca pública más allá de cualquier otra forma de beneficencia. Cuando era un niño en Pittsburgh, el coronel Anderson, de Allegheny —un nombre que no puedo pronunciar sin un sentimiento de devota gratitud—, abría su pequeña biblioteca de cuatrocientos libros a los niños. Cada sábado por la tarde él mismo atendía en su casa el intercambio de libros.» Aquella excitación, aquel entusiasmo apenas contenido con el que esperaban la llegada de aquellos fines de semana llenos de los tesoros, las promesas y las maravillas que coloreaban la grisura cotidiana, fue la que le condujo a determinar que «si alguna vez me llegaba la riqueza, la emplearía en fundar bibliotecas gratuitas, para que otros niños pobres tuvieran oportunidades similares a las que nosotros debíamos a aquel noble hombre». [8] Recuperar el edén infantil de los libros prestados, abrir ese vergel a otros niños desfavorecidos, convertir la biblioteca en el oasis en el que procurar el progreso genuino de la gente necesitada. Años después, cuando la fortuna había colmado sus expectativas y sintió el apremio de devolver lo que había recibido, quiso erigir un monumento al que consideraba que había sido su benefactor intelectual y espiritual, porque lo más arduo no es enseñar a leer y a escribir a un niño, sino abrirle expectativas, esperanzas o posibilidades que creía inexistentes, y eso es lo que hizo aquel

coronel Anderson al abrir su biblioteca. En el vestíbulo de la biblioteca de Diamond Square en el condado de Allegheny, Pensilvania, puede leerse la siguiente inscripción:

> AL CORONEL JAMES ANDERSON, FUNDADOR DE BIBLIOTECAS GRATUITAS EN EL OESTE DE PENSILVANIA. ABRIÓ SU BIBLIOTECA A LOS NIÑOS TRABAJADORES Y LOS SÁBADOS POR LA TARDE ACTUÓ COMO BIBLIOTECARIO, DEDICANDO ASÍ NO SOLO SUS LIBROS SINO A SÍ MISMO A LA NOBLE OBRA. ESTE MONUMENTO SE ERIGE EN AGRADECIDO RECUERDO DE ANDREW CARNEGIE, UNO DE LOS «NIÑOS TRABAJADORES» A LOS QUE SE ABRIERON LOS PRECIOSOS TESOROS DEL CONOCIMIENTO Y LA IMAGINACIÓN A TRAVÉS DE LOS CUALES PUEDE ASCENDER LA JUVENTUD. [9]

Carnegie intuía correctamente que las limitaciones que un niño puede padecer no son solamente las que se derivan de las restricciones materiales, sino sobre todo las que resultan de las limitaciones que uno impone a sus expectativas, esa forma de autoajuste entre las condiciones y la voluntad que, fruto de un acomodo casi automático, se vive como si fuera una opción y una falta o carencia personal. Abrir una infraestructura social como la que representa una biblioteca representaba y sigue representando la posibilidad de romper un techo invisible de expectativas mermadas, conciliarse con el propio destino, compartirlo con muchas otras almas parejas que se creían igualmente perdidas. El mérito principal de Carnegie no fue solamente el de invertir una suma colosal en la fundación de aquellas bibliotecas públicas de libre acceso, sino sobre todo el de abrir una vía de liberación y empoderamiento que cualquiera de sus usuarios hubiera creído cerrada de no haber mediado su ayuda. «Fue a partir de mi propia experiencia temprana que decidí que no había uso en el que el dinero pudiera ser aplicado de manera tan productiva para el bien de los niños y las niñas que tienen el bien dentro de ellos y la capacidad y ambición para desarrollarlo, como la fundación de una biblioteca pública en una

comunidad que está dispuesta a apoyarla como una institución municipal», escribió Carnegie en sus memorias. «Estoy seguro de que el futuro de las bibliotecas que he tenido el privilegio de fundar demostrará lo acertado de esta opinión. Porque si un niño de cada distrito bibliotecario, al tener acceso a una de estas bibliotecas, se beneficia la mitad de lo que yo me beneficié al tener acceso a los cuatrocientos volúmenes bien gastados del coronel Anderson, consideraré que no se han fundado en vano.» [10] Sobre aquella revelación infantil construyó Carnegie su paraíso bibliotecario.

Un segundo encuentro fortuito con un tal Mr. Stoke —remitente de una carta al periódico en el que Carnegie había escrito un artículo bajo seudónimo— le procuró una invitación de fin de semana a su residencia. Aquella visita imprevista, fruto del interés de un lector por las aseveraciones de un articulista, le condujo a una segunda epifanía libresca, a una ulterior revelación bibliográfica: «la grandeza de la residencia del señor Stoke me impresionó, pero la característica que eclipsó al resto era una repisa de mármol en su biblioteca. En el centro del arco, grabado sobre el mármol, se encontraba un libro abierto con la siguiente inscripción:

El que no puede razonar es un necio.
El que no quiere, un fanático,
El que no se atreve, un esclavo.

Aquellas palabras, aquel lema lo sacudieron de tal manera —recordando la menesterosidad intelectual de los necesitados que los lleva a doblegarse ante los poderosos, a asumir su inferioridad y a plegarse a los lugares comunes—, que determinó que «algún día, algún día, tendré una biblioteca (eso era una mirada al futuro) y estas palabras adornarán la repisa tal como lo hacen aquí. Y así lo hacen hoy en Nueva York y en Skibo». [11] Carnegie construiría entre

los años 1899 y 1923, siguiendo aquel sueño de empoderamiento libresco, 67 bibliotecas públicas solamente en el estado de Nueva York, [12] 31 en el de Pensilvania, 17 en el de Montana, así hasta sumar una cantidad aproximada de 2.500 bibliotecas entre todos los estados norteamericanos, más de 1.600 de ellas públicas, más de setecientas universitarias y más de cien especializadas, una red tupida que alcanzó los barrios obreros, los suburbios de las clases medias, las conurbaciones industriales, allí donde antes no existía ningún equipamiento cultural y ninguna infraestructura social que pudiera elevar las expectativas formativas de sus habitantes o que pudiera aglutinar el sentir de una comunidad. Ese esfuerzo cívico de extensión de la idea de la universalidad del acceso a la cultura, del derribo al menos teórico de las barreras de acceso a los distintos saberes, se extendió también por todo el Reino Unido, donde se construyeron, al menos, otras setecientas bibliotecas. Un esfuerzo mayúsculo de puesta a disposición pública de instalaciones culturales que, sin embargo, no siempre fue percibido como apropiado o procedente, sino más bien como petulante y vanidoso. En una charla que Carnegie pronunció ante la Asociación Americana de Bibliotecas en el año 1907, sin embargo, persistía en la idea contraria, persuadido de que las bibliotecas son «las grandes igualadoras, las destructoras de la distinción de clases, las promotoras de la armonía social y las formadoras de buenos ciudadanos».

Hubo incluso una tercera influencia decisiva que marcaría el destino y orientaría el interés de Carnegie a lo largo de su vida, un modelo más cercano que ningún otro, un ideal de solidaridad y redistribución que perseguir: «mi padre, tal como ya he contado», comentaría en sus *Memorias,* «había sido uno de los cinco pioneros de Dunfermline que unieron y dieron acceso a sus pocos libros a sus vecinos menos afortunados». [13] Su padre, un tejedor de telas de

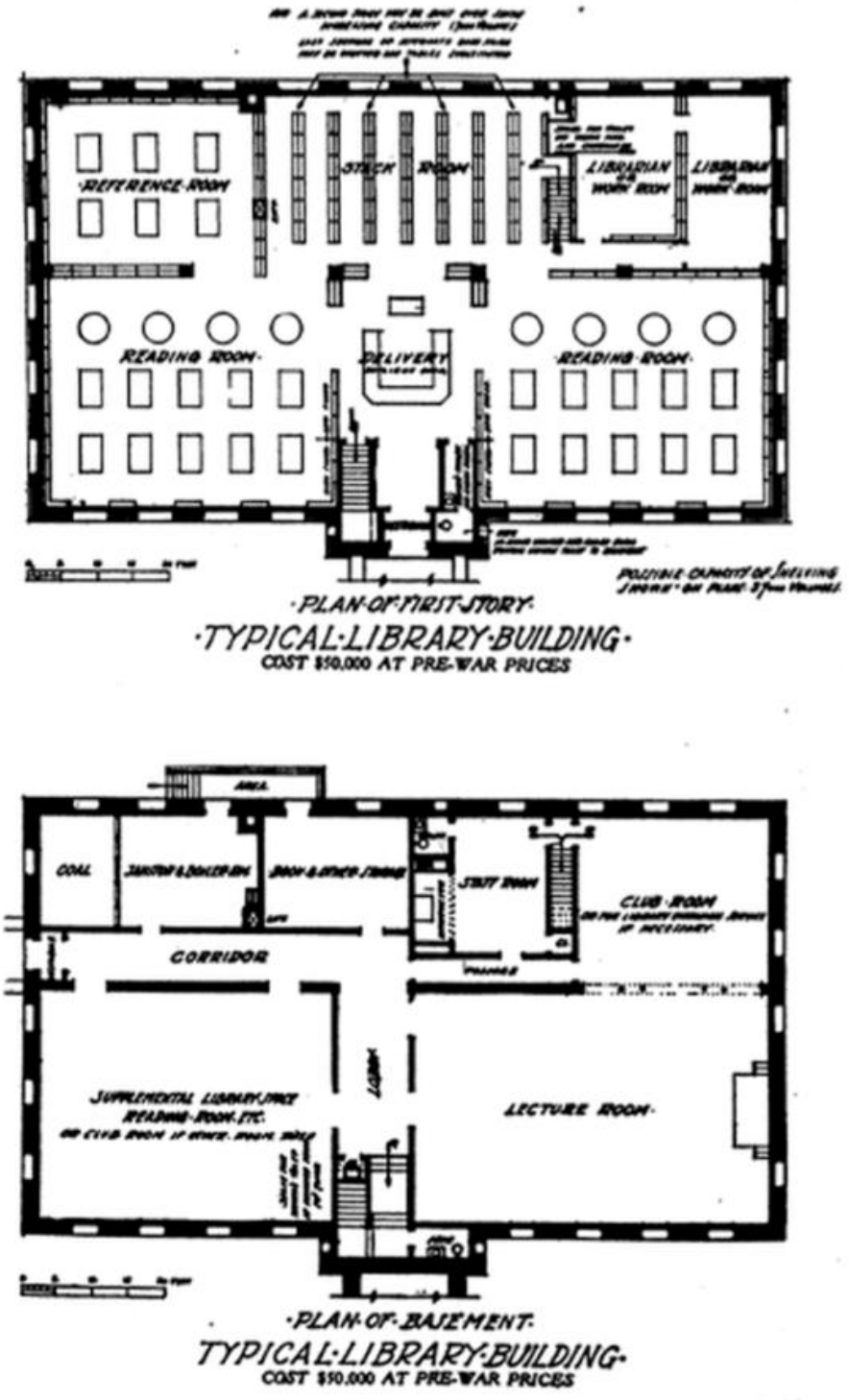
Damasco que para Andrew resultó ser «un ejemplo, un guía, un consejero, un amigo», [14] ponía a disposición de sus vecinos los pocos libros que atesoraba porque, entre toda aquella pobreza y toda aquella necesidad, sobresalía un imperativo de solidaridad básico, un principio de compartición innegociable. Pero entre todos los bienes de los que disponían, de los pocos bienes, había decidido que debían ser los libros los que debían compartirse, porque solamente ellos podían abrir puertas y perspectivas que ningún otro don podía conceder. «Yo había seguido sus pasos dando a mi ciudad natal una biblioteca, su primera piedra puesta por mi madre, de modo que esta biblioteca pública fue realmente mi primer regalo. Aquello fue seguido por la donación de una biblioteca pública y un hall a la ciudad de Allegheny, nuestro primer hogar en América.» [15]

Pero no todos encarecían o apreciaban por igual el espíritu dadivoso y paternalista de Carnegie: Eugene V. Debs publicó en febrero del año 1890 un artículo, en la revista *Locomotive Firemen's Magazine,* titulado «Andrew Carnegie, sobre "Los mejores campos de la filantropía"», [16] en el que calificaba la confesión escrita de Carnegie de disparatada. Debs fue un activista y sindicalista estadounidense, fundador de la American Railway Union, cinco veces candidato a la presidencia de su país por el Partido Socialista de América, cuando ser socialista en Estados Unidos no equivalía a algo aborrecible o satánico, sino a la incipiente preocupación por fomentar la equidad social evitando, entre otras cosas, la extraordinaria acumulación de riqueza y del excedente de la producción en unas pocas manos, cuando era lícito pensar que el Estado tenía como uno de sus cometidos el fomento de la verdadera igualdad social. En opinión de Debs, aceptar el planteamiento paternalista de Carnegie era equivalente a «llenar la tierra de indigentes mediante el robo, reducir a los trabajadores a siervos,

crear condiciones que obliguen a los hombres a trabajar con los salarios que decreten "los pocos gestores excepcionales de los hombres", o morir de hambre; y luego tomar el "excedente de riqueza" así obtenido y fundar universidades, acondicionar parques públicos, decorar "piscinas"» o bibliotecas públicas, claro, «y decir a las víctimas de las piraterías que se gradúen, dominen el latín y el griego, paseen por los parques, se bañen, se alimenten del viento y griten: "¡Viva Carnegie!"». [17]

Su mordacidad no estaba injustificada, porque Carnegie aplacó con mano de hierro cualquier manifestación reivindicativa de sus trabajadores y destruyó a los sindicatos que, supuestamente, había promovido y aceptado. [18] Las bibliotecas públicas dadivosamente construidas por el magnate habían sido erigidas sobre la opresión de sus trabajadores. Lo que venía a liberarlos había sido alzado sobre su yugo.

Que cada cual saque sus propias conclusiones.



Ejemplo de modelos arquitectónicos de las bibliotecas promovidas por Andrew Carnegie.

James Bertram fue el secretario personal de Andrew Carnegie durante diecisiete años y la confianza del empresario en su criterio era completa, quizás porque ambos habían nacido en Escocia y eran compatriotas exiliados que, aun siendo plenamente estadounidenses, añoraban sus orígenes comunes y se tenían la lealtad instintiva de quienes los comparten. Fue Bertram quien despachó durante años el intenso intercambio epistolar con los peticionarios, [19] con los proveedores, con los subcontratistas, con los agraciados por la decisión de recibir el dinero necesario para erigir lo que, en una carta fechada en 1901 al alcalde de la ciudad de Pittsburgh, se describía como «la escuela del pueblo, la universidad del pueblo, el lugar al que recurre el pueblo para disfrutar de los libros y de una instrucción útil y placentera». En 1911 Bertram, después de muchos años de incomprensiones mutuas y de proyectos fallidos o, al menos, inadecuados, impropios de los objetivos y funcionalidades que las bibliotecas públicas debían satisfacer a ojos de su mecenas, publicó un breve memorándum titulado «Notas sobre la construcción de las bibliotecas» en el que advertía a sus destinatarios que, en muchas ocasiones, los diseños elegidos, «si se construyen, producirían un rendimiento inadecuado de alojamiento útil para el dinero invertido, y aumentarían injustificadamente los gastos de mantenimiento de las bibliotecas». [20]

Algunos arquitectos, se quejaba Bertram dada su larga experiencia en contender con comunidades que pretendían erigir mausoleos imponentes más que infraestructuras públicas, son más propensos a la espectacularidad que a la utilidad de las instalaciones, de manera que el diseño de interiores que proponían era absolutamente inadecuado a los fines perseguidos por una biblioteca pública de libre acceso. Para las bibliotecas pequeñas y medianas proyectadas para la mayoría de las comunidades era

recomendable ajustarse a la propuesta de planta presentada en las «Notas», una superficie única con un pequeño vestíbulo que diera acceso a una gran sala subdividida por estanterías, en función de las diversas áreas de trabajo planeadas, con mamparas de cristal encima de las mismas estanterías si fuera necesario preservar la tranquilidad o la privacidad de manera, en todo caso, que el diseño en su conjunto permitiera que un bibliotecario pudiera supervisar toda la biblioteca desde una posición central, como una especie de panóptico en el que el encargado fuera el garante del buen uso de las instalaciones. De cualquier manera, la subvención que una comunidad pudiera esperar estaba sujeta a una serie de requisitos: «la cantidad que concede la Carnegie Corporation de Nueva York para sufragar los gastos de construcción de una biblioteca se ajusta a una norma basada en: a) la población que ha de pagar el impuesto para el funcionamiento de la biblioteca, y b) unos ingresos mínimos especificados procedentes de dicho impuesto. La donación solo es suficiente para proporcionar el alojamiento necesario y habrá escasez de alojamiento o de dinero si no se tiene en cuenta este objetivo principal», [21] es decir, la subvención era suficiente para la financiación del edificio, el mobiliario y el salario del arquitecto, pero su manutención, la compra y gestión de las colecciones y la contratación y jornal del bibliotecario era cosa de la comunidad interesada, no solamente como una forma de restringir costes que resultarían inasumibles, sino también de implicar a la comunidad en su desarrollo y mantenimiento. En una carta fechada el 19 de enero de 1909 que Andrew Carnegie dirigía al alcalde de la ciudad de Indianápolis, se detallaban y refrendaban con precisión las condiciones comunes a cualquier solicitante: «mi querido alcalde Bookwalter», comenzaba protocolariamente el breve texto:

> En respuesta a sus favores del 30 de julio y del 12 de enero, me permito decirle que sería para mí un gran placer la suma que menciona, a saber, ciento veinte mil dólares, para la construcción de seis edificios de bibliotecas si Indianápolis proporciona lugares adecuados para los edificios y proporcionara doce mil dólares anuales para el mantenimiento de las bibliotecas. Estas son las condiciones habituales bajo las cuales tales edificios de la biblioteca se proporcionan. Atentamente. [22]

La inversión inicial exigía el esfuerzo complementario y sostenido en el tiempo de la comunidad implicada como una manera de fomentar el sentido de la corresponsabilidad, de inculcar que no se trataba tanto de una dádiva permanente que incrementara la dependencia como de un incentivo que despertara la conciencia en el valor de las infraestructuras bibliotecarias y en el compromiso por mantenerlas en el tiempo. En el año 2019, en el centenario del fallecimiento de Carnegie, Vartan Gregorian escribió un artículo conmemorativo en el que hacía especial hincapié en la idea de la corresponsabilidad, de la copropiedad, de la cogestión de los espacios bibliotecarios, algo conscientemente instigado por el mecenas, como fundamento del espíritu democrático que debía cohesionar a las comunidades en las que se emplazaban porque, de acuerdo con su parecer, «las bibliotecas Carnegie, todas las bibliotecas públicas, son nuestras si sabemos mantenerlas», si podemos conservarlas y sostenerlas, si como colectivo diverso y heterogéneo nos ponemos de acuerdo en el valor primordial de una infraestructura social tan singular que

> es la única institución histórica tolerante donde lo incorrecto y lo correcto, donde la izquierda y la derecha, donde el Diablo y Dios, donde las locuras humanas y los esfuerzos humanos, donde los logros humanos y los fracasos humanos —todos ellos— se almacenan con el fin de enseñar a la humanidad lo que no debe repetir y lo que debe tratar de emular. Las bibliotecas son las únicas universidades gratuitas del país. No hay exámenes de ingreso, ni exámenes posteriores, ni diplomas, ni graduaciones. Porque nadie puede graduarse en una biblioteca. [23]

Una infraestructura universal promovida por un benefactor que instaba a los beneficiarios a que se apropiaran de ella, donde todos cabían y nadie sabía más que nadie.

Andrew Carnegie murió el 11 de agosto de 1919 habiendo creado y diseminado la mayor red de bibliotecas públicas de la que se tenga noticia. Su obsesión, tantas veces retratada en la prensa, fue la de deshacerse de su fortuna en vida devolviéndola bajo diversos formatos a aquellos que pudieran necesitarla o a aquellos que, en su opinión, pudieran merecerla. «¿Cómo donar o regalar 300.000.000 $?» [24] se convirtió en una pregunta popular, en un desafío al que trató de responder en sus reflexiones filantrópicas, en una práctica controvertida con la que no todos se mostraron de acuerdo. En la edición del 24 de noviembre de 1935 del *Evening Star,* como conmemoración de los cien años del nacimiento del gran creador de bibliotecas, se recogía el eco de un agradecimiento póstumo:

> comenzó de varias maneras pequeñas —pequeñas deben ser llamadas en comparación con lo que estaba por venir— y trajo consuelo y felicidad una y otra vez donde había habido angustia y sufrimiento, y también, a través de sus donaciones para las bibliotecas públicas, puso a cientos de comunidades en posesión de aquellos instrumentos de lectura y estudio de los que habían sido privados hasta ese momento. [25]

Puede que no haya mejor epitafio que ese.

El artículo conmemorativo del presidente de la Fundación Carnegie, Vartan Gregorian, concluía de este modo: «Borges no imaginó el paraíso como un jardín, sino como una biblioteca. Siguiendo el ejemplo de Andrew Carnegie, sigamos esforzándonos para que la biblioteca pública no se convierta en un paraíso perdido». Así sea.

La expulsión del paraíso

A mediados del siglo xx supimos que en el paraíso no entraba cualquiera. Todos los esfuerzos que se habían hecho hasta el momento para democratizar el acceso y fomentar la equidad estaban permanentemente lastrados por el origen social y convenientemente maquillados por una ideología encubridora que achacaba el demérito educativo y cultural a quienes no habían recibido gratuitamente el don o la gracia de los cultivados. Dos investigaciones influyeron de manera determinante en el desvelamiento del ardid: por un lado, Todd Risley y Louis Bloom pasaron buena parte de su tiempo a principios de los años sesenta visitando domicilios de familias norteamericanas de diverso origen social (familias profesionales, familias de clase trabajadora y familias que dependían de la asistencia social), analizando durante una hora al mes a lo largo de dos años y medio el comportamiento lingüístico de cuarenta y dos familias, las pautas de la interrelación entre padres e hijos. Sus descubrimientos nos advirtieron ya entonces de que el paraíso era un coto cerrado al que solamente accedían aquellos que disponían de un capital cultural y educativo suficiente para invocar apropiadamente su derecho de acceso. En resumen, releyendo ese texto poco conocido pero de influencia determinante, *Meaningful Differences in the Everyday Experience of Young American Children* (Diferencias significativas en la experiencia cotidiana de los niños estadounidenses), supimos entonces que los niños de los tres grupos de familias empezaron a hablar más o

menos al mismo tiempo y desarrollaron una buena estructura y uso del lenguaje, pero los niños de las familias profesionales escuchaban más palabras por hora, lo que daba lugar a vocabularios acumulativos más amplios. En las familias profesionales, los niños oían una media de 2.153 palabras por hora, mientras que los niños de familias de clase trabajadora oían una media de 1.251 palabras por hora y los niños de familias que recibían asistencia social oían una media de 616 palabras. Extrapolándolo, eso significaría que en un año los niños de familias profesionales oirían una media de 11 millones de palabras, mientras que los niños de familias de clase trabajadora escucharían una media de 6 millones y los niños de familias de asistencia social oirían una media de tres millones. A los cuatro años, un niño de una familia beneficiaria de la asistencia social podría haber oído 32 millones de palabras menos que un compañero de clase de una familia profesional. Si eso lo computáramos en términos de vocabulario acumulado, a los tres años los niños de las familias profesionales habrían aprendido unas 1.100 palabras, frente a las 750 de los niños de clases trabajadoras y las algo más de 500 de los hijos de la asistencia social. Pero no se trataba solamente de comprensión lingüística, de capacidad de distinción fonética o de riqueza verbal, que son activos imprescindibles de todo capital educativo.

Si había algo incluso más determinante que la diferencia de vocabulario era que los niños de familias profesionales oían más palabras de aliento que de desaliento que los niños de clase trabajadora y los de familias asistidas. En las interacciones que los investigadores pudieron determinar entre padres e hijos, entendieron que radicaba una diferencia insalvable de por vida: los niños de familias profesionales recibían 32 palabras de ánimo contra 5 prohibiciones por hora mientras que, en las clases trabajadoras, la

proporción era de 12 a 7. En las de beneficencia las tornas cambiaban, porque recibían más palabras de censura y desaliento que de estímulo o invitación: 5 a 11. De nuevo, si se toma como referencia estándar las 5.200 horas anuales de cuidado e interacción que contabilizaron los investigadores, se comprenderá mejor que la exhortación y la prohibición quedaran marcadas de manera indeleble en el ánimo de los niños y que sus expectativas fueran estimuladas o lastradas de manera duradera: en familias compuestas por profesionales la proporción sería de 166.000 palabras de ánimo frente a 26.000 de desaliento, relación que decae en las familias trabajadoras de 62.000 a 36.000 y en las acogidas a beneficencia se invertirían, de nuevo, para encontrarnos con 26.000 palabras de apoyo frente a 57.000 de desistimiento. 125.000 palabras más de prohibiciones que de incentivos para los niños de los grupos sociales más desfavorecidos, un fundamento muy endeble sobre el que intentar construir un horizonte de expectativas halagüeño, un pasaporte insuficiente para intentar traspasar las puertas del paraíso.

Mientras tanto, en Francia, Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, poco antes del Mayo del 68, nos revelaban en *Les héritiers: les étudiants et la culture (Los herederos, los estudiantes y la cultura)* que algunos grupos de alumnos, debido a su origen familiar, no disponían, ni cualitativa ni cuantitativamente, del vocabulario necesario para familiarizarse, apropiarse o deleitarse con una cultura escolar supuestamente general y clásica, canónica, tenida por común y accesible. Por el contrario, otro grupo de alumnos, los protagonistas del título de la obra, los herederos, disponían y utilizaban un vocabulario y un conjunto de referencias equivalentes a las que se manejaban en la escuela, una coincidencia poco casual que les franqueaba el acceso a la antesala del paraíso. Al enfrentarse a la batería de pruebas de evaluación que la escuela

planteaba, como una carrera de obstáculos o como una pelea amañada, los favorecidos eran siempre aquellos que compartían los criterios bajo los que se planteaban los ejercicios y los desfavorecidos, los expulsados, los fracasados, eran los que no disponían ni del vocabulario, ni de las referencias culturales ni sociales necesarias para enfrentarse a pruebas que no solamente medían las competencias y conocimientos técnicos, sino que apelaban a ese sustrato común intangible sobre el que se basan las alianzas y las afinidades de clase.

A miles de kilómetros de distancia y con pocos años de diferencia, dos grupos de investigadores ratificaban que el paraíso es de unos pocos, que incluso quienes lo disfrutan preservan su privilegio apelando a la naturalidad de su competencia, que es tanto como decir a la anormalidad de la de los demás. Los que no dominaban aquellas competencias *naturalmente* —cuando en realidad se adquirían a través de los vínculos familiares y sociales— sufrían una desventaja indudable que explicaba la mayoría de los casos de fracaso escolar y académico de esos alumnos desfavorecidos a causa de su herencia cultural o social. Pero también explicaban, por extensión y semejanza, todas aquellas prácticas culturales análogas que dependían del capital cultural familiar homologado posteriormente en la escuela: la posesión o la visita a las bibliotecas, pero también la frecuentación de museos, cines y teatros, toda aquella práctica que reforzara y ampliara ese caudal de distinción. Los estudios internacionales que evalúan las competencias científicas, matemáticas o lectoras de manera regular constatan una y otra vez lo que ya sabíamos: que solamente en países donde impera la equidad y se administran los medios y recursos financieros, humanos y pedagógicos para garantizarla, la rémora familiar lastra moderadamente la evolución de los jóvenes. Pero todo

lo contrario también es cierto: que después de tantos decenios muchos países siguen exhibiendo tasas de reproducción social sin ningún pudor porque no han hecho lo suficiente para impedirlo o, incluso, han hecho exactamente lo opuesto de lo que deberían.

La verdad es que nada de esto es novedoso en absoluto. «La educación pública es un deber de la sociedad para con sus ciudadanos. En vano se habría declarado que todos los hombres tienen los mismos derechos; en vano las leyes habrían respetado este primer principio de justicia eterna, si la desigualdad de facultades morales impidiera al mayor número de disfrutar plenamente de estos derechos. El estado social disminuye necesariamente la desigualdad natural, haciendo que las fuerzas comunes colaboren al bienestar de los individuos», [1] proclamó Nicolas de Condorcet en el año 1791, en la *Primera memoriasobre la instrucción pública,* relacionada con su naturaleza y objeto. Si proclamamos los derechos pero luego los negamos, si presumimos de inclusión pero luego la refutamos, ¿de qué clase de derecho estamos hablando? Si nos prometieron el paraíso pero ahora sabemos que nos han expulsado, ¿a qué clase de empíreo aspiramos?

Paraíso para unos pocos

En la mitología cristiana uno de sus primeros episodios nos advierte de que aspirar al conocimiento, de que perseguir con ahínco el saber, de que intentar procurarse un entendimiento superior de las cosas, de lo que pueda significar el bien o el mal, está vetado o, al menos, supeditado a los designios siempre incognoscibles pero supuestamente ecuánimes de una voluntad superior. «Mas sabe Dios», parece que susurró Satanás a la *varona* que el Supremo había creado, «que el día que comiereis de él», del árbol prohibido, «serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal.» Aquel era, de acuerdo con la sabrosa traducción que hizo Casiodoro de la Reina, el «árbol de la codicia», porque conocer y discernir eran sinónimos de deseo y anhelo pecaminosos, de una voluntad de saber que solamente podía ser voluntad de poder, de un poder que aspiraba —en la interpretación siempre susceptible y recelosa de aquel dios ofuscado— a contradecir, a suplantar o a arrebatar la hegemonía que solamente uno podía detentar. No había otra razón para aquella irritación divina que la de haber osado ejercer el propio criterio ante el fruto apetitoso que prometía mayor clarividencia: «y vio la mujer que el árbol *era* bueno para comer y que era deseable a los ojos y árbol de codicia para entender. Y tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido y comió con ella». [1] Pero no hubo una discusión equilibrada entonces en la que aquel dios furibundo tratara de entender los argumentos de la mujer que pretendía incrementar su lucidez, al contrario: sin la admiración

que debería haberle profesado el atrevimiento de la mujer, su endeble y único argumento fue el de la coacción, con la aquiescencia cobarde y aprensiva del hombre que la acompañaba: «¿Has comido del árbol del que yo mandé que no comieses?», preguntó aquella divinidad patriarcal y henchida de testosterona: «Y el hombre respondió», amilanado y traicionero, «la mujer que pusiste conmigo, ella me dio el árbol y comí», desentendiéndose de toda responsabilidad, reconociendo su pusilanimidad y su servilismo. Hubiera cabido que en el último momento aquella deidad prepotente y desdeñosa reparara en que la mujer demostraba una valentía y una intrepidez dignas de alabanza, muy superior en su atrevimiento y en su determinación a la de la cobardía de su pareja, bien predispuesta a la delación y a la denuncia, pero en lugar de eso prefirió ejercer con toda rotundidad la prevalencia insensata de la varonía: «A la mujer dijo: multiplicando multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos y tu voluntad será sujeta a tu marido y él se enseñoreará de ti», o a él obedecerás. No solamente quedaba el conocimiento vedado, inaccesible, como una dimensión inalcanzable, inimaginable, sino que además de eso se regodeó en infligir dolor y en justificar el dominio inaceptable de uno sobre otra. No hace falta recordar que dios, que todos los dioses que hayan existido y que puedan llegar a existir, son siempre la sociedad que los concibe y los proyecta, desentendiéndose aparentemente de su concepción, y que la justificación astral de la dominación no es otra cosa que la justificación social de la misma.

María, mujer y jubilada, mayor de sesenta y cinco años, con estudios solamente primarios o, incluso, inferiores, residente en una localidad populosa fuera de la provincia de Barcelona, nunca ha entrado en una biblioteca pública, nunca ha tenido el menor deseo de hacerlo, ni siquiera se le he pasado por la cabeza que eso fuera

concebible. No es que tuviera la tentación en algún momento de morder el fruto del conocimiento y fuera expulsada del paraíso como le ocurrió a su predecesora, sino que ni siquiera sabía que había manzanas que morder o libros que leer y, si lo sabía, ni siquiera le resultaba apetecible o ambicionable hacerlo. «La biblioteca no es mi casa, allí me pierdo», podría ser la manera en que María describiera la relación de alejamiento y extrañeza que mantiene con esa clase de instituciones culturales que apenas son conscientes de que reunir el interés o el coraje de traspasar su umbral requiere de muchos años preliminares de habituación y acostumbramiento, de muchos años de escolarización y de interiorización de esa predisposición académica que induce a percibir y valorar todo desde esa perspectiva culta que otorga a las bibliotecas el valor que (aparentemente) merecen. «Afirma que no irá nunca a la biblioteca porque no le interesa o desconoce qué le puede interesar», porque carente por completo de noción alguna de lo que es el canon escolar, no dispone de criterio para distinguir entre las decenas de miles de libros que configuran su colección. «Con todo, ha tenido contacto con la biblioteca porque ha acompañado a los nietos, pero considera que no es para ella. Se queja de los nuevos edificios modernos donde solo entrar ya ve que aquello no es para ella, no sabe hacia dónde ir ni a quién preguntar. "Entras allí y es tan grande que me pierdo. No sé cómo se cogen los libros ni nada, no me siento como en casa. Todo el mundo te dice 'chsss' y yo ya sé que no se puede hablar..."» Extranjera en un país del que desconoce su lengua y sus claves de interpretación, expulsada de antemano de la comunidad que lo constituye, María ni siquiera imagina que pudiera pertenecer a esa entidad que la rechaza.

A falta de estudios sociológicamente exhaustivos sobre los no lectores, sobre las razones que hacen a gran parte de la población

abstenerse de cualquier tipo de relación con los libros, la lectura o las bibliotecas, debemos conformarnos con algunas consideraciones generales que nos dicen que «la población que nunca ha ido a la biblioteca pública concentra el mayor número de personas mayores (sesenta y cinco años o más) que mayoritariamente tiene estudios primarios o inferiores. Viven en ciudades grandes [...], y no ven qué interés podría tener ir a la biblioteca», [2] porque para percibir que esa práctica cultural pudiera tener el más mínimo atractivo, para advertir que pudiera ofrecer el más mínimo aliciente, habrían necesitado crecer en familias que les hubieran habituado o, en su defecto, habrían necesitado madurar en sistemas escolares que hubieran suplido las carencias culturales del entorno familiar. Al no suceder nada de eso, y España sigue estando a la cabeza del abandono y el fracaso escolar, [3] lo que ocurre es que la maquinaria de la escuela, abandonada a su inercia reproductora, discrimina a aquellos que no disponen del capital suficiente para entender el lenguaje y valorar las propuestas que les plantean. Se trata de un diálogo de sordos, de una disociación o un divorcio insalvable basado en la mistificación de las competencias y las capacidades: quienes hayan crecido en entornos familiares ricos en estímulos culturales encontrarán en la escuela un entorno que promueve esas mismas prácticas y valores que les fueron inculcados desde pequeños mientras que, al contrario, quienes se hayan desarrollado en ambientes ajenos a esos lenguajes y manifestaciones, tenderán a no sentir interés alguno por lo que les resulta ajeno e insignificante, pero unos y otros lo vivirán no como un producto de las diferencias sociales de origen, sino como un producto de su diferente naturaleza, unos ufanos por haber sido naturalmente agraciados con los dones de la distinción cultural, otros avergonzados o a veces distantemente orgullosos por no compartir sus claves.

Casi todo sigue interpretándose en el lenguaje arcano de la gracia que se derrama arbitrariamente sobre unos pero no sobre otros. Con las bibliotecas, que no son sino una extensión de un conjunto solidario de prácticas y hábitos culturales, pasa exactamente lo mismo que con la escuela, los museos o las salas de conciertos: que en sus puertas existe un control invisible de acceso, que el polo de la excelencia y el de la carencia cultural se repelen mutuamente, sin necesidad de que haya una declaración explícita en su entrada que diga «aquí no serán bienvenidos quienes no dispongan de los títulos escolares o del legado familiar suficientes como para acatar los principios del culto a la cultura y quienes no estén dispuestos a someterse al criterio selectivo o expositivo de los profesionales que lo administran», porque no hace falta que se exponga abiertamente para que todos puedan percibirlo. No basta con que las nuevas hornadas profesionales de conservadores o bibliotecarios estén genuinamente preocupadas por la universalización del acceso, porque la cuestión no radica en la gratuidad o no de la admisión o en la construcción de nuevas infraestructuras más cercanas o en el diseño de servicios que pudieran reclamar las personas-arquetipo que la moda del diseño de la experiencia de usuarios haya traído consigo: se trata de que tanto el canon literario de una biblioteca como las obras de un museo exigen ser percibidas mediante unos principios que solamente se inculcan en el seno de una familia rica en experiencias educativas y culturales o en el espacio de la institución escolar misma, de manera que si no se disfrutó de ninguno de los dos entornos es altamente improbable que la mera disposición física del recurso sirva para animar a disfrutarlo a quien no sabría cómo hacerlo.

Y esto no es una cuestión que ataña solamente a María. Los testimonios de adolescentes en edades escolares procedentes de

entornos familiares entre cuyos hábitos culturales no figure el de la lectura y que sufren la presión académica de enfrentarse a lecturas por completo ajenas a sus intereses personales, suelen manifestarse en términos como «cuando leo no entiendo nada» o «me gustaría mucho leer, pero no tengo concentración para leer un libro», y también: «los viejos son más lectores porque tuvieron una educación que los hacía leer más. Hoy tenemos cosas más divertidas por hacer que leer» o «no me gusta leer, pero es una cosa muy importante». [4] Dos posturas aparentemente enfrentadas: desde el rechazo frontal y desacomplejado de la lectura hasta el reconocimiento de su supuesta importancia como último reducto de una buena voluntad cultural que perdura en el fondo de la percepción. Ni siquiera la escuela o la biblioteca, que son lugares abocados «al culto de las obras consagradas de los profetas difuntos», [5] son capaces de rescatar a quienes no poseen por sí mismos los medios para hacerlo, a no ser que se lo plantee como una tarea deliberada y explícita. El problema, paradójicamente, es que, en ausencia de un programa o un plan específicos para la inculcación de la cultura literaria o artística, todos los recursos de introducción y difusión se dejan en manos de los enseñantes, que son, en líneas generales, agentes inconscientes del sistema de reproducción escolar y de su ideología de segregación natural.

Esa es la razón por la que Marc y muchos de sus compañeros, [6] sometidos durante años a los rigurosos ritos escolares del fervor cultural, apenas conserven trazas de esa inculcación cuando abandonan la escuela. Una mención protocolar, fruto de la buena conciencia cultural, a la supuesta importancia de las bibliotecas, pero nada más: «de mayor seguiré yendo a la biblioteca pero quizás menos porque no tendré tanto tiempo. Llevaré a la biblioteca a mis hijos porque es algo bueno», tan bueno como

desdeñable, en todo caso. «La biblioteca», consideraba Marc como si fuera un reconocimiento del frágil vínculo que lo une a la institución, «me va genial para estudiar, pero podría molar más.» [7] Útil mientras pueda utilizarse para un propósito práctico que debe solventarse sin discusión, pero alejada de los intereses personales de quienes encuentran su asueto y su holganza en otros lugares, con otros dispositivos, en espacios diferentes. Ese programa de percepción que toda escuela intenta inculcar a sus alumnos, basado en la clasificación rigurosa de nombres, escuelas y estilos y en el respeto cuasi religioso a las obras consagradas y clasificadas según esa jerarquía históricamente cambiante, no es suficiente para permanecer ni prevalecer porque, en el fondo, solamente los ya iniciados disfrutarán y se aprovecharán duraderamente de esos ritos iniciáticos. A Marc, seguro que también a sus amigos, «le gusta estar "tirado" en el sofá viendo pelis o series o escuchando música, e ir de compras o jugar a videojuegos; también dormir», y aunque declare que son esas las razones por las que apenas dispone de tiempo para leer, lo cierto es que los gustos y las prácticas derivadas tienden a disponerse en constelaciones complementarias, de forma que la lectura no encuentra su sitio entre el conjunto de esas otras rutinas. La diferencia entre María y Marc, entre los mayores que no dispusieron de educación y los jóvenes que han pasado por las aulas, es que la primera padecía un profundo sentimiento de indignidad e incompetencia, de incapacidad e ignorancia que la paralizaba, que la mantuvo de por vida alejada de una institución que la rechazaba mientras que Marc y sus compañeros practican una forma activa de rechazo, casi de impugnación, porque al no sentirse reconocidos ni solicitados por ella la desdeñan o, en el mejor de los casos, le dispensan un tributo ritual pero hueco, superfluo.

De la misma estirpe que Marc hay muchos otros adolescentes, destinados al abandono y al fracaso escolar, a rondar los extrarradios poco cualificados de una vida laboral insatisfactoria, a generar o adherirse a subculturas vernáculas diversas, todos ellos con un sentimiento que ya no es de deshonra o desprestigio, al contrario, más bien de orgullo altanero o de suficiencia altiva: « ... aunque lea poco | yo sé que soy muy listo», comentaba Arnau a su entrevistadora.

> No es por ser creído pero yo sé que soy listo | solo que soy tonto a la hora de no aplicarlo | eso | al ser listo | y:: leerme un fragmento si me gusta pues | lo entenderé todo a la primera y ya está | al:: no:: gustarme y al estar tantos años sin hacer nada | a la hora de ponerme a leerme un fragmento | que no me interesa | pues me cuesta mucho más entenderlo | y a mí lo que me falta es concentrarme en: en entenderlo y todo | y luego hacer que me guste. [8]

Hay una perversión inscrita en el juicio que Arnau tiene sobre sí mismo, porque su autopercepción viene inevitablemente lastrada por la imagen de perfección natural de su contraparte: «creo que soy demasiado vago a la hora de:: de ponerme a un libro | pues eso | si no me interesa mucho lo aparto y ya:: me olvido», [9] me desentiendo, me desvinculo, porque no tengo facilidad ni familiaridad con un objeto que me resulta extraño, inverosímil, pero aun así advierto la presión invisible del entorno, lo que me lleva a confundir la falta de disposición con la holgazanería o la indolencia. «Soy vago | porque me gustaría | sí | poderme leerme el libro con facilidad | me encantaría | pero no puedo», [10] no encuentro el fundamento de la disposición culta, los esquemas de pensamiento, de percepción y de expresión que necesitaría para que me gustara hacerlo, porque en mi entorno familiar nunca tuve la oportunidad de cultivarlos, de asimilar esos aprendizajes imperceptibles e inconscientes que son el fundamento de una educación tan difusa como abarcadora y

duradera. Además, «mi madre dice que no es cuestión de:: estudiar mucho sino valer para ello|», porque su madre acata el credo de la dádiva natural del talento y la competencia y acaba proyectando sobre su hijo los límites de sus propias expectativas, de manera que ese sobrepeso cognitivo acabará gravitando el resto de su vida sobre las expectativas del propio Arnau, sobre los confines de lo deseable y lo realizable, de forma que nunca se tendrá por dotado o cualificado para aspirar a aquello que lejanamente percibe como deseable.

El universo sagrado de la cultura legítima ejercía todo su poder de sumisión sobre María, pero en la actualidad los adolescentes han dejado de padecerlo, al menos de soportarlo y reconocerlo, algo que enerva a los mandarines que lo administraban y que repartían los sacramentos de idoneidad. El hecho de que la creatividad, la comunicación y la colaboración discurran por cauces distintos a los tradicionales, a los canónicos y santificados, refuta y rebate el rol sacerdotal de los conservadores y preservadores de las palabras divinas. No es que la cultura canónica carezca de valor, o que la cultura espectáculo no procure contento o diversión, pero la cultura no puede ni debe reducirse a una u otra: es necesario, como argumenta Jazmín Beirak, crear centros cívicos públicos que «deberían ser espacios cuyos recursos sirvan para experimentar y organizar las propuestas de los propios colectivos», de aquellos que, no habiendo encontrado más que rechazo y oprobio en las instituciones tradicionales, quieran construir, producir y crear, generar contenidos y conocimientos que no necesariamente formen parte de ningún canon previsto. Las bibliotecas están llamadas, por eso, claro, a ensancharse, a expandirse, porque no pueden conformarse con su función conservadora, no pueden contentarse con ser meras difusoras de la norma establecida y sí deben, por el

contrario, convertirse en espacios cívicos de riesgo y experimentación, donde quepan todas las Marías y todos los Marcs que no se acercarían a una biblioteca-contenedor. Si la familia no ha podido y la escuela no ha querido o, aun queriendo, no ha hecho lo suficiente para tonificar el criterio de sus estudiantes, la biblioteca puede incorporar espacios de creación artística o de participación cívica que propulsen la imaginación y la productividad de sus usuarios.

En *The Value of Arts and Culture to People and Society,* un estudio que trataba de arrojar evidencias empíricas sobre el impacto positivo de la práctica de actividades relacionadas con la creación, se aseguraba que «la participación en actividades teatrales y bibliotecarias mejora los resultados en lectoescritura» o, también, que «la participación en actividades musicales estructuradas mejora los resultados en matemáticas, adquisición temprana del lenguaje y alfabetización temprana» o, por último, que «los estudiantes de familias con bajos ingresos que participan en actividades artísticas en la escuela tienen tres veces más probabilidades de obtener un título que los niños de familias con bajos ingresos que no participan en actividades artísticas en la escuela», [11] evidencias todas que deberían conducir a la redefinición y rediseño de los espacios y las prácticas bibliotecarias y escolares en cuanto suponen una posibilidad de reapropiación de los medios y los instrumentos de producción cultural, de generación de significados nuevos y compartidos, tan necesarios para la construcción de sociedades cívicamente sanas.

David tampoco es un visitante asiduo: lo describen como un «hombre de cuarenta y dos años con estudios superiores y trabajo. Vive en una ciudad mediana. Visitaba la biblioteca habitualmente pero ha dejado de hacerlo. Forma parte del colectivo más numeroso

de personas exusuarias», de personas que achacan su deserción a la falta de tiempo o a la proliferación de distracciones o a la mera disponibilidad de otros dispositivos y otros medios. «Usaba mucho la biblioteca cuando estudiaba, de joven, ahora en internet ya lo tengo todo y en casa se está muy bien.» [12] En realidad, como sucede con cualquier otra práctica cultural, sea del tipo que sea, la premisa para ejercitarla es de Perogrullo: querer hacerlo, estar persuadido de que su ejercicio nos reportará deleite, distinción, quizás nuevas experiencias o erudición, pero cuando esa disposición no se ha generado o no ha arraigado lo suficiente, solamente queda la desafección o la desvalorización. «Actualmente considera que solo lee por motivos profesionales, mejora personal/profesional o sobre temas relacionados con sus aficiones (deporte, fotografía, etcétera)», porque es la dimensión más práctica y funcional la que acabará imperando cuando se la despoja de los ornamentos culturales. David y tantos otros como él no encuentran aliciente alguno para recuperar la condición de visitante asiduo que una vez tuvo.

Si se consultan los estudios estadísticos sobre el uso de bibliotecas públicas en función del nivel de estudios, será fácil comprender las razones que fundamentan el interés y la continuidad de una práctica cultural: en el año 2019 algo más del 41% de las personas con niveles educativos superiores había acudido a una biblioteca ese año. Por el contrario, solo el 19,6% con estudios primarios lo había hecho frente a un 31,8% con estudios secundarios. [13] Lo que a todas luces puede interpretarse como una correlación directa y divergente entre estatutos escolares y sociales diferenciados y niveles de uso y admiración de las prácticas escolarmente consagradas, tiende a interpretarse, de manera artera, como disparidades naturalmente originadas, como disimilitudes casi

insalvables porque, siendo en apariencia naturales, apenas soportan la intercesión profesoral sin que se resienta de alguna manera su supuesta espontaneidad. La disposición culta, sin embargo, como una actitud y un conjunto de prácticas solidarias, es cada vez más frecuente a medida que nos elevamos en la jerarquía social, de forma que los gustos y las predisposiciones se basan en una diferencia de origen que tratará de preservarse y reproducirse a lo largo de toda la vida. El paraíso tiene predilección por la nobleza cultural y quienes frecuentan ese paraíso, en su mayoría, tratarán de que no trasluzcan las huellas o las trazas de la génesis de ese privilegio heredado. Cuanto más oculto permanezca, más natural parecerá y más infranqueable resultará. Aun cuando las estadísticas sean muy endebles a este respecto —porque nadie parece sospechar, siquiera, que pueda existir una predeterminación social digna de tenerse en cuenta—, las razones que se esgrimen para no visitar una biblioteca suelen tener que ver con la falta de tiempo (que funciona como un comodín descomprometido) y la falta de interés o hábito,[14] mayoritariamente, porque quien se siente advenedizo se siente al mismo tiempo fuera de lugar, quien se siente un intruso apenas puede sentir el más mínimo interés en visitar un lugar que le repudia. A lo más que suelen llegar los estudios al uso es a cruzar las razones del desinterés con los segmentos de edad, y aquí se muestra que son los más mayores y los más jóvenes[15] quienes, por falta de capital escolar y por falta de capital familiar, se sienten ajenos a las bibliotecas públicas. Poco puede hacer una propaganda pueril para que los que no disponen ni dispondrán de las disposiciones adecuadas sean convencidos de las excelencias de ese servicio público. La publicidad, incluida la que pretende generar nuevas adhesiones, nuevos usuarios, nuevos públicos, tiene solamente efecto sobre quienes ya son usuarios y

disponen de las facultades adecuadas para percibir su valor. Hay una ilusión que se podría llamar carismática que revisten las prácticas de quienes tuvieron una frecuentación temprana con los libros y las bibliotecas y, al contrario, una presunción de displicencia o incapacidad entre quienes no la tuvieron.

Cuando se ha querido averiguar el efecto de la tenencia de una biblioteca en el domicilio familiar sobre los logros escolares de los hijos de esas familias (y, por tanto, del conjunto de prácticas asociadas a la lectura, la compra de libros y la visita a bibliotecas públicas), los resultados han sido apabullantes: los niños que crecen en hogares con muchos libros reciben tres años más de escolarización que los niños de hogares sin libros, lo que supone una ventaja tan grande como la de tener padres con estudios universitarios en lugar de no escolarizados, y el doble de ventaja que la de tener un padre profesional en lugar de no cualificado, y esto parece resultar tan verdadero tanto en los países ricos como en los pobres, en el pasado y en el presente, bajo el comunismo, el capitalismo y el *apartheid,* y sobre todo en China. [16] Parece como si existiera una constante sociológica que estableciera que la posesión de libros y la construcción de una biblioteca garantizarán la progresión escolar y el éxito profesional, pero en este caso no se puede anteponer el huevo a la gallina: para que alguien se plantee la deseabilidad de adquirir, poseer y coleccionar libros tiene que preexistir un estímulo familiar para la práctica cultural y una disposición escolar cultivada de manera prolongada, metódica y uniforme. [17] Aunque la intensidad específica entre diferentes países pueda variar, la influencia de las actividades tempranas de alfabetización en el hogar, las actitudes de los padres hacia la lectura y el número de libros que exista en cada domicilio, resultan factores determinantes, [18] pero para que la atmósfera cultural de la infancia y

el pasado escolar contribuyan positivamente a que todo eso suceda, son necesarios todos esos aprendizajes inconscientes de la primera y temprana educación que solamente ocurren en determinados contextos y bajo determinadas circunstancias. Y ese privilegio cultural heredado, esa desenvoltura y esa facilidad con la que algunos se relacionan con los libros y la lectura, es tanto más importante cuanto más informal o libre sea el tema o el asunto del que se trate, cuanto menos formalizado o escolarizado esté, porque esa confianza requiere de una habituación previa que solamente ocurre en determinados contextos familiares.

De manera inevitable, los efectos de crecer en uno u otro entorno, de adquirir las competencias y las disposiciones asociadas, perduran a lo largo de toda la vida y se extienden y ramifican hasta alcanzar facetas complementarias y hasta influir en el desarrollo y el logro profesional: no es accidental, por eso, claro, que quien mejor lea y mejor gestione múltiples fuentes de información, catálogos, archivos, registros o bases de datos bibliográficas, mejor uso hará de los dispositivos y las tecnologías digitales, porque son prácticas complementarias y solidarias que requieren de competencias asimilables.

El problema difícilmente resoluble de las bibliotecas es que, como otras instituciones culturales altamente formalizadas, funciona a menudo como un santuario al que algunos elegidos acuden para alimentar y sustentar una fe de virtuosos al tiempo que expulsa como falsos devotos o como indignos de ese credo a quienes no comparten (naturalmente) las convicciones y las certezas que adquirieron de manera imperceptible a lo largo de la infancia. La biblioteca, como la escuela, tiende, en su funcionamiento inercial y

automático, a consagrar y legitimar las desigualdades previas, porque el éxito de sus convocatorias, sus propuestas y sus acciones depende de las competencias precedentes de sus usuarios, de sus capacidades, gustos y predisposiciones repartidas de un modo sistemáticamente desigual. Tienden a perpetuarse, por eso, por más que existan conatos de apertura y diversificación de servicios, las lógicas tradicionales: nos hemos empeñado en desmentir sistemáticamente aquello que los libros, la lectura y las bibliotecas prometían al negar el acceso real a quienes provienen de ámbitos sociales desfavorecidos. El libro, como objeto, como formato discursivo, ha alcanzado su desarrollo máximo y no evolucionará más formalmente, lo que no es malo mientras no signifique que la biblioteca excluya o ignore otros formatos discursivos alternativos que surgen, precisamente, cuando se utilizan otros lenguajes que provienen de formas de creatividad y participación distintas a las reconocidas tradicionalmente como canónicas. Las bibliotecas, por lo general, han fomentado formas de acatamiento pasivo de lo que la cultura escolar marcaba como indiscutible, porque entre sus funciones estaba la de la imposición y promoción del canon escolar, pero esa defensa a ultranza de lo que resulta legítimo o ilegítimo leer, de la manera en que resulta legítimo o ilegítimo interpretarlo, obedece a una lógica excluyente sobre la que no puede seguir asentándose una biblioteca. Existen personas que necesitan de un estímulo añadido para acceder a las bibliotecas; existen formas de creatividad y participación, lenguajes y dispositivos, que deben incorporarse a su acervo; existen espacios que encarnan la inmovilidad y la inacción mientras que otros invitan a la producción y la colaboración; existen formas de producción cultural que no se conforman ni con el sometimiento a un canon arbitrario ni con fórmulas de espectacularización de la cultura, porque ambos nos

convierten en meros consumidores pasivos; existen alfabetizaciones tan importantes hoy como fueron las tradicionales, de manera que será necesario incorporarlas; existen formas de ver y entender el mundo, lenguas y cosmovisiones, que nunca habían traspasado el umbral de una biblioteca, pero ha llegado el momento de que lo hagan; existen formas de gestión que distancian mientras hay otras que unen y corresponsabilizan.

El paraíso es de todos o no es de nadie y por eso necesitamos realizar algunas reformas.

Reformas en el paraíso

Un día, la Serpiente del Arco Iris se deslizó por las llanuras doradas, observando con su mirada omnisciente la vida que brotaba a su paso. Vio canguros saltarines, koalas soñolientos, emúes veloces y kookaburras de canto alegre. Pero también vio rencores entre las tribus, disputas por el agua y la tierra, y la exclusión de aquellos que eran diferentes. La Serpiente del Arco Iris, con su corazón rebosante de compasión, decidió intervenir. Convocó a todas las criaturas del continente, desde las águilas majestuosas hasta las hormigas laboriosas. Se reunieron en un círculo multicolor bajo la sombra del árbol del caucho más anciano. La Serpiente del Arco Iris elevó su cabeza y habló con una voz melodiosa que resonó en la tierra: «He visto la discordia entre ustedes. He visto el desprecio hacia aquellos que no son como ustedes. Pero olvidan que todos somos parte de la misma red de vida, un tejido de colores tan diverso como mi propio cuerpo». Con un movimiento elegante, la Serpiente del Arco Iris extendió su cuerpo, creando un arco iris que se extendía de horizonte a horizonte. Los animales, fascinados, contemplaron cómo los colores se mezclaban y se fundían, creando una danza de armonía y belleza. «Cada color, cada criatura, tiene un lugar en este mundo», dijo la Serpiente del Arco Iris. «Las diferencias nos enriquecen, nos enseñan y nos ayudan a crecer. La verdadera fuerza reside en la unión, en la colaboración y en el respeto por la diversidad.»

Hay mitos, como el de la Serpiente del Arco Iris, que, a diferencia del cristiano, que celebra la exclusión y el castigo, enfatizan la importancia de la inclusión de cada individuo y de cada ser viviente como nodo indispensable en una red que los une a todos. La tradición australiana nos cuenta que la Serpiente del Arco Iris era una deidad creadora que viajaba por la tierra, modelando paisajes y dando vida, interconectando a todos los seres vivientes y celebrando la diversidad del mundo natural. Imagino una serpiente del arco iris como símbolo de una biblioteca que celebra la multiplicidad de las culturas, de las creatividades y de los formatos en que se expresan, de la pluralidad de los lenguajes y de las formas de comunicación, de la profusión de formas de vida y de sus variadas inteligencias. La historia de las bibliotecas muestra un movimiento tendencial hacia una mayor inclusión y apertura, hacia una comprensión acrecentada de su papel de canalizadora de los distintos intereses y formas de expresión de sus usuarios, hacia un diseño de sus espacios más inclusivo y diverso, pero aun con todo siguen siendo espacios que albergan un solo tipo de objeto, una única forma discursiva, y una sola modalidad legítima de participación y consulta; aun con todo el fracaso y el abandono escolares, el rechazo vehemente a la práctica de la lectura suele provenir de la limitación de las expectativas fruto de la interiorización de los límites sociales, y las bibliotecas no han podido o no han sabido contrarrestar esta situación, al igual que la escuela; aun con todo, las bibliotecas tienden a ignorar las manifestaciones multimodales de creatividad individual o colectiva, aun cuando nuestros jóvenes crean, se comunican y aprenden bajo esa premisa, mezclando y remezclando multitud de objetos digitales (imagen, vídeo, sonido, texto), en una amalgama creativa que puede dar lugar a formatos narrativos propios de los medios con los que trabajan y conocen; aun con todo las bibliotecas han considerado

siempre la lectura como la única alfabetización, al menos como la alfabetización preponderante, sin atender en demasía al resto de las alfabetizaciones que, hoy más que nunca, necesita un ciudadano del siglo; aun con todo, las bibliotecas siguen pensando que todos somos, sin excepción, nativos tipográficos, y se empeñan en proponernos un único tipo de objeto de consulta, una única forma discursiva y un espacio diseñado para desincentivar la relación, el trabajo y la comunicación; aun con todo, las escuelas y las bibliotecas se han hecho siempre eco de los cánones literarios y de pensamiento de cada época, ignorando las manifestaciones de lenguas, culturas y saberes ajenos a los patrones socialmente impuestos. La biblioteca, su espacio y sus servicios, todas sus estrategias se diseñan y se despliegan para dar respuesta a la idea de que el libro y la lectura ocupan un lugar central e indisputado, de que solamente existe la memoria vegetal, de que prevalece un canon único y compartido, de que somos ante todo receptores antes que productores. Los cimientos de las bibliotecas del siglo XXI no pueden seguir constituidos por esos materiales imperfectos: por el ocultamiento de los usos históricos arteros de la lectura [1] y por la exclusión de otras modalidades de preservación y comunicación; por el mantenimiento de las inequidades sociales y escolares que generan no lectores, denegando lo que supuestamente prometen; elaborando y difundiendo cánones académicos que excluyen otras realidades y otras voces; ignorando otras modalidades de tipologías discursivas; rechazando la dimensión creativa y participativa de los usuarios y lectores.

¿Cómo romper el encadenamiento circular, el círculo vicioso, que convierte a las bibliotecas, a las instituciones culturales y escolares, en brazos inocentemente ejecutores de políticas que abocan a la reproducción de los elegidos y a la exclusión de los preteridos?

¿Cómo evitar que las bibliotecas y el resto de las instituciones culturales se conformen con una invocación incesante al cumplimiento y observación de la norma que en cada época histórica se tenga por preponderante? ¿Cómo reconvertir las bibliotecas y el resto de las instituciones hermanas apremiándolas a abandonar su condición de instancias de legitimación cultural para dar cabida a las manifestaciones desdeñadas del resto de las expresiones culturales? ¿Cómo diseñar iniciativas que retengan la atención de los ya convencidos y persuadan a los disuadidos?

En primer lugar, quizás como premisa, debería reconocerse el derecho de no comprender y de demandar comprensión por parte de aquellos que no disponen de los conocimientos ni de las claves para desentrañar los códigos en los que está cifrada la oferta y los servicios de las bibliotecas: ni María, ni Marc, ni David ni ninguno de los innumerables no usuarios o usuarios reticentes de las bibliotecas entienden o comparten los lenguajes que dan por supuesto que todos compartimos, así que reducir el desconcierto de los usuarios menos instruidos es la primera de las estrategias que deberían sustentar las acciones que emprenda cualquier biblioteca suministrando a los más necesitados los apoyos (gráficos, verbales, auditivos, audiovisuales) necesarios para acercarse a sus servicios y sus propuestas. Para quienes no disponen del bagaje ni del capital cultural necesario para adentrarse en solitario en una biblioteca, se antepone siempre el interés práctico y funcional a cualquier otro, porque para ellos no existe la mera contemplación o el placer estético como un valor primario o evidente. El lenguaje de la gratificación estética, o el lenguaje del esfuerzo y la meritocracia,[2] de la superación personal y del remedio de las dificultades, es poesía barata en manos de quienes presumen de su capacidad natural para disfrutar de la lectura y de los libros o de

quienes, habiendo experimentado apuros, fueron capaces de remontarlos y hablan de su épica personal, del viaje del héroe que les llevó de la ceguera a la mirada virgen. Se trata, en este primer paso, que es el fundamento del resto, de reducir la distancia reverencial ante lo sagrado, por muy difícil que las grandes bibliotecas, con sus arquitecturas monumentales, sus espacios de recogido silencio y sus protocolos palaciegos para la consulta y el préstamo, pudieran ponerlo. Se trata, también, de que los bibliotecarios cobren conciencia de ello y pongan los medios de una pedagogía racional al servicio del acortamiento de esa distancia, por mucho que sus características sociales y que las condiciones definitorias de la profesión los conviertan en valedores inconscientes de las lógicas de la exclusión. Es complejo gobernar la casi inevitable tensión que pueda darse entre el esoterismo aristocrático de quien ha sido investido con el cargo de conservador de la memoria y el conocimiento y la sensibilidad de quien es receptivo a las solicitaciones de una sociedad que demanda apertura, participación y ampliación de lo que se considera como legítimo.

¿Por qué no despojar a las bibliotecas de toda su pompa ritual para hacerlas más acogedoras habilitando espacios de encuentro, de discusión y convivencia, de juego y de creación, de ocio y tiempo libre? ¿Por qué no permitir que el diseño de algunas colecciones, de las políticas de adquisición, de la configuración de los fondos, se decida de acuerdo con los criterios de sus usuarios, de manera que en lugar de una biblioteca tengamos un sinnúmero de ellas? ¿Por qué no organizar conferencias, cursos y talleres, grupos de lectura y discusión, que propicien un acercamiento razonado y sencillo, progresivo y participativo, a las obras más cercanas y más inalcanzables? ¿Por qué no propiciar la dimensión creativa de los usuarios mediante la habilitación de los recursos, mentores y

espacios necesarios para que generen obras y contenidos en diversos lenguajes y formatos, tan merecedores de espacio y atención en la biblioteca como los herederos de la memoria vegetal? ¿Por qué no poner al servicio de los indecisos mediadores profesionales o voluntarios que faciliten el tránsito y la circulación por la biblioteca, que expliquen cuál es su propósito y su contenido, las características de sus colecciones, las normas genéricas de su funcionamiento? Se trata de hacer todo lo contrario de lo que predicaba George Steiner,[3] que oponía el mundo de los libros al de la vida cotidiana igual que lo sagrado se opone a lo profano: desacralizar las bibliotecas, no porque no sean espacios dignos de respeto o no porque no sean custodias del pensamiento, la creatividad y el conocimiento humano, tampoco porque no contribuyan a la redención de algunos y al progreso intelectual de muchos, sino porque no pueden ni deben convertirse en espacios altivos o presuntuosos, en espacios excluyentes o nobiliarios. Y se trata, también, de no dilapidar recursos ni esfuerzos en propagandas pueriles que no estimulan sino a los que ya están previamente estimulados, porque hacer eso —que suele ser lo más socorrido y común— es como creer que levantando la voz o gritando más fuerte se acaba entendiendo un idioma que no se domina. Como decía Pierre Bourdieu, «la Casa de la Cultura sigue siendo la casa de los hombres cultos».[4] En nuestra tradición pedagógica tendemos a exaltar aquella estrategia que consistió en acercar las obras al pueblo allí donde estuviera, fueran reproducciones artísticas, lecturas, conciertos o representaciones teatrales,[5] pero lo cierto es que si no acercamos el pueblo a las obras, mediante una acción educativa equitativa y sostenida en el tiempo, la mera accesibilidad no será nunca suficiente para subsanar la brecha originaria y para crear una disposición duradera hacia la práctica cultural. Aun cuando

resulte contraintuitivo en un libro sobre el carácter paradisiaco de las bibliotecas como espacios de plena realización individual y colectiva, lo cierto es que las inversiones dedicadas a las infraestructuras culturales serán poco rentables mientras no se haya dotado a la escuela de los recursos, las pedagogías, las formaciones, los espacios y la inequívoca misión de garantizar la equidad y el éxito de todos sus alumnos.

¿Qué puede hacer una biblioteca en este sentido, entonces, sin que esto sea una nómina exhaustiva de medidas posibles sino, más bien, una incitación a la reflexión?: convertir las bibliotecas escolares en el epicentro del cambio pedagógico de las escuelas de manera que se asuma como principio de equidad fundamental el primer punto del *Manifiesto por las bibliotecas escolares* promulgado por la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios y la Unesco: «el programa de bibliotecas escolares y sus profesionales cualificados se centra en el crecimiento de los alumnos proporcionando un acceso equitativo a experiencias de aprendizaje, recursos y espacios de aprendizaje que permitan a todos los miembros de la comunidad escolar convertirse en lectores eficaces y usuarios responsables, evaluadores y creadores de información en múltiples formatos».[6] La primera biblioteca, en ausencia de la biblioteca familiar, en ausencia del estímulo que el capital cultural familiar podría haber proporcionado a cada niño, es la biblioteca escolar. Difícilmente se llegará a la biblioteca pública sin haber pasado por la biblioteca escolar o sin, al menos, haber convertido la biblioteca pública en la sustituta de la tan a menudo biblioteca escolar ausente. Se trata de convertir la biblioteca en el espacio de las multialfabetizaciones, de la colaboración y la deliberación creativa, de la inventiva y la imaginación, por supuesto de la lectura compartida y en voz alta, de la indagación y la pesquisa, taller o

laboratorio en el que poner a prueba la propia capacidad de juicio valiéndose de los múltiples recursos a los que pueda recurrir. No cabe pensar una biblioteca escolar como un espacio subalterno, infradotado, ocasionalmente utilizado por profesores sobrecargados y sin cualificación, porque si pretendemos disolver el pesado lastre de la falta de hábito, práctica y costumbre en la relación con los libros, es imprescindible que la convirtamos en el foco del cambio. «Organizar actividades que fomenten la conciencia y la sensibilidad cultural y social», reclama el primer *Manifiesto* de la IFLA & Unesco del año 1998. «Apoyar a todos los alumnos en el aprendizaje y la práctica de habilidades para desarrollar y utilizar la información, independientemente de la forma, el formato o el medio, e incluyendo la sensibilidad hacia la tradición oral», porque la biblioteca deberá tener la vocación de ser realmente el lugar en el que todos, sin distinción de clase ni origen, puedan desarrollar sus capacidades de manera plena. O, como colofón, como horizonte forzosamente común y realizable, «proclamar el concepto de que la libertad intelectual y el acceso sin restricciones a la información son esenciales para una ciudadanía eficaz y responsable y para la participación en una democracia», [7] porque sin lectura, sin las alfabetizaciones precisas para enfrentarse a la complejidad del mundo contemporáneo, sin el hábito de enfrentar opiniones diversas, sin desarrollo del juicio autónomo, no cabe hablar siquiera de democracia o de participación ciudadana. [8]

Para alcanzar el fin propuesto será necesario dar muchos pasos, sincronizados y complementarios, de muchas personas y colectivos, en ese sentido: provocar la curiosidad y el deseo de conocer de los niños, integrando sus intereses pero sin permitir que eso equivalga a que se encierren en un mundo excesivamente familiar de evidencias conocidas; fomentar la corresponsabilidad en la gestión de todos los

servicios, desde los más mecánicos hasta los más creativos, de la catalogación y el préstamo a la lectura en voz alta y la gestión de grupos de lectura; avivar el sentido de compromiso personal con la firma de un contrato en el que se concierte el cuidado de los libros y de cualquier otro recurso, en el que se aliente a cuidar de la biblioteca como de un bien compartido del que todos puedan disfrutar. En el fondo, como reclamó tantas veces Geneviève Patte, de lo que se trata es de que «los niños se sientan reconocidos, escuchados, inteligentes y sensibles», [9] de que «se les tome en serio, de que se les trate como a personas responsables, de tener la oportunidad de ejercer responsabilidades de mil maneras», porque «todo ello contribuye al respeto de sí mismos, sin el cual no puede haber respeto de los demás ni de sus pensamientos». [10] Y si resulta forzoso implicar a quienes deben ser los protagonistas, no lo es menos hacerlo con sus familias, porque son ellas las que determinan el horizonte de expectativas de sus hijos: cuenta Geneviève Patte, en una experiencia repetida en otras geografías, que «en un vecindario con un alto índice de inmigración, las maestras de las clases de los niños más pequeños y el personal especializado de la biblioteca pública decidieron invitar cada sábado por la mañana, por turnos, a una clase entera de pequeñitos acompañados de sus padres». Y la experiencia se plantea y discurre de manera que las familias no experimenten la perturbación de sentirse sospechosas o fuera de lugar, al contrario, porque de lo que se trata es de «proponer condiciones de acogida y apertura que permitan a cada quien recibir y ser escuchado», [11] y en esa estrategia de escucha y consideración es decisivo festejar todas las culturas incluyéndolas en el calendario de celebraciones, de exposiciones, de lecturas. «Una biblioteca siempre tiene necesidad de crear y reforzar los lazos de una vida colectiva», y en ese movimiento inclusivo que refuerza los

lazos comunitarios mediante la incorporación de todas las narraciones, se consigue que las casas de la cultura no sean ya solamente de los hombres cultos, sino que pertenezcan a todos aquellos que puedan expandir sus muros agregando sus historias. Las reticencias nunca serán menores ni los frenos menos paralizantes, pero «cuando los alumnos y los maestros se interesan por un tema, es conveniente que descubran que la diversidad de los puntos de vista, de las personas con las que se dan los encuentros, la variedad de descubrimientos y entornos de aprendizaje, en vez de excluir, no hacen sino favorecer una mejor progresión en el conocimiento», [12] porque la biblioteca no es un contenedor estático de memorias relegables, sino un mecanismo dinámico de construcción de la identidad. Y, para que ese círculo comunitario abarque a todos quienes deben formar parte de él, la biblioteca debe «remitir y orientar a su público hacia personas u organismos externos» [13] cuando la consulta o la indagación así lo requiera, porque nadie puede presumir de saberlo o ignorarlo todo, de forma que la biblioteca será tanto más inteligente cuanto más colectiva sea. Y todo lo anterior nunca podrá ir en detrimento del papel más específico de una biblioteca, aquel que ninguna otra institución podría asumir: iniciar en la lectura crítica, reunir las publicaciones necesarias para verificar la eventual discrepancia, ocupar a un moderador informado y neutral que gestione las discordancias, y trabajar con grupos homogéneos y suficientemente maduros como para poder mantener un debate cabal y ordenado. Si todos esos antecedentes se reunieran en la biblioteca escolar, como una simiente que florará más adelante, las bibliotecas públicas serían realmente el lugar de todos, no el lugar de unos pocos que se conforman con creer que son muchos los llamados y pocos los elegidos.

En segundo lugar, es imprescindible gestionar la aparente oposición entre formatos discursivos claramente diferenciados: en las bibliotecas, a lo largo de los siglos, encarnado en diferentes soportes, preponderaba un solo formato discursivo, el de los textos que despliegan sucesivamente una palabra, una línea y un párrafo tras otro hasta desarrollar uno o varios argumentos en toda su complejidad. Un formato discursivo que exigía y sigue exigiendo a sus lectores una atención privativa, un esfuerzo de concentración y seguimiento, un respeto y sometimiento temporal a la voz que trata de exponer sus argumentos. La transformación digital del orden discursivo y la proliferación de los distintos dispositivos y soportes en que se encarna, hacen necesario que convivan con el mismo derecho y en las mismas condiciones con los tradicionales. Y eso no siempre es sencillo ni evidente para los profesionales que crecieron como nativos tipográficos. Es necesario, también, abandonar la tentación contraria: deshacerse de los soportes físicos porque no son más que una redundancia costosa en un mundo digitalmente volatilizado. De lo que se trata es de ampliar el sentido de preservación a todos aquellos formatos y soportes en los que se encarne alguna forma significativa de discurso, tarea que amplía casi hasta el infinito los esfuerzos y la necesidad de recursos por parte de las bibliotecas, abocadas a tomar difíciles decisiones sobre el alcance de la custodia.

Promover todas las acciones que tengan que ver con la conservación y la promoción de la memoria vegetal será, en consecuencia, una de las tareas de las bibliotecas contemporáneas, bien en forma de clubs y talleres de escritura, lectura en voz alta, laboratorios de edición, seminarios sobre las distintas modalidades de la propiedad intelectual, cursos sobre cualquiera de los movimientos literarios o intelectuales que pudieran resultar de

interés, presentaciones y debates o cualquier otra modalidad de servicio que garantice la transmisión de nuestro conocimiento y nuestra memoria, que incite a la creación de nuevos contenidos y nuevas lecturas. Suscitar, igualmente, todas aquellas acciones encaminadas a la inclusión de nuevas tipologías discursivas en el catálogo de la biblioteca, no solamente como mero acceso a los muy diversos recursos digitales, sino también a su creación: será necesario habilitar terminales informáticas, contratar licencias de acceso a bases de datos, etiquetar y garantizar la preservación de recursos a menudo volátiles, pero también habilitar espacios de creación y colaboración digital, estudios de grabación, espacios *maker,* talleres de competencias digitales, laboratorios de ciencia ciudadana, todo aquello que sirva para que la memoria de silicio crezca con la misma robustez que la vegetal, que la creatividad digital encuentre medios suficientes y acomodo en una biblioteca rediseñada para amparar y estimular cualquier manifestación de la inventiva humana.

Bajo diferentes nombres, esta gestión conciliadora, que procura que se visibilice y comprenda la transición entre formatos y dispositivos y sus consecuencias sobre la naturaleza del discurso, puede visualizarse bajo la forma de los *Palacios de la memoria multimedia,* los *Rincones de la historia* o los *Salones del libro,* un espacio de la biblioteca específicamente dedicado a la exposición de dispositivos de la historia de la computación y de los medios de comunicación, que pueden manipularse y sobre los que se promueven *hackatones* para la ideación de usos derivados; o un espacio en el que se documenten las herramientas y usos de trabajo que se utilizaron en la propia biblioteca a lo largo de los años, como una reflexión sobre el propio oficio y su evolución; o, quizás, un museo del libro y sus diversos soportes a lo largo de la historia, que

resalten su profunda implicación en la evolución de la historia de las ideas. [14]

En tercer lugar, si damos por supuesta la alfabetización literaria como el ejercicio necesario para desentrañar el contenido escrito generado a lo largo de buena parte de la historia de la humanidad, no será menos necesaria la alfabetización digital, hija de la profunda transformación que su invención ha generado. Si la lectura profunda nos demanda paciencia y atención, concentración y seguimiento ordenado de argumentos complejos, la lectura transmedia nos exige ser capaces de reconstruir argumentos complejos a partir de fragmentos de contenidos que se expresan a través de distintos medios. Algunos lo llaman lectura de cazador versus lectura de recolector, una actitud recogida y atenta empeñada en seguir el rastro de la presa, todos los indicios que adviertan de su ubicación hasta el desenlace final, contra una disposición que va recogiendo en su tránsito los diversos frutos que la creatividad transmedia sea capaz de generar. Una especie de relación monogámica versus un vínculo poliamoroso, de entrega plena y exclusiva frente a la fluidez de los objetos digitales que puedan configurar un relato multimedia. Por muy controvertida que pueda o no resultar a los nativos tipográficos esta reclamación, es estrictamente necesario que las bibliotecas se apliquen a la capacitación en competencias digitales, porque ningún lenguaje ni ninguna tipología discursiva debe serle ajena. La definición que da la Real Academia del verbo «alfabetizar» [15] es seguramente tan estrecha de miras y corta de alas como la propia institución.

Pero si hablamos de alfabetizaciones múltiples o expandidas, no cabe con que nos conformemos con dos modalidades que, siendo diferentes, comparten muchos elementos comunes. Las bibliotecas deben convertirse en la morada de las polialfabetizaciones porque, si

pretenden cumplir con el cometido de «proporcionar acceso a una amplia gama de información e ideas libres de censura, apoyando la educación formal e informal a todos los niveles, así como el aprendizaje permanente que permita la búsqueda voluntaria y autodirigida del conocimiento en todas las etapas de la vida» —tal como reclama el último *Manifiesto por las bibliotecas públicas* de la Unesco-IFLA—, [16] no tendrán otra opción que la de abrirse a las alfabetizaciones numéricas, a la programación y el pensamiento computacional, al *big data* y a las matemáticas de los grandes números, al pensamiento visual y a la inteligencia gráfica, al abecedario de la genética humana, a la diversidad radiante de las inteligencias naturales y la sensibilidad medioambiental.

Es preciso pensar la biblioteca como el espacio de las multialfabetizaciones, aquel que promueve «la capacidad de interpretar, producir y evaluar distintos tipos de textos, [...] destrezas que deben ayudar» a cualquier usuario «a comprender diversas formas culturales de comunicación y a construir su identidad», [17] tal como reclama y define el currículum finlandés. Una biblioteca como un vergel de variedades discursivas, como una vega de saberes o un oasis de conocimientos.

Cabe pensar en la impartición de formación en distintos formatos, presenciales, híbridos o enteramente digitales, con mediadores o mentores encargados de hacer el seguimiento más personalizado posible, para la adquisición de todas las competencias digitales necesarias para hacer realidad el sueño de una ciudadanía virtualmente ilustrada o para la adquisición del resto de las competencias ligadas al resto de las alfabetizaciones. Y, por qué no, puestos a expandir las funciones y servicios de una biblioteca, convertirla en la institución que por antonomasia cultiva la cultura del aprendizaje, de la disposición a seguir instruyéndose y

experimentando a lo largo de toda la vida, con la ayuda y el ejemplo de otros.

En cuarto lugar, resulta obligado enriquecer y ampliar el canon tradicional, esa convención histórica cambiante fruto de la imposición de ciertos criterios estéticos, de la puja entre intereses enfrentados, que acaba por legitimar como lecturas u obras arquetípicas, como autores o autoras modelo, como tipologías discursivas preferibles, unas sobre otras. Si la biblioteca debe «promover la preservación y el acceso significativo a las expresiones y el patrimonio culturales, la apreciación de las artes, el acceso abierto al conocimiento científico, la investigación y las innovaciones, tal y como se expresan en los medios de comunicación tradicionales, así como en el material digitalizado y el nacido de la digitalización», tal como pretende la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios, eso es tanto como instar a que coexistan cánones diferentes, a que convivan respetuosamente en sus distancias respectivas, a que establezcan un diálogo que les haga entender tanto su inconmensurabilidad como su contingencia. Una de las deudas que las bibliotecas han contraído con el resto de las culturas no occidentales es la de dar cabida a las voces y la memoria de las personas, de las comunidades, que no han formado parte del canon establecido. Si nos detuviéramos a contar los libros que representan, por sus temas o sus lenguas, a los potenciales usuarios de una biblioteca, nos daríamos cuenta de que existe siempre una sobrerrepresentación de la cultura dominante frente a la infrarrepresentación del resto de las culturas, frente a su frecuente inexistencia. «Las experiencias bibliotecarias», sin embargo, cuentan los bibliotecarios colombianos, «nos han mostrado que las comunidades tratan de encontrar en las bibliotecas correlatos de sus vidas y de sus culturas», [18] de manera que resulta imprescindible

convertir la biblioteca en una biblioteca de todas las culturas, en un espacio tan rico en experiencias como diverso en aproximaciones. Abandonadas a su inercia, como tantas otras instituciones, las bibliotecas tenderán a primar siempre un punto de vista, una manera única de conocer, una aproximación epistemológica singular a la realidad, pero de lo que se trata es de abrirla para hacerla plural, varia y numerosa.

Pero no se trata, solamente, de que convenga diversificar los puntos de vista sobre la realidad, sino de que resulta necesario, también, hacer evidente el vínculo que los une con la realidad. Tal como reclaman los educadores que defienden el «aprendizaje conectado», «creemos que los jóvenes merecen un ecosistema de aprendizaje más equitativo centrado en sus culturas, comunidades e intereses», [19] porque una de las premisas de todo aprendizaje es que solamente puede producirse cuando resulta significativo, cuando promueve la implicación activa del lector o el estudiante vinculándolo con su contexto, cuando se anteponen los intereses y objetivos de quien debe aprender a los inanes contenidos curriculares. No hace falta sino recordar una vez más a Paulo Freire dirigiéndose a los bibliotecarios brasileños para reiterar que «la comprensión crítica de la alfabetización, que incluye la comprensión igualmente crítica de la lectura, exige la comprensión crítica de la biblioteca», [20] porque la biblioteca ha contribuido durante demasiado tiempo a promover la cultura del silencio, a la prosternación y a la renuncia a la propia cultura. «La biblioteca popular», sin embargo, en opinión de Freire, «como centro de cultura y no como depósito silencioso de libros, aparece como el factor fundamental para el perfeccionamiento y la identificación de una forma correcta de leer el texto en relación con el contexto», [21] de no desligarlo artificiosamente de su entorno, de

encontrar cuáles son sus relaciones significativas con lo que le rodea.

«Tradicionalmente», dice la proclama sobre la naturaleza de las «bibliotecas conectadas», «las bibliotecas se han considerado depósitos de recursos. Hoy, sin embargo, son centros para el aprendizaje del siglo XXI. Las bibliotecas se han convertido en lugares de apoyo a toda la comunidad y al aprendizaje permanente de las personas. Las bibliotecas son partes centrales de la comunidad y funcionan como un centro comunitario. Pueden conectar a las comunidades —ya sean rurales, urbanas o suburbanas — con una comunidad global.» [22] En esos nuevos espacios que han dejado de ser almacenes para convertirse en obradores, de lo que se trata es de crear oportunidades para que los estudiantes trabajen en temas globales con ramificaciones locales, como el cambio climático, recopilando datos como científicos ciudadanos; de ayudarlos a relacionar un interés particular con un contexto más amplio, elevando progresivamente su mirada desde lo inmediato a lo global; de pensar en hacer que los jóvenes investiguen cuestiones del mundo real que vayan más allá de su propia comunidad; de establecer contactos con organizaciones y entidades de la comunidad local para poner en contacto a los jóvenes con retos y situaciones que se ajusten a sus intereses, buscando también, indirectamente, que su vocación pueda tener un impacto palpable en el bienestar de la comunidad; de animarlos a tener en cuenta, en fin, las perspectivas de los demás a la hora de resolver problemas, integrando en sus decisiones todos esos puntos de vista que, a menudo, se soslayan o se ignoran.

La gestión bibliotecaria de esa tensión entre la conciencia de una privación cultural que debe redimirse y la integración de una dimensión creadora y participativa, no es sencilla: por una parte, ni

María, ni Marc, ni David ni otra miríada de posibles usuarios tienen conciencia de la desposesión o de la privación a la que son sometidos porque solamente existe conciencia de la insuficiencia o de la expoliación cuando se dispone de los medios para percibirla; por otra parte, tanto ellos como el resto de los potenciales usuarios tienen algo que aportar, algo que producir, porque su estatuto no puede ser solamente el de receptores maravillados de las obras canónicas, sino el de contribuyentes al acervo de conocimientos necesarios para gestionar nuestra realidad común. No es fácil ser bibliotecario en estos tiempos, claro está, porque propiciar el acercamiento a las obras que configuran el patrimonio cultural considerado indispensable, por un lado, y animar a que cada cual exprese y desenvuelva sus intereses personales y sus cualidades creativas, por otro, requiere no solamente de un nuevo perfil y una nueva formación profesionales, sino también de una clara convicción sobre lo que implica diseñar los servicios de una biblioteca en el siglo XXI. En todo caso, y para que no quepa duda, las bibliotecas deberán fijarse, en particular, en la dimensión creativa de los jóvenes, en fenómenos como la *fan fiction,* que reúnen a millones de usuarios con la intención de generar obras derivadas, en distintos formatos discursivos, a partir de obras originales, en un ejercicio de imaginación autogestionado (talleres de competencias y herramientas digitales, talleres de escritura creativa, espacios dedicados para la producción multimedia, etcétera) que no espera ser juzgado ni aprobado sino, en todo caso, acompañado y asesorado.

Existen múltiples formatos y dinámicas ideadas en los últimos años para encauzar la energía creativa de quienes, además de usuarios, pretenden ser productores, para resaltar que no existen las obras genuinamente originales, sino que todas proceden de la

mezcla de ideas y patrones previos, que todas son, al fin y al cabo, un cruce de caminos: las incubadoras o residencias creativas, que son espacios que dan cabida durante varios meses a personas que desarrollan una idea en cualesquiera que sean los formatos que hayan elegido; las estanterías *remix,* en las que se dota a los usuarios de los medios para que generen obras derivadas de la mezcla de argumentos y personajes de obras precedentes y se les da el espacio para exponer sus resultados; la *DIY Press(do it yourself Press),* o imprenta para hacerlo uno mismo, con la que los usuarios pueden concebir, diseñar, maquetar, remezclar e imprimir sus propias obras; los buzones en los que los usuarios pueden depositar sus manuscritos originales o cualquier otro material escrito que pueda tener cierto valor histórico, con la intención de que exista una estantería específicamente dedicada a esas donaciones; las bibliotecas de todas las culturas o de todas las lenguas, que pretenden quebrar la homogeneidad canónica de las bibliotecas tradicionales dando cabida a la variedad exuberante de historias y formas de expresión que configuran las comunidades contemporáneas. [23]

En quinto lugar, como correlato de todo lo anterior, será necesario rediseñar los espacios de las bibliotecas para incorporar la dimensión participativa y productiva de los usuarios. Las bibliotecas deberán habilitar nuevos espacios donde se puedan desplegar las habilidades creativas y generadoras de sus usuarios, entendiendo la esencia de lo *maker* como la de la posibilidad de que cada cual pueda expresar su genio creador, sea en talleres de innovación y ciencia ciudadana, en talleres con herramientas analógicas y digitales para la construcción de prototipos, o en cualquier otra manifestación creativa que implique el uso de herramientas y dispositivos en comunidad. [24] Las bibliotecas son el fundamento sobre el que

construir nuevas formas de vida cooperativa y comunitaria que alienten la reflexión y la acción compartidas, algo que exige que los espacios se configuren con la intención de acoger y facilitar la acción coordinada de colectivos que se reúnen con la intención de crear colaborativamente porque la cultura de la participación [25] exige lugares acogedores, seguros y hospitalarios que se conviertan en ese tercer agente que configura la labor coordinada de todos. El diseño de las nuevas bibliotecas, tal como propone el eslogan, es el de generar «espacios que conecten, cultiven y transformen las comunidades», [26] que conecten personas, información e ideas, porque «las bibliotecas tienen que ver cada vez menos con materiales y más con una experiencia de conexión y colaboración con la comunidad. Las colecciones siguen siendo importantes. Pero a medida que las bibliotecas adquieren más material digital, dedican menos espacio a albergar objetos físicos. En su lugar, están creando espacios flexibles y polivalentes para que la gente se reúna, interactúe y adquiera nuevas habilidades. La biblioteca moderna es un café, un estudio de creación digital, un lugar de encuentro multigeneracional y mucho más». [27]

El espacio tradicional de una biblioteca se parecía más al de un recinto sagrado donde se oficiaba una ceremonia reservada a muy pocos, a los doctos selectos capaces de obrar el ritual de la sagrada lectura y de respetar los mandamientos derivados del canon cultural, de forma que las prácticas profanas debían quedar fuera, apartadas, recluidas en otros lugares. A nadie podría extrañar, en consecuencia, que el espacio mismo ejerciera un efecto de división entre los predestinados y los rechazados tan insalvable como la distancia que separa lo sacro de lo mundano. Formalmente, al menos, muchas bibliotecas siguen ostentando el lema de «abierto a todos», como si bastara con conjurarlo para que existiera, pero bien sabemos que la

segregación opera a muchos niveles complementarios y que nadie que no esté ungido para ello osaría traspasar el umbral de un recinto que se tiene por sagrado. El espacio es una de esas palancas que puede servir para desencadenar una transformación sistémica, una renovación drástica de servicios e instalaciones, también de talante y actitudes, pero sobre todo de apertura y acogimiento. Resulta ineludible, por eso, resaltar «la necesidad de priorizar el uso del espacio bajo el prisma de la equidad». [28]

La reconfiguración de los espacios bibliotecarios ha sido, sin duda, uno de los asuntos que más ha ocupado a sus profesionales en los últimos años y los resultados se han dejado ver bajo la forma de ámbitos flexibles que puedan modificar sus usos en función de las horas del día y del tipo de usuarios que demanden sus servicios; de ambientes donde la lectura no se practique ya de una forma relativamente incómoda y hierática para practicarse en posiciones y posturas más parecidas a las que adoptaríamos en nuestro domicilio; en rincones de pura desconexión, *cold spots,* en contraposición a los *hot spots,* como refugios o abrigos que buscan el cultivo de la atención, el silencio y la concentración en un mundo de conexiones ubicuas y de ruido continuo; las tabernas de lectura o espacios dedicados a la lectura compartida, a la crítica y el comentario, en un ambiente de confraternización y respaldo mutuo; los espacios comunitarios que pretenden «potenciar la dimensión social de la biblioteca como espacio generador de procesos democratizadores de la cultura y como espacio de encuentro y socializador de las prácticas de acción individual y consumo cultural». [29]

En sexto lugar, en tiempos de inteligencia artificial y de verdades algorítmicas, de omnipresencia de las redes digitales y de bulimia informativa, de *deepfakes* y de toda clase de engaños y artificios virtuales, es preciso regresar a la etimología de la palabra «leer»

para reivindicar que el fin fundamental de cualquier institución cultural o educativa, sobre todo de una biblioteca, es procurar que sus usuarios desarrollen un juicio autónomo, capaz de evaluar con fundamento las múltiples versiones de la verdad, de discernir con claridad lo que le resulta más apropiado y conveniente. Leer significa el poder de elegir o de tomar las propias decisiones de manera independiente sin dejarse influir ni secuestrar por los lugares comunes y las consignas estereotipadas. De hecho, no hay lectura, propiamente hablando, si no se dan esas condiciones de plena libertad, lo que es tanto como decir que no hay bibliotecas si no se asume plenamente la función de fortalecer el juicio y el entendimiento de sus usuarios, si no se convierte en algo así como en el *fitness studio* o el *training center* de la razón. En algunos emplazamientos bibliotecarios se ha diseminado el concepto de *Neogymnasia,* de un espacio basado en el antiguo concepto de «gimnasio» griego, un lugar en el que se daban cita ejercicios de carácter diverso, físicos, intelectuales, sociales, y que ahora aspira a convertirse en una instalación con espacios de conversación, salas de estudio y de lectura, sitios gestionados por bibliotecarios pero, también, por personal sanitario especializado que se preocupe de la salud física y mental de sus usuarios. [30]

Y no es menor utilidad, tampoco, que en tiempos de atomización digital, sumidos en la paradoja del aislamiento virtual, la biblioteca combata esa insularidad reforzando la reflexión colaborativa y el sentido comunitario. No quiere lo anterior decir, en ningún caso, que la biblioteca pueda desdeñar ninguna de las poderosas herramientas que la era digital ha creado, muy al contrario. De lo que se trata es de asumir la plena responsabilidad de una alfabetización concertada [31] que impulse por igual las competencias y capacidades digitales en el entendimiento de que ningún ciudadano podrá

desenvolverse cabalmente sin un conocimiento y dominio mínimo y satisfactorio de las herramientas, de sus usos y aplicaciones, de sus implicaciones y complejidades. «Los ciudadanos necesitan adquirir una comprensión básica sobre las tecnologías nuevas y emergentes, incluida la inteligencia artificial (IA), para poder interactuar con seguridad, de forma crítica y segura con ellas», [32] y no imagino que las bibliotecas pudieran soslayar de ningún modo este requerimiento. La biblioteca equivale a un espacio democrático en el que se promueve la diversidad, la tolerancia, los valores de la empatía y la discusión, algo que debe redoblarse cuando el jinete de la desinformación cabalga cerca del resto de los jinetes del apocalipsis, [33] y eso solamente se puede hacer asumiendo un papel activo en la articulación de «los pasos necesarios para promover el desarrollo de las competencias digitales desde una edad temprana y en todas las etapas de la educación y la formación». [34] No solamente la escuela, no exclusivamente la familia, sino también la biblioteca, porque si siempre fue, a lo largo de los siglos, ese lugar de cultivo, preservación y diseminación de la cultura escrita sobre soportes físicos, hoy debe ser, también, el lugar de análisis, aprendizaje y uso de las tecnologías digitales. Las dos caras de la moneda del conocimiento.

Y en séptimo y último lugar de estas recomendaciones sobre el rediseño bibliotecario, sobre las condiciones sobre las que debería reconstruirse un verdadero paraíso que acogiera a todos, las bibliotecas tendrían que ser reconocidas como laboratorios comunitarios para la concepción y creación de futuros posibles, una factoría de configuraciones sociales potenciales basadas en todas sus características intrínsecas: como espacio para la preservación del genio humano en sus muy diversas manifestaciones y formatos; como fuente inagotable del conocimiento humano; como lugar de

reflexión y estudio; como lugar para la producción y el debate; como emplazamiento privilegiado para el aprecio a la diversidad; como taller de trabajo individual y colaborativo; como laboratorio ciudadano, en fin, para la imaginación y elaboración de ordenaciones sociales factibles. Surgen diversos formatos de experimentación social en las bibliotecas: los *LABraries,* juego de palabras difícilmente traducible que reúne la idea de laboratorio y biblioteca en un mismo emplazamiento y que apunta al desarrollo de laboratorios de ciencia e innovación ciudadana, laboratorios de gobierno que son lo contrario de «las instituciones públicas (tal y como las conocemos)» [35] porque «están pensadas y preparadas para la gobernanza de un mundo que se esperaba seguro y firme; es decir, no fueron concebidas como espacios experimentales en donde se pueda permitir el ensayo de prácticas o políticas, validaciones inestables o resultados provisionales» y, sin embargo, «de ello depende la vida de muchos ciudadanos y ciudadanas». De ahí que la biblioteca deba asumir su condición de institución del futuro sin renunciar a todo aquello que, desde el pasado, la convertía en un reducto excepcional.

> Los laboratorios ciudadanos añaden una dimensión pragmática: la capacidad de producir soluciones colaborativas. Esta capacidad de «hacer» de la ciudadanía y de «hacerlo» colaborativamente con las instituciones supone incorporar la creatividad de las personas a la producción de políticas, mediante procesos de innovación que incluyen y combinan conocimientos diversos. [36]

Nada de lo que tenga que ver con la creatividad, la producción, la colaboración, la experimentación o la innovación debería ser hoy ajeno a las bibliotecas, porque son instrumentos de producción de futuros posibles en manos de la ciudadanía.

Gestionar la tensión entre la memoria vegetal y digital, aprovechándolas como fuentes complementarias de creación y

conocimiento; incorporar otras alfabetizaciones, porque nuestro mundo contemporáneo exige que ampliemos el ámbito de los territorios que exploramos; rediseñar los espacios que nos acogen, porque el medio no solamente encarna la función sino que le da forma y la configura; enriquecer y completar el canon, porque siempre es una manifestación histórica parcial de una voluntad que se impone y que deja fuera a otras varias muestras de la creatividad y el hacer humanos; convertir las bibliotecas en gimnasios renovados, como lo pudieran haber sido aquellos emplazamientos de la Antigüedad donde se compaginaba el fortalecimiento de nuestras diversas capacidades, fundamentalmente el juicio crítico y autónomo y la capacidad de averiguamiento e indagación; convertir las bibliotecas en laboratorios comunicatorios para la creación de futuros posibles, para la orquestación de la diversidad de los puntos de vista que, juntos, constituyen la verdad sobre los asuntos sociales; y, sobre todo y finalmente, allanar el acceso a las bibliotecas, a todas las instituciones culturales, para cumplir un doble fin: que aquellos que se sienten objetiva y subjetivamente excluidos y rechazados encuentren la motivación para traspasar su umbral y hacer uso de sus utilidades y para que la propia institución cumpla genuinamente con el mandato público que constituye su esencia.

La reconquista del paraíso

«Es imposible que incluso una instrucción igual no aumente la superioridad de aquellos a quienes la naturaleza ha favorecido con una organización más feliz», afirmaba el ciudadano Condorcet en el siglo XVIII, plenamente consciente de que la universalidad de la educación, en sí misma, no era suficiente para garantizar la equidad, porque cada cual había adquirido una serie de disposiciones que se canjearían de manera muy desigual en el mercado escolar. Pero Condorcet no se rendía en su épica tarea de procurar la igualdad entre todos los ciudadanos, de manera que explicaba que «basta para el mantenimiento de la igualdad de derechos que esta superioridad no conduzca a una dependencia real, y que cada uno esté suficientemente instruido para ejercer por sí mismo, y sin someterse ciegamente a la razón de los demás, aquellos derechos que la ley le ha garantizado».[1] Saber elegir, disponer del criterio para tomar decisiones fundamentadas en evidencias, no depender de verdades ni argumentos prestados, erigirse en el dueño del propio discernimiento, en fin, gracias a la educación y a la constelación de servicios e infraestructuras dedicados a la tarea libertadora de conseguir que nadie dependa de nadie, más allá de la solidaridad que requiera, precisamente, la construcción de ese tipo de sociedad. Las bibliotecas deberían tener un papel decisivo en esa tarea fraterna de instrucción y de redención: «creo que es necesario», argumentaba Condorcet, que en cada distrito se dispusiera de bibliotecas y otras infraestructuras que dieran

cobertura a la labor docente. «Estos últimos establecimientos son igualmente necesarios para la instrucción de los niños y para la de los hombres, para la educación común y para la que tiene por objeto las profesiones o el estudio de las ciencias», [2] para todos por igual, en cualquier condición y situación, como garantía redistributiva o como salvaguardia colectiva.

Si hoy aspiráramos a cumplir los designios de aquellos precursores, a darles cabal cumplimiento, deberíamos hacer varias cosas: fortalecer el papel que la escuela posee en el reequilibrio de las diferencias, porque si las familias no pueden dar a sus hijos lo que no tienen, será obligación de las autoridades públicas garantizar la equidad; abrir las bibliotecas a las comunidades para que las hagan suyas, en todos los sentidos y direcciones, llevándolas más allá del apergaminado esquema tradicional; agregar todas aquellas fuentes, herramientas y enseñanzas que amplíen las posibilidades de la instrucción y el aprendizaje permanentes, hoy más numerosas y diversas que entonces.

Antaño, las bibliotecas escolares eran lugares apartados, infradotados y gestionados por personal no especializado, a menudo profesores desinteresados y desvinculados de toda estrategia pedagógica. Así resultaba inviable pensar que las bibliotecas escolares pudieran convertirse en el espacio donde se congregaran los recursos e iniciativas más fundamentales de una comunidad escolar. Hoy en día, afortunadamente, cada vez más, la biblioteca de un centro es el núcleo de la actividad escolar, el lugar en el que pueden trabajarse todas las alfabetizaciones, donde pueden encontrarse todos los recursos necesarios para hacerlo, donde la cultura de la colaboración y el aprendizaje activo tienen lugar, donde la convivialidad y la comunidad se hacen presentes. [3] Es preciso comenzar por ahí.

Hoy, en la tercera década del siglo XXI, estamos alejados del principio utópico de internet, ese que prometía un ciberespacio independiente, creativo y colaborativo. En un movimiento progresivo hacia la plataformización [4] y el oligopolio (en lugar de aquella larga cola [5] en la que muchos depositamos nuestras esperanzas), parece que el espejismo cibernético solamente fue eso, una ilusión. Sin embargo, existen todavía muchos proyectos y muchos colectivos que se han reapropiado de sus herramientas de producción gracias a las redes digitales para hacer de la creación, consulta y circulación del conocimiento un ideal cumplido. En Nueva Zelanda, un grupo de programadores comenzó a desarrollar en los años noventa un *software* que sería la semilla de la biblioteca virtual avalada por la Unesco, una biblioteca que se distribuiría de manera gratuita por muchos territorios inaccesibles del mundo con el fin de que pudieran consultar las fuentes de información que necesitaban y también, fácilmente, incorporar todos aquellos registros que, contextualmente, pudieran resultar interesantes. Un *software* compartido bajo los parámetros de la libertad de uso, distribución, modificación y mejora que puso en la mano de muchas comunidades desabastecidas la posibilidad de crear y utilizar sus propias bibliotecas, algo hasta ese momento inimaginable. Tras ese proyecto que pretendía empoderar a los pueblos y a las personas que lo utilizaran podían escucharse los ecos históricos de Shiyali Ramamrita Ranganathan cuando reclamaba «que ni el mezquino / ni el decano erudito / restrinja los libros / a unos pocos favorecidos. / Tenemos libros para todos». Libros, revistas, imágenes, grabaciones de audio, etcétera, siempre a mano, porque la biblioteca digital está siempre allí donde estemos nosotros, que somos el centro y sentido de su existencia.

Los repositorios digitales de artículos científicos, sea cual sea el estado de revisión en el que se compartan, son el culmen de un movimiento de reapropiación histórica: el que da a los científicos la posibilidad cierta de recobrar la soberanía sobre todo el proceso de creación, compartición, revisión, corrección y publicación del resultado de una investigación, escamoteándolo de esa dimensión editorial comercial que ha subvertido en buena medida la naturaleza misma de la vocación y la producción científicas. El proyecto pionero, quizás, fue el de arXiv.org, un lugar en el que matemáticos, biólogos, informáticos, físicos y otros científicos comparten abiertamente el estado provisional o final de sus investigaciones para que sus pares cualificados evalúen la pertinencia y novedad de su aportación, sin otras mediaciones que las de la propia comunidad que dispone del conocimiento y el criterio necesario para hacerlo. En este caso, la biblioteca digital es el soporte imprescindible sobre el que se fundamenta la autonomía del campo científico, que es el principio irrenunciable que debe guiar el trabajo de todo investigador. De ese impulso de preservación de la independencia han nacido, después, muchas de las grandes iniciativas continentales para el desarrollo de infraestructuras digitales que dan cobertura a la circulación y transmisión del conocimiento científico: la European Open Science Cloud, la Open Science Clusters' Action for Research and Society (OSCARS) o la red Research Infrastructures in Horizon Europe (RICH), por mencionar tan solo tres de los casos más conspicuos, tres grandes bibliotecas, archivos vivos virtuales, en continuo cambio y expansión, como una gigantesca red ubicua que nos conecta y nos da pie a crear y colaborar en libertad.

Las bibliotecas han sufrido en la última década un vuelco epistemológico reseñable: de espacios de consulta y estudio, silenciosos y recogidos, a espacios de creación y producción,

ruidosos y abiertos. Este cambio, que comporta una transformación de su naturaleza inicial, no siempre es comprendido ni acogido con simpatía o adhesión. No pretendo decir, en absoluto, que del estudio y de la lectura no se deriven los conocimientos y las ideas necesarios para la creación subsecuente, porque sin el uno y sin la otra sería inconcebible innovación alguna. Pero sí trato de comunicar que el aprender obrando, que el aprender colaborando, que el aprender en espacios abiertos con herramientas distintas a los libros, ha cobrado un auge que obliga a las bibliotecas a repensarse para dar cabida a un fenómeno epistemológico legítimo, que es el de la creación activa de conocimiento, el de la cogestión popular de los fines a los que debe estar orientada una biblioteca. Muchos ejemplos salpican el mapa mundial de la transformación: Bibliomakers, Fablabs o LabsCo tienen en común, en Holanda o en Colombia, poner en manos de grupos de personas unidas por un interés compartido los espacios, las herramientas y la tutela o mediación necesarios para establecer un reto, compartir ideas, construir prototipos, evaluarlos y modificarlos y comunicarlos a la comunidad al tiempo que se documenta todo ese proceso para que cualquiera pueda utilizarlo si llegara el caso. Generación de puro conocimiento digno de formar parte del acervo de una biblioteca.

Concepción Arenal afirmó: «abrid las escuelas y se cerrarán las cárceles». Quizás sea muy osado inferir que mientras exista una escuela y una biblioteca en la cárcel, ya que se ha ingresado en ella y el primer supuesto se incumplió, la prisión dejará de ser estrictamente un presidio para convertirse, al menos de manera transitoria, en una posibilidad de redención, de reconexión, de replanteamiento de los objetivos y las prioridades personales. En *Ecos de Soto,*[6] un «magazín libre y transparente realizado íntegramente por internos del CP Soto del Real», tal como reza el

subtítulo de su cabecera, puede leerse en su número 5 del año 2024: «lograr el mejoramiento del nivel cultural y educativo puede ofrecer nuevas oportunidades personales y laborales en el futuro y la administración, en estos casos, debería poner todos los medios para favorecerlos». [7]

Aunque pueda parecer exagerado, existen relatos de experiencias, entre ellas las de Malcolm X, que atestiguan el poder de los libros, de la lectura, de las palabras y de las bibliotecas para abrir una grieta que quizás no baste para vislumbrar el paraíso, pero sí para imaginarse otra vida posible. Quizás parezca excesivamente ingenuo pensar que una biblioteca pueda contribuir de algún modo a romper el círculo vicioso que conduce a la prisión, que pueda elevar las expectativas de los presos hasta hacer de la lectoescritura algo deseable y convertir a los reclusos en seres redimibles a través de la experiencia que les procuran los libros, pero lo cierto es que, aunque en casos limitados, ha sucedido. Hay países que confían tanto en el poder libertador de la lectoescritura que canjean la dedicación aplicada a su ejercicio por días de condena. Los más cínicos pueden pensar que bajo el pretendido interés solamente se esconde el deseo de permutar páginas por sanción, pero la realidad de nuevo nos dice que crece un genuino interés por la lectura a la exigua luz de una deficiente instalación eléctrica, si hiciera falta, y que las bibliotecas pueden ser al mismo tiempo un desahogo, un principio de emancipación, un podio sobre el que alzarse y vislumbrar al otro lado una vida distinta y propia.

En una conferencia a los bibliotecarios brasileños que Paulo Freire impartió en el año 1982, en la que apelaba, desde el inicio, a que la comprensión crítica de la alfabetización, de la lectura y de la biblioteca iban de la mano, declaraba:

> Si antes la alfabetización de los adultos era tratada y realizada en forma autoritaria, centrada en la comprensión mágica de la palabra, palabra donada por el educador a los analfabetos; si antes los textos generalmente ofrecidos como lectura a los alumnos escondían la realidad en lugar de desvelarla, ahora, por el contrario, la alfabetización como acto de conocimiento, como acto creador y como acto político es un esfuerzo de lectura del mundo y de la palabra. [8]

En las bibliotecas comunitarias se realiza y encarna, precisamente, esa demanda, ese ejercicio: el de un acto de creación que es connaturalmente político porque es conducido por la comunidad para la comunidad. En ese esfuerzo de reapropiación y comprensión del presente y del pasado se produce, de manera simultánea, un acto de producción de conocimiento que merece ser preservado, que merece ocupar un lugar en esa biblioteca genuinamente pública: «si antes raramente los grupos populares eran estimulados a escribir sus textos, ahora es fundamental hacerlo, desde el comienzo mismo de la alfabetización, para que en la posalfabetización se vaya intentando la formación de lo que podrá llegar a ser una pequeña biblioteca popular, con la inclusión de páginas escritas por los propios educandos», defendía Freire. La biblioteca popular, tal como la identificaba y describía, no como aquel depósito silencioso y restrictivo de papiros o de códices, sino como el medio público a través del que identificar y practicar una forma correcta de leer el texto en relación con el contexto, de desarrollar programas de autoconstrucción y autodesarrollo, de cimentar una cultura crítico-democrática sólida y emancipadora, como también dejó escrito Freire en numerosas ocasiones. Quizás quede algo lejos del paraíso; o quizás no.

El paraíso empieza en la escuela

> Han pasado dos años y medio desde que abandoné mi querido país, Siria. Me quedé con mi madre y tres de mis hermanas en Turquía, mientras que mi padre se ha dirigido con mis hermanas mayores y mi hermano a Grecia a través del viaje de la muerte cruzando el mar. Sufrí mucho miedo y preocupación, temía que se ahogaran en el mar como muchos otros sirios, pero mi padre me prometió que seguiría vivo, que llegaría al otro lado y que volvería a verme. Y lo volví a ver; después de unos meses y de un viaje muy duro, pudimos seguirles. [1]

Esto escribía Azhar en el año 2017. Se calcula que en Grecia hay unos veintiún mil niños refugiados [2] que necesitan sustento y escolarización y, lo que es quizás más apremiante, comprender qué les ha ocurrido, por qué han tenido que abandonar apresuradamente sus casas y sus amigos, por qué han tenido que someterse a peligros inimaginables, al tormento del hambre y al suplicio incomprensible de la separación. Es un campo que huele a abandono y desolación, a aglomeración y excreciones, nada que ver con el olor de la infancia que tuvieron que abandonar de manera abrupta. Pero no es solamente que deban digerir su desolador pasado, sino, sobre todo, que deberán ser capaces de asumir una nueva lengua y un desconocido entorno cultural, que tendrán que luchar por integrarse y hacerse valer y escuchar, y que todo eso tendrán que hacerlo, a menudo, sin orientación ni guía, sin la tutela de alguien que pudiera devolver algo de orden a tanto caos. Y lo peor, quizás, es la sensación de culpa, la de ser responsables de la malaventura sufrida, la de merecer por alguna razón desconocida las penalidades

incontables que padecen, la de tener que ocultar lengua, origen y congojas con la fútil intención de ser aceptados, de ser, si no queridos, al menos respetados. Pero toda esperanza se disuelve en la larga espera, en los innumerables meses de desidia administrativa, de olvido informativo, de rechazo activo por parte de poblaciones que se sienten abrumadas y asustadas por la estampida incontrolada. No es fácil ser niño en un campo de refugiados, aceptar que uno es menos que nada, que habrá que tragar sin digerir un pasado brutal, atroz, irracional. «Queríamos ir a Alemania, donde tenemos parientes cercanos», contaba Neda en otra carta sin destinatario,

> pero cuando llegamos a Grecia había un nuevo acuerdo y ya no podíamos continuar nuestro viaje. A veces me siento atrapada. Pero en mis libros, en mis estudios, puedo sentir la libertad. He perdido tanto tiempo. Hay tantas cosas que quiero hacer, pero no puedo hacerlo aquí. Cada mañana me despierto en el campamento de Skaramangas, veo a seis personas en nuestra diminuta habitación y pienso: «Tengo que mejorar esta situación. Tengo que luchar, y cada día lucho por mejorar».

¿Habría alguna manera de alumbrar el infierno cotidiano de los niños refugiados?, ¿habría alguna forma de abrir una hendedura en su pesadilla diaria a través de la que vislumbren un resquicio del paraíso de su infancia perdida?, ¿podrían las historias, las narraciones o los cuentos ayudarlos a entender, de alguna manera, el desvanecimiento de su origen, la penuria de su presente y la incertidumbre de su futuro?, ¿podría la reconstrucción narrada ayudarlos a comprender las costumbres de una tierra desconocida, el significado de una lengua incomprensible, las razones de unas personas por completo ajenas?, ¿en qué medida relatar, por el medio que sea, puede ayudar a reconstruir lo devastado y a cimentar lo por venir?, ¿y qué puede hacer una biblioteca por todo esto?

En el barrio del Pireo, en Atenas, hay un jardín de infancia, como en tantos otros lugares del sur de Europa receptores de familias inmigrantes, con veintidós alumnos, el 55% de ellos procedentes de Oriente Medio, con el árabe como primera lengua. Dos adultos ejercen como profesores y uno como coordinador y su sueño profesional sería poder preparar a todos los niños para afrontar con éxito un mundo de creciente complejidad, diversidad y movilidad, algo que entienden que debería hacerse ayudándoles a investigar el mundo que los rodea, a comprender a los demás con empatía, a comunicarse por encima de las aparentes diferencias de forma rica y creativa, y a participar activamente en la construcción de sociedades más justas e integradoras. Como propone Verónica Boix-Mansilla, de lo que se trata, en el fondo, es de construir sociedades más inclusivas, es decir, de fomentar la competencia global e intercultural de los niños desde su más tierna infancia, procedan de sociedades desplazadas o de sociedades receptoras.[3] En realidad, como declaró Yuri Gagarin a la vuelta de su viaje interestelar, desde el espacio no se distinguen fronteras y, a ras de tierra, hoy, 110 millones de personas[4] que han sido desplazadas de alguna manera de sus hogares por razones diversas, sea por persecuciones, conflictos, violencia, violaciones de derechos humanos o presión climática, hacen que esas lindes artificiales sean percibidas como lo que son: límites artificiosos creados y mitificados por los seres humanos que se resisten a ser desarticulados con vehemencia o, si fuera necesario, con crueldad y violencia.

En la deliberación colectiva sobre la estrategia que convenía abordar para dotar a los niños de la capacidad de encarar con entereza su pasado y de afrontar con arrojo su futuro, los profesores del colegio del Pireo acordaron varias cosas: crear un espacio de seguridad en el que cualquiera pudiera compartir sus inquietudes sin

miedo a las críticas, sin temor a la ofensa o a la humillación; habilitar ese mismo espacio para que acogiera tanto los talleres donde se crearían y compartirían las historias como sus resultados, fueran en el formato que fuera, generando una biblioteca donde cupieran todas, sin distinción de lengua, materia u origen; dar por sentado que todos y cada uno de aquellos niños y niñas poseían la suficiente capacidad de ideación y creatividad como para elaborar sus propias historias, valiéndose para ello de cualquier medio que pudiera servir a tal propósito, aun cuando las narraciones transmedia preponderaran sobre el resto, porque la condición de nativo digital es común a los niños y jóvenes de cualquier procedencia; implicar a las familias en el proceso narrativo porque a menudo suponen una rémora o un lastre para sus hijos, bien porque quieran borrar las huellas de su procedencia en la medida de lo posible negándoles la lengua materna y las historias que explican sus orígenes, bien porque intenten limitar las expectativas de sus hijos ajustándolas a la inexistencia cierta de posibilidades objetivas. En cualquiera de los dos casos, solo implicando a las familias en el cambio, en la elevación de la confianza y en la recuperación de la memoria, cabe pensar en una transformación real; por último, prepararse para ejercer ellos mismos de mentores a lo largo de un proceso en varias fases que debían ir del despertar de la conciencia de que cualquiera tiene una historia que contar hasta la confección de un plan de acción para el fomento de la integración y la convivencia.

Comenzar manejando algunos libros que contengan historias de emigraciones para que los niños entiendan cómo se estructura una historia, de qué manera se desarrolla un argumento o se expresan los sentimientos y las emociones, es siempre una buena idea. Es necesario visualizar la historia que cada uno lleva consigo, hacerla progresivamente manifiesta, precisamente porque todo trabaja para

ocultarla, para silenciarla, pero todos sabemos desde hace mucho tiempo que los ovillos de sentimientos sin desenredar tienden a causar abatimiento y desánimo, conflictos silenciosos a los que es necesario dar forma. Puede ser una buena idea pintarlos o dibujarlos, también moldearlos o darles forma, porque de lo que se trata es de materializarlos, de convertirlos en algo potencialmente manejable, operable. Se trata, también, de no sentirse solo o incomunicado, aislado, de comprender que el «sedentarismo no es más que un breve paréntesis en la historia de la humanidad» porque «durante lo esencial de su aventura, el hombre ha sido modelado por el nomadismo y está en proceso de convertirse de nuevo en viajero». [5] Todos somos, sin excepción, viajeros en el tiempo y nuestra aparente estabilidad no es más que un espejismo de fijeza y de persistencia que cultivamos con la vana intención de perdurar. Somos, como dice la canción de Jorge Drexler, una especie en movimiento, trashumante, donde cada uno de nosotros forma parte de una larga genealogía de inmigrantes. Cantar juntos canciones en las que se ponga de relieve la naturaleza ambulante de los seres humanos, esa dimensión errabunda que llevó a las diversas especies a esparcirse por el mundo, también es una manera de invocar la naturaleza peregrina que todos compartimos.

El poder de los relatos radica, en buena medida, en su capacidad de construirnos o de reconstruirnos, de ordenarnos o de rescatarnos, porque estamos hechos de fábulas, de ficciones, de puras invenciones con más o menos fundamento en la realidad. «La narración podría fomentar la cooperación en un grupo si le proporciona una identidad», dice Fritz Breithaupt, enumerando todas sus posibles propiedades. «Si observamos los mitos de numerosos pueblos, siempre cuentan la historia de un clan o de una tribu. Las narraciones transmiten aquí el sentimiento de pertenencia al grupo

relatando la historia común», [6] de manera que relatar es, siempre y en alguna medida, reconectar con las raíces, religarse a la experiencia compartida que da consistencia a la propia. En ese espacio que aspira a convertirse en un jardín de historias compartidas, será necesario alentar a que cada cual cuente su historia, a que la encarne y la comparta, y para eso no suele haber nada mejor que la dramatización, que la asunción de los distintos papeles y caracteres que deambulan por ella. Actuar ante los compañeros, una vez que los propios niños hayan bosquejado el guion de la historia y hayan asumido los distintos roles que la personifican, suele tener el efecto balsámico de la redención porque, una vez que se ha compartido lo oculto, lo escondido, uno está preparado para reconquistar ese espacio.

Para elaborar ese boceto narrativo sobre el que se sostendrá la historia, resultará recomendable recurrir a un esquema en el que, en primer lugar, se analicen los hechos de la manera más ecuánime posible, intentando objetivar y verbalizar qué ocurrió, cómo sucedió todo antes de llegar al lugar donde ahora se encuentran; a continuación, les llegará el turno a los sentimientos, a las emociones, a la elucidación de las aflicciones o las congojas de cada cual, la mayoría de ellas relacionadas con el desamparo, el abandono, la pérdida; después convendrá hablar de las necesidades que cada cual percibe como más ineludibles, como más urgentes, sean el reconocimiento, la acogida, la compasión o cualquiera otra que puedan sentir; y, por último, como colofón de ese hilo narrativo, y una vez que todos han comprendido las razones del estado anímico de cada cual, pensar cuáles podrían ser las acciones que condujeran, colectivamente, a crear las condiciones para procurar el bienestar de todos. [7] A los niños les ocurre lo mismo que a los adultos, incluso más, porque no suelen tener el embarazo ni el

envaramiento de los mayores y sus sentimientos acostumbran a aflorar con más espontaneidad y confianza. En aquel colegio griego, imagen de cualquier otro colegio en cualquier otra geografía con mayoría de población inmigrante, comenzó a configurarse un ambiente de aceptación y comprensión mutua que acercó progresivamente a unos y otros niños, porque el sentimiento de identificación ante los males de alguien, la compasión, aflora como la punta de una aguja que rasga un tejido en cuanto las historias comienzan a tejer redes de complicidad.

Crear un relato requiere que buceemos primero en las aguas turbias de nuestros inconscientes, que indaguemos en el baúl de las historias familiares y colectivas para encontrar las vetas de nuestra identidad truncada, que elaboremos una trama ordenada de lo que nos sucedió mediante el uso de mapas visuales, de dibujos, de fotografías, de figurillas de barro o plastilina que podamos utilizar como personajes de una animación, de textos escritos que nos devuelvan y fundamenten la consistencia vaporosa de nuestra experiencia. En aquella biblioteca que era un poco como un huerto en el que se siembran historias para ver florecer a los niños, se repartieron las responsabilidades de manera que los jóvenes griegos redactaron los guiones en su lengua nativa mientras que los recién llegados trabajaron con sus manos en el moldeado de las figuras, en la selección de las imágenes y la música, en su integración mediante herramientas digitales en una secuencia narrativa comprensible. Como la investigación pedagógica sobre las narrativas transmedia apunta, «la experiencia condujo a la producción de un vídeo colaborativo basado en la narración digital en el que los jóvenes podían cuestionar críticamente y valorar sus experiencias»,[8] a desentrañar el amasijo desordenado de emociones que amenazaba con hacerlos naufragar, o a construir puentes de reconocimiento

mutuo entre los miembros de un aula a los que todo parecía separar inicialmente.

El momento de compartir la historia puede asumir diferentes modalidades: una simple lectura en voz alta del relato escrito; una exhibición sobre una pantalla del relato multimedia construido entre varios alumnos; una representación teatral donde los papeles se hayan repartido de manera que todos encarnen a un personaje, se metan en la piel de alguno de ellos; una exposición con las viñetas dibujadas del largo y peligroso viaje y de la farragosa acogida.[9] Cualquier forma de expresión tiene cabida en la biblioteca porque no hay manifestación del espíritu humano que pueda serle ajena. Es el momento, también, de la celebración, de honrar el día en que comparten sus temores y esperanzas más íntimos con las festividades apropiadas, de plantearse colectivamente cómo quieren seguir viviendo juntos, porque leer y escribir siguen teniendo el mismo sentido que les atribuyera en su momento Paulo Freire: investigar el sentido y razón de nuestro pasado, la procedencia y génesis de nuestros sentimientos para construir colaborativamente sobre todo ello el sentido de nuestro futuro compartido.

Una biblioteca se construye, entonces, de manera colaborativa, con la mirada de todos, porque el sentido se construye a partir de la equidistancia, dibujando la geometría variable de los puntos de vista. La biblioteca debe albergar todas las voces, por tanto, todas las lenguas, todos los anhelos, todas las historias, porque de lo contrario será un depósito monótono, monocolor, monofónico. Y la biblioteca, incluso la de los más pequeños, aquella en la que comiencen a dar sus primeros pasos como lectores y productores, deberá constituirse en un espacio diseñado para empoderar cívica y críticamente a los ciudadanos, incluyendo bajo ese concepto a los más pequeños, a quienes deberían crecer con la conciencia de que

democracia significa el poder de cualquiera. Azhar, la chica siria de dieciocho años estacionada en un campo de refugiados griego, lo resumía de manera nítida:

> en la biblioteca del campamento he empezado a trabajar con voluntarios para enseñar árabe, matemáticas e inglés a niños de cinco años. La sensación de ser necesaria me da sentido y esperanza. Me permite olvidarme de nuestra situación. Quiero arreglar las cosas que están mal. Quiero ser una líder para ayudar a la gente que lo necesita en todo el mundo, y ayudar a las mujeres oprimidas. [10]

Casi todo permanecería en el silencio, oculto y desarticulado, si las bibliotecas no consiguieran implicar la voz de las familias, si sus historias domésticas no se integraran en el flujo de los relatos como el abono sobre el que puedan brotar el resto de las memorias. Los primeros encuentros en aquella biblioteca escolar del colegio griego del Pireo tomaron la forma de una reflexión en voz alta, fundamentalmente con la presencia de las madres, que seguía la pauta de una rutina de pensamiento bien conocida, estructurada en torno a cuatro preguntas concatenadas. Mostrándoles las representaciones pictóricas de sus hijos, las maquetas que habían modelado o los textos que habían escrito, las cuestiones que les formularon y que sirvieron para dibujar un terreno compartido fueron: ¿qué es lo que ha visto, qué es lo que ha percibido?, ¿qué sentimientos le ha suscitado esta obra, qué emociones le ha despertado?, ¿en qué le hace pensar esta obra, qué ideas le provoca?, ¿qué es lo que más le ha llamado la atención de esta obra, qué clase de preguntas le ha suscitado, qué le ha sorprendido? [11] Las respuestas ofrecen la oportunidad de conectar y compartir ideas, de tejer una red de sentimientos compartidos y experiencias comunes, de restaurar las emociones más escondidas y de estimular el interés por profundizar en la raíz del problema para buscar soluciones genéricas.

Lola es una niña que supera con valentía el confuso sentimiento de no conocer la historia de su familia buscando la ayuda de su comunidad para escribir su historia de emigración de la República Dominicana a Estados Unidos. La experiencia de un pasado borrado por la negligencia familiar, por el temor a que la lengua y las costumbres del país de procedencia funcionen como una marca indeleble, atraviesa la mayoría de los usos migratorios, sea en un trayecto desde la República Dominicana a los Estados Unidos, sea en uno de Siria a Grecia. La lectura del libro de *Islandborn,* [12] como una guía que reprodujera, casi paso a paso, la experiencia de la denegación del origen, dio pie a que las familias se reconocieran de manera inevitable en ese comportamiento de repudio y de rechazo, de oscurecimiento y escamoteo del linaje, pero también en la necesidad de recuperarlo y reintegrarlo en las vidas de sus hijos y en las suyas propias. No es fácil vivir vedando la ascendencia familiar, la cultura y la historia de cada cual, porque faltarán las referencias necesarias para identificarse y faltarán los asideros necesarios para reconocerse. La lectura en voz alta en aquella biblioteca griega junto a las familias invitadas serviría para compartir esa experiencia de privación inducida y, también, para resolver que la identidad de sus hijos debía florecer sobre el humus de esa historia recuperada.

Cuando las familias experimentan el poder de la lectura, cuando se dan cuenta de que es algo más que un pasatiempo, que puede convertirse en un pasaporte que les permite transitar entre la recuperación del pasado y la invención del futuro, se predisponen a incorporarla como una práctica regular. Las sesiones sucesivas de aquella biblioteca escolar incorporaron a las madres como relatoras de la experiencia lectora que habían tenido con sus hijos en sus domicilios: por medio de los dibujos que habían realizado, de las fotografías que habían tomado, de los juegos a los que habían

jugado, incluyendo entre ellos el de simular ser bibliotecarios. Alfabetizarse no es solamente disponer de algunas competencias mecánicas para la decodificación e interpretación del alfabeto; es, más bien, el desarrollo de la capacidad de entenderse a uno mismo y a los demás y, correlativamente, de prever e imaginar posibles futuros. Así tomada, la lectura es una herramienta heurística y prospectiva pero, también, analítica y retrospectiva. Y las bibliotecas son recintos virtuosos donde todo eso puede ocurrir.

«Lo que me gusta es que cuando sea vieja», comentaba una madre el día de la celebración final, «[mis hijos] sabrán contar las historias que me contaba mi madre. No quiero que se avergüencen, quiero que se sientan sirios y que conozcan sus raíces.» O, también, «como madre puedo seguir reforzando y hablando de no dejar atrás nuestra herencia. Quiero que [mis hijos] conozcan tanto los días de fiesta de allí como los de aquí».[13] El resultado de aquella intervención de dos profesores y un orientador, como auténticos mediadores de la lectura, fue vincular y dar sentido,[14] dotar de intencionalidad al ejercicio de la lectura, conferirle trascendencia más allá de las necesidades inmediatas, otorgarle significado al dotar a ese ejercicio de interés, importancia y finalidad. Nada de eso pudo resultarles sencillo porque, como argumentaba Felipe Munita, «es importante recordar que el mediador actúa en medio de una paradoja: su objetivo es motivar hacia una práctica cultural altamente valorada en el discurso social, pero escasamente considerada como práctica efectiva en nuestra sociedad»,[15] y si a eso le sumamos el hecho de que las bibliotecas son percibidas como tabernáculos sagrados e inaccesibles, la combinación no augura nunca éxito alguno. Ser bibliotecario es ser inseparablemente mediador, tal como ser profesor es ser intrínsecamente intermediario o intercesor, no del todo a la manera socrática, como tantas veces se

reclama, porque Sócrates empujaba mediante sus preguntas a una resolución sin debate, sino más bien como un preceptor que acompaña escalonada y pautadamente a sus interlocutores en un ejercicio de autodescubrimiento.

La idea de que todos tenemos un relato que contar, una historia que compartir, es más rigurosamente cierta aún, si cabe, en el caso de los refugiados, de los que sufren la desgracia del destierro y el oprobio del rechazo. En Polonia, asilados del centro de refugiados local asumieron el papel de *Libros vivientes* contando sus historias de la vida real a los *Lectores-estudiantes* de la escuela asociada, a sus familias y a otros miembros de la comunidad local,[16] en una sesión que transcurrió en la biblioteca del centro situado en Varsovia. Confrontar los prejuicios, desafiar las preconcepciones, enfrentarse a los lugares comunes a través de los que percibimos la figura borrosa y amenazante de un migrante, encararse con la propia ignorancia como fuente de todo desprecio injustificado, era el objetivo de quienes diseñaron aquel evento, el de la biblioteca humana. Recuperar las narraciones, en cualquier caso, en cualquier lugar, es una manera de hacer confluir la historia y el futuro por medio de la acción, una forma de descolonizar los relatos colectivos a través de los que nos pensamos, quizás el mejor procedimiento para aprender de la historia para informar el presente sobre el pluralismo que debe fundamentar nuestras sociedades. No hay justicia renovadora sin el esfuerzo colectivo por rescatar la historia reparadora y eso puede y debe ser el objeto del trabajo de las bibliotecas porque son, aquí sí, los templos de la memoria y las fábricas del futuro.

Y lo mismo viene ocurriendo en muchas otras bibliotecas escolares del mundo, como en el caso de la Portland Public Elementary Schools, donde construyeron la «biblioteca de las

muchas historias», en atención al descubrimiento previsible que realizaron los alumnos de la decena de nacionalidades que poblaban sus aulas: que ningún libro hablaba en su lengua ni de su cultura. De aquella carencia surgió un proyecto que acabó poblando las estanterías de la biblioteca escolar con los ecos y las voces de las historias familiares y acabó evitando la voz monocorde y aplastante de la historia única que uniformiza nuestra manera de percibir el mundo. En aquel caso, los profesores que asumieron el papel de mediadores instaron a sus jóvenes relatores a que estructuraran su trabajo teniendo en cuenta cuatro principios fundamentales: identificar un tema que les pareciera relevante, en relación con sus antecedentes culturales, y encontrar fuentes de información ricas y fiables para profundizar en su comprensión, fundamentalmente familiares; concebir su relato como un esfuerzo para cuestionar toda clase de estereotipos, fueran de raza, cultura, lengua o cualquier otro rasgo que se pudiera tomar por segregador, fomentando con ello la obligación de integrar todas las perspectivas posibles sobre un mismo asunto; multiplicar los esfuerzos por hacerse entender, por desarrollar una comunicación efectiva entre culturas diversas, por transmitir el valor de la diferencia; y tener siempre presente que la escritura y su publicación o representación tienen un propósito cívico fundamental, que es el de enriquecer el patrimonio de las historias disponibles, ampliar las representaciones e imágenes del mundo. [17]

Pasan los años y la necesidad de disponer de infraestructuras de acogida en las que se rehabilite la identidad de cada cual y en las que se favorezca la integración cultural son cada vez más necesarias, que es tanto como decir que las bibliotecas escolares deberían ser la primera etapa hacia una vida mejor, hacia un relato más consistente sobre uno mismo y hacia algo más cercano a la idea

de paraíso que cada cual pueda tener. Un lugar que huela a hospitalidad y aceptación.

En el año 2019 el *Directorio general para la vecindad y negociaciones de ampliación* de la Unión Europea hizo realidad el proyecto de disponer de un libro en el que se escucharan las voces de los que siempre están silenciados, de los niños sirios forzados a abandonar su país abruptamente, perdidos en la desolación de los campos o afortunadamente inscritos en establecimientos escolares. El libro, el volumen que podría haberse escrito en cualquier biblioteca escolar, en múltiples bibliotecas escolares, se tituló el *Libro de los sueños,* [18] un volumen que contenía cuentos escritos por esos niños sirios desplazados por toda la Unión, relatos que nos hablan del pasado, del presente y de la esperanza de alcanzar un futuro mejor. Rasha, una niña de doce años, nos recordaba principios elementales que, por aparentemente evidentes, tendemos a descuidar:

> cuando vivimos en un país que no es nuestro, nunca nos sentimos realmente en casa. Te diré lo que quieren los niños. Quieren derechos. Primero, el derecho a ir a la escuela y a hablar su propia lengua. Después, el derecho a permanecer en su país. Lo que está ocurriendo en Siria no debería ocurrir nunca. Los niños tienen derechos. Tienen derecho a jugar, a estudiar y a ser felices. Nunca deberían estar tristes. [19]

Esa sucinta declaración, la de procurar la felicidad de niños que perdieron su sostén y que anhelan reencontrar su razón, bastaría para completar los programas de todas las bibliotecas escolares del mundo porque todas son o deberían ser el vestíbulo al paraíso.

Paraísos virtuales

Con fecha del martes 25 de julio de 2000, el presidente de la cooperativa multipropósito Kataayi, en Uganda, se dirigía al director de la Biblioteca para el Desarrollo Humano: [1]

> somos la Cooperativa Polivalente Kataayi [2] de Uganda, una cooperativa de base comunitaria que existe desde hace veinte años. En la actualidad nos concentramos en la introducción de tanques de captación de agua de lluvia de ferrocemento, tecnologías de energía renovable como la solar, la eólica y el biogás, tejas de arcilla fabricadas localmente, educación técnica y un centro de información y comunicación. Creemos que un centro de información y comunicación situado en nuestra comunidad rural tendrá un gran impacto en el desarrollo de nuestro pueblo. Una comunicación fiable desde nuestra zona requiere viajar por carreteras en mal estado hasta la ciudad del distrito, a 20 km de distancia. Al llegar a la ciudad podemos utilizar los servicios públicos de teléfono y fax a un coste relativamente alto. No hay servicios de comunicación por correo electrónico en la ciudad del distrito. Además, la fuente de información más cercana en forma de libros, publicaciones periódicas y periódicos se encuentra en la ciudad del distrito. Por lo tanto, la distancia y la dificultad para llegar a la ciudad disuaden a la mayoría de las personas de aprovechar la información y las telecomunicaciones. Hemos sentado las bases para este centro mediante la adquisición de formación informática, un ordenador, un equipo de energía solar, el establecimiento de una conexión de correo electrónico a través de un teléfono móvil, la recopilación de una serie de libros, y la construcción de un edificio de ladrillo de dos pisos para albergar el centro. Ahora estamos buscando más libros y publicaciones periódicas, especialmente aquellas que pueden dar a nuestra gente información sobre tecnología intermedia, marketing sobre comercio justo, agricultura, conservación del medio ambiente, espiritualidad y cuestiones de justicia social. Hemos conocido la *Biblioteca de Desarrollo Humano* y creemos que sería una magnífica fuente de información para nuestra comunidad. Nos gustaría ponerla a disposición de nuestra comunidad a través del centro de información y comunicación. Nuestro ordenador es capaz de hacer funcionar el CD. ¿Cómo

> podemos conseguir una copia de la *Biblioteca de Desarrollo Humano?* ¿Tienen también otras bibliotecas en CD? También estamos buscando fuentes de las que podamos recibir libros para ampliar nuestra biblioteca. ¿Podría indicarnos alguna de estas fuentes? [3]

La biblioteca hoy es una esfera cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ningún sitio. Quizás, sin saberlo, el presidente de la cooperativa Kataayi estaba invocando las cinco leyes fundamentales de la bibliotecología promulgadas en el año 1931 por Shiyali Ramamrita Ranganathan: que los libros están para usarse, no para almacenarse ni venerarse; que todo debe estar diseñado para que cada lector encuentre el libro que busca y necesita y, en consecuencia, que cada ejemplar debe encontrar a su lector apropiado; que la biblioteca debe estar concebida y administrada de tal forma que ahorre tiempo a sus usuarios y, por último, que la biblioteca es un organismo en constante cambio y evolución, [4] como un cuerpo vivo. La paradoja de la biblioteca digital contemporánea es que, cuanto más se extiende, más central se vuelve, más capaz es de satisfacer las necesidades individuales de cada lector particular, simultáneamente y sin exclusión. Cada lector ocupa, de manera permanente, por más que modifique su posición, por más que se desplace y se traslade, el centro de esa esfera. Mientras exista la infraestructura que procure la conectividad necesaria, todos podemos ser nómadas que disfrutan de un acceso ubicuo a recursos localizados e interconectados.

Escrito en la tercera década del siglo XX en un país con altas tasas de analfabetismo y sin apenas infraestructuras que pudieran satisfacer, siquiera, la demanda más elemental, Ranganathan construyó un libro con una estructura dialógica al estilo de los diálogos platónicos, en el que a menudo podían encontrarse, incluso, coros que entonaban canciones promocionales, comprensibles para

todos aquellos que no dispusieran de la formación letrada que requiere el acceso a las bibliotecas:

Hay sitio para todos.
Que ni el mezquino
ni el decano erudito
restrinja los libros
a unos pocos favorecidos.
Tenemos libros para todos.

Libros para los ricos
y libros para los pobres.
Libros para el hombre
y libros para la dama.

Libros para los enfermos
y libros para el apto.
Libros para el ciego
y libros para el mudo.

Libros para el tosco
y libros para el vaquero.
Libros para el burgués
y libros para la chaveta.

Libros para los letrados
y libros para los encadenados.
Tenemos libros para todos.
Para todos y cada uno. [5]

La extensión de las bibliotecas públicas supuso, fundamentalmente, una apertura desconocida hasta aquel momento, al menos una apertura teórica, porque no basta con abrir las puertas, las cancelas o las estanterías de un edificio público para que quienes debieran acceder perciban que es posible o deseable hacerlo. En todo caso, para Ranganathan «el experto responsable de las bibliotecas públicas ha llevado a cabo una profunda reorganización del sistema bibliotecario mediante la introducción del "acceso abierto", la creación de departamentos infantiles, la modernización de los edificios de las bibliotecas y el aumento constante del equipo profesional del personal bibliotecario», [6] una remodelación profunda que comprometía el rediseño de espacios, la formación de sus profesionales y la apertura de sus colecciones, pero todo ello inevitablemente ligado a la materialidad de los inmuebles, los estantes y las repertorios. La discusión en forma de coloquio que puebla las páginas de *Las cinco leyes* se detiene, de manera pormenorizada, en la altura de las estanterías, el ancho de los pasillos o la ausencia de puertas, cerraduras o llaves para los armarios donde se custodiaban, antaño, aquellos objetos distantes y venerables que eran los libros. [7] No resultaba concebible, entonces, una biblioteca desacoplada de su envoltorio concreto, aunque el deseo de hacerla abierta, universal y accesible fuera, justamente, el impulso que perdura hasta nuestros días, que se extiende a la era digital y que hace tan modernas las demandas de aquel matemático indio.

Casi un siglo después, la Unesco se planteaba la manera más adecuada de promover la lectura en la era digital en países en vías de desarrollo. La pregunta que se formulaban los expertos en la materia representaba una prolongación de la que ya se había planteado Ranganathan para una población segregada y analfabeta:

«el mundo se enfrenta a un reto fundamental: cómo llevar el texto a los millones de personas que no tienen suficientes» materiales de lectura,[8] cómo incrementar su accesibilidad en la era de los dispositivos móviles y la conectividad ubicua, aunque accesibilidad no siempre sea sinónimo de alcanzable ni de factible. «Si bien es cierto que los libros, por sí solos, no remediarán la lacra del analfabetismo», continuaba el razonamiento, «sin ellos el analfabetismo está garantizado. Una conclusión de esta publicación es que los dispositivos móviles constituyen una herramienta —en un repertorio de otras herramientas— que puede ayudar a las personas a mantener y mejorar su alfabetización.»[9] Las infraestructuras básicas para la conservación y el acceso, para la alfabetización y la formación, no son ya, al menos no únicamente, las construidas con ladrillos y cemento, porque la disponibilidad de dispositivos interconectados excede con creces la capacidad de una biblioteca tradicional para llegar a sus potenciales usuarios. El aprendizaje es, por eso, ubicuo y puede extenderse geográficamente y a lo largo de la vida, porque no depende de emplazamientos físicos ni de horarios cerrados. La digitalización supone a la vez un reto y un complemento al aprendizaje institucionalizado, porque promueve la informalidad del contacto personal y la creación de comunidades de aprendizaje al margen de la academia. Es posible oír el eco lejano de la voz de Iván Illich cuando, en los albores de la era de los ordenadores personales y las redes digitales de comunicación, clamaba por la reapropiación creativa de la tecnología en una sociedad desescolarizada:

> o trabajamos para encontrar instrumentos educativos temibles y nuevos que hablen de un mundo cada vez más opaco e impenetrable para el hombre, o fijamos las condiciones para una nueva era en que la tecnología se utilizaría para hacer la sociedad más sencilla y transparente, de manera que todos los hombres puedan volver a tener los conocimientos y utilizar las herramientas

que moldean sus vidas. En resumen, podemos desestablecer escuelas o podemos desescolarizar la cultura. [10]

En aquel sueño de Illich, la tecnología se ponía al servicio de un aprendizaje que no necesariamente debía estar escolarmente sancionado, más bien al contrario: de lo que se trataba era de facilitar las necesidades de aprendizaje en comunidad mediante el uso de las herramientas necesarias. Algo así es, claro, lo que solicitaban los miembros de la cooperativa Kataayi: el acceso a un recurso en línea que pudiera darles los conocimientos necesarios para afrontar colectivamente las múltiples complicaciones prácticas a las que deben enfrentarse sus miembros. Y esa es la estrategia que los organismos internacionales apoyan: por un lado, diversificar y aumentar los portales y sus contenidos, en diferentes lenguas nativas, para llegar a más grupos potencialmente interesados; por otro, multiplicar los esfuerzos para mostrar a los posibles interesados los beneficios de la lectura móvil; y, por último, reducir los costes y las barreras tecnológicas para difundirla.

En el fondo, quizás, aunque ahora con el paso del tiempo percibamos con más nitidez las aparentes ingenuidades de toda proclama, la *Declaración de independencia del ciberespacio,* promulgada en el año 2001 por John Perry Barlow, ahondaba en la paradoja de la centralidad ubicua de las redes digitales, en ese centro sin circunferencia que somos cada uno de nosotros cuando transportamos en nuestros dispositivos móviles la promesa de un acceso ilimitado a cualquier tipo de recurso: «el ciberespacio», decía, «está formado por transacciones, relaciones, y pensamiento en sí mismo, que se extiende como una quieta ola en la telaraña de nuestras comunicaciones. Nuestro mundo está a la vez en todas partes y en ninguna parte, pero no está donde viven los cuerpos». [11]

La digitalización plantea un desafío concomitante, adicional, porque libera a las bibliotecas de su mera condición de almacén y las obliga a repensar sus espacios como lugares de creación, participación y producción. No es que deban perder por completo la función de preservadoras del conocimiento acumulado, no es que deban descuidar la protección de la textualidad histórica inscrita en los libros —algo que tantas veces nos ha recordado Roger Chartier —, y ni siquiera cabe que descuiden la rematerialización a la que el almacenamiento virtual las obligará, pero, al liberarse de las ataduras del puro almacenamiento físico, se revela que la concepción de sus funciones y sus servicios estaba en buena medida condicionada por su estructura material. Es cierto, qué duda cabe, que cuanto más digitalizamos, más materializamos el conjunto de flujos y de funciones que han implicado hasta el día de hoy la creación y edición de los libros o la creación de contenidos. La desmaterialización de la información y de los libros nos exige una rematerialización regular en forma de servidores dedicados, copias de respaldo, actualización de versiones y etiquetado de contenidos. La vida del espíritu es inseparable de la vida de la materia, pero es verdad que esta nueva vida nos ofrece márgenes de maniobra y de libertad superiores a los que las infraestructuras físicas tradicionales podían darnos.

En el año 1990 los investigadores del departamento de ciencias de la computación de la Universidad de Waikato estaban trabajando en la generación de algoritmos que permitieran la compresión de textos e índices para la mejora del almacenamiento y la búsqueda. En 1995, como consecuencia de ese ejercicio, se desarrolló la iniciativa de la *New Zealand Digital Library Project,* que comenzó cargando en la primera interfaz de su prototipo de biblioteca digital cincuenta mil documentos relacionados con las ciencias de la

computación con la intención de evaluar el funcionamiento de sus motores de búsqueda e indexación. En 1998, ya en colaboración con la Unesco y la Human Info NGO, construyeron las primeras colecciones documentales, sobre todo la Humanity Development Library, que se distribuyó en buena medida en CDRom en aquel momento histórico donde la ausencia de conectividad hacía inviable cualquier clase de consulta a través de un navegador web. Fue ese mismo año cuando se publicó y distribuyó la primera versión libre, bajo licencia GNU, del software *Greenstone.* [12] Su objetivo declarado era el de «explorar el potencial de las bibliotecas digitales basadas en internet desarrollando para ello sistemas capaces de estructurar de manera automática repositorios de información fundamentalmente anárquicos, no catalogados y distribuidos, proporcionando así a los consumidores de información herramientas eficaces para localizar lo que necesitan y consultarlo cómoda y sencillamente». [13] El propósito de aquella iniciativa, lanzada en los primeros años del movimiento global por el *software* libre, [14] era proporcionar el programa informático de dominio público necesario y la capacitación para que los usuarios de cualquier condición —fueran universitarios, bibliotecarios, empleados de servicios públicos o meros ciudadanos en el rincón más alejado del mundo— pudieran crear sus propias bibliotecas digitales. El *software* de Greenstone ofrecía una forma de organizar la información y publicarla en la web en forma de recurso digital sencillamente consultable basado en metadatos, con la ventaja adicional de que pudiera ejecutarse en entornos no conectados a la red, en lugares con escasa o nula conectividad, funcionando mediante soportes extraíbles como una memoria USB o un DVD. En la actualidad, el proyecto impulsado por la biblioteca neozelandesa se ha traducido a sesenta idiomas, [15] ha dado soporte al desarrollo y catalogación de cuarenta colecciones

dentro de la Humanity Development Library y, de acuerdo con los últimos datos disponibles, se habría descargado cerca de un millón de veces. [16] No es menos cierto que en la iniciativa de Greenstone se pueden percibir las dos caras de muchas iniciativas digitales, el anverso reluciente de aspiraciones universalistas y el reverso empañado de las microimplantaciones locales.

En una comunicación publicada en el año 2001, significativamente titulada «Poder para la gente: la creación de colecciones de bibliotecas digitales por parte de los usuarios finales», los desarrolladores de aquel *software* libre reflexionaban sobre las razones que los habían llevado a enfrentarse a las autoridades académicas de sus propias instituciones universitarias en beneficio de la creación de una interfaz web que permitiera la creación y gestión independiente de una biblioteca digital. Aquel impulso sostenido «fue provocado por nuestro trabajo sobre bibliotecas digitales en los países en desarrollo y, en particular, por la observación de que el desarrollo humano efectivo florece a partir del empoderamiento y no del regalo. Difundir información procedente del mundo desarrollado, como hacen las colecciones habituales, es muy útil para los países en desarrollo. Pero una estrategia más eficaz para el desarrollo sostenido a largo plazo es difundir la capacidad de crear colecciones de información en lugar de las colecciones en sí. Esto permite a los países en desarrollo participar activamente en nuestra sociedad de la información en lugar de observarla desde fuera», algo que «contribuirá a garantizar que la propiedad intelectual permanezca donde debe estar: en manos de quienes la producen». [17] El impulso que está en la base de todas aquellas iniciativas por el procomún digital respiraba el aire de la solidaridad universalista, de la gestión colectiva de la propiedad intelectual, de la dación de las herramientas necesarias para la producción y

difusión de conocimiento compartido, pero lo cierto es que su capacidad de implantación y perduración sobre el terreno ha sido siempre dudosa y escasa, frágil, porque todo requiere cierta especialización, mantenimiento e inversiones, actualizaciones y formación, y eso no siempre está al alcance de la mano de las pequeñas iniciativas que deberían apropiarse de manera autónoma de todo ese entramado.

A diferencia, sin embargo, de otros muchos proyectos concomitantes, como los famosos Project Gutenberg, Internet Archive u Open Edition, por mencionar tan solo tres de los muchos que fomentan el libre acceso, irrestricto, a recursos escritos de toda índole, la intención de Greenstone era dotar a los usuarios de la autonomía suficiente para constituir sus propias bibliotecas digitales, manteniéndolas como un recurso privado o publicándolas como un recurso compartido. Ese sueño de preservación, de rescate del conocimiento y de la memoria, de publicación y difusión del patrimonio histórico propio, de gestión autónoma y vocación solidaria, estaba en la base de muchas de las iniciativas libertarias del internet inicial, aquel que todavía imaginaba, en el furor originario de la revolución digital, que la utopía de la independencia era posible. Los publicistas del ciberespacio, los llamados *digerati,* supusieron que existiría un lugar virtual que sería como una *terra incognita* en la que podría comenzarse una nueva vida libre de condicionamientos, soberana, en la que cada cual podría contar con las herramientas y la conectividad suficiente como para constituir su propia república independiente. John Perry Barlow, el mismo que redactó la *Declaración de independencia del ciberespacio,* afirmaba por las mismas fechas en *New Perspectives Quarterly* que «todas las relaciones de poder actuales del planeta se están desmantelando, todo va a quedar en el aire. En última instancia, todo lo centralizado

se va a reducir y redistribuir enormemente», [18] en la firme creencia de que proliferarían empresas como la de Greenstone, dedicada al empoderamiento digital de los ciudadanos, a su emancipación. Bibliotecas digitales como edenes libertarios, como democracias radicales, como antesalas de la ilustración pirata.

Es más que posible, sin embargo, que, como reclamaba Karrie Jacobs, debamos preguntarnos sobre quiénes son los que gestionan, dirigen y se benefician de la cultura electrónica, a menudo hombres blancos y grandes corporaciones, dispuestos ambos a perpetuar un sueño de utopía digital inexistente, una falacia virtual que trata de enmascarar que las relaciones de fuerza y de poder siguen siendo las mismas cualquiera que sea el mundo en el que nos desenvolvamos. [19]

Puede que la entelequia del empoderamiento y la emancipación requiriese de un esfuerzo tan sostenido y coaligado que nadie tuviera en cuenta que el largo plazo tiende a disolver hasta los empeños más esperanzados y que el desarrollo de *software* requiere del trabajo incesante de una comunidad especializada y de una inversión de conocimientos y recursos que solamente las grandes compañías pueden asumir. Seguramente debamos conformarnos con convertirnos en usuarios dilectos de un *software* que nos permita realizar búsquedas cualificadas en el sargazo de la desinformación, que nos devuelva respuestas relevantes y recomendaciones personalizadas basadas en un contenido previamente filtrado y seleccionado, que realice sugerencias basadas en nuestras búsquedas previas, nuestros intereses y las voces circundantes de la comunidad con la que trabajamos, que se engarce con otros conjuntos de datos abiertos para encontrar relaciones y significados previamente desconocidos. [20] La inteligencia artificial nos permitirá, qué duda cabe, aumentar con creces la pertinencia de las

búsquedas, [21] entrenar corpus de información personalizados que se ajusten a los intereses individuales de cada lector o cada investigador, [22] encontrar relaciones de afinidad potenciales entre textos previamente desconocidos que nos abran vías de indagación inexploradas. [23] Sin duda, las bibliotecas digitales contemporáneas se abastecen de herramientas que transforman la manera en que buscamos, usamos y compartimos la información y que eso, en sí mismo, representa una revolución solamente equiparable a la de las grandes mutaciones históricas de los soportes de escritura.

> El mundo de las bibliotecas ha sido testigo de muchos hitos en los últimos treinta o cuarenta años. Desde los primeros proyectos de informatización, como la indización y el resumen automatizados en la década de 1960, el desarrollo pasó a los primeros sistemas de gestión de bibliotecas en línea en la década de 1970, los primeros sistemas bibliotecarios basados en microordenadores en la década de 1980 y también las primeras redes de área local y redes de microordenadores aplicadas a las bibliotecas. En el ámbito de la innovación bibliotecaria, todas estas innovaciones constituyeron nuevas fronteras: cambiaron la forma de gestionar las bibliotecas. Sin embargo, no cambiaron la naturaleza de la biblioteca en sí, que, por supuesto, seguía construyéndose en torno a la palabra impresa,

argumenta Mel Collier en su reflexión sobre las *Nuevas fronteras de la innovación bibliotecaria.* [24] Es posible que ese esperado cambio revolucionario se viviese en la transición del siglo, en torno a los años 2000 y 2002, cuando la enorme masa crítica de los contenidos de la producción científica se digitalizó y comenzó a ponerse a disposición de la comunidad de los especialistas, [25] trastocando las formas habituales de creación, evaluación, circulación y lectura. Y ahí, ciertamente, se cumplieron las cinco leyes de la biblioteconomía moderna porque, al menos potencialmente, se pusieron en manos de los científicos los medios para producir, consultar y distribuir contenidos de manera independiente, al

margen de lo que las grandes empresas de la edición multinacional dictaminaran.

Desde hace ahora un cuarto de siglo, muchas iniciativas han intentado convertir en realidad la promesa de que el conocimiento circule libremente, sin cortapisas comerciales, sin intereses arteros, más aún cuando su producción se vale de fondos públicos [26] y su destino deba ser el de retornar a la sociedad que lo financia. La proliferación de repositorios de ciencia abierta, [27] la creación de grandes infraestructuras continentales [28] que sirvan de soporte al libre intercambio de datos bajo los principios de la encontrabilidad, la accesibilidad y la interoperabilidad, [29] o la modificación radical de los principios de evaluación de la calidad de la producción experimental, [30] deberían servir para fomentar la soberanía y autonomía de la comunidad científica sobre el fruto de su trabajo. Ese sueño de manumisión editorial era, al mismo tiempo, el de la ilusión de construir una gran biblioteca digital mundial de libre acceso en la que todos pudieran encontrar aquello que necesitaran. Entre los años 2009 y 2021 se construyó, a instancias de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos y de la Unesco, el proyecto de la World Digital Library, un empeño comparable al de otras contrapartes geográficas, [31] pero su aliento fue temporalmente limitado.

En 1991 Paul Ginsparg puso en marcha una de las iniciativas que hacían realidad el sueño, al mismo tiempo, de la autonomía de la creación científica y de su vocación irrenunciablemente universalista. Sometidos a los dictámenes y caprichos de los sellos editoriales, que determinaban y gestionaban toda la cadena de producción, distribución e, incluso, valoración de la producción científica, la web abrió la posibilidad de que los científicos se reapropiaran literalmente de los medios para crear, difundir y evaluar el fruto de su trabajo, un

verdadero y genuino procomún gestionado gracias a las redes y las herramientas digitales. Y un procomún, en este caso, verdaderamente ecuménico, porque la comunidad científica no entiende de fronteras y su vocación originaria tiende a la creación de un campo de discusión internacional. arXiv, tal como todavía hoy puede leerse en su página web,

> es una plataforma de investigación abierta a todo el mundo. Como pionera en el acceso abierto digital, arXiv.org alberga actualmente más de dos millones de artículos académicos en ocho áreas temáticas, comisariados por nuestra sólida comunidad de moderadores voluntarios. arXiv ofrece a los investigadores una amplia gama de servicios: envío de artículos, compilación, producción, recuperación, búsqueda y descubrimiento, distribución web para lectores humanos y acceso API para máquinas, junto con la conservación y preservación de contenidos. Nuestro énfasis en la apertura, la colaboración y la erudición proporciona la sólida base sobre la que arXiv prospera. [32]

En aquel primer repositorio digital de *e-prints,* de textos que avanzaban el proceso de investigación sobre una materia relacionada originalmente con la física de altas energías, se encarnaban los principios sobre los que se constituye y fortalece un campo científico cualquiera: el intercambio abierto y autónomo de conocimiento experto con pares capaces de valorar, en un lenguaje altamente especializado, las aportaciones que un científico o un grupo puedan realizar al acervo sobre el que se construye y evoluciona la ciencia. Y todo sin las intermediaciones ni adherencias de las que se impregnan, inevitablemente, todas las empresas comerciales. Es cierto que el camino de la redención es largo y tortuoso y que la plena autonomía está importunada, fundamentalmente, por los mecanismos de reconocimiento y acreditación, porque la mayor parte de los que aspiran a labrarse cierto renombre y trepar por la escala de la reputación científica confían en los indicadores y baremos de jerarquización externos

inventados y mantenidos por iniciativas ajenas a la propia comunidad. Mientras eso no cambie, nada cambiará. [33] Pero, como cantaba Bob Dylan, «cualquier día ahora, cualquier día ahora, me liberarán», nos liberarán, y la certeza de que eso ocurrirá es la que condujo al florecimiento del movimiento conocido como *Open Access,* [34] acceso abierto, que tiene distintas escalas de apertura pero que desemboca de manera inevitable en el requerimiento del *Diamond Open Access,* que no es solamente «el principio y la práctica de proporcionar libre acceso a las publicaciones científicas», sino el de brindar los instrumentos para que todo el ciclo de elaboración, intercambio, conversación, crítica y mejora esté gestionado por los mismos que son sus legítimos propietarios. Y esta ambición cumple todos los requisitos de lo que debe entenderse por la gestión autónoma de un bien común, con la proyección universalista que le es negada a las iniciativas más diminutas de las pequeñas comunidades, y en convergencia con el afán de las bibliotecas por respaldar siempre —como anticipaba con enorme presciencia Ranganathan— el acceso abierto respecto a los sistemas cerrados. [35]

Siendo todo lo anterior cierto y ya rebajada la efervescencia utópica inicial, ¿debemos renunciar a la riqueza que nos prometían las redes, a la lógica del empoderamiento y la colaboración, a los frutos cercanos que nos ofrecía el *software* libre y el código abierto? Yochai Benkler explicaba en *La riqueza de las redes* que «poquísimos de los individuos que vivían en la economía de la información industrial podían decidir, en cualquier sentido realista, erigir una nueva Biblioteca de Alejandría de alcance mundial, o lanzar una enciclopedia. A medida que la colaboración entre individuos alejados entre sí deviene más común, la idea de hacer cosas que requieran la cooperación con otros se hace mucho más alcanzable, y con ello el

abanico de proyectos que los individuos pueden escoger como propios se incrementa cualitativamente. La gran fluidez y la poca dedicación que requiere cualquier relación cooperativa aumenta el repertorio y la diversidad de relaciones cooperativas en las que la gente puede implicarse, y por tanto, los proyectos de colaboración que se pueden considerar abiertos a su participación». [36]

La comunidad de Kataayi creía que un centro de información y comunicación tendría un gran impacto en el desarrollo de su zona y, con esa intención, adquirieron un ordenador, un equipo de generación de energía solar, establecieron una conexión de correo electrónico y pusieron en marcha un programa de formación informática, todo con la modestia de una gestión limitada por recursos y conocimientos escasos, por una ubicación periférica, por la desconexión con otras comunidades. Además de eso, y para darle cobertura, construyeron un edificio de ladrillo para albergar el centro y reunieron varios libros para conformar una pequeña biblioteca de primeros auxilios. Pero necesitaban más recursos, más información cualificada, técnica, específica. Buscaban libros que trataran temas como la tecnología práctica, el comercio justo, la agricultura, la conservación del medio ambiente, la espiritualidad, la educación y la justicia social. La cooperativa gestionó la construcción de un centro de formación donde los jóvenes (incluidos los huérfanos del sida) recibieran formación en técnicas de construcción y luego crearan sus propias empresas, y una escuela de educación secundaria en la que se hacía hincapié en habilidades prácticas como la construcción y la agricultura, de ahí su interés e insistencia en poder disponer de una biblioteca propia con recursos profesionalizantes. [37]

La comunidad que intercambia su trabajo en la plataforma de arXiv ha crecido hasta el punto de incluir científicos de los campos de la física, las matemáticas, las ciencias de la computación, la

biología cuantitativa, las finanzas cuantitativas, la estadística, la ingeniería electrónica, la ciencia de sistemas y la economía. En abril de 2024, cuando escribo este texto, los envíos mensuales alcanzan los dos millones y medio de artículos y las descargas rozan los tres millones doscientos mil,[38] cifras lo suficientemente grandes como para mantener el sueño de una biblioteca universal autogestionada en la que los contenidos especializados circulan de manera irrestricta, un jardín de las delicias en el que los bienaventurados gozan de la presencia del conocimiento compartido.

Bibliomaker o la fábrica del paraíso

Nada más traspasar la puerta puede leerse sobre un tablón de contrachapado colgado con garfios del techo: MANIFIESTO LABCO, una proclama en cinco más un punto que hace saltar por los aires la concepción tradicional de la biblioteca. «Experimentar», pregona el primero de los puntos: «entendemos a todas las personas hacedoras y creativas: fomentamos nuevas maneras de hacer las cosas. Estimulamos la curiosidad como una forma de empoderamiento, de nuestra capacidad para generar soluciones. Por eso hazlo tú mismo es nuestra apuesta». La biblioteca nos quiere hacedoras, creativas, curiosas, empoderadas, solventes, autosuficientes; nos quiere laboriosas, inventivas, indagadoras, capacitadas, resolutivas, independientes, porque a una biblioteca ya no se va, solamente, a consultar, sino a concebir y crear, porque se transforma en un espacio productivo autogestionado del que surgirán productos que satisfagan diversas necesidades de la comunidad.

«Trabajo colaborativo», promulga el segundo punto: «proponemos un espacio para el trabajo colectivo y en red que ayude a la construcción de lazos comunales y de proximidad. Propiciamos una cultura de respeto a las diferencias, donde todos los saberes y formas de ser se encuentren para aprender y crear juntos. "Hazlo con otros", esa es la premisa con la que invitamos a la reflexión por la distribución del conocimiento y la descentralización del poder.» Colectivo, comunal, colaborativo, una biblioteca de todos los saberes en la que el conocimiento que surja provenga de la suma

de los puntos de vista, del saber agregado, del intercambio de pareceres que propicia un espacio alejado de la formalidad académica o de la jerarquía de las ciencias.

«El error como oportunidad», demanda el tercer punto: «cada error es un aprendizaje, una oportunidad de ver posibilidades que nunca habíamos contemplado. Por eso no nos preocupa equivocarnos: por el contrario, reivindicamos el error como parte del crecimiento de toda experimentación. Es un eslabón dentro del aprendizaje continuo. *Equivocarse es parte del proceso.»* Errar es aprender, porque comprendemos cuando reflexionamos sobre el yerro y sacamos conclusiones que nos permiten entender el origen del fallo y enmendarlo, avanzando posibles soluciones. Podemos llamarlo prototipar, que parece un verbo más modesto y comedido que el de fabricar, porque el primero contiene sin sonrojo la posibilidad del fallo, mientras que el segundo habla de serialización sin faltas. A eso se va también a la biblioteca, a proponer, errar, reflexionar, enmendar, porque en esa sucesión de acciones está contenido todo el misterio del aprendizaje.

«Todos los medios para todos», expone el cuarto punto: «tecnología de punta o análoga, herramientas, información, metodologías..., estos elementos son caminos para impulsar el proceso de experimentación. Fomentamos el uso responsable y armonioso de estos medios para que todos tengamos acceso a ellos. *Democratizamos los medios de producción creativos.* Esa es nuestra bandera por la cultura abierta y libre. Por eso los resultados que surjan en LABCO serán cocreaciones.» En el espacio acotado y resguardado de la biblioteca, de manera por tanto limitada y reducida, se disponen de los medios de producción compartidos para crear de manera colaborativa. Los medios y las herramientas serán diversos, tan heterogéneos como los productos que puedan

concebirse: herramientas de fabricación digital que suelen comprender impresoras y escáneres 3D, cortadoras láser, cortadoras de vinilo, herramientas manuales, *software* de diseño y ordenadores, pantallas, placas para la programación, sensores, utilería de robótica. El repertorio puede diversificarse tanto como distintos sean los fines de los creadores. Y los resultados, generados a partir del uso de unos medios de producción compartidos, serán de propiedad común, a menudo libre y abierta, porque se propiciará su difusión y su uso sin trabas.

Como espacio de «innovación social» se reivindica la biblioteca en el quinto punto, como un lugar en el que «animamos a pensar (y a gestionar) desde nuestra cotidianidad los desafíos que enfrentamos como humanidad. Por ello fomentamos proyectos e iniciativas que se preocupen por estimular soluciones locales a problemas globales». Y es la propia biblioteca la que demanda al usuario que asuma el protagonismo que debe tener como principio de transformación de la realidad, no meramente de adaptación o de acomodo, sino de cambio o de renovación.

«Sé parte de la solución», reclama el cartel. «Es lo que fomentamos.» En el espacio *maker* de la Biblioteca Gabriel García Márquez-El Tunal de Bogotá huele a madera recién cortada, a soldaduras recién hechas y a piezas metálicas y las dinámicas de trabajo requieren destrezas y movimientos que nada tienen que ver con el estudio y la lectura acostumbrados. Son dimensiones complementarias, que se enriquecen mutuamente, que se engrandecen cuando se relacionan, porque el fin último de una biblioteca no puede ser otro que el de formar el criterio autónomo de sus lectores y el de animar a sus usuarios a implicarse activamente en la transformación de la realidad.

> Si consideras la biblioteca como un montón de libros almacenados en un edificio (o peor aún, si tu bibliotecario piensa así), necesitas ampliar muchísimo tus expectativas. Hoy en día las grandes bibliotecas están pasando de ser edificios silenciosos con una o dos salas ruidosas, a edificios ruidosos con una sala tranquila. Y están pasando de estar bajo el dominio de los bibliotecarios a estar bajo el dominio de las comunidades, [1]

afirma David Lankes. Son esos agregados de personas de diferente origen, unidos por un interés común, afectados por un problema determinado al que desean enfrentarse, quienes se incorporan a un proceso intermediado o autogestionado de aprendizaje y descubrimiento que desembocará en la elaboración de un producto tangible, un objeto a menudo provisional y defectuoso, perfectible e inacabado, porque siempre cabrá mejorarlo y optimizarlo, como el mundo mismo.

Hay un cambio epistemológico importante en la perspectiva de una biblioteca que estimula procesos de aprendizaje participativos respecto a aquellas otras bibliotecas que se conciben como depósitos, porque una demanda hacer para conocer, y otra prioriza estudiar para saber. Epistemología no es un mero término abstracto para manejo de los filósofos. Epistemología nos invita a discurrir sobre la manera en que aprendemos y en que conocemos y a que saquemos las consecuencias lógicas de las diversas maneras en que lo hacemos: si la prelación histórica tenía que ver exclusivamente con la lectura, la realidad contemporánea reclama el obrar para aprender. Claro que no son mutuamente excluyentes, como si solamente cupiera aprender de una sola manera. En todo caso, esas jerarquías ficticias fueron y siguen siendo construcciones interesadas que situaban el estilo más académico de aprendizaje como el modo de aprendizaje legítimo, excluyendo, por subalterno, el que tuviera que ver con las manos, con la manipulación, con la fabricación. En ambos casos el fin es el mismo: facultar al usuario para poder

responder, para poder enfrentarse de manera creativa y solvente a situaciones desconocidas, imprevistas, que demanden de él la capacidad de transferir ciertos conocimientos adquiridos en otras circunstancias a un nuevo contexto inexplorado.

No hay prelación posible tampoco, por tanto, entre espacios bibliotecarios, porque son obligatoriamente suplementarios, idealmente consonantes. Y los espacios de las bibliotecas contemporáneas tienden a su agregación ordenada, aunque eso pueda causar la incomprensión del usuario más tradicional. Se trata de la misma distancia que une o separa el museo y la contemplación distante y arrobada de sus obras maestras y el taller artesanal en el que despierta la chispa creativa de cualquier interesado. La posibilidad de sumar ambas aspiraciones en un espacio en el que quepa ponerlos a dialogar es uno de los retos fundamentales de las bibliotecas contemporáneas, un deber de inclusión, porque se suman estilos de aprendizaje diversos, se valoran capacidades y conocimientos antaño excluidos, y se confiere capacidad de acción a quien normalmente se le hurta.

Las bibliotecas no suelen oler a gasolina ni a neumáticos chamuscados por la fricción, pero la del Frysklab sí. La provincia de Frisia se sitúa al noroeste de los Países Bajos, un territorio con dieciocho municipalidades de tamaño medio o pequeño, relativamente dispersas, con capacidad escolar desigual para disponer de espacios deliberadamente habilitados para la producción. En noviembre del año 2012 un bibliobús habilitado como espacio *maker* comenzó a recorrer las carreteras de la región, ofreciendo semanalmente sus servicios complementarios a una población escolar en cuyos currículums ya figuraba la idea del aprender haciendo, del conocer imaginando y urdiendo materialmente objetos como soluciones provisionales a preguntas

disciplinares. Adoptar diversas tecnologías, aprender a utilizarlas e integrarlas en el flujo del aprendizaje, con el fin de enfrentarse a retos complejos proporcionando soluciones revisables. «El lema del proyecto FryskLab no carece de razón: crear conocimiento y compartir el futuro. Su papel es el de facilitador, tanto en términos de capacidades físicas (máquinas, herramientas, etcétera), como en el de desarrollo de formación y apoyo. El principio aquí es que consideramos los FabLabs y los *makerspaces* como el lugar donde convergen el uso físico y digital y el intercambio de conocimientos. Al fin y al cabo, los usuarios tienen la obligación de documentar sus proyectos, tras lo cual quedan a disposición de los demás. En este desarrollo, Fers es pionera en los Países Bajos y en Europa», argumentaba su creador, Jeroen de Boer.



Imagen del FryskLab.

La idea de impulsar la creatividad por medio del uso de herramientas y *software* de código abierto era tributaria, claramente, de la labor preliminar de las comunidades de *software* libre y de la creación de un nuevo tipo de licencias determinadas a acabar con el monopolio del *copyright.* En la primera década del siglo XXI la

discusión en torno al estrangulamiento que el ingenio y la inventiva podían padecer a manos de leyes que coartaban sistemáticamente la posibilidad de crear, distribuir y compartir una obra cualquiera, abocó a la redacción de un tipo de autorización legal que otorgaba a los usuarios la posibilidad de reutilizar, compartir e, incluso, comercializar el fruto de una obra original o derivada, con la aparente intención de que la creatividad se multiplicara. Lawrence Lessig, apóstol de este nuevo movimiento de la creatividad digital irrestricta, sostenía:

> en mi opinión, lo más significativo que hay que reconocer en lo que está haciendo internet es su oportunidad de revivir la cultura de la lectura y la escritura. [...] Lo importante es que la técnica se ha democratizado. Estas herramientas de creatividad se han convertido en herramientas de expresión. Es una alfabetización para esta generación. Así hablan nuestros hijos. Así piensan nuestros hijos. Es lo que son sus hijos a medida que entienden cada vez mejor las tecnologías digitales y su relación consigo mismos. [2]

Y es posible que así sea: la cultura del siglo XXI, gracias en buena medida a la multiplicación de los espacios digitales de colaboración, es una cultura de la participación, una cultura del juego y la experimentación, una cultura de la simulación y de la capacidad de construir modelos dinámicos sobre procesos de la vida real, una cultura de la apropiación y de la habilidad de remezclar de manera significativa contenidos de procedencia diversa, una cultura de la multitarea y de la capacidad de cambiar de foco cuando las circunstancias lo requieran, una cultura de la cognición distribuida y de la habilidad de interactuar de manera significativa con herramientas que puedan ensanchar nuestras capacidades sensitivas y mentales, una cultura de la inteligencia colectiva y de la pericia para poner en común conocimientos en pos de un objetivo común, una cultura de la apreciación expandida por cuanto nos obliga a evaluar continuadamente la fiabilidad y credibilidad de distintas

fuentes de información, una cultura de la navegación transmedia y de la capacidad de seguir distintos flujos o hilos de historias o de noticias a través de múltiples objetos o modalidades, una cultura del trabajo en red que demanda aprender a buscar, sintetizar y difundir de manera pertinente la información y, en fin, una cultura de la negociación que nos reclama ser capaces de viajar a través de multitud de comunidades diversas, discerniendo y respetando múltiples perspectivas, y comprendiendo y siguiendo normas alternativas.[3] Y si en gran medida esa es la manera en que ahora conocemos, nos relacionamos y creamos, no parece recomendable que la biblioteca pueda ni deba permanecer ajena a las demandas que se derivan de esas nuevas dinámicas.

Hack the Library[4] o Fab the Library son movimientos que nos animan a aplicar una estrategia poco ortodoxa o una solución expeditiva para adaptar las bibliotecas a las necesidades o preferencias de sus usuarios, a abrir un camino o una senda a su través picando y cortando, figuradamente, con golpes fuertes y bruscos, a convertirla en un laboratorio de creación y fabricación colaborativo mediante el uso de toda clase de herramientas, incluyendo las tecnologías vegetales y las digitales. Porque las bibliotecas son hoy, parafraseando al que fuera presidente del MIT, Jerome Wiesner, «un cobijo para la búsqueda del conocimiento para todos aquellos que vengan, a cualquier edad, a unirse a esa búsqueda», un lugar en el que «la única prueba de lealtad que impondremos será la de lealtad al aprendizaje».[5]

Bajo esa premisa abarcadora y tolerante, se ponen en igualdad de condiciones las fuentes y las herramientas mientras se supediten a los fines de la creación y el aprendizaje, de la compartición del conocimiento. No es que automáticamente esa predisposición deshaga las barreras sociológicas que reprimen el acceso a las

bibliotecas, pero, al integrar los principios de la nueva cultura de la participación, allana los obstáculos y tiende los puentes necesarios para que más personas se planteen la conveniencia e idoneidad de convertirse en usuarios activos de sus instalaciones. Nada impide su implicación laboriosa en los procesos colaborativos de fabricación, no al menos el obstáculo de la distancia inicialmente insuperable de las grandes obras doctas, porque el principio de la participación colaborativa es comprensible en cualquier rincón del mundo: el barrio de El Tunal en la ciudad de Bogotá está calificado, según la nomenclatura de la administración municipal, como un barrio de estrato 3, de nivel socioeconómico medio-bajo,[6] una situación de alto riesgo social siempre cercana al desclasamiento, al descenso y a la mera decadencia. Sus habitantes se esfuerzan por «mantenerse estudiando», porque atisban que ese esfuerzo podría verse recompensado por un tímido ascenso social, pero la realidad es tozuda y en los últimos años ha decrecido la proporción de la población que intentaba aumentar su capital educativo, bien porque las compensaciones nunca llegan y la esperanza merma, bien porque resulta inviable mantener una precaria vida laboral y una inconstante vida escolar de manera simultánea.[7] La pobreza es un virus que se infiltra en las expectativas de progreso y evolución personal haciendo inviable durante generaciones cualquier ascenso o mejora, porque tiende a producirse un ajuste casi perfecto entre la indigencia y la falta de confianza, algo que se agravó «entre 2019 y 2020» cuando «se observó un aumento del *Índice de Pobreza Multidimensional* en todos los dominios geográficos debido a la pandemia de Covid-19, principalmente asociado a un fuerte aumento del indicador de inasistencia escolar».[8] Sin embargo, el despliegue de infraestructuras públicas llena parte de ese vacío de condiciones necesarias para hacer siquiera pensable la mejora social: el espacio

LabCo se convierte en un lugar para «crear, trabajar junto a otros, soñar y crear alternativas que nos permitan mejorar nuestras formas de vida en el hogar, el barrio y la ciudad», [9] porque la autogestión, la autocreación y el autoaprendizaje se convierten en doblemente imprescindibles cuando la amenaza de la precarización se cierne sobre la población. Se adivina la larga sombra de Iván Illich cuando se vislumbran formas de autogobierno y de autoenseñanza que se adueñan de los procesos de aprendizaje y de autoconstrucción social, sobre todo en aquellas situaciones en las que los recursos públicos no alcanzan a prestar la cobertura debida. En las salas LabCo de las bibliotecas de Bogotá se intuye un marcado sesgo hacia los cuidados, [10] hacia la recopilación de historias y recuerdos relacionados, hacia la procuración del sustento común, hacia el cuidado de los que nos cuidan. En entornos estructuralmente precarizados, las redes ciudadanas se reúnen en torno a propósitos de cuidado compartido y las bibliotecas se convierten en una de las infraestructuras ideales para que eso suceda.

Mientras tanto, en las comunidades rurales del noroeste holandés, la preocupación inicial era llegar donde los servicios de las bibliotecas públicas y las escuelas no llegaban, promoviendo la inquietud de la creación colaborativa abierta e igualitaria volcada sobre aquellos asuntos que preocupaban a la comunidad: la gestión compartida del bien común por antonomasia, el agua, y la sostenibilidad de un entorno agrario sometido a la presión de los cultivos industriales. Si bien se mira, los cuidados están casi siempre al frente de las preocupaciones que motivan la indagación y el trabajo colectivo, y las bibliotecas asumen, de ese modo, un papel especialmente activo en la integración y en la prosperidad de la comunidad. Los principios sobre los que se sustentaba su actividad eran comunes a todos los FabLabs y se resumían cabalmente en

cinco demandas: considerarse un recurso comunitario y, en consecuencia, estar abierto al público durante parte de la semana; respetar las ideas de código abierto; considerar las actividades comerciales como posibles actividades, siempre que se incubaran en el laboratorio, se desarrollaran fuera de él, y se atuvieran a los principios de las licencias que lo permitían; disponer de un conjunto común de herramientas, capacidades y procesos que permitieran compartir sin esfuerzo proyectos y personas entre laboratorios y, por último, pensar en uno mismo para formar parte de una red más amplia.[11] La historia del FryskLab es paradójicamente exitosa: inicialmente se plantearon un calendario de ciento veinte visitas anuales a centros escolares y la creación de una red de FabLabs en bibliotecas a escala provincial, para que la infraestructura y el interés crecieran de tal modo que llegara el momento de hacer prescindible su propia iniciativa.[12] El 1 de enero de 2024 los fundadores del FabLab sobre ruedas anunciaron el cese de actividades:[13] «con FryskLab queríamos poner el desarrollo permanente y la alfabetización digital y promoverlos en Frisia», comenzaba el comunicado. «Mientras tanto, los *makerspaces* han pasado a formar parte de las bibliotecas frisonas y la ciudadanía digital (el desarrollo de la alfabetización digital) se ha convertido en una importante tarea social de la biblioteca a nivel nacional y en Frisia. Con esto, hemos logrado nuestro objetivo y el viaje de FryskLab ha terminado.»

En el tablón de la sala LabCo de la Biblioteca Gabriel García Márquez de Bogotá, en el barrio de El Tunal, había un espacio reservado para un sexto punto, un espacio que decía: «en blanco, para que sumes nuevas preguntas, proyectos e ideas. Este nunca será un espacio acabado, siempre estará a la espera de nuevos retos y se estará transformando constantemente», porque en el paraíso no se nace; el paraíso se hace.

El paraíso entre barrotes

Entrar en la cárcel es mucho más probable si uno ha nacido en un entorno familiar económicamente depauperado, en el que los padres no disponen de estudios, en el que no hay un espacio al que pueda llamarse propiamente vivienda, en el que los sucesivos fracasos escolares debidos a la limitación intrínseca de expectativas conducen al abandono, en el que la preocupación principal no es la de alfabetizar propiamente a los hijos o la de habituarlos a una serie de prácticas culturales refinadas, sino la de procurarse un mísero sustento cotidiano, en el que la violencia predomina como medio de comunicación familiar o en el que las palabras de desaliento y censura exceden con creces a las de ánimo o apoyo, en el que sin rumbo ni cualificación resulta más sencillo ganarse la vida trapicheando con mercancías más o menos legales o decididamente ilegales, en el que, en fin, una vez instalado en este círculo vicioso no cabe más que reproducirlo indefinidamente, entrando y saliendo de prisión sin redención ni expectativa, sin regeneración ni esperanza. Se estima que 7 de cada 10 presos en los Estados Unidos reinciden y que la mitad regresará a prisión tres años después de haber sido liberados. [1] Dado que aproximadamente 95 de cada 100 personas encarceladas acabarán reinsertándose en la sociedad, parecería aconsejable desarrollar programas y herramientas para reducir eficazmente la reincidencia, instrumentos que contribuyeran a transformar radicalmente sus expectativas, estrategias que los ayudaran a comprender sus orígenes, las probables razones de su

comportamiento y que secundaran, a la par, la posibilidad de imaginarse y de construir un futuro distinto, para no seguir siendo rehenes de sus propias condiciones. De acuerdo con los datos disponibles, seguir programas educativos y utilizar los servicios culturales en las prisiones pueden reducir la reincidencia entre un 29% y un 46%, y 14 de 15 estudios sobre sus efectos a medio y largo plazo señalan el impacto decididamente positivo que tienen sobre la vida de los internos, [2] sobre la existencia de las personas o de los ciudadanos que retornan o regresarán [3] a la sociedad.

En el aislamiento intemporal de una celda, entre los límites intraspasables de una prisión, sometido a la estricta y enajenante rutina del encarcelamiento y a las severas reglas de la socialización carcelaria, es sencillo tender a la reproducción ilimitada de la propia condición cuando no a su empeoramiento progresivo o abrupto. Es difícil que alguien reclame algo cuyo valor no puede percibir, que alguien demande algo por lo que experimenta casi un rechazo visceral, porque el 85% de todos los menores norteamericanos que entran en contacto con el sistema de tribunales de menores son analfabetos funcionales, el 70% de las personas adultas encarceladas comparten la misma condición al no alcanzar un nivel de lectura equiparable al de un niño de nueve años, [4] dato que puede variar según los países pero que no suele descender de un 50% de la población reclusa. [5]

La historia de Malcolm Little, en las prisiones estadounidenses, encaja bien en la horma de lo previsible: su primera experiencia carcelaria se produjo en 1946, con veinte años, condenado por robo a mano armada y otros delitos relacionados. Puede pensarse que nada justifica el delito o la acción violenta, pero también que existen circunstancias que predisponen o que colaboran en que algo pueda llegar a suceder: el padre de Malcolm, Earl Little, ministro baptista y

activista por los derechos civiles afroamericanos, murió en circunstancias sospechosas cuando su hijo contaba seis años. Entretanto, habían tenido que cambiar de domicilio, zarandeados y segregados, en muy diversas ocasiones, porque la presión y el hostigamiento de los supremacistas blancos era frecuente. Su madre, Louise Little, intentó asumir la crianza de la familia, pero lo insuperable de las dificultades unido al acorralamiento continuo, la condujo a tomar la (discutible) decisión de disgregar a sus hijos en centros de acogida u orfanatos. Esa experiencia temprana de trauma y separación influyó profundamente en la vida y en las creencias de Malcolm y, cómo no, en una alfabetización extremadamente deficiente donde no había lugar para ningún refinamiento lector o literario, nada que tuviere que ver con imposiciones escolares o materias académicas. A veces, sin embargo, la vida da vuelcos inesperados, aunque las probabilidades de que sucedan tiendan a cero. Malcolm fue sentenciado a una pena de encarcelamiento de entre ocho y diez años en el correccional Charlestown, en Massachusetts, y fue allí, en la agonía del aislamiento y en la lentitud impávida de las horas, donde la lectura y la escritura se convertirían en un claro en la espesura. En el interior de una cárcel huele a desesperanza y a limpieza artificial, a metal corroído y a intimidación soterrada, pero en ocasiones, también, a la esperanza que sobreviene cuando se aspiran las notas herbáceas de las páginas de un libro.[6] «Muchos de los que hoy me oyen en algún lugar en persona, o en televisión, o los que leen algo de lo que he dicho, pensarán que fui a la escuela mucho más allá del octavo grado. Esta impresión se debe enteramente a mis estudios en la cárcel», puede leerse en la *Autobiografía* de Malcolm X relatada a Alex Haley.[7] La primera persona que conoció en la cárcel, que le causó una impresión favorable y al que trató de emular en su

aspiración a atesorar nuevos conocimientos, John Elton Bembry, «Bimbi», fue quien le condujo a procurarse una educación autodidacta y a frecuentar los libros aunque, inicialmente, su relación fuera esquiva y frustrante: [8] «cada libro que cogía tenía pocas frases que no contuvieran entre una y casi todas las palabras que bien podrían haber estado en chino. Cuando me saltaban esas palabras, por supuesto, me quedaba con poca idea de lo que decía el libro». Malcolm X tuvo la determinación de solicitar un diccionario a la biblioteca del penal y de dedicarse a desentrañar lentamente el significado arcano de cada palabra, al tiempo que las copiaba en un cuaderno y se entrenaba en el ejercicio a la vez trabajoso y deleitable de la caligrafía. «Con mi letra lenta, minuciosa y desaliñada, copié en mi libreta todo lo impreso en esa primera página, hasta los signos de puntuación. Creo que me llevó un día. Luego, en voz alta, leí para mí todo lo que había escrito en la libreta. Una y otra vez, en voz alta, para mí mismo, leí mi propia letra.» Con la sensación de haberse adentrado en un universo desconocido, de haber accedido a una realidad tan deslumbrante como ignota, Malcolm X se levantaba cada mañana recordando el significado de palabras que ni siquiera había imaginado que pudieran existir, trastornado por su poder evocador: «estaba tan fascinado que seguí adelante y copié la siguiente página del diccionario», y la siguiente, y la sucesiva, y la posterior, hasta transcribir el diccionario entero y hasta alcanzar, sumando las cartas que redactó, un millón de palabras. [9]

Entablar una relación de confianza y de placer con la lectura no es algo que acontezca naturalmente, como presupone y difunde la ideología del don natural: aquellos que vienen al mundo en un entorno ajeno al contacto con las letras, apenas desarrollarán el ánimo o la afición por el estudio o la lectura, por el contacto con

cualquier práctica o producto que hieda a escolar o académico. Quienes sobrepasan ese Rubicón social que se convierte en barrera mental deben hacer el doble esfuerzo de franquear un obstáculo interno y de acercarse a una realidad hasta ese momento ajena e indeseable. Pero todo puede suceder:

> supongo que era inevitable que, al ampliar mi base de palabras, por primera vez pudiera coger un libro y leer y empezar a entender lo que decía. Cualquiera que haya leído mucho puede imaginarse el nuevo mundo que se abría. Déjenme decirles algo: desde entonces hasta que salí de aquella prisión, en cada momento libre que tenía, si no estaba leyendo en la biblioteca, estaba leyendo en mi litera. No me habrían sacado de los libros ni con una cuña. [10]

Esa experiencia de redención, de empoderamiento progresivo, de crecimiento interior, es común a quienes han padecido pobreza material, rechazo escolar y cierta forma de indigencia cultural. No es necesario haber estado encerrado entre cuatro paredes para haberlo experimentado porque las prisiones, a veces, se encuentran también al aire libre. De las favelas brasileñas es tan difícil escapar como de las cárceles de alta seguridad. Sus límites invisibles son tan categóricos como los muros de hormigón con alambre de espinos. Y la escolarización tradicional, con sus rechazos rituales de las culturas y los lenguajes populares, con el uso de cánones académicos sideralmente distantes, o con la segregación sistemática de los menos dotados, genera un rechazo adicional a la lectura muy difícilmente recuperable.

En *Máquina de destruir lectores,* ese libro demoledor en el que Jéferson Assumção relataba, ficcionándola, su propia experiencia como niño de una favela brasileña, expulsado del colegio como por un campo de gravedad que le repeliera y atraído, proporcionalmente, por una biblioteca que le acogía sin remilgos ni preguntas, se interrogaba:

> ¿cómo es que odiaba leer todas esas cosas, incluso reírme en clase, cuando al mismo tiempo me encantaba pasar horas y horas en la biblioteca, por ejemplo? Dentro de ella, en el silencio en el que solo se oía el sonido de mis dedos moviéndose por las páginas, me sentía seguro. En ese momento empecé a darme cuenta de algunas cosas. Me di cuenta de que, en clase, simplemente, no podía tragarme lo que decía el profesor, ni girando la manivela de la máquina de estirar piernas y brazos me obligaban a leer. [11]

La biblioteca comunitaria, [12] en contraposición a la escuela, como un espacio de libertad, de descubrimiento y de progresiva maduración, como un reducto de resistencia e indocilidad, como un fuerte contra las arremetidas y demandas excesivas del tiempo y de los demás. «El mismísimo infierno», recordaba Assumção al rememorar las largas listas de lecturas canónicas obligatorias, las fichas con los nombres de los personajes y sus características, con los resúmenes de sus argumentos e historias. «De hecho, eso es lo que estaba empezando a hacer la *Máquina de destruir lectores:* quería demostrarte que leer es un infierno.» [13] Un verdadero ingenio de devastación y linchamiento lector porque hacía de la lectura algo simplemente medible, cuantificable, calificable, obligatorio y punible por tanto, olvidando que ninguno de aquellos niños alcanzaría nunca los niveles requeridos, porque provenían de entornos que no pudieron prepararlos para enfrentarse a esa clase de demandas. Una máquina despiadada de repeler potenciales lectores.

Es cierto que ni siquiera es normal que un chico de la calle, que tenía que ganarse la vida vendiendo baratijas a la intemperie, experimentara siquiera la curiosidad necesaria para traspasar el umbral sagrado de la biblioteca, que es estadísticamente improbable que un chaval procedente de un entorno familiar sin libros ni estudios desarrollara ninguna clase de afecto hacia ellos, pero lo cierto es que allí habían abatido el puente de acceso y que nadie pedía credenciales en la puerta, de manera que podía adentrarse en

ese mundo silencioso y paralelo donde «leía, leía y leía sin parar, lo que quería, lo que me apetecía, sin dar ninguna explicación sobre lo que leía, cuánto leía, si entendía o no, a nadie. Simplemente iba a la biblioteca y cogía lo que me apetecía leer. Un día podía ser un tebeo, otro Cervantes, otro Scliar, otro Dante, en desorden, otro un libro de texto de historia del instituto, otro un atlas». [14] Puede parecer una afirmación ridículamente tópica, pero lo cierto es que entre las paredes de aquella cárcel gigantesca al aire libre la biblioteca se convertiría en un lugar de manumisión y de alternativas reales, de apertura de perspectivas y de soberanía personal, de autoaprendizaje.

Existe, sin embargo, una clara fundamentación pedagógica que avala el crédito de los procesos de aprendizaje autónomo: el caso más reciente y mundialmente conocido es el del *Agujero en el muro,* [15] en el que un grupo de niños aprende a utilizar los ordenadores que han instalado en la tapia de una aldea india, como si se tratara de pantallas insertas en un marco del que no pudieran extraerse, y se convierten en instructores competentes de los adultos una vez que han adquirido el conocimiento y las competencias suficientes mediante el diálogo, la emulación, el ensayo y el error. En cada nuevo esfuerzo de autoorganización se escucha el eco de la voz de Iván Illich cuando clamaba contra el currículum oculto de las escuelas, contra la conversión del conocimiento en una mercancía acumulable y en favor de la obtención de conocimientos independientes. [16] «En realidad», argumentaba Illich,

> una biblioteca es un modelo de herramienta convivencial, un sitio que ofrece libre acceso y no hace obedecer a programas rígidos, un sitio donde se toma o se deja lo que se quiere, fuera de toda censura. Sobre este modelo se pueden extender y se pueden organizar discotecas, filmotecas, fonotecas y videotecas públicas, donde la gente tendría ciertamente acceso a herramientas de

> producción. Dentro de estructuras análogas a la biblioteca, no sería difícil poner a disposición del público las herramientas, muy simples, que han hecho posible la mayoría de los adelantos científicos del siglo pasado. [17]

Esa biblioteca como espacio de libre acceso concebido para la convivencia y la producción activa mediante el uso de diferentes herramientas puestas al servicio del autoaprendizaje de sus usuarios, era una idea tan moderna y adelantada en los años setenta que apenas encontró difusión alguna. Hoy cabría destacarla como antecedente indiscutible de cualquier biblioteca moderna, en todo ámbito y ubicación, incluyendo las bibliotecas de los establecimientos penales.

Mucho tiempo después aquel niño que comerciaba con bagatelas para subsistir, que habitaba en una gigantesca prisión al aire libre, que percibía la escuela como una trituradora de sus ganas de saber, que devoraba libros como un nutriente esencial, se convertiría en lo que a todos hubiera resultado inconcebible, incluso para sí mismo. [18]

Es curioso que el único país del mundo que redime las penas de prisión mediante el ejercicio de la lectura sea, precisamente, Brasil: de acuerdo con la *DFM/CNJ Orientación técnica n.º 1 de 04 de julio de 2022 sobre remisión de sanciones por prácticas sociales educativas* promulgada por el Consejo Nacional de Justicia, [19] en su artículo 3.º dice: «las personas privadas de libertad de las que se comprobara haber leído cualquier obra literaria, independientemente de la participación en proyectos o de una lista previa de títulos autorizados, tendrán derecho a la redención de pena por lectura, en los términos del art. 5 de la Resolución CNJ 391/2021», observando la siguiente mecánica, de acuerdo con el subapartado primero:

> a los efectos de la redención de penas por lectura, la persona privada de libertad registrará el préstamo de una obra literaria del fondo bibliográfico de la

unidad, a partir de lo cual dispondrá de un plazo de 21 (veintiún) a 30 (treinta) días para su lectura, presentando, dentro de los 10 (diez) días de transcurrido dicho plazo, un informe de lectura de la obra, conforme al Anexo I de la presente Ordenanza.

Un ejercicio de comprensión lectora como preámbulo de la remisión de penas, algo que resuelve de un plumazo el largo debate en torno al eventual poder de la lectura como práctica regeneradora, no solo como bálsamo de las penalidades sino, fundamentalmente, como exoneradora de penas reales y reconstituyente moral. «Por cada obra leída», dice el subapartado 2.º del artículo 3.º, «se redimirán 4 (cuatro) días, teniendo en cuenta el límite de hasta 12 (doce) obras efectivamente leídas y evaluadas en cada período de doce meses y la posibilidad de redimir hasta 48 (cuarenta y ocho) días de la pena.»

Es posible que después de más de cuarenta años desde que se formulara la definición premonitoria del concepto de «biblioterapia» inventado por Rhea Joyce Rubin, encaje perfectamente con las recomendaciones que el tribunal de justicia brasileño puso en marcha para la redención lectora de los presos: «un programa de actividades basado en los procesos interactivos del uso de material impreso y no impreso, ya sea imaginativo o informativo, facilitado por un bibliotecario u otro profesional, para lograr el avance del desarrollo normal o para efectuar cambios en el comportamiento emocionalmente perturbado». [20]

Sea lo que fuere el desarrollo normal o lo que se considere como comportamiento emocional alterado, lo cierto es que los libros y las bibliotecas pueden ser remedio, lanzadera, guía, acompañamiento o liberación. En las *Directrices de la IFLA para servicios bibliotecarios a los reclusos* se nos recuerda que «los reclusos tienen el derecho fundamental de acceder a la información, leer y aprender durante su período de encarcelamiento. Para hacer posible que se respete este

derecho, las bibliotecas penitenciarias tienen un papel importante como espacios de encuentro y aprendizaje educativos, informativos, culturales y recreativos para toda la comunidad penitenciaria, incluido el personal penitenciario. El libre acceso a los recursos apropiados es crucial para el desarrollo personal, el ocio, la educación, el bienestar, la rehabilitación y la reinserción de los reclusos». [21]

Puede parecer un tópico manido distante de la realidad, pero el propósito de las instituciones penitenciarias no es la mera punición de una falta, por mucho que ese sea uno de sus obvios cometidos sino, en paralelo, la rehabilitación integral para que en la futura reinserción social no se reactive el círculo vicioso de la delincuencia. Dado que las circunstancias estructurales que un preso encontrará a su salida no cambiarán prácticamente nunca —pobreza y aislamiento, analfabetismo funcional e incompetencia profesional, dependencia y subordinación a redes criminales, rechazo y repudio —, solamente queda dotarle de los instrumentos necesarios para que pueda enfrentarse con un mínimo de solvencia a la tozuda realidad, y ahí es donde «cualquiera que haya leído mucho puede imaginar el nuevo mundo que se abrió», [22] el nuevo mundo que se abre cuando la lectura despabila nuestra capacidad de ser alguien distinto, de convertirnos en alguien diferente, de dotarnos de la capacidad básica de gobernarnos a nosotros mismos. «Las bibliotecas», por eso, «no son un mero montón de libros comprados por el Estado para la lectura formal e informal, la curiosidad, el entretenimiento y el deseo de evasión de los presos, sino un espacio abierto al devenir. La cuestión no es: ¿qué soy? La cuestión es: ¿en qué puedo convertirme?» [23] Puede parecer una aspiración ingenua la de que una mera biblioteca sea el detonador de un profundo cambio de personalidad, o quizás lo ingenuo sea creer que no pueda serlo,

porque al fin y al cabo la etimología de la palabra «lectura» nos remite a la «capacidad de escoger», [24] a la capacidad de elegir y seleccionar lo más adecuado según un criterio bien fundamentado, documentado, construido sobre las lecturas que lo fortalezcan. «La biblioteca de la Colonia Penitenciaria de Norfolk estaba en el edificio de la escuela», contaba Malcolm X sobre la relación entre biblioteca, lectura y configuración y ejercicio del juicio mediante la educación y el debate:

> Allí se impartían diversas clases a cargo de instructores procedentes de lugares como las universidades de Harvard y Boston. Los debates semanales entre equipos de reclusos también se celebraban en el edificio de la escuela. Te asombraría saber lo exaltados que se ponían los debatientes convictos y el público con temas como «¿Se debe alimentar a los bebés con leche?».

La mera posibilidad de disponer de un ambiente propicio para el pensamiento, de un lugar reservado para la controversia razonada, de un frágil santuario para el desarrollo sensato de la argumentación, pudo suponer para algunos un principio de transformación integral. «Como se puede imaginar», confesaba Malcolm X a su interlocutor, anticipándose a su posible incredulidad, a nuestro propio recelo,

> especialmente en una prisión donde se hacía mucho hincapié en la rehabilitación, un recluso era bien recibido si demostraba un interés inusualmente intenso por los libros. Había un número considerable de reclusos muy leídos, sobre todo los debatientes populares. Muchos decían que algunos eran prácticamente enciclopedias ambulantes. Eran casi celebridades. Ninguna universidad pediría a ningún estudiante que devorara la literatura como yo lo hice cuando se me abrió este nuevo mundo de poder leer y comprender. [25]

Es posible, aun cuando esto no sea más que una hipótesis, que las adhesiones iniciales de Malcolm X tuvieran más que ver con las afecciones automáticas que un joven siente por la radicalidad de una postura o de un movimiento que con una verdadera destilación de

sus convicciones. De hecho, abandonar su militancia en la Nación del Islam tuvo mucho que ver con su certeza, progresivamente madurada, de que la paz y la concordia no podían construirse más que con la contribución de todos, negros y blancos, musulmanes y cristianos, en una hermandad englobadora que atemperara la irracionalidad de la escisión racial y religiosa. Pero esa es otra historia. Lo esencial aquí es saber que «en Norfolk podíamos entrar en la biblioteca con permiso, subir y bajar por las estanterías, coger libros», que existía un régimen interno que propiciaba la lectura y el préstamo y que allí «había cientos de volúmenes antiguos, algunos de ellos probablemente muy raros», donde «leía sin rumbo, hasta que aprendí a leer selectivamente, con un propósito». [26]

Quizás pueda parecer excesivo o incluso metafóricamente desatinado, pero las bibliotecas carcelarias, en toda latitud, parecen ser territorios de libertad, enclaves de emancipación: en una encuesta basada en entrevistas semiestructuradas en varias cárceles australianas, con toda clase de regímenes de seguridad, los internos se manifestaron en torno a la experiencia que la lectura en sus bibliotecas les procuraba en relación con la sensación de liberación, a su relación con el tiempo, a la responsabilidad que asumían sobre sí mismos, al sentido de comunidad que desarrollaban y a su concepción de lo que significaba la educación. [27] La impresión de evasión, al menos momentánea, que la lectura pudiera proporcionar, se vinculaba de manera unánime con una sensación de bienestar mental generalizado, un beneficio derivado e inesperado del ejercicio lector; la necesidad de pasar el tiempo de forma constructiva fue frecuentemente identificada como motivación para el uso de las bibliotecas de las prisiones. En segundo lugar: «las bibliotecas penitenciarias», comenta la autora del estudio, «poseen el potencial de desempeñar este papel porque ofrecen a los reclusos una forma

de disfrutar del mucho tiempo desestructurado» del que disponen; en tercer lugar, el uso de las bibliotecas parece contribuir a la formación de comunidades de apoyo mutuo dentro de las prisiones, en algunos casos porque los programas de alfabetización que se ponen en marcha se basan en el emparejamiento de mentores voluntarios con alumnos demandantes, todos ellos internos,[28] de manera que aflora de manera natural un sentido de colectividad y de ayuda mutua previamente inexistente. En términos generales, «para los presos que tienen acceso a las bibliotecas y deciden utilizarlas, estas se convierten en un lugar de reunión donde pueden congregarse comunidades de personas con ideas afines», un espacio de conexión y articulación de un colectivo que podría tender de otro modo a eludir el contacto o la relación. Más allá de eso, incluso, el uso regular de los recursos informativos de las bibliotecas tiende puentes hacia el exterior, reforzando los vínculos con familiares y conocidos, en un efecto expansivo a menudo desdeñado; las bibliotecas de los recintos carcelarios pueden, en cuarto lugar, también, reforzar el sentido de autonomía y de confianza en las decisiones que uno mismo pueda tomar. Aun cuando pueda parecer un gesto mínimo, el simple hecho de poder seleccionar y elegir aquello que cada cual desee consultar, es un exiguo acto de soberanía que, sucesivamente practicado, contribuye a una sensación de enriquecimiento y libertad; en último lugar, existe el convencimiento generalizado de que la oferta educativa en las prisiones, en particular la relacionada con la alfabetización lectoescritora, puede ser el estribo al que subirse para mirar el futuro con más confianza.

En las memorias de Malcolm X tal como se las contó a Alex Haley, afirmaba respecto a la posibilidad de encontrar o construir un edén en la tierra: «un verdadero paraíso podría existir allí donde el

progreso material y los valores espirituales estuvieran debidamente equilibrados», [29] quizás allí donde una biblioteca se convierta en la infraestructura necesaria sobre la que madurar, fortalecer y hacer florecer un juicio propio.

Acariciando un fragmento de Paraíso

Para llegar a Ciudad Bolívar es necesario tomar el teleférico, lo que en Bogotá llaman el TransMiCable, una poderosa infraestructura que parte del portal de El Tunal, pasando por las estaciones de Juan Pablo II y Manitas, hasta alcanzar la última cota de las montañas que rodean por su parte sureste la ciudad, con elevaciones que van desde los 2.670 metros a los 3.800, y con una extensión de casi 13.000 hectáreas, 5.512 manzanas que se encuentran tipificadas, en su mayoría, en los denominados Estratos 1 y 2, los más menesterosos de la ciudad. [1] Al tratarse de un barrio ubicado en la parte más alta de la montaña, y cuyo origen se remonta a la época de la violencia política de 1950, se funda como un vecindario de chabolas donde empezaron a convivir aquellas víctimas del desplazamiento interno en el país, personas provenientes de la ruralidad que venían huyendo para salvar sus vidas y buscar una oportunidad de desarrollo en la ciudad. La génesis de Ciudad Bolívar está en este aluvión de población desplazada, indigente y sin recursos, atemorizada y desmovilizada, pasto de la violencia sistémica y del abandono secular. Aun cuando fuera constituida jurídicamente en septiembre del año 1983, aunque fuera reconocida su entidad como un barrio más de la ciudad de Bogotá, lo cierto es que, durante mucho tiempo, tanto la municipalidad como el Estado rehuyeron su responsabilidad en materia de servicios públicos, educativos, de saneamiento o de seguridad. Durante cuarenta o cincuenta años de dejación de funciones, el Estado adquirió una

deuda impagable con aquella población desheredada, pero la indiferencia a veces se convierte en fortaleza y lo que fuera un claro abandono se convirtió en principio de resistencia y autogeneración.

Al llegar a la última estación y bajar de la cabina, con la contradictoria sensación de haber llegado a un barrio habitado por cientos de miles de personas y no a una estación esquiable, leí lo siguiente en un cartel que colgaba de la entrada de un edificio moderno que parecía destinado a usos institucionales: «Autoconstruir supone resolver creativamente mediante la solidaridad, la acción colectiva, la innovación y el ingenio, la persistencia, el tesón y el cuidado mutuo». Autoconstruir, autoorganizarse, autoproyectarse, darse colaborativamente la oportunidad de salir adelante en medio de todas las dificultades concebibles. Llegar a reivindicar, incluso, el papel insustituible de Ciudad Bolívar y sus habitantes en la construcción de Bogotá, sus horas de esfuerzo, trabajo y dedicación, las materias primas extraídas de sus laderas para la fábrica de sus edificios, el agua potable que suministra para saciar su sed. «Ciudad Bolívar es una localidad en donde sus raíces se han formado a través de personas que han llegado desplazadas por el conflicto armado y por otras circunstancias que los han llevado a habitar sus barrios, y ellos lo que han hecho es llegar a autoconstruirse no solamente a través de "venga, hacemos el ranchito", "venga, hacemos las calles, el salón comunal", sino, también, por medio de luchas sociales», luchas políticas de por vida que han implicado a varias generaciones en un esfuerzo titánico por sobrevivir valiéndose de la solidaridad y los conocimientos compartidos. Eso decía Carlos Andretti, el coordinador de lo que descubrí que era el Museo de la Ciudad autoconstruida.[2] Un museo puede ser una mera acumulación de piezas descontextualizadas que reclaman de sus observadores una

disposición puramente estetizante para poder establecer alguna clase de relación; pero un museo puede ser, también, afortunadamente, el testimonio de una obra fraterna y popular, del rescate de la memoria histórica y, también, de la proyección de la comunidad hacia el futuro. En el «Manifiesto» que puede encontrarse en el libro *Sí hay casa pa tanta gente. Reflexiones colectivas desde y sobre el Museo de la ciudad autoconstruida. Ciudad Bolívar,* puede leerse: «somos experiencias, esperanzas, berraquera.[3] Somos montañeros y montañeras populares, somos acciones, corazones, somos tejido. Representamos una oportunidad para que el mundo nos reconozca y se nos muestre como realmente somos en Ciudad Bolívar; somos, ante todo, diversidad, comunidad y construcción constante. Somos militantes de la vida».[4] De ese espacio es difícil salir incólume porque uno percibe cómo aflora la vida entre los escombros, cómo la fuerza y la conciencia de la autoorganización se sobrepone a las circunstancias más adversas.

Al salir de la sala que acoge el testimonio de la autoconstrucción me estaba esperando Diego, uno de los mediadores de la biblioteca, un chico joven, extrovertido, rebosante de energía, al mismo tiempo trabajador y líder social, psicólogo, docente, gestor comunitario, pintor, artista, músico, locutor, actor, tejedor, todo lo que sea necesario para atender a una comunidad diversa, simplemente incomparable en sus necesidades individuales. Después de saludarnos le pregunto por lo que acabo de ver, por lo que todavía me ronda por la cabeza, por el esfuerzo anónimo de cientos de miles de personas que han levantado esa ciudad: «Ciudad Bolívar», me dice,

> cuenta con una historia basada en la autoconstrucción, pues sus habitantes han creado por sí mismos desde las casas hasta las infraestructuras que suplen el acceso a los servicios públicos, lo que no ha sido documentado oficialmente, y que desde la biblioteca ha empezado a realizarse aparte de proyectos

> investigativos, dando como resultado publicaciones, galerías y exposiciones digitales en alianza con la comunidad, lo que les ha dado la oportunidad de hacer publicaciones de corte científico, algo que resultaba inaccesible a muchos de ellos, sobre todo al no tener estudios formales.

Una biblioteca que pone en evidencia y en valor la voluntad solidaria y colectiva de una población condenada al olvido y el anonimato, que ensalza su memoria para que sirva de contrafuerte para el futuro.

No debe ser fácil —pienso mientras bajamos las escaleras que nos llevan al espacio de la biblioteca, en el mismo edificio que el museo— ser bibliotecario en este lugar. No coinciden casi ninguno de los saberes y competencias que se adquieren en las facultades de Biblioteconomía y Documentación, tan juiciosos y formales. Le pregunto por ello, por su oficio, por la naturaleza de su trabajo y por las aptitudes que debe reunir: «los mediadores pertenecientes a las bibliotecas», me comenta Diego,

> constituimos un puente fundamental para el acceso a la cultura escrita pues, como el nombre indica, somos los encargados de mediar los conocimientos teóricos con aquellos que derivan de la cotidianidad de los usuarios. Por tanto, los mediadores nos encargamos de la planeación, programación, gestión, ejecución, divulgación y reporte de todas las actividades que suceden en el espacio bibliotecario, pensadas inicialmente para la promoción y difusión de la lectura, pero que terminan convirtiéndose en procesos con la comunidad que traspasan ese objetivo primario, y terminan por convertirse en espacios de restablecimiento de derechos, de creación de comunidad y gestión social.

Esta será una idea que repita a lo largo de toda la mañana en sucesivas ocasiones, como un mantra sobre el que persistir, como una revelación sobre la verdadera naturaleza del oficio del bibliotecario: restablecer derechos, crear comunidad, gestionar las demandas que puedan surgir de ese colectivo humano tan heterogéneo en edades, formaciones y necesidades. Le pido que me amplíe y aclare esa idea, que me explique en qué consiste la función

de una biblioteca, más allá de lo obvio, más allá de la clasificación, el préstamo y la lectura, más allá de la política de compras, el expurgo o la conservación. «La biblioteca», me expone pacientemente, exhibiendo su faceta adicional de antropólogo que desentraña las dinámicas de la comunidad en la que trabaja,

> es el lugar desde el cual se promueve la recuperación y creación de prácticas o saberes que terminan por definir sistemas simbólicos comunicativos, culturales e identitarios, que terminan afianzando determinadas prácticas sociales o cuestionando otras. Esto permite la formación de ciudadanos críticos y autónomos, con capacidad para la resolución de problemas en su diario vivir, quienes a su vez cuenten con habilidades comunicativas que les permitan desenvolverse en distintos ámbitos, ya sean laborales, académicos o cotidianos. Además, cabe resaltar que el conocimiento es poder y la biblioteca, al facilitar el acceso, permite a la comunidad ejercer diversas formas de poder en su cotidianidad, les permite resolver retos que derivan de su realidad inmediata, a través de la potencialización de los ejes de lectura, escritura y oralidad, más hoy en día en una sociedad que depende del valor de lo escrito y lo simbólico.

Grabo lo que dice, lo que declara sin titubear, un argumento que no suena a memorizado, sino a vivido, a experimentado. Lo que yo entreveía a través de mis lecturas, él lo encarnaba en su práctica cotidiana. «La biblioteca ha sido y sigue siendo el centro comunitario por excelencia para el acceso al conocimiento», había leído yo en un texto colectivo promovido por la Alcaldía de Medellín como preparación a mi viaje. «¿Cómo convertirla, además, en un centro activo de apropiación y creación de nuevos saberes?», planteaba como un reto que a mí me pareció insalvable.

> Así entendemos las bibliotecas: más que como un centro de recursos bien escogidos y organizados, como un espacio en el que se tejen encuentros con el conocimiento y con los otros, donde se establecen contactos y se construyen redes en torno a preguntas, intereses, necesidades y gustos; un lugar que pone a disposición de las comunidades todos sus recursos, herramientas, tecnologías y conocimientos. La biblioteca así concebida amplía sus fronteras y se convierte en un lugar de unión entre los saberes comunitarios y el conocimiento académico, entre lo local y lo universal, y entre personas con

> distintas habilidades y capacidades, edades y experiencias, que pueden aprender de otros y compartir sus saberes; que pueden crear en conjunto. [5]

No sé si Diego conocía este texto, pero podría haberlo inspirado.

Huele a nuevo, a limpieza y a decencia en el espacio de la biblioteca de El Mirador. También a papel. Cuando entramos en la sala un grupo de chavales se arracima en torno a un ordenador portátil, comentando el transcurso de la acción de un videojuego. Un grupo de personas mayores dialogan en otro rincón más alejado. Más tarde me explicarán que se trata de los inicios de un taller al que denominan Marca de Agua, [6] una estrategia de recuperación de la memoria local a través del relato oral que pretende involucrar a la comunidad, mediante ese ejercicio que hace presente el pasado en la resolución de problemas y en el desarrollo de soluciones creativas e innovadoras. Dos bibliotecarias se afanan en la reubicación de los libros devueltos y en la catalogación de los libros recién llegados. Mientras tanto, para mi sorpresa, pero no para la del resto de los usuarios, varios perros de razas indefinidas corretean amigablemente por el recinto. Al cabo de unos minutos deciden abandonarlo y tenderse al sol que alumbra hoy todo con insistencia. Me aclaran que todos los seres vivos son bienvenidos y que los perros forman parte indisoluble de la vida de los vecinos. Le pregunto a Diego qué papel real tiene la comunidad en la gestión de esta biblioteca, qué parte le corresponde.

> Al darse inicio a las obras de construcción del sistema masivo de transporte TransMiCable, la alcaldía y los consorcios generaron espacios de diálogo con la ciudadanía para la creación del diseño tanto del cable aéreo como de los equipamientos culturales que acompañarían las estaciones adyacentes. De esos diálogos surgieron diversas peticiones entre las cuales se solicitó la creación del Museo de la Ciudad Autoconstruida, la Biblioteca, y salas teatrales y artísticas para el aprovechamiento de la comunidad y el empleo del tiempo libre de los jóvenes. A partir de esos diálogos se diseñó todo el complejo estructural del sistema, por lo que la participación de la comunidad en la creación de la

biblioteca ha sido total desde sus inicios. Hoy en día la comunidad sigue definiendo la oferta de programación cultural de la biblioteca participando a través de salas de ideas, espacios donde manifiestan sus demandas de conocimiento y acceso a la cultura. De igual forma se trabaja en la articulación con colegios, jardines de infancia y fundaciones circundantes en pro de comprender mejor las necesidades propias de esta comunidad, pues estos nichos institucionales recogen parte de la experiencia de vida de la comunidad.

A través de las ventanas se ve un mar de tejados de uralitas multicolores que refulgen bajo el sol candente, de muros de hormigón polícromos tan diversos en sus variedades cromáticas como la variedad de gustos de sus dueños, la innumerable marea de vida que late en sus angostas calles.

Apenas puedo imaginarme o comprender nada sin trazar su genealogía histórica. Manías y obsesiones del oficio. No quiero desconcertar a Diego con mis cavilaciones y que, lo que es puro afán de compartir historias que a mí me parecen sorprendentes, pueda parecer mera pedantería. En 1966, cuando tenía cuarenta años, diez o doce más que Diego, Iván Illich fundó en Cuernavaca, México, el Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), un lugar que pretendía convertirse en una alternativa a la escuela tradicional, un espacio comunitario destinado a la autoconstrucción y el aprendizaje autodirigido, el antecedente de todas las iniciativas solidarias de autogestión que hayamos podido alumbrar en los sesenta años posteriores. Illich había conocido en 1958 a Everett Reimer, el autor de *La escuela ha muerto. Alternativas en materia de educación*. El lema con el que se abría aquel libro, con una frase de la célebre antropóloga Margaret Mead, no dejaba lugar a dudas: «mi abuela quiso que yo tuviera una educación; por eso no me mandó a la escuela». Illich no solamente escribió ese memorable y muy influente libro que fue *La sociedad desescolarizada,* sino que fundó el Centro Intercultural, después de su paso por la Universidad de Puerto Rico, como encarnación de sus ideales educativos: un

establecimiento donde se ponían en valor los saberes populares, los conocimientos informales, el intercambio de enseñanzas sin necesidad de recurrir a currículos rígidos y formalizados, sin necesidad de refrendos o acreditaciones que no derivaran del reconocimiento mutuo. Illich sostenía que nos encontrábamos en algo así como la cuarta fase de la historia de la pedagogía, un período en el que el mundo era ya entonces demasiado complejo y cambiante, nuestro papel en él demasiado especializado, nuestras expectativas de vida demasiado individuales para que su preparación pudiera llevarse a cabo en una escuela con la ayuda, solamente, de sus propios especialistas escolares. La escuela, estaba convencido, debía devolver grandes partes de la educación a la vida, y eso es lo que intentó en Cuernavaca,[7] y eso es lo que tratan de hacer en la biblioteca de El Mirador.

Diego me cuenta que un compañero suyo, mediador como él, abrió las puertas de su modesta vivienda en Ciudad Bolívar para que sus vecinos pudieran consultar los libros de su biblioteca privada, una austera oferta que satisfizo durante mucho tiempo, hasta la fundación de la biblioteca pública actual, las comedidas necesidades de sus conciudadanos. También sirvió aquel espacio para fomentar las primeras conversaciones, los primeros círculos de lectura, el interés incipiente por el rescate de la propia memoria. Le pregunto a Diego cómo han cambiado y aumentado esos servicios que la biblioteca actual dispensa a la comunidad, cómo han tratado de amoldarse a sus necesidades y requerimientos, y me cuenta que, «esencialmente, son los de préstamo de material bibliográfico y acceso a la cultura escrita a través de la mediación de lectura, pero si ahondamos en el quehacer bibliotecario empezaremos a descubrir que la biblioteca es un espacio de restablecimiento de derechos, donde a través del trabajo para la comunidad se contribuye a la

formación de ciudadanos activos y pensantes», recalca, para disipar cualquier tentación que me condujera a pensar que esa biblioteca se limita al cultivo de una sola alfabetización:

> De igual forma, la biblioteca es un espacio que atiende las necesidades de alfabetización de distintas franjas etarias, y que contribuye al restablecimiento del tejido social históricamente fragmentado. De esta forma, la biblioteca entra a fungir como un laboratorio del pensamiento desde el cual no solo se acopia, sino que también se recupera y difunde el conocimiento local, en aras de generar espacios que contribuyan al mejoramiento de la calidad de vida de los usuarios y las comunidades circundantes, con el ideal de alcanzar una sociedad soberana y en paz, sobre todo en el marco del posconflicto. Otro servicio que se presta de manera no oficial es el de brindar acompañamiento psicológico a los usuarios que confluyen en el espacio, hay que entender que Ciudad Bolívar es una de las localidades más vulnerables de la ciudad, lo que genera una afectación significativa en la salud mental de sus habitantes, vecinos que llegan a la biblioteca buscando un consejo, una orientación o, simplemente, alguien que les pueda escuchar, por lo que este lugar se transforma para convertirse en un refugio donde se orienta y brinda acompañamiento en un ámbito que ha sido descuidado por los modelos educativos locales, de salud y de cuidado mental.

La biblioteca como espacio hospitalario, protector, acogedor, en el que todos caben y son bien recibidos, no como templo augusto que selecciona a sus beneficiarios antes siquiera de que ellos lo sepan. Me interesa mucho saber el lugar real que se le dedica a la lectura porque, aunque vivamos ya en una sociedad posliteraria, en la que los libros ocupan un lugar periférico en el ecosistema de todas las posibles alfabetizaciones necesarias, no deja de ser extraordinariamente relevante para la configuración del propio juicio, para la maduración de la opinión, para la conformación del carácter. Mientras ojeamos los lomos de algunos de los tres mil libros que constituyen el fondo de la biblioteca, le pregunto a Diego y, una vez más, me sorprende con una respuesta en la que se sintetizan sus conocimientos teóricos y su probada experiencia práctica:

> La lectura como un ejercicio de decodificación e interpretación de un sistema simbólico contribuye al desarrollo de diversas habilidades cognitivas, expresivas y comunicativas. Hoy en día contar con estas habilidades brinda una ventaja social a quien es capaz de desarrollarlas y ejercerlas efectivamente, y el mejor ejercicio para lograrlo es leer, ya que de esta manera se contribuye al desarrollo de habilidades orales, interpretativas, performativas, kinésicas, paraverbales y proxémicas. De esta manera hemos notado que los nuevos líderes de la localidad son conscientes de la importancia del desarrollo de estas habilidades en pro de la organización y gestión social y, por tanto, se han acercado con sus comunidades al espacio bibliotecario buscando un apoyo para el acceso a la cultura escrita,

describe, mientras yo sigo escuchando en su explicación los ecos de alguna de las conferencias de Paulo Freire sobre la lectura y sobre su irremplazable papel como vertebradora de la experiencia humana.

> Estos movimientos de organización social son los que realmente han erigido Ciudad Bolívar, pues las luchas populares y jurídicas han sido los únicos medios para captar la atención del Estado y así lograr una transformación de su realidad, dando cuenta de que la lectura es una actividad transversal a estas dinámicas y que resulta de vital importancia para la construcción de la cohesión social. De igual forma el ejercicio lector facilita el desarrollo de habilidades ligadas a la metacognición, desde las cuales se puede hacer un sondeo y evaluación de los procesos que se desarrollan en la vida cotidiana, fomentando la capacidad de resolver problemas, apuntalar técnicas o metodologías que les permitan mejorar su calidad de vida o formular estrategias innovadoras para su subsistencia.

No sé si aplaudir o asentir más discretamente. Opto por la segunda posibilidad porque me da pie a preguntarle, mientras señalo a los chavales que siguen volcados sobre un videojuego, por el resto de las alfabetizaciones, por la manera en que las trabajan:

> Más allá de las alfabetizaciones tradicionales en lectoescritura, la biblioteca también trabaja la oralidad, pues es un componente que se deja bastante de lado sobre todo en la escuela, dado que la pedagogía tiende a quedarse en el papel, no en la práctica comunicativa. Esto se hace a través de estrategias como la lectura en voz alta, los ejercicios teatrales, la creación de podcast o programas de radio. A su vez, desde la línea de cultura digital, se hace un esfuerzo por brindar alfabetizaciones en torno al uso de las tecnologías de la

información y la comunicación, esfuerzo que se ve truncado muchas veces debido a las condiciones socioeconómicas de la población, pues gran parte de ella aún no dispone de dispositivos móviles, lo que amplía la brecha de acceso al conocimiento. Esto plantea un gran reto para el espacio bibliotecario y la difusión de conocimientos que no se encuentran en formatos físicos. Por otra parte, se está haciendo un esfuerzo por alfabetizar en saberes tradicionales y habilidades relacionadas con la creación de huertas, sistemas de compostaje, siembra, cosecha de hortalizas y plantas medicinales, con el fin de contribuir al alcance de la soberanía alimentaria y al rescate de saberes tradicionales contenidos en la vasta experiencia de los adultos mayores, pues en un modelo de educación pensado en generar obreros para la industria, se dejaron de lado otros conocimientos esenciales para la mejora de las condiciones de vida.

Desde uno de los ventanales de la biblioteca se divisa lo que seguramente sea una escuela, un patio donde en ese momento juegan unas cuantas decenas de chicos y chicas. La intensidad del sol difumina los contornos de las cosas y yo no distingo con claridad a unos de otros. Le pregunto a Diego cuál ha sido la experiencia más reseñable que ha tenido con ellos, con sus usuarios más jóvenes, con los niños y las niñas de los colegios de Ciudad Bolívar que vienen regularmente a la biblioteca:

El trabajo aquí deja muchos testimonios de cómo el conocimiento marca vidas o personas, pero hay una experiencia que personalmente me marcó y me llevó a repensar el alcance de la promoción de lectura. Una mañana nos disponíamos a recibir a un grupo de niños proveniente de uno de los colegios de la localidad, eran alrededor de cuarenta estudiantes entre los ocho y los doce años que nos visitaban para conocer el espacio bibliotecario y participar en una actividad de promoción de la lectura. Iniciamos la actividad de forma común y sin novedades. Aparentaba ser una de tantas. Procedí entonces a interpretar el libro titulado *¿Por qué?,* del autor ruso Nikolái Popov, libro que sienta una reflexión sobre la guerra y sus implicaciones en la sociedad. Al interpretar el libro realicé un despliegue de habilidades orales y actorales un tanto histriónicas porque siempre me resultan eficaces para captar la atención de los niños. Estaban fascinados escuchando aquella historia. Al terminar la lectura uno de los niños se paró en frente de todo el auditorio, empezó a hablarled a sus compañeros diciendo: «¡Vamos a formar un circo!». Sus compañeros respondieron inmediatamente a su petición. «¡Yo seré el de los malabares!», respondió uno. «¡Yo me encargaré de domar los leones!»,

complementó otro. El niño siguió frente al auditorio y, hablando enérgicamente, empezó a asignar tareas. «Tú vas a entrenar las pulgas», «tú serás el payaso», «tú harás acrobacias», continuó diciendo mientras asignaba esos roles a sus compañeros, señalándolos con el dedo. Pensé que era un chico muy expresivo, así que consideré pedirle que se sentara y que guardara silencio para poder continuar con la actividad, pero al acercarme a él una de las profesoras que lo acompañaba me detuvo muy asombrada y me dijo al oído: «¡Profe, por favor, no lo calles! Él nunca había hablado en todo lo que lleva estudiando, está en el grupo como parte de una apuesta por la inclusión y nos encontramos anonadados al ver lo que está haciendo». Al escucharla quedé estupefacto, lo dejé en el uso de la palabra, y el niño, tratando de imitar algo del histrionismo que le puse a la lectura del cuento, formuló todo un circo del que serían participes todos sus compañeros, quienes, al verlo actuar de ese modo, también lo apoyaron en medio de su asombro. Tal fue el impacto de esa situación que, pasados unos días, el colegio se puso en contacto conmigo anunciándome que, efectivamente, iban a reproducir el circo en su institución y me invitaban a ser partícipe de su presentación, pues fue desde la lectura y el despliegue de habilidades orales que el niño tuvo un aliciente para expresarse y modificar algún paradigma mental que hasta el día de hoy hace que me pregunte: ¿qué ocurrió en el cerebro del niño tras la lectura para llevarlo a cambiar y hablar de esa manera? Como estas hay muchas experiencias significativas, pero definitivamente esta me invitó a cuestionarme el alcance de mi labor y la necesidad de formar en lectura y escritura, pero sobre todo en oralidad.

Unos días antes había tenido la oportunidad de hablar con alguno de los responsables sobre la formulación de la política pública de lectura, escritura y oralidad,[8] sobre su insistencia en que su principal fin tenía que ver con el derecho al uso de la palabra,[9] con el ejercicio pleno de la comunicación escrita y oral como fórmula de empoderamiento ciudadano, de participación en los procesos de deliberación y toma de decisiones respecto a los asuntos que les conciernan. A menudo se da por sentado que cualquiera puede ejercer ese derecho fundamental sin cortapisas, sin rémoras ni trabas, pero esa es una de las falacias comunicativas sobre las que se basa el sometimiento y la postración: basta, en cualquier acto comunicativo, con que uno de los intervinientes perciba una

diferencia jerárquica de cualquier naturaleza para que se sienta inhibido, inhabilitado para sostener una conversación proporcionada entre dos hablantes. Hacer especial hincapié, por eso, en la dimensión oral de la comunicación (sin olvidar la lectoescritura como faceta complementaria), resulta especialmente importante en contextos sociales desfavorecidos, porque siempre serán los que padezcan con más rotundidad los arrebatos de la autocensura.

Vamos saliendo de la biblioteca pero, antes de hacerlo, no quiero marcharme sin preguntarle a Diego cómo visualiza el futuro de la biblioteca, de las bibliotecas en plural en realidad, porque aprecio que su porvenir global depende en buena medida de lo que está pasando aquí:

> En dos años que lleva el espacio bibliotecario, hemos pasado de ser tres colaboradores a diez, de contar con solo una sala general, a dos salas, una con espacio para exposiciones. Hemos logrado hacer varias publicaciones tanto físicas como digitales, y nos hemos convertido en un punto de anclaje de diversas instituciones, colectivos, fundaciones y agrupaciones que han depositado en nosotros la confianza que tanto se ha perdido en la cultura y en los organismos del Estado.

Me dice estas palabras algo emocionado, orgulloso del trabajo que han realizado.

> Tomando en cuenta este exacerbado crecimiento, y extrapolando a un futuro cercano, veo que el espacio podría dejar de ser pronto una biblioteca local para convertirse en una mayor, ya que estamos al nivel de otras bibliotecas que ya son más grandes en la ciudad. Así mismo, veo la posibilidad de que sea un espacio que más tarde que temprano se apropie de la cultura digital y su difusión, siendo pionera en este sentido, a pesar de que la inmensa mayoría de los usuarios no cuentan ni con dispositivos móviles propios. Pensar en un futuro para la biblioteca es interesante, pues esta ha crecido más rápido de lo que cualquiera de nosotros podría haber imaginado, y cada día soplan vientos de cambio que nos llevan a pensar en su inminente crecimiento. No tardará en volverse un referente de la cultura en todo el país.

Quizás, le deseo, de todo el mundo.



Ciudad Bolívar.

Salimos de la biblioteca a la plaza donde se encuentra la estación del TransMiCable. Es hora de regresar al centro de la ciudad. Antes de pasar por el torno que me conducirá a la cabina, sin embargo, lo comprendo todo de un vistazo y sé, con una punzada de clarividencia, que algún día me dará pie a contar una historia sobre esta biblioteca, sobre todas las bibliotecas, sobre su carácter paradisiaco, sobre la historia de una conquista progresiva. En el quiosco que se encuentra en uno de los costados de la plaza que da acceso a la terminal puede leerse: BIENVENI(D)OS AL PARAÍSO. [10]

Agradecimientos

El proceso de documentación de un libro como este es tan largo y complejo como ameno y placentero. Desde la idea a su concreción hay caminos y trochas que se abren y se cierran, callejones sin salida y avenidas por las que discurre un caudal de historias desconocidas. No soy escalador pero me imagino que este recorrido de documentación y escritura tiene mucho que ver con trepar por una pared empinada en la que a veces uno debe abrir nuevas vías y otras se encuentra con la ayuda de una cordada que ya las había desplegado. Sin estos últimos alpinistas no hubiera podido ascender a alguna de las cumbres que he pisado.

Quiero agradecer de corazón, por eso, a Marcos García, quien fuera motor, alma y director de Medialab Prado Madrid, porque allí fue donde aprendimos, junto a otros muchos, que el espacio de una biblioteca es, también y sobre todo, un espacio de producción e intercambio, de creación y discusión, de fabricación y solidaridad.

A Cristóbal Blesa, presidente de Solidarios para el Desarrollo, y a Álvaro Crespo, responsable de Cultura en prisiones de la misma organización, porque me explicaron de qué manera los libros y la lectura compartidos pueden traspasar los barrotes de una prisión aunque solo sea temporalmente. En el *Quijote,* como diría Antonio, aquel hombre de etnia gitana sin estudios que acabó leyéndolo en dos ocasiones, está todo.

A Jéferson Assumção, hoy director del departamento de Libro, Lectura, Literatura y Bibliotecas del Ministerio de Cultura de Brasil, que hizo de la lectura libre e irredenta su divisa personal y que convirtió el espacio de la biblioteca en una plataforma de propulsión al espacio exterior.

A Rafael Tamayo y a Virginia Rodríguez, que trabajaron en la Dirección General de la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá – BibloRed, por enseñarme que el futuro de las bibliotecas tiene mucho que ver con el descentramiento del libro y con la creación de espacios para el fortalecimiento comunitario.

A Carlos Font, firme creyente en que una de las mejores versiones del paraíso no es solamente la tropical, sino la que se basa en la creación de sólidas infraestructuras editoriales y bibliotecarias que permitan a un pueblo convertirse en un agente autónomo y poderoso.

A César Gómez de la Cal, que perfeccionó el Paraíso.

Y, cómo no, a Diego Romero, mediador de lectura en Ciudad Bolívar, psicólogo, docente, trabajador social, gestor comunitario, pintor, artista, músico, locutor, actor, tejedor, cualquier cosa que sea necesaria para convertir su biblioteca de El Paraíso en un espacio de restablecimiento de derechos, de creación de comunidad y de gestión social, donde se está redefiniendo verdaderamente el sentido de las bibliotecas contemporáneas.

Apéndices

Bibliografía

2001 MCC giving project: Cooperative shares ideas & support (2001, 19 de julio), ReliefWeb. <https://surl.li/ljdozq>.

A History of US Public Libraries (s.f.), Digital Public Library of America. Consultado el 30 de octubre de 2023, en <surl.li/ndfmre>.

A Topographical Dictionary of Ancient Rome (s.f.). Consultado el 12 de enero de 2024, en <surl. li/zyutzb>.

Agenda de la Innovación Pública (2021), *Laboratorios ciudadanos y de gobierno como estrategia de innovación para el desarrollo sostenible,* pág. 7. Innovación Ciudadana y Secretaría General Iberoamericana.

Alcaldía Mayor de Bogotá (2017), *Monografía de la localidad de Ciudad Bolívar 2017,* pág. 172. <https://surl.li/otlszs>.

Alcaldía Mayor de Bogotá (2023), *Estudio de la relación entre la estratificación socioeconómica, el bienestar de los hogares bogotanos y el ordenamiento del territorio,* pág. 606. Alcaldía Mayor de Bogotá. <https://surl.li/xgdgsn>.

ALI, A. (2012, 22 de octubre), «Power, rebirth and scandal: A decade of the Bibliotheca Alexandrina», *Ahram Online:* <https://surl.li/glcaja>.

ALIAGAS, C. (2009), *Las prácticas lectoras adolescentes: Cómo se construye el desinterés por la lectura*, págs. 1-18. <https://surl.li/kkrdbs>.

— (2011), *El desinterès lector adolescent. Estudi de cas de les pràctiques i identitats lletrades d'una colla d'amics des de la perspectiva dels Nous Estudis de Literacitat* [Universitat Pompeu Fabra]. <https://surl.li/zxbbsk>.

ALIAGAS, C., J.M. CASTELLÀ y D. CASSANY (2009), «Aunque lea poco, yo sé que soy listo». Estudio de caso sobre un adolescente que no lee literatura, *Ocnos,* 5, págs. 97-112.

ALLEN, A.-R., A. WORTMAN, S. WIDMAN, V. MICHALCHIK y W. PENUEL (2020), *Partnering with future ready with the library. Lessons Learned from Working with Rural and Small Public Library Staff*, pág. 12. Connected Learning Alliance. <https://surl.li/zxjhbk>.

AMERICAN LIBRARY ASSOCIATION (2017), *Q&A: Makerspaces, Media Labs and Other Forums for Content Creation in Libraries* [texto]. Advocacy, Legislation & Issues. <https://surl.li/mtwuer>.

ANDERSON, C. (2006), *The Long Tail: Why the Future of Business Is Selling Less of More,* Hachette UK.

«Andrew Carnegie, steel magnate, dies», *The Rock Island Argus*, 11 de agosto de 1919, pág. 1.

Andrew Carnegie: A Legacy of Support for Public Libraries, Carnegie Corporation of New York. (s.f.), Consultado el 11 de noviembre de 2023, en <https://shre.ink/b5K4>.

ANDREWS, J. (2017), *Digital Libraries: Policy, Planning and Practice* (D. Law, editor; 1.ª ed.), Routledge.

ANNA, J.S., E.M. DE S.P. ZANETTI y L.A. DE L. DO NASCIMENTO (2015), «Bibliotecas prisionais e a construção da cidadania: Práticas bibliotecárias em favor da inclusão social. Prision libraries and construction of citizenship: libraries practices in favour of social inclusion», *Revista ACB: Biblioteconomia em Santa Catarina,* 20 (1), págs. 67-85.

ARCHIVES, T.N. (s.f.), «What was chartism? Political and social reform in 19th century Britain [Text], *The National Archives*. Consultado el 1 de febrero de 2024, en <https://surl.li/xpvfdx>.

ARRANZ, J.J. (2007, 19 de agosto), *Public libraries, spaces for social cohesion. Proximity and inclusion in the public libraries of Barcelona,* «World Library And Information Congress: 73rd IFLA General Conference dnd Council, Durban, South Africa». <https://surl.li/bzkgrn>.

ARTS COUNCIL ENGLAND (2014), *The Value of Arts and Culture to People and Society. An Evidence Review,* pág. 54. <https://surl.li/uccray>. *arXiv. org e-Print archive* (s.f.). Consultado el 13 de abril de 2024, en <https://arxiv.org/>.

ASSUMÇãO, J. (2000), *Máquina de destruir leitores,* Editora Sulina.

ATTALI, J. (2011), *El hombre nómada,* Luna Libros.

BADINTER, E., y R. BADINTER (1990), *Condorcet, 1743-1794* (nueva edición, revisada y aumentada), Le Livre de Poche.

BAGNALL, R.S. (2002), «Alexandria: Library of Dreams», *Proceedings of the American Philosophical Society,* 146 (4), págs. 348-362.

BARNETT, G.K. (1973), *The History of Public Libraries in France from the Revolution to 1939,* Books on Demand.

— (1987), *Histoire des bibliothèques publiques en France de la Révolution à 1939* (1.ª ed.), Éditions du Cercle de la Librairie.

— (1988), *Histoire des bibliothèques publiques en France de la Révolution à 1939,* Cercle de la Librairie.

BARRIO, A. (2017), *Bibliothèques hors les murs: Histoire, typologie et enjeux* [Diplôme de conservateur de bibliothèque, Université de Lyon]. <https://surl.li/bzzxiq>.

BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, B. (1989), «Las bibliotecas públicas provinciales (1835-1885): Un intento de promoción de la lectura en España», *Revista de Educación,* 288, págs. 271-304.

BATTLES, M. (2004), *Library: An Unquiet History,* Vintage.

BEIRAK, J. (2022), *Cultura ingobernable: De la cultura como escenario de radicalización democrática y de las políticas que lo fomentan,* Ariel. <https://surl.li/xdjths>.

BENBOW, W. (1832), *Grand National Holiday, and Congress of the Productive Classes,* Impreso y publicado por el autor. <https://surl.li/qvepvk>.

BENKLER, Y. (2015), *La riqueza de las redes. Cómo la producción social transforma los mercados y la libertad,* Icaria. <https://surl.li/hhgwcp>.

BERLINSKI, S., M. BUSSO y M. GIANNOLA (2023), «Helping struggling students and benefiting all: Peer effects in primary education», *Journal of Public Economics,* 224, págs. 1-23. <https://surl.li/tiggxj>.

BERTRAM, J. (1911ª), «Notes on the Erection of Library Buildings», Carnegie Corporation of New York Records. <https://surl.li/qexbwk>.

— (1911b), «Notes on the Erection of Library Buildings». <https://surl.li/dpnlju>.

BiblioRed, Red distrital de bibliotecas públicas de Bogotá (s.f.), *Colombia vive en Ciudad Bolívar*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/ydvkgx>.

— (s.f.), *Construyendo participación ciudadana desde la biblioteca pública*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/txvdgg>.

— (s.f.), *El acto humano más humano*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/qgbgnr>.

— (s.f.), *El camino no elegido*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/suarez>.

— (s.f.), *El robo del martillo de Thor*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/yakmfa>.
— (s.f.), *Fuga de palabras*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/mutvzt>.
— (s.f.), *Fuga de palabras: Manuel Zapata Olivella*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/bonhsr>.
— (s.f.), *Fuga de palabras: Manuel Zapata Olivella II*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/lpccwj>.
— (s.f.), *La Biblioteca Pública El Mirador en una Ciudad Autoconstruida*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/ndjigw>.
— (s.f.), *La sala LEO Bogotá en El Mirador de Ciudad Bolívar, en Experiencias BibloRed*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://surl.li/ujedze>.
Biblioteca circulante literaria 1920-1941 (1930), Biblioteca Digital, Memoria de Madrid. <https://surl.li/qqbgxt>.
BIERSDORFER, J.D. (2023, 25 de octubre), «Visit the Library From the Comfort of Your Own Phone», *The New York Times*. <https://surl.li/yuaswi>.
BLACK, J. (2004), «Lost Libraries of Ancient Mesopotamia», en J. Raven (ed.), *Lost Libraries: The Destruction of Great Book Collections Since Antiquity,* págs. 41-57, Palgrave Macmillan UK. <https://surl.li/jlkcpq>.
BOBINSKI, G.S. (1969), *Carnegie Libraries: Their History and Impact on American Public Library Development,* American Library Association.
— (1969), *Carnegie Libraries; Their History and Impact on American Public Library Development,* Chicago, American Library Association. <https://surl.li/vzghdy>.

Boer, J. de (2015, 30 de mayo), «FryskLab: Europe's first Mobile Library FabLab», *Medium*. <https://surl.li/xiyawi>.

Boix Mansilla, V., y M. Rivard (2014), *The Many Stories Library Project: Sharing Untold Stories of Who We Are*, Harvard Graduate School of Education. <https://surl.li/tkyfrz>.

Boix Mansilla, V., y C. Suárez-Orozco (2022), *Moving Stories at the Heart of Family Life*, Harvard Graduate School of Education. <https://surl.li/vklsvq>.

Boix-Mansilla, V., A. K. Salmon y K. Melliou (2023), «Collective Stories of Voice and Influence: Weaving Together Stories and Cultures for a World on the Move», *Journal of Research in Childhood Education*, 37 (3), págs. 423-441. <https://surl.li/qymxpd>.

Botkin, J. W., M. Elmandjra y M. Malitza (1979), *No limits to learning. Bridging the human gap*, Club of Rome. <https://surl.li/nkbait>.

Bourdieu, P. (2000), *Cuestiones de Sociología*, ISTMO.

Bourdieu, P. y A. Darbel (2003), *El amor al arte: Los museos europeos y su público*, Paidós.

Bourdieu, P. y J.-C.Passeron (1964), *Les héritiers: Les étudiants et la culture*, Les Éditions de Minuit.

Boussioux, M. (2003), *Joseph Lakanal, 1762-1845: Un combat pour la République et pour l'école*, CDDP Ariège.

Boutier, J., M.P. Paoli y V. Corrado (2017), *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi*, Edizioni della Normale. <https://surl.li/wopupd>.

Brandslet, S. (2023, 6 de julio), *New teaching method can even out children's reading skills*, Norwegian SciTech News. <https://surl.li/edggru>.

Brann, N.L. (1981), *The Abbot Trithemius – 1462-1516: The Renaissance of Monastic Humanism*, E.J. Brill.

BREITHAUPT, F. (2023), *El cerebro narrativo: Lo que nuestras neuronas cuentan*, Sexto Piso.

BRUCE, L. (1986), «Palace and Villa Libraries from Augustus to Hadrian», *The Journal of Library History (1974-1987)*, 21 (3), págs. 510-552.

BULWER, H.L.B. (1868), *Essai sur Talleyrand*, C. Reinwald. Libraire-Éditeur. <https://surl.li/ybtvco>.

BUTLER, B. (2007), *Return to Alexandria: An Ethnography of Cultural Heritage Revivalism and Museum Memory*, Routledge.

CALÍMACO (1980), *Himnos, epigramas y fragmentos*, Editorial Gredos.

CALLARD, C. (2000), «Diogène au service des princes: Antonio Magliabechi à la cour de Toscane (1633-1714)», *Histoire, Économie et Société*, 1, págs. 85-103.

CARCELLER, L.M. (2023, julio), «La conjura digital reinventa las bibliotecas», *Publishers Weekly*, 40, págs. 10-15.

CARLSSON, H., y T. TORNGREN (2020), «Understanding Library Users via Surveys and Other Methods–Best Practices for Evidence-Based Library Development», *Journal of Library Administration,* 60 (8), págs. 925-944. <https://surl.li/lxwgdq>.

Carnegie Mellon University–Andrew Carnegie Online Archives | papd. (s.f.). Consultado el 16 de diciembre de 2023, en <https://surl.li/ewbypf>.

CARNEGIE, A. (1889ª), «The Best Fields for Philanthropy», *The North American Review,* 149 (397), págs. 682-698.

— (1889b), «Wealth», *North American Review*, CCCXCL, págs. 653-664.

— (1909), *Letter from Andrew Carnegie to Charles A. Bookwalter, Mayor of Indianapolis,* Indianapolis Public Library - The Indianapolis Public Library Digital Collections. <https://surl.li/kegqug>.

— (1920), *Autobiography of Andrew Carnegie,* Houghton Mifflin Company. <https://surl.li/jdopij>.

CARNEIRO, P., E. GALASSO, I.L. GARCÍA, P. BEDREGAL y M. CORDERO (s.f.), *Parental Beliefs, Investments, and Child Development: Evidence from a Large-Scale Experiment,* Banco Mundial y Universidad de Chicago. <https://surl.li/nagicq>.

CARPENTER, M. (1861), «The application of the principles of education to schools for the lower classes of society», *Transactions of the National Association for the Promotion of Social Science,* págs. 344-350.

CARTER, T. (1845), *Memoirs of a Working Man,* Charles Knight. <https://surl.li/mewaqd>.

CASTELLS, M., C. MARTÍNEZ GIMENO, M. CASTELLS y M. CASTELLS (1999), *La sociedad red* (1.ª ed., 3.ª reimpr), Alianza Editorial.

CASTRILLÓN, S. (2020), *Criticar un río es construir un puente. La lectura y las bibliotecas como instrumentos de transformación social,* Biblioteca Nacional del Perú.

CELTIS, K.R. (1934), *Der Briefwechsel des Konrad Celtis,* C.H. Beck. <https://surl.li/twrudb>.

CHAMBERS, W., y R. CHAMBERS (1832), *Chambers' Edinburgh Journal* [William Orr]. <https://surl.li/qebeol>.

CHAROST, A.-J. DE B. (1795), *Vues générales sur l'organisation de l'instruction rurale en France, présentées aux comités d'instruction publique et d'agriculture de la Convention nationale et à la Commission d'agriculture et des arts. Par le C. Armand-Joseph Béthune-Charost, des ci-devant sociétés d'agriculture de Paris et de Laon,* Imprenta Feuille du cultivateur.

CHARTIER, R. (2003), «Révolutions de l'écrit et mutations des bibliothèques», *Bulletin d'informations de l'Association des Bibliothécaires Français,* 188, págs. 12-16.

— (2018), *Bibliotecas y librerías: Entre herencias y futuro,* pág. 50. CERLALC. <https://surl.li/hwuevg>.

CHOUILLET, A.M. (1996), «La visite de Condorcet à Voltaire et ses suites», *Mélanges de l'école française de Rome,* 108 (2), págs. 609-616. <https://surl.li/wefwwy>.

CHUECOS-RUIZ, I. (2022, 10 de noviembre), «La Biblioteca del Trinity College, el paraíso que Borges imaginó», *The Luxonomist*. <https://surl.li/zgsbaq>.

CIGARINI, A., I. BONHOURE, J. VICENS y J. PERELLÓ (2022), «Citizen science at public libraries: Data on librarians and users perceptions of participating in a citizen science project in Catalunya, Spain», *Data in Brief,* 40, 107713. <https://surl.li/ippcls>.

CLAIR, W.S. (2007), *The Reading Nation in the Romantic Period* (1.ª ed.), Cambridge University Press.

COLLIER, M. (2017), «After the Digital Library Decade: Where are the Next Frontiers for Library Innovation?», en *Digital Libraries: Policy, Planning and Practice* (1.ª ed., págs. 229-237), Routledge.

COMMISSION TEMPORAIRE DES ARTS y L. TUETEY (1912), *Procès-verbaux de la Commission temporaire des arts, pub. Et annotés par M. Louis Tuetey*, Imprimerie Nationale. <https://surl.li/kvsalj>.

CONDORCET, J.-A.-N. DE C. (1791), *Cinq mémoires sur l'instruction publique.* <https://surl.li/lsnuyd>.

— (1796), *La République française aux hommes libres,* De l'imprimerie de Fiévée, rue Serpente, n.º 17. <https://surl.li/tckwym>.

— (1822), *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain,* Chez Masson et Fils, Libraires. <https://surl.li/dhique>.

— (2005), *Cinq mémoires sur l'instruction publique,* Les classiques des sciences sociales. <https://surl.li/khgpie>.

CONDORCET, J.-A.-N. DE C., C. HENRY y A.-R.-J.TURGOT (1883), *Correspondance inédite de Condorcet et de Turgot 1770-1779*, Charavay frères. <https://surl.li/mmyrcg>.

CONDORCET, N. (1791), *Vie de Voltaire, par M. le marquis de Condorcet; suivie des Mémoires de Voltaire, ecrits par luimême. Tome Premier second*. <https://surl.li/ceussq>.

— *Mémoires sur la Révolution française,* Ponthieu. <http://archive.org/details/mmoiressurlarvo00condgoog>.

Connected learning (2019, 22 de febrero), YALSA Blog. <https://surl.li/gzdgkq>.

CONRIERI, D. (2017), «Magliabechi lettore», en *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi*, págs. 131-142, Edizioni della Normale.

Conselho da Justiça Federal de la Diretoria-Geral do Departamento Penitenciário Nacional del Ministério da Justiça (2011), *Dispõe sobre atividades educacionais complementares para fins de remição da pena pelo estudo e estabelece critérios para a admissão pela leitura.* <https://surl.li/rtbzll>.

COPELAND, M.V. (s.f.), «A School in the Cloud and the Future of Learning», *Wired*. Consultado el 1 de mayo de 2024, en <https://surl.li/pzktzh>.

Curtin University's Open Knowledge Initiative (COKI) (s.f.), COKI. Consultado el 13 de abril de 2024, en <https://surl.li/zydwzf>.

DE BOER, J. (2015ª), «Setting up a Frisian Library FabLab: A personal story», *Medium*. <https://surl.li/ksxmcg>.

— (2015b), «The business case of FryskLab, Europe's first mobile library FabLab», *Library Hi Tech*, 33 (4), págs. 505-518. <https://surl.li/thvtnc>.

DE LA REINA, C. (2001), *La Biblia del Oso. Libros históricos (I). Según la traducción de Casiodoro de la Reina publicada en Basilea en el año 1569: Bd. I*, Alfaguara.

Debs, E.V. (1890), «Andrew Carnegie on "Best Fields for Philanthropy"», *Locomotive Firemen's Magazine*, 14 (2), págs. 104-106.

Décret de la Convention nationale du 8e jour de pluviôse, an 2ème de la République française... [27 janvier 1794] relatif à l'établissement de bibliothèques publiques dans les districts. (s.f.).

Delia, D. (1992), «From Romance to Rhetoric: The Alexandrian Library in Classical and Islamic Traditions», *The American Historical Review*, 97 (5), págs. 1449-1467. <https://surl.li/mknynl>.

Detambel, R. (2019), *Los libros nos cuidan: Por una biblioterapia creativa*, NED Ediciones.

Deutschlandfunk Kultur (s.f.), «Geschichte und Architektur von Bibliotheken». Consultado el 21 de junio de 2023, en <https://surl.li/rbdbjt>.

DIAMAS (s.f.). Consultado el 13 de abril de 2024, en <https://diamasproject.eu/>.

Diamond Open Access: Global Paradigm Shift in Scholarly Publishing | Unesco (2024, 21 de febrero). <https://surl.li/yczfcn>.

Díaz, J. (2018ª), *Islandborn*, Dial Books.

— (2018b), *Lola*, Dial Books.

Dickerson, A., y G.K. Popli (2016), «Persistent poverty and children's cognitive development: Evidence from the UK Millennium Cohort Study», *Journal of the Royal Statistical Society. Series A (Statistics in Society)*, 179 (2), págs. 535-558.

Diógenes Laercio (2007), *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, Alianza Editorial. <https://surl.li/xydcmp>.

Directorate-General for Research and Innovation (European Commission) (2021), *Towards a reform of the research assessment system:*

Scoping report, Publications Office of the European Union. <https://surl.li/eybpug>.

DIX, T.K., y G.W. HOUSTON (2006), «Public libraries in the city of Rome: From the Augustan age to the time of Diocletian», *Mélanges de l'école Française de Rome*, 118 (2), págs. 671-717. <https://surl.li/ujwwld>.

DUFRESNE, H. (1900-1971), «A. du texte» (1962), *Le bibliothécaire Hubert Pascal Ameilhon (1730-1811): Érudition et esprit public au xviiie siècle / Hélène Dufresne*. <https://surl.li/peohzp>.

DUKE, N.K. (2017), *3 Literacy Practices That Work*, Edutopia. <https://surl.li/imqlyu>.

DURACLUSIUS, J. (1515), *Trithemius Duraclusius English | Voynich Sources*. <https://surl.li/akzdvl>.

ECHO LIBRARIANS (s.f.), *ECHO and the radical history of libraries*, Verso. Consultado el 29 de enero de 2024, en <https://surl.li/mmakgy>.

ECKHART, J.G. VON (1723), *Corpus historicum Medii Aevi, sive scriptores res in orbe universo, praecipue in Germania, a temporibus maxime Caroli M. imperatoris usque ad finem seculi post C. N. XV, gestas...* apud Jo. Paullum Krauss. <https://surl.li/rlipjo>.

ECOS (2024, 22 de marzo), «¿Y ahora qué? Es la pregunta que se hace todo interno, cuando piensa en la semilibertad», *Ecos de Soto*. <https://surl.li/iinhiy>.

EDWARDS, E., y T. GREENWOOD (1901), *Memoirs of libraries, of museums; and of archives*, Brannon & Fradd County Press. <https://surl.li/svewqt>.

Egypt: Another huge welcome as president nixon visits Alexandria (Reuters Archive Licensing) (1974), <https://reuters.screenocean.com/record/440629>.

El Govern aprova el nou Pla nacional del llibre i la lectura per fomentar l'hàbit lector i la lectura en català (s.f.), Govern.cat Consultado el 19 de julio de 2023, en <https://surl.li/vobmqh>.

El Paraíso: El pueblo donde Borges fue bibliotecario en un castillo (2023, 23 de junio). www.infocielo.com. <https://surl.li/iqkopr>.

EL-ABBADI, M. (1992), *The Life and fate of the ancient Library of Alexandria*, Unesco Biblioteca Digital. <https://surl.li/ogmaln>.

— (1994), *La Antigua Biblioteca de Alejandría: Vida y destino*, Unesco Biblioteca Digital. <https://surl.li/nfeivi>.

ELLIOTT, R. (1861), «On working men's reading rooms, as established in 1848 at Carlisle», *Transactions of the National Association for the Promotion of Social Science*, págs. 676-679.

ESCOLAR SOBRINO, H. (2001), *La Biblioteca de Alejandría*, Editorial Gredos.

Estadísticas de Cultura. CULTURABase (s.f.). Consultado el 14 de febrero de 2024, en <https://surl.li/ozbxro>.

Estudio de la relación entre la estratificación socioeconómica, el bienestar de los hogares bogotanos y el ordenamiento del territorio (s.f.).

Et si la Finlande avait inventé la bibliothèque du futur? (2018, 4 de diciembre), en *France Culture*. <https://surl.li/elsjkw>.

EUROPE, S. (s.f.), *Diamond Open Access*, Science Europe. Consultado el 13 de abril de 2024, en <https://surl.li/zbzqrj>.

EVANS, M.D.R., J. KELLEY, J. SIKORA y D.J. TREIMAN (2010), «Family scholarly culture and educational success: Books and schooling in 27 nations», *Research in Social Stratification and Mobility*, 28 (2), págs. 171-197. <https://surl.li/lvwchp>.

FERNÁNDEZ, L. (2023, 11 de julio), «Anna Pagès, filósofa: "Que vuelva el folio en blanco. Los estudiantes necesitan exponerse al vacío"», *El País*. <https://surl.li/mwuufo>.

FERRAN, N., M. FERNÁNDEZ-ARDÈVOL, J. NIETO ARROYO y C. FENOLL CLARABUCH (2018), «Marc, Maria y David: El diseño de experiencia de usuario (UX) aplicado a la biblioteca pública», *Textos universitaris de biblioteconomia i documentació*, 40, 9. <https://surl.li/fpmcpr>.

FERRAN-FERRER, N., M. FERNÁNDEZ-ARDÈVOL, J. NIETO y C. FENOLL (2016), *Estudi de persones no-usuàries de biblioteca pública*, pág. 22. Generalitat de Catalunya. Departament de Cultura. <https://surl.li/wkhwcy>.

FLAMENT, V. (2006), «Inventer la bibliothèque du futur» *Bulletin des bibliothèques de France (BBF)*, 1, págs. 111-113.

FLORES MAIO, F. (s.f.), *La biblioteca de Borges*, Paripé Books. Consultado el 3 de julio de 2023, en <https://surl.li/xeqkbb>.

FREIRE, J., y D. ABAD (2020), *Laboratorios de innovación ciudadana: Emergencia, modelo, formatos*.

FREIRE, P. (1984ª), «Alfabetización de adultos y bibliotecas populares: Una introducción», en *La importancia de leer y el proceso de liberación*, Siglo XXI Editores, págs. 108-124.

— (1984b), *La importancia de leer y el proceso de liberación*, Siglo XXI Editores.

FURENES, M.I., N. KUCIRKOVA y A. BUS (2021), «A Comparison of Children's Reading on Paper Versus Screen: A Meta-Analysis», *Review of Educational Research*, 91, 3. <https://surl.li/egkmew>.

GAGARIN, Y. (2011, 12 de abril), «Yuri Gagarin's First Speech About His Flight Into Space», *The Atlantic*. <https://surl.li/necyvc>.

GARCÍA SÁEZ, C. (2018), *Cómo hacer un espacio maker*, La Aventura de Aprender, Educalab. <https://surl.li/ojscto>.

GARNER, J. (2017), «Experiencing the Use of Australian Prison Libraries: A Phenomenological Study», *Journal of the Australian*

Library and Information Association, 66 (2), págs. 170-171. <https://surl.li/sldomu>.

— (2020), «"Almost like Freedom": Prison Libraries and Reading as Facilitators of Escape», *The Library Quarterly*, 90 (1), págs. 5-19. <https://surl.li/ylymrz>.

GARNER, J., y L. KROLAK (2023), *IFLA Guidelines for Library Services to Prisoners*, pág. 42, IFLA. <https://surl.li/kpyrup>.

GENERALITAT DE CATALUNYA (2023), *Pla Nacional del Llibre i la Lectura de Catalunya*. <https://surl.li/ccorbf>.

GIACCHINO DE RIBET, M.I., y L. SAI (2011), «Spaces for becoming: Prison education in Argentina», *Lifelong learning in Europe,* 4, págs. 239-242.

GLOBAL SUMMIT ON – DIAMOND OPEN ACCESS (s.f.), consultado el 13 de abril de 2024, en <https://surl.li/rfkmqd>.

GOLDIN, D. (2021), *La música de las bibliotecas. Política y poética de un espacio público, hoy*, Biblioteca Nacional del Perú.

GOLDSTEIN, J. (2023), *Humanity in Action – Reflections by Judy Goldstein: On Reading*, Humanity in Action. <https://surl.li/vopkke>.

GRÉGOIRE, H. (1794), *Rapport sur la bibliographie, par Grégoire; séance du 22 germinal, l'an 2e. De la République, une et indivisible, suivi du décret de la Convention nationale, imprimés et envoyés, par ordre de la Convention nationale, aux administrations et aux sociétés populaires*. <https://surl.li/mvdfut>.

GREGORIAN, V. (2019, 30 de septiembre), «Remembering Andrew Carnegie's Legacy», *American Libraries Magazine*. <https://surl.li/gvirwa>.

— (s.f.), «Can Libraries Save America?», Carnegie Corporation of New York. Consultado el 19 de diciembre de 2023, en

<https://surl.li/tluzqj>.

GROUP 4 ARCHITECTURE (2020, 26 de mayo), *Future of Library Spaces*, Group 4. <https://surl.li/uykdwt>.

GUARDIAN (1850) (s.f.), *Vol. 30: The Guardian*. [H. Harbaugh]. Consultado el 1 de febrero de 2024, en <https://surl.li/kymbat>.

GULIK, E.V. (2018), *Erasmus and His Books* (J.K. McConica y J. Trapman, editores; J.C. Grayson, traductor), University of Toronto Press.

GUYER, J. (2017, 28 de febrero), «Mostafa el-Abbadi, 88, Champion of Alexandria's Resurrected Library, Dies», *The New York Times*. <https://surl.li/yjkbqe>.

HALL, R.G. (2021ª), «A Bookshop of Their Own: Reading and Print in Chartism, 1838-1850», *The English Historical Review*, 136 (581), págs. 894-917. <https://surl.li/jpnxcp>.

— (2021b), «A Bookshop of Their Own: Reading and Print in Chartism, 1838-1850», *The English Historical Review*, 136 (581), págs. 894-917. <https://surl.li/fbhmwy>.

HANDIS, M.W. (2013), «Myth and history: Galen and the Alexandrian library», en *Ancient Libraries*, Cambridge University Press, págs. 364-376.

HARRIS, W.V. (1989), *Ancient Literacy*, Harvard University Press.

HART, B., y T. RISLEY (1995), «The Early Catastrophe. The 30 Million Word Gap», *The American Educator*, 27 (1), págs. 4-9.

HEMMETER, J.A. (2006), «Household use of public libraries and large bookstores», *Library & Information Science Research*, 28 (4), págs. 595-616. <https://surl.li/yorezy>.

Henry Solly: The origin and nature of Working Men's Clubs and Institutes - infed. org (s.f.). Consultado el 29 de enero de 2024, en <https://surl.li/pspgkz>.

HENTIG, H.VON (1972), *Cuernavaca oder: Alternativen zur Schule?,* Klett / Kösel.

HERBERS, J. (1974, 13 de junio), «Cheering Cairo Throngs Greet Nixon». *The New York Times*. <https://surl.li/dsfbsd>.

HERODAS (1981), *Mimiambos. Fragmentos mímicos* (Biblioteca Clásica Gredos 44), Editorial Gredos.

HIRSH, K. (2020), *The Maker Movement and Learning in School Libraries*, OSF. <https://surl.li/efuqdy>.

HOBSON, J. (1843), *The Poor Man's Companion: A Political Almanack for 1843, Shewing the Amount and Application of the Taxes Raised from the Industry of the Producing Classes... Compiled from Parliamentary and Other Documents*, J. Hobson.

HÖFER, C., y U. ECO (2019), *Bibliotheken: Mit einem Essay von Umberto Eco* (5.ª ed.), Schirmer Mosel.

HOFFMANN, S. (2021, 1 de marzo), «Die schönsten Bibliotheken weltweit», *Geo.de*. <https://surl.li/yqkwov>.

HOLLAND, B. (s.f.), *21st-Century Libraries: The Learning Commons*, Edutopia. Consultado el 27 de agosto de 2023, en <https://surl.li/dkdcja>.

Home: SSRN (s.f.). Consultado el 13 de abril de 2024, en <https://www.ssrn.com/index. cfm/en/>.

HORACIO (2008), *Sátiras. Epístolas. Arte poética* (J.L. Moralejo, traductor; Biblioteca Clásica Gredos 373), Editorial Gredos.

HÔTEL DE BRIENNE (2023), en *Wikipédia*. <https://surl.li/txazcr>.

HUBERT-PASCAL AMEILHON (2023), en *Wikipédia*. <https://surl.li/puallw>.

Human info NGO. <http://humaninfo.org/home.html>.

Humanity Development Library. <https://n9.cl/nbi4y>.

HUMANITY IN ACTION (2013), *Human Library with Refugees and Immigrants*, Humanity in Action. <https://surl.li/rgodqe>.

Hussain, S.T., S.H. Batool, A. ur Rehman, S.K. Zahra y K. Mahmood (2023), «Examining the status of prison libraries around the world: A literature review», *IFLA Journal*, 49 (1), págs. 180-200. <https://surl.li/kplbcs>.

IFLA Environment Sustainability and Libraries Section Standing, I.C.S.S. (2021), *Action Plan 2021-2023 Cataloguing Section*, International Federation of Library Associations and Institutions. <https://surl.li/yvkzto>.

IFLA Environment Sustainability and Libraries Section Standing (2022), *Action Plan 2021-2023: Environment, Sustainability and Libraries Section*, International Federation of Library Associations and Institutions (IFLA). <https://surl.li/biidlg>.

IFLA Library Services to Multicultural Populations Section Standing (2022), *Action Plan 2021-2023: Library Services to Multicultural Populations Section*, International Federation of Library Associations and Institutions (IFLA). <https://surl.li/gieclh>.

IFLA y Unesco (1998), *School Library Manifesto*, pág. 7. <https://surl.li/frtkwk>.

IFLA y Unesco (2021), *IFLA School Library Manifesto*, pág. 4. <https://surl.li/gkwlfr>.

Illich, i. (2006ª), «La alternativa a la escolarización», en *Obras reunidas I*, págs. 125-146, Fondo de Cultura Económica.

— (2006b), «La convivencialidad», en *Obras reunidas I*, págs. 369-532, Fondo de Cultura Económica.

— (2006c), *Obras reunidas 1*, Fondo de Cultura Económica.

International Federation of Library Associations and Institutions (2018), *Global Vision Report Summary: Top 10 Highlights and Opportunities*, International Federation of Library Associations and Institutions (IFLA), <https://surl.li/lkpnbh>.

Internet Archive <https://archive.org/>.

Islamic Period and Modern Egypt Monuments The New Library of Alexandria (s.f.), Rosicrucian Egyptian Museum. Consultado el 6 de enero de 2024, en <https://surl.li/takicw>.

ISÓCRATES (s.f.), *Panegírico*, autoeditado. <https://surl.li/kppylq>.

JACOBS, K. (2001), «Utopia Redux», en *Crypto anarchy, cyberstates, and pirate utopias,* 1-1, págs. 349-352, The MIT Press.

JALBOUT, M. (2020), *Finding solutions to Greece's refugee education crisis*, pág. 42, A Theirworld Report. <https://surl.li/sxlfyl>.

JENKINS, H., R. PURUSHOTMA, M. WEIGEL, K. CLINTON y A.J. ROBISON (2009ª), *Confronting the Challenges of Participatory Culture: Media Education for the 21st Century*, The MIT Press. <https://surl.li/ddizjb>.

JOHNSON, E.A. (ed.) (2017), *Librarian as Mentor*, Mission Bell Media. <https://surl.li/wzzzin>.

JOHNSON, W.A., y H.N. PARKER (eds.) (2011), *Ancient Literacies: The Culture of Reading in Greece and Rome*, Oxford University Press.

JOYCE RUBIN, R. (1978ª), *Bibliotherapy Sourcebook*, Oryx Press. <https://surl.li/kasuqc>.

— (1978b), *Using Bibliotherapy: A Guide to Theory and Practice*, Oryx Press. <https://surl.li/aepmya>.

KEITH DIX, T. (1994), «"Public Libraries" in Ancient Rome: Ideology and Reality», *Libraries & Culture*, 29 (3), págs. 282-296.

KELLY, T. (1966), *Early public libraries: A history of public libraries in Great Britain before 1850*, The Library Association. <https://surl.li/nuzhhw>.

Kick-off: Teens and the Future of Libraries (s.f.), *Educator Innovator*. Consultado el 2 de octubre de 2023, en <https://surl.li/bjryut>.

KLEIN, C. (2019, 29 de julio), «Andrew Carnegie Claimed to Support Unions, But Then Destroyed Them in His Steel Empire», *History.* <https://surl.li/cbgydm>.

KLINENBERG, E. (2021), *Palacios del pueblo. Políticas para una sociedad más igualitaria* (trad. esp. de P. Zumalacárregui), Capitán Swing.

KÖNIG, J., K. OIKONOMOPOULOU y G. WOOLF (eds.) (2016), *Ancient Libraries*, Cambridge University Press.

KROLAK, L. (2019), *Books beyond bars: The transformative potential of prison libraries*, pág. 50. Instituto de la Unesco para el Aprendizaje a lo largo de toda la vida. <https://surl.li/rknolp>.

LACKINGTON, J. (1792), *Memoirs of the First Forty-five Years of the Life of James Lackington*, autoeditado. <https://surl.li/sxlfyl>.

— (1794),*Memoirs of the first forty-five years of James Lackington,* Garland Pub. <https://surl.li/rmprkj>.

LAFUENTE, A. (2022), *Itinerarios comunes. Laboratorios ciudadanos y cultura experimental*, NED Ediciones.

LAIRE (1899), «Mémoire sur l'usage qu'on peut faire des livres nationaux», *Le bibliographie moderne. Courrier international des archives et des bibliothèques*, III, pág. 114.

LAKANAL, J. (1794), *Rapport de Lakanal, au nom du comité d'Instruction publique, sur l'organisation des écoles primaires, lors de la séance du 26 brumaire an III (16 novembre 1794)* (Tome CI-Du 19 au 30 brumaire an III (9 au 20 novembre 1794)), Archives Parlementaires de 1787 à 1860 – Première série (1787-1799). <https://surl.li/invblj>.

LANG, U. (2017), *Being a mentor*, 1-17. <https://surl.li/aarhes>.

LANKES, R.D. (2015), *Expect More: Demanding Better Libraries for Today's Complex World*, CreateSpace Independent Publishing.

— (2021), *Ampliemos expectativas. Exijamos mejores bibliotecas para lidiar con la complejidad del mundo actual*, Biblioteca Nacional del Perú.

LEHMANN, P. (1958), *Merkwürdigkeiten des Abtes Johannes Trithemius*, Bayerische Akademie der Wissenschaft.

<https://surl.li/xgnhqr>.

LENHART, J., T. RICHTER, M. APPEL y R.A. MAR (2023), «Adolescent leisure reading and its longitudinal association with prosocial behavior and social adjustment», *Scientific Reports*, 13 (1), Article 1. <https://surl.li/amfxer>.

LESSIG, L. (2007), *Laws that choke creativity*, TED Talk. <https://surl.li/yigzrj>.

Lettere di Antonio Magliabechi a Leopoldo de' Medici (2012).

LEWIS-DAGNELL, S., S. PARSONS y H. KOVSHOFF (2023), «Creative methods developed to facilitate the voices of children and young people with complex needs about their education: A systematic review and conceptual analysis of voice», *Educational Research Review*, 39, 100529. <https://lc.cx/3fTImL>.

Libraries & Culture on JSTOR (s.f.). Consultado el 27 de junio de 2023, en <https://lc.cx/6Ddsbx>.

Libraries & the Cultural Record on JSTOR (s.f.). Consultado el 27 de junio de 2023, en <https://lc.cx/uzYGVV>.

Library Services to People with Special Needs Section – IFLA. (s.f.). Consultado el 25 de abril de 2024, en <https://lc.cx/Z6h5Vn>.

LIST, J.A., J. PERNAUDET, y D.L. SUSKIND (2021), «Shifting parental beliefs about child development to foster parental investments and improve school readiness outcomes», *Nature Communications*, 12 (1), Article 1. <https://lc.cx/FyBWjF>.

Living Reviews in Solar Physics (s.f.). Consultado el 13 de abril de 2024, en <https://lc.cx/WblcJ_>.

LLORENTE, A. (2021), «¿Por qué los libros huelen tan bien? La respuesta de la ciencia», *BBC News Mundo*. <https://lc.cx/N-aHYp>.

LLUCH, G., G. OYARZÚN y M. GARCÍA (2023), *El futuro es hoy: Hacia la renovación de las bibliotecas, las prácticas y los espacios de*

lectura, pág. 126. CERLALC. <https://cerlalc.org/publicaciones/el-futuro-es-hoy-hacia-la-renovacion-de-las-bibliotecas-las-practicas-y-los-espacios-de-lectura/>.

LOBO, T.M.C. (2021, 5 de mayo), «Regulamentada a remição de pena por estudo e leitura na prisão», *Portal CNJ*. <https://lc.cx/kR-CQm>.

LONG, P.D. (s.f.), *Chapter 9. Trends in Learning Space Design*, EDUCAUSE. Consultado el 12 de marzo de 2024, en <https://lc.cx/5IVY7S>.

LOVETT, W. (1920), *Life and Struggles of William Lovett in His Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom, with Some Short Account of the Different Associations He Belonged to and of the Opinions He Entertained*, A.A. Knopf. <https://lc.cx/AFeM4F>.

LOVETT, W., y J. COLLINS (1969), *Chartism: A New Organization of the People*, Leicester University Press. <https://lc.cx/1frovA>.

LOZANO, G. (2021, 17 de febrero), «La biblioteca de Borges: Los libros en los que el autor de 'El aleph' encontró la felicidad», *Yorokobu*. <https://lc.cx/55HVFU>.

LUCENA RODRÍGUEZ, C., M. GARCÍA JIMÉNEZ, B. MASSÓ-GUIJARRO y C. CRUZ-GONZÁLEZ (2021), «Digital Storytelling in Education: A Systematic Review of the Literature», *Review of European Studies*, 13 (2), págs. 13-25. <https://lc.cx/XE1M-6>.

LUDLOW, P. (ed.) (2001), *Crypto Anarchy, Cyberstates, and Pirate Utopias*, MIT Press.

MACERONI, F. (1838), *Memoirs of the life and adventures of Colonel Maceroni*, J. Macrone. <https://lc.cx/K2jvkI>.

Makerspaces en bibliotecas públicas: Las bibliotecas públicas como lugares de producción de conocimiento y comunidad (2017, 23 de marzo), Medialab-Matadero Madrid. <https://lc.cx/BEZgL2>.

MALCOLM X (1964), *The Autobiography of Malcolm X. As Told to Alex Haley*, Ballantine Books Trade Paperback.

MANBY SMITH, C. (1857), *The Little World of London*, Arthur Hall, Virtue and Co. <https://lc.cx/Crb_9n>.

MANNELLI GOGGIOLI, M. (2017), «Magliabechi, il bibliotecario», en *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi*, Edizioni della Normale, págs. 61-90.

MANSILLA, V.B. (2013), *Mastering Global Literacy*, Solution Tree Press. <https://lc.cx/eJuZUA>.

MARMI, A.F. (2017), *Vita di Antonio Magliabechi*, Edizioni della Normale. <https://edizioni.sns.it/prodotto/vita-di-antonio-magliabechi/>.

MARQUINA, J. (2013), *Informe Apei sobre Bibliotecas ante el siglo xxi: nuevos medios y caminos*, Asociación de Profesionales de la Información, pág. 170. <https://lc.cx/2meNzA>.

MARTIN, C. (2016, 23 de septiembre), «Libraries as Hubs for 21st-Century Learning», *Education Week*. <https://lc.cx/ucyExc>.

MARTIN, H.-J. (1999), *Historia y poderes de lo escrito,* Trea.

MARTÍNEZ, V.M., y M.F. SENSENEY (2013), «The professional and his books: Special libraries in the ancient world», en G. Woolf, J. König y K. Oikonomopoulou (eds.), *Ancient Libraries,* Cambridge University Press, págs. 401-417. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511998386. 025>.

MAZUET, A. (2017), «The French Revolution and the Dismantlement of the Old Regime's Private Libraries», *Pacific Coast Philology,* 52 (2), págs. 255-273. <https://lc.cx/gA1ES7>.

MCDONALD, M.P. (2005), *Ferdinand Columbus: Renaissance Collector,* British Museum Press.

MCNEELY, I.F., y L. WOLVERTON (2009), *Reinventing Knowledge: From Alexandria to the Internet* (edición ilustrada), W.W. Norton &

Company.

Mélanges sur la bibliographie et l'organisation de la Bibliothèque nationale sous la Révolution (s.f.). Consultado el 27 de noviembre de 2023, en <https://lc.cx/XoBY57>.

MELLBY, J.L. (2007, 18 de diciembre), *The Temple of the Muses*, Graphic Arts. <https://lc.cx/VKZtbg>.

Memoires de Condorcet sur la Révolution Française (1824), Ponthieu, Libraire. <http://archive.org/details/bub_gb_fAaDN9zqor8C>.

MENESES TELLO, F. (2013, 18 de abril), *El paradigma público de la biblioteca pública IV*, InfoHome. <https://lc.cx/hhBRPA>.

Mentoring Refugees – A Handbook for Volunteers | European Website on Integration (2019), EURITA, International Rescue Committee. <https://lc.cx/GH9M2F>.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL Y DEPORTES (2023, 13 de junio), *El Ministerio de Educación, la OCDE y la Comisión Europea presentan 44 propuestas para un Plan de Acción contra el abandono escolar temprano*. <https://lc.cx/WYmHs5>.

MIRES, A. (2021), *El libro entre los hijos de Atahualpa. La experiencia de la red de bibliotecas rurales de Cajamarca*, Biblioteca Nacional del Perú.

MIRTO, A. (2005), *Il carteggio degli Huguetan con Antonio Magliabechi e la corte medicea. Ascesa e declino di un'impresa editoriale nell'Europa seisettecentesca*.

— (2022), *Il bibliotecario e lo scienziato. Carteggio tra Antonio Magliabechi e Geminiano Montanari*, QuiEdit.

MISHRA, S., M. CHAUDHURI, A.K. DEY, R. TIWARI y R. SINGH (2022), «Prison libraries serving the 'whole person': A qualitative study», *Journal of Librarianship and Information Science*, 54 (2), págs. 284-293. <https://lc.cx/2DGLDF>.

Mitra, S. (2019), *The School in the Cloud: The Emerging Future of Learning*, Corwin Teaching Essentials.

— (2021), *The Hole In The Wall: Beginnings of a new education*, autoeditado.

Mitra, S., y N. Negroponte (s.f.), *Beyond the hole in the wall: Discover the power of self-organized learning*, autoeditado.

Mizruchi, S.L. (ed.) (2020), *Libraries and Archives in the Digital Age* (1.ª ed., 2020), Palgrave Macmillan.

Moss, S. (2017, 15 de junio), «Half of Britain's prisoners are functionally illiterate. Can fellow inmates change that?», *The Guardian*. <https://lc.cx/1rnho6>.

Mount, E., y R. Massoud (1999), *Special Libraries & Information Centers: An Introductory Text*, Special Libraries Association.

Mushtaq, A., y A. Arshad (2022), «Public library use, demographic differences in library use and users' perceptions of library resources, services and place», *Library Management*, 43 (8-9), págs. 563-576. <https://lc.cx/iLA-F7>.

Naciones Unidas (s.f.), *Refugiados.* Consultado el 22 de marzo de 2024, en <https://lc.cx/gScJqF>.

Nagle, S.B. (2021), «Maker Services in Academic Libraries: A Review of Case Studies», *New Review of Academic Librarianship*, 27 (2), págs. 184-200. <https://lc.cx/KCVpuj>.

National Information Standards Organization ResourceSync Standing Committee (s.f.), *ANSI/NISO Z39. 99-2017, ResourceSync Framework Specification*, NISO. <https://lc.cx/4eW5QX>.

Nicholls, M.C. (2011), «Galen and Libraries in the Peri Alupias», *The Journal of Roman Studies*, 101, págs. 123-142. <https://lc.cx/JA6V8a>.

Noe, M. (2024), «Thinking about Socioeconomic Background in Librarianship», *Journal of Library Administration*, 64 (2), págs.

252-259. <https://lc.cx/Pndm5f>.

NOMI, F. (2009), *Il catorcio di Anghiari,* Editrice Aretina. <https://lc.cx/j-_cKr>.

Northern Star (1837-1852): jS F Y, 1st edition | Nineteenth-Century Serials Edition (s.f.). Consultado el 30 de enero de 2024, en <https://lc.cx/dZuXH0>.

Nota técnica n.º 72/2021/coece/cgcap/dirpp/depen/mj – feccompar. (s.f.). Consultado el 29 de abril de 2024, en <https://lc.cx/ZCaV3V>.

NUTTON, V. (2009), «Galen's library», en C. Gill, J. Wilkins y T. Whitmarsh (eds.), *Galen and the World of Knowledge*, pág. 19-34, Cambridge University Press. <https://lc.cx/470Dp9>.

Open Edition. <https://www.openedition.org/>.

OPESANWO, O., y O. AWOFESO (2024), «The Pivotal Role of Prison Libraries as an Information Resource for Prisoner Rehabilitation: An Integrative Review of the Literature», *The International Journal of Information, Diversity, & Inclusion (IJIDI)*, 64-85. <https://lc.cx/Q-5rgA>.

Opinion de M. de Talleyrand, sur la question des biens ecclésiastiques | ARCPA (1789). <https://lc.cx/KnfJd4>.

Orientãçao técnica dmf/cnj n. º 1 de 04 de julio de 2022 sobre remição de pena pelas prácticas sociales educativas (2022). <https://lc.cx/tuQkiv>.

ORSENNA, E. (2018), *Voyage au pays des bibliothèques. Lire aujourd'hui, lire demain*, pág. 72, Ministère de la Culture. <https://lc.cx/G-B3Mz>.

OVIDIO (1974), *Las tristes* (trad. esp. de J. Quiñones Melgoza), Universidad Nacional Autónoma de México.

OYARZÚN, G. (2021), *La biblioteca imaginada. Jardín para sembrar comunidades*, Biblioteca Nacional del Perú.

PALFREY, J. (2015), *Hacking Libraries*, PublishersWeekly.Com. <https://lc.cx/xkNqDd>.

PALLIER, D. (2006), *Les bibliothèques* (11.ª ed.), Presses Universitaires de France – PUF.

PARK, H. (2008), «Home literacy environments and children's reading performance: A comparative study of 25 countries», *Educational Research and Evaluation*, 14 (6), págs. 489-505. <https://lc.cx/YzOGdy>.

PASCALE, P., y J. RESINA (2020), «Prototipando las instituciones del futuro: El caso de los laboratorios de ciencia ciudadana (Labic)», *Iberoamerican Journal of Development Studies*, 9 (1), págs. 6-27.

PASCUAL, E. (2023), *El gabinete mágico: Libro de las bibliotecas imaginarias*, Siruela.

PATTE, G. (2000), *Déjenlos leer. Los niños y las bibliotecas*, Fondo de Cultura Económica.

PEARSE, R. (2011, 30 de mayo), Books, libraries, codices and punctuation in Rome in Galen's «Peri Alupias», *Roger Pearse*. <https://lc.cx/KkT8_A>.

PEMMER SæTRE, T., y G. WILLARS (2002), *Directrices de la IFLA/Unesco para la biblioteca escolar*, pág. 26. <https://lc.cx/8_h-_J>.

PERRY BARLOW, J. (2001), «A declaration of the independence of cyberspace», en *Crypto Anarchy, Cyberstates, and Pirate Utopias*, págs. 27-30. MIT Press.

PETERSON, H.A. (2010), «The Genesis of Monastic Libraries», *Libraries & the Cultural Record*, 45 (3), págs. 320-332.

PIERCE, D. (2021), «New Library Design: Spaces That Connect, Cultivate, and Transform Communities», *Library Journal*. <https://lc.cx/ynHf3R>.

PLATNER, S.B. (2015), *A Topographical Dictionary of Ancient Rome* (T. Ashby, ed.), Cambridge University Press. <https://lc.cx/jX20bk>.

Ponce de León, R. (2024, 29 de marzo), «Yanis Varoufakis: "Ahora productores y consumidores son siervos del dueño de una plataforma digital que se dedica a acumular renta"», *elDiario.es*. <https://lc.cx/RcqFyW>.

Presidência da República, Casa Civil y Subchefia para Assuntos Jurídicos (1984), *Institui a Lei de Execução Penal*. <https://lc.cx/Ko8kc8>.

Prison studies project (s.f.). Consultado el 26 de abril de 2024, en <https://lc.cx/ae8tgw>.

Projects, Y. (2015, 19 de marzo), «Connected Learning, Librarians, and Connecting Youth Interest», *The Journal of Research on Libraries and Young Adults*. <https://lc.cx/-hN3eC>.

— (2016, 10 de junio), «Designing the Library of the Future for and with Teens: Librarians as the "Connector" in Connected Learning», *The Journal of Research on Libraries and Young Adults*. <https://shre.ink/b5GY>.

Project Gutenberg. <https://www.gutenberg.org/about/background/mission_statement.html>.

Public Libraries Act 1850 (2023), en *Wikipedia*. <https://lc.cx/F278TC>.

Public Libraries and Museums Bills (Hansard, 13 March 1850) (s.f.). Consultado el 5 de diciembre de 2023, en <https://acortar.link/7kxkfQ>.

Rabot, C. (2019), «Bibliothécaire, un "métier modeste" dans une institution marginalisée», en M. Quijoux (ed.), *Bourdieu et le travail*, págs. 211-227, Presses Universitaires de Rennes. <https://shre.ink/b5G6>.

Raiskila, E. (2018, 3 de diciembre), *Oodi, o la biblioteca como oda al futuro*, thisisFINLAND. <https://shre.ink/b5GN>.

RANGANATHAN, S.R. (1931), *The Five Laws of Library Science*, The Madras Library Association. <https://shre.ink/b5GR>.

RAVEN, J. (ed.) (2004), *Lost Libraries: The Destruction of Great Book Collections Since Antiquity*, Palgrave Macmillan.

Reading 101: self-paced learning modules | reading rockets (s.f.). Consultado el 19 de julio de 2023, en <https://shre.ink/b5Gi>.

Reasons not to visit libraries in Spain by age (s.f.), Statista. Consultado el 1 de marzo de 2024, en <https://shre.ink/b5Gv>.

REICHMANN, F. (1938), *The Book Trade at the Time of the Roman Empire*, 8 (1), págs. 40-76.

REIMER, E. (1981), *La escuela ha muerto. Alternativas en materia de educación*, Guadarrama.

Reis Frysklab zit erop. (s.f.), *Fers*. Consultado el 23 de abril de 2024, en <https://shre.ink/b5GK>.

RePEc: Research Papers in Economics (s.f.). Consultado el 13 de abril de 2024, en <http://repec.org/>.

REPTON, H. (1788), *Variety: A Collection of Essays: Written in the Year 1787*, T. Cadell. <https://shre.ink/b5Gu>.

REYES, Y. (2023), *Espacios para leer, crear y crecer. Orientaciones para la puesta en marcha de salas de lectura y expresión artística para la primera infancia*, pág. 54, CERLALC. <https://shre.ink/b5Gj>.

RIAZA, M. (2014), *Innovación en bibliotecas*, Editorial UOC.

RICHARD NIXON FOUNDATION (2014, 13 de junio), «Exchange With Reporters During a Train Trip From Cairo to Alexandria». <https://shre.ink/b5G7>.

RISLEY, T.R., y L. BLOOM (1995), *Meaningful Differences in the Everyday Experience of Young American Children*, Paul H. Brookes Publishing Co.

ROBIN, C. (2016), «La création des "bibliothèques publiques": Trois instructions pour fonder un champ d'intervention de l'État et réorganiser une profession (1789 – an II)», *In Situ. Revue des patrimoines*, 30, Article 30. <https://shre.ink/b5GA>.

ROBINET, J.F.E. (s.f.), *Condorcet, sa vie, son œuvre, 1743-1794*, Lib. Impr. Réunies. <https://shre.ink/b5Gt>.

ROCA-FERRER, X. (2021), *Talleyrand: El «diablo cojuelo» que dirigió dos revoluciones, engañó a veinte reyes y fundó Europa*, Arpa.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, J. (2000), *La locomotora digital. Lo que las revistas científicas pueden hacer por el futuro de la edición*. [Jamillan.com]. <https://shre.ink/b5Ge>.

— (2010), *Bibliofrenia*, Melusina.

ROMBY, G.C. (2017), «Da "teatro d'istrioni" a "teatro di spaienza". L'architettura della pubblica Libreria Magliabechiana tra decoro e ornamento», en *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi*, págs. 429-444, Edizioni della Normale.

ROMERO OLIVA, M.F., A. AMBRÓS PALLARÉS y F.-J. TRUJILLO SÁEZ (2020), *Hábitos lectores de los adolescentes en un ecosistema llamado escuela: Factores determinantes en estudiantes de educación secundaria*. <https://shre.ink/b5hi>.

ROSENBERG, M.B., y D. CHOPRA (2015), *Nonviolent Communication: A Language of Life: Life-Changing Tools for Healthy Relationships* (3.ª ed.), PuddleDancer Press.

ROTHSCHILD, C.K., y T.W. THOMPSON (2012), «Galen's On the Avoidance of Grief: The Question of a Library at Antium», *Classical Philology*, 107 (2), págs. 131-145.

RUBIN, R.J. (1978), *Using Bibliotherapy: A Guide to Theory and Practice*, Oryx Press.

RUIZ-EUGENIO, L., M. SOLER-GALLART, S. RACIONERO-PLAZA y M. PADRÓS (2023), «Dialogic literary gatherings: A systematic review of

evidence to overcome social and educational inequalities», *Educational Research Review*, 39, 100534. <https://shre.ink/b5hX>.

SALABERRIA LIZARAZU, R. (2003), «Bibliotecas en una sociedad desescolarizada: Iván Illich», *Educación y Biblioteca*, 134, págs. 51-55.

SANZ, I. (2023, 20 de junio), «El positivo efecto de tener padres lectores en los resultados académicos de sus hijos», *El Debate*. <https://shre.ink/b5hv>.

SAUCE, B., M. LIEBHERR, N. JUDD y T. KLINGBERG (2022), «The impact of digital media on children's intelligence while controlling for genetic differences in cognition and socioeconomic background», *Scientific Reports*, 12 (1), Artículo 1. <https://shre.ink/b5hh>.

SCHNAPP, J.T., y M. BATTLES (2014), *The Library Beyond the Book* (edición ilustrada), Harvard University Press.

SCHNEEGANS, W. (1882), *Abt Johannes Trithemius und Kloster Sponheim*, Reinhard Schmithals. <https://shre.ink/b5hj>.

SCHULTZ-JONES, B. (ed.) (2015), *IFLA School Library Guidelines*, pág. 69, IFLA. <https://shre.ink/b5hL>.

SCOTT, A.O. (2023, 21 de junio), «Everyone Likes Reading. Why Are We So Afraid of It?», *The New York Times*. <https://shre.ink/b5h5>.

SEQUEIROS, P. (2018), «"Holding the Dream": Women's Favorite Reading Matter in a Portuguese Prison», *Qualitative Sociology Review*, XIV (1), págs. 110-128. <https://shre.ink/b5hq>.

SHANNON, M.M., y W. BASS (2019), *Leading from the Library: Help Your School Community Thrive in the Digital Age*, International Society for Technology in Education.

SIDER, S. (1990), «Herculaneum's Library in 79 A.D.: The Villa of the Papyri», *Libraries & Culture*, 25 (4), págs. 534-542.

SIKORA, J., M.D.R. EVANS y J. KELLEY (2019), «Scholarly culture: How books in adolescence enhance adult literacy, numeracy and technology skills in 31 societies», *Social Science Research*, 77, págs. 1-15. <https://shre.ink/b5hS>.

Spain: Library attendance by education level (s.f.), Statista. Consultado el 1 de marzo de 2024, en <https://shre.ink/b5hx>.

SPOWAGE, K., y TOTH, H.G. (2022), «Reading and ideology: The case of the free public libraries movement», *Journal of Political Ideologies*, págs. 1-20. <https://shre.ink/b5he>.

SRNICEK, N. (2018), *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra.

STAMBERG, S. (2013, 1 de agosto), «How Andrew Carnegie Turned His Fortune Into A Library Legacy», *NPR*. <https://shre.ink/b5hM>.

STEIN, M.H. (1900), *Le bibliographe moderne: Courrier international des archives et des bibliothèques*. <https://shre.ink/b5hb>.

STELMAKH, V.D. (2001), «Reading in the Context of Censorship in the Soviet Union» *Libraries & Culture*, 36 (1), págs. 143-151. <https://shre.ink/b5hD>.

SUACHE, J. (s.f.), *Museo de la Ciudad Autoconstruida, Ciudad Bolívar*. Consultado el 11 de mayo de 2024, en <https://shre.ink/b5hI>.

SUAREZ OROZCO, C., y BOIX MANSILLA, V. (2022), *Cultivating stories about family migrations* <https://shre.ink/b5hT>.

SUBDEN, E. (2018, 15 de marzo), *Letters of frustration and hope from Syrian refugee children now in Europe*, UNICEF for Every Child. <https://shre.ink/b5h2>.

TALLEYRAND-PÉRIGORD,C.M. DE (2023), en *Wikipédia*. <https://surl.li/stvfgk>.

— (1791), *Rapport sur l'Instruction Publique, les 10, 11 et 19 Septembre 1791 fait au nom du Comité de Constitution à l'Assemblée Nationale*, L'Imprimerie Nationale. <https://shre.ink/b5hl>.

— (1835), *Pensées et maximes de M. de Talleyrand, précédées de ses premiers amours et suivies de l'opinion de Napoléon sur ce grand diplomate*. <https://shre.ink/b5h9>.
— (1891ª), *La confession de Talleyrand: 1754-1838*, L. Sauvaitre. <https://shre.ink/b5hn>.
— *Mémoires du prince de Talleyrand. I. 1754-1808 / publ. Avec une préf. Eet des notes, par le duc de Broglie...* Calman Lévy. <https://shre.ink/b5hU>.
The Question «What is a Chartist?» Answered (by the Finsbury Tract Society), J. Leach impresor y librero (1839).
The fruits of a fortune (1935, 24 de noviembre), *Evening Star*, 12.
The House of Commons (1849), *Report From The Select Committee On Public Libraries: Together With The Proceedings Of The Committee Minutes Of Evidence And Appendix: Ordered By The House Of Commons, To Be Printed 23 July 1849*, The House of Commons. <https://shre.ink/b5h1>.
The Human Library with Refugees and Immigrants (2014), Humanity in Action. <https://shre.ink/b5hm>.
The Journal of Library History (1974-1987) on JSTOR (s.f.). Consultado el 27 de junio de 2023, en <https://shre.ink/b5uY>.
The Library Beyond the Book (s.f.). Consultado el 15 de marzo de 2024, en <https://shre.ink/b5u6>.
The Library Innovation Lab at Harvard University (s.f.). Consultado el 15 de marzo de 2024, en <https://shre.ink/b5u0>.
The public library as seen by the non-users (2018), *Profesional de la Información*, 27 (3), págs. 659-670. <https://shre.ink/b5uw>.
The New Zealand Digital Library. <https://nzdl.org/cgi-bin/library.cgi>.
The Relationship Between Incarceration and Low Literacy (s.f.), Literacy Mid-South. Consultado el 26 de abril de 2024, en

<https://shre.ink/b5uN>.

THORNHILL, J. (2014, septiembre 19), «The story of Skibo, Andrew Carnegie's Scottish estate», *Financial Times*. <https://shre.ink/b5uR>.

THÓRSDÓTTIR, H.S., S. Þ. HJALTALÍN y H. SIGMUNDSSON (2023), «Letter-sound knowledge in Icelandic children at the age 6 years-old», *Acta Psychologica*, 237, 103953. <https://shre.ink/b5uF>.

THYLSTRUP, N.B. (2023, junio 25), «La memoria digital del mundo está en peligro» *The New York Times*. <https://shre.ink/b5uy>.

TIANA, A. (2021), *Las misiones pedagógicas: Educación popular en la Segunda República*, Catarata.

TRAVANCAS, I. (2014), «Juventud y lectura: Una investigación sobre adolescentes en Barcelona», *GRAFO working papers*, 3/5, 0047-0073. <https://shre.ink/b5uZ>.

TRITHEMIUS, J. (1601ª), *1 (1601) Johannis Trithemii Spanheimensis Primo, Deinde D. Iacobi Maioris Apvd Herbipolin Abbatis, viri suo æuo doctiss. Primae Partis Opera Historica, Quotquot hactenus reperiri potuerunt, omnia*, Marquard Freher. <https://shre.ink/b5uv>.

— (1601b), *2 (1601) Iohannis Trithemii Spanheimensis Primo, Deinde D. Iacobi Maioris Apvd Herbipolin Abbatis, viri suo æuo doctissimi Secvndæ Partis Chronica Insignia Dvo: I. Coenobii Hirsavgiensis, Diœcesis Spirensis: eius fundationem & progressum ab Anno Christi DCCCXXX. vsque ad Annum MCCCLXX. II. Coenobii Spanheimensis, Diœcesis Moguntinensis: eius fundationem & progressum ab Anno Christi MCXXIIII. vsque ad Annum MDXXVI. vel potius res ab octo illis sæculis in tota Ecclesia & Imperio memorabiliter gestas, complectens; Qvorvm Privs Collatione Archetypi Ipsivs Auctoris manuscripti correctius & plenius; posterius verò istud nunc primùm è tenebris erutum, ob insignem*

vtilitatem optimâ fide in lucem editur; Accedunt Epistolæ eiusdem Familiares, ab excessu eius de cœnobio Spanheimensi ad Principes clarosque viros scriptæ, historiis eius æui referctæ, Marquard Freher. <https://shre.ink/b5uK>.

— (1690ª), *Annales Hirsaugienses: Opus nunquam hactenus editum, & ab Eruditis semper desideratum: Complectens Historiam Franciae Et Germaniae, Gesta Imperatorum, Regum, Principium, Episcoporum, Abbatum, Et Illustrium Virorum. 1*, Schlegel. <https://goo.su/VoZo3>.

— (1690b), *Annales Hirsaugienses: Opus nunquam hactenus editum, & ab Eruditis semper desideratum: Complectens Historiam Franciae Et Germaniae, Gesta Imperatorum, Regum, Principium, Episcoporum, Abbatum, Et Illustrium Virorum. 2*, Schlegel. <https://shre.ink/b5uj>.

— (2015), *Elogio de los amanuenses*, Universidad Nacional Autónoma de México.

— (s.f.), *Chronicon Sponheimense*. Consultado el 25 de octubre de 2023, en <https://shre.ink/b5uC>.

TRITHEMIUS, J. y HUNIBALDUS (1966), *Opera historica*, Minerva.

TUCCI, P.L. «Galen and the Library at Antium», *Classical Philology*, 108 (3), págs. 240-251.

TUET, J.C.F. (1790), *Projet sur l'usage que l'on peut faire des livres nationaux*, N. de la Rochelle. <http://archive.org/details/b3035898x>.

— (1790), *Projet sur l'usage que l'on peut faire des livres nationaux, par M. Tuet...*, Chez Née de la Rochelle. <https://shre.ink/b5u3>.

UNESCO (2014), *Reading in the mobile era: A study of mobile reading in developing countries*, United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization. <https://shre.ink/b5uL>.

— (s.f.) (1970), *Recomendación sobre la Normalización Internacional de las Estadísticas relativas a las Bibliotecas*. Consultado el 14 de febrero de 2024, en <https://surl.li/ludzrk>.

UNESCO-IFLA (2022), *IFLA-Unesco Public Library Manifesto 2022*, pág. 4. <https://shre.ink/b5uA>.

UN-HABITAT (2001), *Shelter co-operatives in Eastern and Southern Africa: Contributions of the co-operative sector to shelter development*, UN-HABITAT, International Co-operative Alliance (ICA). <https://shre.ink/b5uo>.

URIARTE, G. (2023, 7 de julio), «¿Tertulias literarias dialógicas sin clásicos?», *PERIÓDICO EDUCACIÓN*. <https://shre.ink/b5ue>.

VALLESPÍN, I. (2024, 2 de marzo), «Mihael Kovač, experto en lectura y el efecto de las pantallas: "Quienes mejor usan los ordenadores son grandes lectores de libros"», *El País*. <https://shre.ink/b5uM>.

VARGO, G. (2016), «Questions from Workers Who Read: Education and Self-Formation in Chartist Print Culture and Elizabeth Gaskell's "Mary Barton"», *Victorian Literature and Culture*, 44 (1), págs. 133-161.

VARRY, D. (1989), «"Il faut que les lumières arrivent par torrent". La Révolution française et la création des bibliothèques publiques: Projets et réalités», *Bulletin Bibliotheques France*, 34 (2-3), págs. 2-6.

VIOLA, C. (2017), «Magliabechi "autore"», en *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi*, págs. 143-180, Edizioni della Normale.

VUGT, I.VAN (2022), «Networking in the Republic of Letters: Magliabechi and the Dutch Republic», *The Journal of Interdisciplinary History*, 53 (1), págs. 117-141. <https://shre.ink/b5ug>.

VV.AA. (2019), *The Book of Dreams*, European Commission, Directorate-General for Neighbourhood and Enlargement Negotiations. <https://shre.ink/b5ur>.

— (2020), *Sí hay casa pa tanta gente. Reflexiones colectivas desde y sobre el Museo de la ciudad autoconstruida. Ciudad Bolívar*, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. <https://shre.ink/b5ur>.

— (2022), *Pensar la biblioteca del siglo xxi. Estrategias, sabores y experiencias iberoamericanas*, pág. 62, Alcaldía de Medellín y Biblioteca Nacional de Colombia. <https://shre.ink/b5uI>.

— (s.f.), *Bibliotecas*, Godot. Consultado el 1 de octubre de 2023, en <https://shre.ink/b5u8>.

Waquet, F. (2017), «"Faticare a benefizio della letteraria Repubblica": Magliabechi et la communication du savoir», en *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi*, págs. 181-200, Edizioni della Normale.

Weduwen, A. der, y A. Pettegree (2021), *The Library: A Fragile History*, Profile Books.

Wegner, F., y K. Raabe (2020), *Warum Lesen: Mindestens 24 Gründe* (1.ª ed.), Suhrkamp Verlag.

West Virginia University (2024), *Hacking the Library: Highlighting the intersecting values that shape our libraries, reflecting on challenges and definitions of libraries past and as we move into the future*. <https://shre.ink/b5us>.

Wiegand, W.A. (1990), «The Literature of American Library History, 1987-1988», *Libraries & Culture*, 25 (4), págs. 543-574.

Willett, R. (2016), «Making, Makers, and Makerspaces: A Discourse Analysis of Professional Journal Articles and Blog Posts about Makerspaces in Public Libraries», *The Library Quarterly*, 86 (3), págs. 313-329. <https://shre.ink/b5ud>.

WILLINGHAM, T. (2017), *Library Makerspaces: The Complete Guide*, Rowman & Littlefield.

WILLINGHAM, T., y J. DE BOER (2015), *Makerspaces in Libraries*, Rowman & Littlefield.

WILSON-LEE, E. (2019), *The catalogue of shipwrecked books: Christopher Columbus, his son, and the quest to build the world's greatest library*, Scribner, an imprint of Simon & Schuster, Inc. <https://shre.ink/b5uT>.

WITTEN, I.H., D. BAINBRIDGE y S.J. BODDIE (2001), «Power to the people: End-user building of digital library collections», *Proceedings of the 1st ACM/IEEE-CS joint conference on Digital libraries*. <https://shre.ink/b5ul>.

WITTEN, I.H., D. BAINBRIDGE y D.M. NICHOLS (2009), *How to Build a Digital Library–2nd Edition | Elsevier Shop*, Elsevier. <https://shre.ink/b5uU>.

WITTEN, I.H., M. LOOTS, M.F. TRUJILLO y D. BAINBRIDGE (2001), «The promise of digital libraries in developing countries», *Communications of The ACM*, 44 (5), págs. 82-85. <https://shre.ink/b5uQ>.

WITTEN, I.H., M. LOOTS, M.F. TRUJILLO y D. BAINBRIDGE (2001), «The promise of digital libraries in developing countries», *Communications of The ACM*, 44(5), págs. 82-85. <https://doi.org/10.1145/374308.374357>.

WITTEN, I.H., y D. BAINBRIDGE (2007), *A Grief History of the Greenstone Digital Library Software*. <https://shre.ink/b5uc>.

WITTEN, I., M. LOOTS, M. TRUJILLO y D. BAINBRIDGE (2002), «The Promise of Digital Libraries in Developing Countries», *The Electronic Library*, 20 (1), págs. 7-13. <https://shre.ink/b5u1>.

YLIVUORI, S., y A. OJARANTA (2023), «Librarians' and teachers' conceptions of multiliteracies in the context of Finnish curriculum

reform», *Information Research an International Electronic Journal*, 28 (4), Article 4. <https://shre.ink/b5um>.

ZAFRA, L.F.G., e I. IGNACIO (2023, 15 de julio), «Preguntas sin respuesta sobre el efecto en los niños de leer en pantallas», *El País*. <https://shre.ink/b5K6>.

ZARMAKOUPI, M. (2010), *The Villa of the Papyri at Herculaneum. Archaeology, Reception, and Digital Reconstruction*, De Gruyter. <https://shre.ink/b5KJ>.

ZHAN, C. (2023), «Book matters: The effect of Cocci's Reading Express on student performance», *Economics of Education Review*, 94, 102395. <https://shre.ink/b5KO>.

Créditos de las ilustraciones (por orden de aparición)

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de los derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© Fady Milad George / Shutterstock.

© Galleria deglo Offizi, Ministero della Cultura.

© Penta Springs Limited / Alamy Stock Photo / Album.

© Alamy / Album.

Colección particular de © Andrew Carnegie Collections / Carnegie Mellon University.

Archivo personal del autor.

Notas

Introducción a una teoría del paraíso

1. Botkin, J.W., Elmandjra, M., y Malitza, M. (1979), *No Limits to Learning. Bridging the Human Gap,* Club of Rome.

2. Illich, I. (1978), *La convivencialidad,* págs. 369-532, en *Obras reunidas I.* Fondo de Cultura Económica. Puede encontrarse una versión libre en la página web dedicada a Iván Illich en: <https://lc.cx/0OpYhA>. La última cita está en la pág. 4.

3. Klinenberg, E. (2021), *Palacios del pueblo. Políticas para una sociedad más igualitaria,* Capitán Swing.

Richard Nixon sitúa el paraíso del conocimiento en Alejandría

1. Herbers, J. (1974), «Cheering Cairo Throngs Greet Nixon», *The New York Times,* 13 de junio.

2. Tanner, H. (1974), «First Nixon stop is seen as Egypt», *The New York Times,* 4 de junio.

3. Reuters Archive (1974), «Egypt: another huge welcome as president Nixon visits Alexandria», 14 de junio.

4. Guyer, J. (2017), «Mostafa el-Abbadi, 88, Champion of Alexandria's Resurrected Library, Dies», *The New York Times,* 28 de febrero.

5. El-Abbadi, M. (1994), *La antigua biblioteca de Alejandría. Vida y destino,* Unesco Biblioteca Digital. <https://goo.su/uE5Padc>, pág. 26.

6. Butler, B. (2007), *Return to Alexandria: An Ethnography of Cultural Heritage Revivalism and Museum Memory,* Routledge, pág. 97.

7. Ibíd., pág. 98.

8. Ibíd., págs. 121-122.

9. Ibíd., pág. 121.

10. La «exedra» era una construcción descubierta semicircular rodeada de bancos adosados a las paredes para facilitar la conversación o el seguimiento de charlas, clases o conferencias.

11. Escolar, H. (2001), *La Biblioteca de Alejandría,* Editorial Gredos, pág. 135.

12. Isócrates, *Panegírico*. <https://n9.cl/q8vol>. La cita corresponde al epígrafe 50, pág. 16.

13. Calímaco (1980), *Himnos, epigramas y fragmentos,* Editorial Gredos, pág. 243. Fragmentos.

14. Herodas (1981), *Mimiambos. Fragmentos mímicos,* Editorial Gredos, , págs. 29-30.

15. Handis, M.W. (2013), «Myth and history: Galen and the Alexandrian library», en *Ancient Libraries,* Cambridge University Press, págs. 364-376 (cita en pág. 373).

16. Black, J. (2004), «Lost Libraries of Ancient Mesopotamia», en *Lost Libraries: The Destruction of Great Book Collections Since Antiquity,* Palgrave Macmillan UK, págs. 41-57 (cita en pág. 41).

17. Rothschild, C.K., y Thompson, T.W. (2012), «Galen's On the Avoidance of Grief: The Question of a Library at Antium», en *Classical Philology,* 107 (2), págs. 131-145.

18. Martínez, V.M., y Senseney, M.F. (2013), «The professional and his books: Special libraries in the ancient world», en *Ancient Libraries,* Cambridge University Press, págs. 401-417.

19. Harris, W.V. (1989), *Ancient Literacy,* Harvard University Press. La cita corresponde a la pág. 22.

20. Martínez, V.M., y Senseney, M.F. (2013), «The professional and his books: Special libraries in the ancient world», en *Ancient Libraries,* Cambridge University Press, págs. 401-417 (cita en pág. 406).

21. Horacio (2008), *Sátiras, Epístolas, Arte Poética,* Editorial Gredos. «Yo escribo odas, aquel otro elegías, trabajo admirable que las nueve musas han cincelado. Mira primero con qué ceremonia, con qué suficiencia pasamos revista a ese edificio que guarda un sitio para los vates romanos. Y luego, si no tienes nada que hacer, ven conmigo y escucha de lejos qué traen consigo y con qué se trenzan la corona el uno y el otro. Nos caen encima los golpes, y con otros tantos dejamos exhausto al rival, como dos samnitas en lento combate que dura hasta que se encienden las luces», pág. 327.

22. Ashby, T. (2015), *A Topographical Dictionary of Ancient Rome,* Cambridge University Press. La referencia explícita puede encontrarse en:

<https://n9.cl/ly19n>.

A ambos lados de la columna y adosados al muro noreste de la basílica se encontraban los dos edificios de la biblioteca, la bibliotheca Ulpia *(Hist. Aug. Aur.* 8, 24); también llamada bibliotheca templi Traiani (Gell. xi. 17; cf. CIL vi. 9446: atria Traiani; 7 Cass. Dio lxviii. 16: κατεσκεῦασε δὲ (Trajano) καὶ βιβλίων ἀποθήκας). Un edificio estaba destinado a los libros griegos y el otro a los latinos. En ambos había salas de lectura, y en las paredes se colocaban bustos de autores célebres (Sid. Apoll. ix. 16. 27). Aquí se guardaban los archivos estatales, como los edictos de los pretores y los *libri lintei,* o actas de los emperadores *(Hist. Aug. Aur.* I; Tac. 8; Numer. II). En una época posterior, y por alguna razón desconocida, los libros fueron trasladados a las termas de Diocleciano. Domaszewski (SHA 1916, 7 A, 9; 1918, 13 A, 49-52) considera que todas las afirmaciones del autor de la *Hist. Aug.* son puras invenciones, argumentando que el único nombre correcto para la biblioteca es bibliotheca Traiani, y que la bibliotheca Ulpia era una biblioteca en Nemausus (Nimes) de la que el autor era conservador.

23. Plinio el Viejo, *Historia Natural,Liber XXXV: «qui primus bibliothecam dicando ingenia hominum rem publicam fecit».*

24. Aunque los versos resulten algo arcanos, Ovidio se refiere a las bibliotecas en *Las tristes* como espacios en los que el conocimiento generado por unos pocos era trasladado al resto mediante las lecturas: «lo que con docto pecho entendieron varones antiguos y nuevos, se expone, porque en lecturas véase», pág. 45, Ovidio (1974), *Las tristes,* Universidad Nacional Autónoma de México.

25. Amro, A. (2012), «Power, rebirth and scandal: A decade of the Bibliotheca Alexandrina», en: <https://goo.su/wNKOD>.

Johannes Trithemius o las llaves del paraíso

1. Trithemius, J. (1507), *Nepiachus, id est, Libellus de studiis & Scriptsi propriis a pueritia repetitis,* en Johann Georg Eccard (ed.), *Corpus historicum mediiaevi,* Leipzig, 1723. El inicio de la autobiografía de Trithemius se encuentra en la pág. 937: <https://goo.su/LxUery>, columna 1826.

2. Regla de San Benito. Pueden encontrarse referencias respecto a la lectura en el refectorio en el capítulo 38 y respecto a la lectura en la celda en el capítulo 42.

3. Puede encontrarse esta referencia relacionada con la obediencia en el capítulo 5 de la *Regla.*

4. Trithemius, J. (1507), *Nepiachus,op. cit.,* columna 1827.

5. Ibíd., 1828.

6. Trithemius, J. (1601), *Opera historica,* Marquard Freher (ed.), 1966, 2 vols., Frankfurt am Main. Edición facsímil en: <https://goo.su/6An34T>. Pueden descargarse los dos volúmenes de sus obras históricas en: <https://goo.su/4Ut1DcZ> y <https://lc.cx/ukOx6g>.

7. Trithemius, J. (1601), *Opera historica,op. cit.* La cita se encuentra en las págs. 395-396.

8. Duraclusius on Trithemius: Traducción inglesa: <https://lc.cx/xKPp_9>.

9. Celtis, K. (1934), *Der Briefwechsel des Konrad Celtis,* Múnich, C.H. Beck, págs. 129-130.

10. Schneegans, W. (1882), *Abt Johannes Trithemius und Kloster Sponheim,* Reinhard Schmithals, pág. 81. <https://lc.cx/3159OH>.

11. Brann, N.L. (1981), *op. cit.,* págs. 25-26.

12. Trithemius, J. (1499), *Chron. Sponh.,* en Freher, M. (1966), *Opera historica,* vol. II, pág. 411.

13. Trithemius, J. (1505), «Carta al prior y a los monjes de Sponheim», Heidelberg, 10 de abril, en *Epist. Fam.* I, n.º 2, en Freher, M. (1966), *Opera histórica,* II, págs. 438-439.

14. Trithemius, J. (1507), *Nepiachus,op. cit.* El texto se encuentra en la columna 1829.

15. Brann, N.L. (1981), *op. cit.,* págs. 145-146.

16. Las líneas de encomio pueden rastrearse a través de toda su producción literaria: «Oh, bendito arte de la imprenta, que tanto tiempo ha de ser recordado como propio de nuestra época. Antes faltaba todo lo que ahora esparcís por el mundo. Ahora todos los hombres te adornan con las más altas alabanzas. Gracias a tu inventor, cada lengua brilla con sus rayos.

»Ahora que este maravilloso arte ha sido descubierto y tú has sido hecho nuestro guía, a partir de ahora está permitido a cualquier persona ordinaria *(parvo)* llegar a ser tan erudito como quiera. Y que estas palabras basten para describir el maravilloso y sutil arte de la imprenta, cuyos primeros inventores fueron ciudadanos de Maguncia. Pues allí vivían los tres inventores originales del arte de la imprenta, a saber, Johannes Gutenberg, Johannes Fust y Petrus Opilius, yerno de Fust, todos juntos habitando una casa llamada *zum Jungen,* que desde entonces hasta hoy se ha llamado imprenta». Trithemius, J. (1690) [1450], *Annales Hirsaugienses: Opus nunquam hactenus editum, & ab Eruditis semper desideratum: Complectens Historiam Franciae Et Germaniae, Gesta Imperatorum,*

Regum, Principium, Episcoporum, Abbatum, Et Illustrium Virorum. 2, Schlegel, pág. 422. Puede encontrarse una copia online en: <https://lc.cx/1ZrWVv>.

17. «Que ningún trabajo los aparte de la transcripción y que ningún placer los distraiga, pues será una mayor fuente de salvación renovar las obras de los santos transcribiéndolas, que enriquecer a los pobres con riquezas que se consumirán, y ellos para ustedes es imposible dada su vocación monástica», Trithemius, J. (2015) [1492], *Elogio de los amanuenses,* Universidad Nacional Autónoma de México, pág. 106.

18. Citado en Brann, N.L. (1981), *op. cit.,* págs. 142-143.

19. «Los textos hechos con la imprenta, estando en papel, se consumen por completo en poco tiempo. En cambio el copista, utilizando pergamino, propaga por largo tiempo su fama y la de aquello que transcribe. De este modo, el amanuense enriquece a la Iglesia, conserva la fe, destruye las herejías, repele los vicios, enseña las buenas costumbres y magnifica las virtudes», Trithemius, J. (2015) [1492], *Elogio de los amanuenses,* Universidad Nacional Autónoma de México, pág. 32.

20. Refiriéndose a los «copistas de otros tiempos», dice Trithemius: «Ellos no solo fabricaban sus ejemplares con una espléndida forma exterior, sino que también corregían en ellos todo tipo de error con gran precisión. Quisiera que imitáramos a estos, pues es algo digno y justo que la sagrada escritura, que ha emanado de la boca de Dios para nuestra propia edificación, sea transcrita de una forma no solo físicamente bella, sino además precisa», Trithemius, J. (2015), *op. cit.,* pág. 68.

21. «Efectivamente, sabemos cuánta atención pusieron los amanuenses de otros tiempos en que la belleza exterior de los códices reflejara la interior, y la sagrada escritura es, sin duda, una obra digna de todo tipo de adorno. No obstante, se debe tener precaución de que los adornos no sean exagerados y de no anteponer la belleza exterior a la exactitud del texto, pues donde se encuentra la virtud se debe evitar cualquier tipo de exceso», Trithemius, J. (2015), *op. cit.,* pág. 70.

22. «El amanuense que se distingue por su devoción es el heraldo de Dios, porque anuncia su voluntad tanto a las generaciones presentes como a las futuras, prometiendo a los hombres justos la vida eterna, a los que se arrepienten el perdón, a los negligentes una pena y un castigo a los que desprecian la fe. ¿Qué es más útil que este arte?, ¿qué es más recomendable que esta forma de piedad que ama Dios, honran los ángeles y veneran todos los habitantes del cielo? Es esta forma de piedad la que fabrica armas para los fieles en contra de los heréticos,

doblega a los soberbios, despoja a los demonios de su fuerza y da a los cristianos las normas para vivir bien. Además, es la que instruye a los ignorantes, da fuerzas a los pusilánimes, cuida a los devotos y la que abraza a los hombres serenos con su amor», Trithemius, J. (2015), *op. cit.,* págs. 32-33.

23. Trithemius, J. (2015) [1492], *Elogio de los amanuenses,* Universidad Nacional Autónoma de México.

24. Ibíd., pág. 60.

25. Ibíd., pág. 45.

Antonio Magliabechi o el reposo en el paraíso

1. Mannelli Goggioli, M. (2017), «Magliabechi, il bibliotecario», en *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi,* Edizioni della Normale, págs. 61-90 (cita en pág. 66).

2. Ibíd., pág. 61.

3. Marmi, A.F. (2017), *Vita di Antonio Magliabechi,* Edizioni della Normale, pág. 12. La obra original es de 1721.

4. Ibíd., pág. 12.

5. Ibíd., pág. 31.

6. Ibíd., pág. 14.

7. Ibíd., págs. 16-17.

8. Ibíd., pág. 13. Y abunda Marmi algo más adelante, en la página 36, sobre el protocolo de recepción cotidiana en su domicilio: «Como hemos dicho en otra parte, aparte de la noche que siempre pasaba leyendo libros, era tan gentil y oficioso en su trato, que daba grata entrada en su casa a hombres doctos, religiosos, nobles y nobles, y a toda clase de personas honradas que venían a visitarle o a consultarle sobre cualquier cosa relacionada con sus estudios; y aderezaba sus razonamientos con tal y tal erudición, salero y jocosidad, que dejaba a los que le oían con más deseos de oírle que nunca».

9. Romby, G.C. (2017), «Da "teatro d'istrioni" a "teatro di spaienza". L'architettura della pubblica Libreria Magliabechiana tra decoro e ornamento», págs. 429-444, en *Antonio Magliabechi nell'Europa dei saperi,* Edizioni della Normale, pág. 429.

10. «Las salas que V. A. Real, por su gran amabilidad, se ha dignado darme por el momento, son excelentes, pero mis libros no cabrán en ellas [...] por lo que es

necesario pensar en alguna otra sala donde ponerlos hasta que se construya la biblioteca.» Citado en Romby, G.C. (2017), *op. cit.,* págs. 429-430.

11. Tras comprobar la imposibilidad financiera de construir un nuevo edificio especialmente dedicado a la colección de Magliabechi, recurrieron a la renovación de alguna de las salas existentes en el Palacio Vecchio, identificando «cierta sala grande que ya había sido utilizada como teatro para histriones, que lleva muchos años vacía, para reducirla a teatro del saber, al que convendrá hacer previamente muchos arreglos importantes». Citado en Romby, G.C. (2017), *op. cit.,* pág. 430.

12. Origine e sviluppo della Biblioteca Magliabechiana: <https://lc.cx/OZTcO>.

13. Es cierto que este depósito legal no fue el primero históricamente documentado porque, en 1537, el rey Francisco I de Francia emitió un decreto que requería que una copia de cada libro impreso en el país se enviara a la Biblioteca Real. Este decreto marcó el comienzo del depósito legal como una práctica regularizada.

14. Citado en Romby, G.C. (2017), *op. cit.,* pág. 434.

15. La biblioteca «excelentemente construida y muy propia, por su magnificencia y grandeza, de un príncipe poderosísimo», como escribió el padre benedictino Jean Mabillon, o «la biblioteca, por tanto, como fuente de conocimiento y al mismo tiempo ejemplo de la cultura de la pompa y la grandeza de la casa», como describió Renato Pasta. Las referencias pueden encontrarse en Manelli Goggioli, M. (2017), *op. cit.,* pág. 19.

16. Marmi, A.F. (2017), *op. cit.,* pág. 36.

17. «Y esta manera de tratarse era la causa de que descuidase la cultura de su vestido y vistiese desaliñado y abyecto en exceso, de manera que no tenía criado alguno a su alrededor que le proveyese o cambiase según la necesidad y menester; y tanto más caía en este defecto de la costumbre que siempre había practicado de no estropearse nunca, para no perder tiempo, como solía decir, en estudiar tantos hermosos volúmenes, cuando nuestra vida era tan corta, no dejando de atribuir a su propia dejadez esta sórdida costumbre de vestirse a una misteriosa vanidad, y no más, como era verdad, a aquella distracción y descuido, que por necesidad practican los que se han dedicado al estudio, y viven en soledad sin criados», Marmi, A.F. (2017), *op. cit.,* pág. 14.

18. Marmi, A.F. (2017), *op. cit.,* pág. 33.

19. El Príncipe envió una carta el 1 de julio de 1708 diciéndole: «Signor Antonio gentilissimo. Los postes están terminados, por lo que, según la última vez que os vi, Antonio Morosini vendrá a veros hoy para saber a qué hora queréis que comencemos a transportar vuestros libros mañana por la mañana ya que las cajas

que se cerrarán con vuestras llaves y las varas para transportarlos con toda diligencia están en orden; y confirmando la estima que tengo por vuestra persona, por la que siempre estoy dispuesto a trabajar, os deseo todo bien». El texto de la carta se encuentra en Marmi, A.F. (2017), *op. cit.,* pág. 35.

20. Nomi, F. (2009), *Il catorcio di Anghiari,* Editrice Aretina, pág. 190.

Charles-Maurice Talleyrand o la creación del paraíso terrenal

1. Bulwer, H.L. (1868), *Esssai sur Talleyrand*, C. Reinwald Libraire-Éditeur, pág. 143 La obra puede encontrarse en: <https://lc.cx/HcepKq>.

2. Talleyrand-Périgord, C. (1791), *Rapport sur l'Instruction Publique, les 10, 11 et 19 Septembre 1791 fait au nom du Comité de Constitution à l'Assemblée Nationale,* L'Imprimerie Nationale, pág. 6. Puede consultarse la obra en: <https://lc.cx/oh9ckd>.

3. Tayllerand-Périgord, C. (1791), *op. cit.* La cita corresponde, en la versión electrónica, a la pág. 7.

4. Keith Barnett, G. (1973), «De la Révolution à la monarchie de Juillet», en *Histoire des bibliothèques publiques en France de la Révolution à 1939,* Éditions du Cercle de la Librairie, pág. 44.

5. Tayllerand-Périgord, C. (1791), *op. cit*. La cita corresponde, en la versión electrónica, a las págs. 115-116.

6. Algunos datos sobre la infancia de Talleyrand y la forja de su carácter pueden leerse en Bulwer, H.L. (1868), *Essai sur Talleyrand,* en C. Reinwald, Libraire-Éditeur. Puede obtenerse una copia en: <https://lc.cx/95tf3H>.

7. Talleyrand sirvió a Luis XVI, ajusticiado por la Revolución; participó en la Revolución francesa con convicción y entrega y no dejó de hacerlo con Napoleón Bonaparte, Luis XVIII y Luis-Felipe.

8. Bulwer, H.L. (1868), *op. cit.,* pág. 9.

9. No hay registros históricos precisos que ubiquen el origen de esta declaración y pudiera resultar una atribución legendaria más que real. En todo caso, se encuentra en diversos escritos que esbozan la relación entre ambos.

10. Condorcet, J.A. (1791), *op. cit.* Las citas pueden encontrarse en págs. 14-15.

11. Como curiosidad histórica válida para el debate contemporáneo sobre la figura de los bibliotecarios escolares, perfil apenas recogido en las sucesivas leyes educativas, el 9 de febrero de 1796 se estableció por ley la equiparación de

profesores y bibliotecarios, siguiéndose los mismos criterios de selección y las mismas remuneraciones.

12. Talleyrand, M. de. (1789), «Opinion de M. de Talleyrand, sur la question des biens ecclésiastiques», en *Archives Parlementaires,* 2 de noviembre: <https://lc.cx/wc5sqM>. Parte del texto dice: «La propiedad de la Iglesia es ilegítima. La Iglesia ha acumulado esta propiedad a través de la usura, la extorsión y la violencia. La Iglesia no está usando esta propiedad para el beneficio de la sociedad, sino para su propio beneficio. La expropiación de los bienes del clero es necesaria para financiar la Revolución francesa. La Revolución francesa es un proyecto costoso, y los fondos necesarios para financiarla deben provenir de algún lugar. La expropiación de los bienes del clero es necesaria para establecer una nueva sociedad más justa. La Iglesia es una institución corrupta y opresiva, y su expropiación ayudaría a crear una sociedad más igualitaria».

13. Tuet, J.C.F. (1790), *op. cit.,* págs. 7-8.

14. Ibíd., pág. 9.

15. Ibíd., págs. 9-10.

16. Varry, D. (1989), «"Il faut que les lumières arrivent par torrent". La Révolution française et la création des bibliothèques publiques: Projets et réalités», *Bulletin Bibliotheques France,*34(2-3), 2-6, pág. 4.

17. Ibíd., pág. 3.

18. Para conocer toda esa historia administrativa es indispensable consultar Barnett, G.K. (1987), *Histoire des bibliothèques publiques en France de la Révolution à 1939,* Éditions du Cercle de la Librairie.

19. Décret de la convention nationale relatif à l'établissement de bibliothèques publiques dans les districts. Disponible en: <https://lc.cx/qMF4hU>.

20. El texto de los cuatro primeros artículos puede encontrarse en: <https://lc.cx/MdzJm_>.

21. Lakanal, J. (1794), *Rapport de Lakanal, au nom du comité d'Instruction publique, sur l'organisation des écoles primaires, lors de la séance du 26 brumaire an III (16 novembre 1794),* Archives Parlementaires de 1787 à 1860 - Première série (1787-1799). Tome CI - Du 19 au 30 brumaire an III (9 au 20 novembre 1794). <https://lc.cx/xnQS8o>.

22. «Las calles de París apestan a basura y excrementos. Es imposible caminar por ellas sin sentir náuseas» (Jean-Paul Marat, escritor y político revolucionario).

23. «El olor a sangre y muerte es insoportable. No puedo dejar de pensar en las personas que han sido ejecutadas» (María Antonieta, reina de Francia).

24. «El olor a pan y pastelería es un alivio. Me recuerda que todavía hay cosas buenas en la vida» (Jacques-Louis David, pintor y revolucionario).

25. Talleyrand, C.M. (1891), *Mémoires du prince de Talleyrand. I. 1754-1808 / publ. avec une préf. et des notes, par le duc de Broglie,* Calman Lévy, Editeur, pág. 21.

26. Ibíd., págs. 33-34.

27. Ibíd., pág. 21.

William Lovett o el paraíso cartista de las salas de lectura

1. Todos los textos que siguen proceden del *Chamber's Edinburgh Journal*, 1832, pág. 88: <https://lc.cx/R9Evoo> (traducción del autor).

2. Mellby, J.A. (2007), «The Temple of the Muses», en *Graphic Arts*, Princeton: <https://lc.cx/c8iPnK>.

3. The National Archives, *What was Chartism? Political and social reform in 19th century Britain:* <https://lc.cx/kE2jL9>.

4. Lovett, W. (1920), *Life and Struggles of William Lovett in His Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom, with Some Short Account of the Different Associations He Belonged to and of the Opinions He Entertained*, Nueva York, A.A. Knopf, pág. 202: <https://lc.cx/ifD0Bb>.

5. Ibíd., pág. xix.

6. Ibíd., pág. 64.

7. La cita completa dice: «El único medio seguro de llegar a las masas es actuar agresivamente —llevar la librería a sus puertas y chimeneas— y dejarles que vean y manejen lo que sucede en el departamento de literatura especialmente dirigido a ellos. Pero ¿quién podría asumir el envío de agentes asalariados a las puertas de todos los trabajadores de Gran Bretaña, con la esperanza de venderles folletos de medio penique. Nos parece que solo hay dos medios por los cuales la cosa podría ser factible... Uno consistiría en que los libreros rurales alteraran en gran medida el estilo de sus operaciones. En lugar de poner un paquete de nuevos tratados o libros populares baratos en sus mostradores, y allí dejar que sucedan las cosas, podrían proceder ellos mismos, o enviar personas a su servicio, para llamar a todas las partes cercanas susceptibles de convertirse en compradores. Si se trabajara bien, ese sistema podría llevar la literatura a todos los barrios, y probablemente extendería inmensamente la venta de libros baratos y útiles; y

tendría la ventaja de ser llevado a cabo sin apenas gastos», *Chamber's Edinburgh Journal,* 1832, pág. 88.

8. Lovett, W. (1920), *op. cit.,* pág. 21.

9. Ibíd., pág. 22.

10. Ibíd., pág. 35.

11. Ibíd., pág. 61.

12. Ibíd., pág. 98.

13. Ibíd., pág. 8.

14. Ibíd., pág. 64.

15. Lovett, W., y Collins, J. (1969) [1840], *Chartism: A New Organization of the People,* Leicester University Press: <https://lc.cx/NVCxTj>.

16. Ibíd.

17. Elliot, R. (1861), «On working men's reading rooms, as established in 1848 at Carlisle», en *Transactions of the National Association for the Promotion of Social Science,* pág. 678.

18. Clair, W.S. (2007), *The Reading Nation in the Romantic Period,* Cambridge University Press, págs. 109-110.

19. Anónimo (1788), *Variety: A Collection of Essays: Written in the Year 1787*, T. Cadell, pág. 62.

20. Hubo un alud de escritos y declaraciones en aquella época histórica que intentaba contravenir la revuelta obrera: «la educación de las clases trabajadoras pobres... sería perjudicial para su moral y su felicidad, les enseñaría a despreciar su suerte en la vida, en lugar de... su rango en la sociedad los había destinado. En lugar de enseñarles la subordinación, los volvería facciosos y refractarios... les permitiría leer panfletos sediciosos, libros viciosos y publicaciones contra el cristianismo», sostenía en Spowage, K., y Toth, H.G. (2022), «Reading and ideology: the case of the free public libraries movement», en *Journal of Political Ideologies,* págs. 1-20 (cita en pág. 5).

21. Knight, C. (1845), «Introducción», en Carter, T., *Memoirs of a Working Man,* págs. i-xii (cita en págs. viii-ix).

22. Ibíd., pág. ix.

23. The House of Commons (1849), *Report from the Select Committee on Public Libraries: Together With The Proceedings Of The Committee Minutes Of Evidence And Appendix,* Ordered by The House of Commons, 23 de julio de 1849.

24. La entrevista a William Lovett se encuentra en las páginas 176-181.

25. Lovett, W. (1849), *op. cit.,* pág. 176.

26. Ibíd., pág. 179.

27. Ibíd., pág., 181.

28. Lovett, W. (1920), *Life and Struggles of William Lovett in His Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom, with Some Short Account of the Different Associations He Belonged to and of the Opinions He Entertained*, A.A. Knopf, pág. 45.

Andrew Carnegie o la recuperación del paraíso perdido

1. Carnegie, A. (1889ª), «The Best Fields for Philanthropy», *North American Review,* vol. 149, n.º 397, págs. 682-698 (cita en pág. 688).

2. Carnegie, A. (1889b), «Wealth», *The North American Review,* n.º CCCXCL, págs. 653-664. Un capítulo de su *Autobiografía*, el XIX, se titularía tiempo después de esa manera, «The Gospel of Wealth».

3. La cita se encuentra en el capítulo XIX, «The Gospel of Wealth», pág. 255, en Carnegie, A. (1920), *Autobiography of Andrew Carnegie,* Houghton Mifflin Company.

4. Carnegie, A. (1889b), *op. cit.,* pág. 653.

5. Carnegie, A. (1889ª), *op. cit.,* pág. 685.

6. Ibíd., pág. 683.

7. Ibíd., págs. 688-689.

8. Ibíd., pág. 689.

9. Carnegie, A. (1920), *op. cit.,* pág. 47.

10. Ibíd.

11. Ibíd., pág. 82.

12. La relación de las sesenta y siete bibliotecas Carnegie en Nueva York se encuentra en: <https://lc.cx/p17bFd>.

13. Carnegie, A. (1920), *op. cit.,* pág. 259.

14. Ibíd., pág. 31.

15. Ibíd., pág. 259.

16. Debs, E.V. (1890), «Andrew Carnegie on "Best Fields for Philanthropy"», *Locomotive Firemen's Magazine*, vol. 14, n.º 2, págs. 104-106.

17. Ibíd., pág. 105.

18. Klein, C. (2019), «Andrew Carnegie Claimed to Support Unions, But Then Destroyed Them in His Steel Empire», en *History:* <https://surl.li/cbgydm>.

19. Pueden encontrarse ejemplos de esas cartas en «Carnegie Mellon University – Andrew Carnegie Online Archives»: <https://n9.cl/bnv8g>.

20. Bertram, J. (1911), *Notes on the Erection of Library Buildings*, Carnegie Corporation of New York Records, pág. 1. Accesible digitalmente en: <https://lc.cx/pm-s6m>.

21. Ibíd.

22. Carnegie, A. (1909), «Letter from Andrew Carnegie to Charles A. Bookwalter, Mayor of Indianapolis», en Indianapolis Public Library – The Indianapolis Public Library Digital Collections, accessible en: <https://surl.li/kegqug>.

23. Gregorian, V. (2019), «Can Libraries Save America?», en Carnegie Corporation of New York.

24. «Andrew Carnegie, steel magnate, dies», *The Rock Island Argus*, 11 de agosto de 1919, pág. 1.

25. «The fruits of a fortune», *Evening Star,* 11 de noviembre de 1935.

La expulsión del paraíso

1. Condorcet, Jean-Antoine-Nicolas (1791), *Cinq mémoires sur la instruction publique. Les classiques des sciences sociales.* Disponible en: <https://lc.cx/zYBXs1>, pág. 14.

Paraíso para unos pocos

1. En el original del Génesis traducido por Casiodoro de la Reina se ofrecen dos versiones posibles de esta frase: «árbol de la codicia para entender» y «árbol para dar entendimiento y sabiduría», porque equiparaba el apetito por el conocimiento con una inclinación concupiscente por saber. Las citas pueden encontrarse en pág. 33. De la Reina, C. (2001), *La Biblia del Oso. Libros históricos (I). Según la traducción de Casiodoro de la Reina publicada en Basilea en el año 1569*, Alfaguara.

2. El único estudio que ha tratado de tomarse en serio a los no lectores, a los no-usuarios de las bibliotecas públicas, es el de Ferran, N., Fernández-Adevo, M., Nieto Arroyo, J., y Fenoll Clara, C. (2018), «Marc, Maria y David: El diseño de experiencia de usuario (UX) aplicado a la biblioteca pública», en *BiD: textos universitaris de biblioteconomia i documentació,* n.º 40, 9 págs. <https://lc.cx/WwKTwO>. También, como estudios previos relacionados con este último artículo, Ferran, N., Fernández-Adevo, M., Nieto Arroyo, J., y Fenoll Clara, C.

(2016), «Estudi de persones no-usuàries de biblioteca pública», Generalitat de Catalunya, Departament de Cultura, 22 págs. <https://lc.cx/0toKMl>. Ambos estudios aciertan en pensar el tema de los no lectores como un asunto de capital importancia, pero se conforman con creer que todo se limita a una cuestión de diseño de la experiencia de usuario (UX), que basta con imaginar unos cuantos usuarios-arquetipo o personas (siempre insuficientes, siempre mal caracterizados) para reflexionar sobre el tipo de servicios que sería necesario concebir e implementar para satisfacer sus expectativas, pero el problema es que muchos de ellos carecen de expectativas o de intereses vinculados a cualquier manifestación cultural, bien porque en su entorno familiar no tuvieron la posibilidad de habituarse al contacto con ciertas prácticas culturales, bien porque en el entorno escolar no recibieron más que el descrédito y el desprestigio de una institución que solamente tiene en cuenta a los que ya poseen un capital cultural y escolar suficiente para valorar los productos que allí se exponen. No basta con aumentar el número de infraestructuras ni, menos aún, con rediseñarlas, porque el problema fundamental proviene de carencias familiares y escolares que no resultan subsanables con intervenciones ornamentales. En todo caso, en este capítulo me baso en los datos y entrevistas que se manejan en esos dos estudios con la intención de profundizar en las razones que convierten a unos y otras en no-lectoras de por vida, en no-usuarios permanentes de las bibliotecas públicas.

3. El Ministerio de Educación, la OCDE y la Comisión Europea presentan 44 propuestas para un Plan de Acción contra el abandono escolar temprano, Ministerio de Educación, Formación profesional y Deportes, 13 de junio de 2023: <https://lc.cx/4sMjW8>.

4. Todos estos comentarios pueden encontrarse en Travancas, I. (2014), «Juventud y lectura: una investigación sobre adolescentes en Barcelona», *GRAFO Working Papers*, n.º 3/5, págs. 47-73. Las declaraciones pueden encontrarse en la pág. 66.

5. Bourdieu, P., y Darbel, A. (2003), *El amor al arte: Los museos europeos y su público,* Paidós, pág. 104.

6. Vuelvo a utilizar los nombres ficticios que dieron a las personas-arquetipo los autores del artículo «Marc, Maria y David: El diseño de experiencia de usuario (UX) aplicado a la biblioteca pública», *op. cit*.

7. Ferran, N., Fernández-Adevo, M., Nieto Arroyo, J., y Fenoll Clara, C. (2018), *op. cit.,* págs. 4-5.

8. Aliagas, C. (2011), *El desinterès lector adolescent. Estudi de cas de les pràctiques i identitats lletrades d'una colla d'amics des de la perspectiva dels Nous Estudis de Literacitat,* Tesis doctoral, pág. 305: <https://lc.cx/gD2HxR>.

9. Aliagas, C., Castellà, J.M., y Cassany, D. (2009), «"Aunque lea poco, yo sé que soy listo". Estudio de caso sobre un adolescente que no lee literatura», *Ocnos*, n.º 5, págs. 97-112 (cita en pág. 103).

10. Aliagas, C., Castellà, J.M., y Cassany, D. (2009), *op. cit.,* pág. 107.

11. Arts Council England (2014), *The Value of Arts and Culture to People and Society. An Evidence Review.* Las citas pueden encontrarse en la pág. 8.

12. Ferran, N., Fernández-Adevo, M., Nieto Arroyo, J., y Fenoll Clara, C. (2018), *op. cit.,* pág. 5.

13. Share of population that went to the library in Spain in 2019, by educational attainment: <https://lc.cx/pe2LoW>.

14. Share of population that did not go to the library in Spain in 2019, by reason: <https://lc.cx/vt49_l>.

15. Ibíd.

16. Evans, M.D.R., Kelley, J., Sikora, J., y Treiman, D.J. (2010), «Family scholarly culture and educational success: Books and schooling in 27 nations», *Research in Social Stratification and Mobility*, vol. 28, n.º 2, págs. 171-197: <https://lc.cx/mTsQNd>.

17. Los autores del estudio sostienen, erróneamente, que bastaría con acopiar libros «independientemente de la educación, la ocupación y la clase social de sus padres» para que sucediera el milagro del florecimiento escolar y social olvidando que nadie adquiere ni amontona libros sin una predisposición a hacerlo y que esa inclinación no es natural, sino fruto de una tarea de inculcación sistemática en el entorno familiar y escolar.

18. Park, H. (2008), «Home literacy environments and children's reading performance: a comparative study of 25 countries», en *Educational Research and Evaluation,* 14 (6), págs. 489-505.

Reformas en el paraíso

1. Rodríguez, J. (2021), *La furia de la lectura. Por qué seguir leyendo en el siglo xxi,* Tusquets, y Rodríguez, J. (2023), *Lectocracia. Una utopía cívica*, Gedisa.

2. «La Escuela es, en efecto, la institución que, a través de sus veredictos formalmente irreprochables, transforma las desigualdades socialmente

condicionadas frente a la cultura en desigualdades de éxito, interpretadas como desigualdades de dotes que son también desigualdades de mérito», pág. 175, en Bourdieu, P., y Darbel, A. (2003), *El amor al arte: Los museos europeos y su público*, Paidós.

3. Steiner creía que las bibliotecas eran instituciones vitales para preservar y transmitir el legado cultural de las civilizaciones a través del tiempo. Las consideraba espacios sagrados donde los individuos podían comprometerse con la sabiduría acumulada de la humanidad y enfrentarse a las cuestiones fundamentales de la existencia. Para Steiner, las bibliotecas eran lugares de refugio intelectual y exploración, donde uno podía embarcarse en un viaje de autodescubrimiento a través de encuentros con la literatura, la filosofía, la historia y la ciencia.

4. Bourdieu, P., y Darbel, A. (2003), *El amor al arte: Los museos europeos y su público*, Paidós, pág. 161.

5. Tiana, A. (2021), *Las misiones pedagógicas: Educación popular en la Segunda República*, Catarata.

6. IFLA & Unesco (2021), *IFLA School Library Manifesto*, 4 págs.: <https://lc.cx/rVrXiA>.

7. IFLA & Unesco (1998), *School library manifesto*, 7 págs.: <https://lc.cx/S34wYJ>. Las referencias se encuentran en la pág. 5.

8. Y cabe arbitrar otras muchas medidas lúdicas, complementarias, instrumentales: distribuir bibliotecarios móviles por todo el espacio de la biblioteca con la intención de anticiparse a las necesidades de los usuarios, de acompañarles en sus búsquedas e indagaciones, de hacer menos lesiva y paralizante su posible ignorancia; convertir cada libro en un dispositivo de navegación que, al abrirlo, teja una red de posibles relaciones con otras decenas de libros, basándose tanto en las afinidades temáticas como en los patrones previos de uso del lector interesado, aminorando, de esa manera, la sensación de desconcierto y desorientación que atenaza a quien, sin conocimientos previos, tiene que enfrentarse a la sobreabundante oferta de una biblioteca; ludificar la experiencia de búsqueda bibliográfica, como si se tratase de un juego o una aventura, utilizando para ello redes de sensores y etiquetas de radiofrecuencia de manera que los usuarios o los equipos escolares implicados deban resolver una misión que consista en encontrar e identificar una serie de títulos relacionados, cometido a cuyo fin recibirán el premio que la biblioteca haya estipulado; convertir cada libro en portador de mensajes que los lectores envían unos a otros, en objetos que hablan de sí mismos a través de las palabras y las sensaciones que produjeron en

otros leedores, habilitando para eso una lámina en su interior que pueda utilizarse para tal fin, todo con la intención de que el discurso que llegue al lector no sea el académico o el erudito sino el personal y más cercano; convertir cada rincón y dotación de los parques públicos (sus quioscos, cobertizos, edificios de servicios) en un archipiélago de bibliotecas especializadas (historia del paisaje, botánica, diseño de jardines, historia local), de manera que una edificación como la de un invernadero pueda albergar tanto un herbario como una biblioteca, al encuentro con los lectores allí donde pudieran encontrarse.

9. Patte, G. (2000), *Déjenlos leer. Los niños y las bibliotecas,* Fondo de Cultura Económica, pág. 248.

10. Ibíd., pág. 153.

11. Ibíd., pág. 252.

12. Ibíd., pág. 253.

13. Ibíd., pág. 183.

14. Estas propuestas pueden encontrarse en Schnapp, J.T., y Battles, M. (2014), *The Library Beyond the Book,* Harvard University Press. Respectivamente en las págs. 61, 95 y 105.

15. «Alfabetizar: Enseñar a alguien a leer y a escribir»: <https://lc.cx/BcZTRq>.

16. Unesco-IFLA (2022), *IFLA-Unesco Public Library Manifesto 2022*, pág. 2.

17. Ylivuori, S., y Ojaranta, A. (2023), «Librarians' and teachers' conceptions of multiliteracies in the context of Finnish curriculum reform», *Information Research: an international electronic journal*, vol. 28, n.º 4, págs. 43-61: <https://lc.cx/iqMAX_>.

18. VV.AA. (2022), *Pensar la biblioteca del siglo xxi. Estrategias, sabores y experiencias iberoamericanas*, Alcaldía de Medellín & Biblioteca Nacional de Colombia, 62 págs.: <https://lc.cx/rC4C6N>. La cita puede encontrarse en la pág. 82.

19. Connected Learning Alliance: <https://clalliance.org/>.

20. Freire, P. (1984ª), «Alfabetización de adultos y bibliotecas populares: una introducción», en *La importancia de leer y el proceso de liberación*, Siglo XXI Editores, págs. 108-124 (cita en pág. 108).

21. Ibíd., pág. 121.

22. Martin, C. (2016), «Libraries as Hubs for 21st-Century Learning», *Education Week,* 23 de septiembre: <https://lc.cx/2ra820>.

23. Estas propuestas pueden encontrarse en Schnapp, J.T., y Battles, M. (2014), *The Library Beyond the Book,* Harvard University Press. Respectivamente en las págs. 31, 37, 97, 63 y 125.

24. Medialab Prado Madrid (2017), *Makerspaces en bibliotecas públicas: Las bibliotecas públicas como lugares de producción de conocimiento y comunidad:* <https://lc.cx/KN9SU4>.

25. Jenkins, H., *et al.* (2009), *Confronting the Challenges of Participatory Culture: Media Education for the 21st Century*, The MIT Press: <https://lc.cx/h5cg-m>.

26. Pierce, D. (2021), «New Library Design: Spaces That Connect, Cultivate, and Transform Communities», *Library Journal:* <https://lc.cx/xUj7ZK>.

27. Ibíd.

28. Group 4 Architecture (2020), «Future of Library Spaces», *Library Forward:* <https://lc.cx/PBM_nt>.

29. Arranz, J.J. (2007), *Public libraries, spaces for social cohesion. Proximity and inclusion in the public libraries of Barcelona,* en World Library and Information Congress: 73rd IFLA General Conference and Council: <https://lc.cx/AqPgFV>.

30. Esta propuesta puede encontrarse en Schnapp, J.T., y Battles, M. (2014), *The Library Beyond the Book,* Harvard University Press. La idea de *Neogymnasia* está en la pág. 89.

31. Digital education action plan 2021-2027. Resetting education and training for the digital age: <https://lc.cx/SvgiXv>.

32. Actualización del Marco Europeo de Competencias Digitales con miras a incluir la inteligencia artificial y las capacidades relacionadas con los datos: <https://lc.cx/USMmSz>.

33. En la red puede encontrarse la imagen de los cuatro jinetes tradicionales —la guerra, el hambre, la enfermedad y la muerte— que preguntan al jinete de la desinformación quién es: <https://lc.cx/80r5s2>.

34. Recomendación del Consejo sobre la mejora de la provisión de capacidades y competencias digitales en la educación y la formación: <https://lc.cx/te0tPG>.

35. Freire, J., y Abad. D. (2020), «Laboratorios de innovación ciudadana: emergencia, modelo, formatos», en *ResearchGate:* <https://lc.cx/phie5n>.

36. Pascale, P., y Resina, J. (2020), «Prototipando las instituciones del futuro: el caso de los laboratorios de ciencia ciudadana (Labic)», *Iberoamerican Journal of Development Studies*, vol. 9, n.º 1, págs. 6-27 (cita en pág. 23).

La reconquista del paraíso

1. Condorcet, N. (1791), *op. cit.,* pág. 15.
2. Ibíd., pág. 96.
3. Shannon, M.M., y Bass, W. (2019), *Leading from the Library: Help Your School Community Thrive in the Digital Age,* International Society for Technology in Education.
4. Srnicek, N. (2018), *Capitalismo de plataformas,* Caja Negra.
5. Anderson, C. (2006), *The Long Tail: Why the Future of Business Is Selling Less of More,* Hachette Reino Unido.
6. *Ecos de Soto:* <https://ecosdesoto.es/>. También publicación en papel.
7. Ecos de Soto (2024), «¿Y ahora qué? Es la pregunta que se hace todo interno, cuando piensa en la semilibertad», *Ecos de Soto*, n.º 5 (marzo-junio), págs. 19-27. Disponible en: <https://ecosdesoto.es/y-ahora-que/>, pág. 24.
8. Freire, P. (1984), «Alfabetización de adultos y bibliotecas populares: una introducción», en *La importancia de leer y el proceso de liberación*, Siglo XXI Editores, págs. 180-124 (cita en págs. 118-119).

El paraíso empieza en la escuela

1. Subden, E. (2018), «Letters of frustration and hope from Syrian refugee children now in Europe», en *UNICEF for every child*.
2. Jalbout, M. (2020), «Finding solutions to Greece's refugee education crisis», A Theirworld Report.
3. El relato del colegio del Pireo está inspirado en el trabajo de Boix-Mansilla, V., Salmon, A.K., y Melliou, K. (2023), «Collective Stories of Voice and Influence: Weaving Together Stories and Cultures for a World on the Move», en *Journal of Research in Childhood Education,* vol. 37, n.º 3, págs. 423-441.
4. Naciones Unidas (2024), Refugiados: <https://lc.cx/E0vVul>.
5. Attali, J. (2011), *El hombre nómada,* Luna Libros, pág. 11.
6. Breithaupt, F. (2023), *El cerebro narrativo: Lo que nuestras neuronas cuentan*, Sexto Piso, pág. 65.
7. La secuencia de hechos, sentimientos, necesidades y acciones puede encontrarse en el libro de Rosenberg, M.B. (2015), *Nonviolent Communication: A Language of Life. Life-Changing Tools for Healthy Relationships,* PuddleDancer Press.

8. Lucena Rodríguez, C., *et al.* (2021), «Digital Storytelling in Education: A Systematic Review of the Literature», *Review of European Studies,* vol. 13, págs. 13-25 (cita en pág. 15).

9. Pueden consultarse diversas sugerencias, en Lewis-Dagnell, S., *et al.* (2023), «Creative methods developed to facilitate the voices of children and young people with complex needs about their education: A systematic review and conceptual analysis of voice», *Educational Research Review*, vol. 39, págs. 1-17.

10. Subden, E. (2018), «Letters of frustration and hope from Syrian refugee children now in Europe», en *UNICEF for every child*.

11. Rutina de pensamiento, Harvard Graduate School of Education. ProjectZero: <https://lc.cx/0q-8MI>.

12. Díaz, J. (2018), *Islandborn*, Dial Books. La edición en español es del mismo año y editorial y su título es *Lola*.

13. Boix-Mansilla, V., y Suárez-Orozco, C. (2022), «Moving Stories at the Heart of Family Life», en Harvard Graduate School of Education.

14. «Con todo, ya sea en situaciones de conflicto o en las de familiarización con una nueva actividad o experiencia, el rol relacional parece ser un factor clave en la definición de mediador, cuya tarea, en palabras de Cardinet, "lleva siempre hacia dos puntos: vincular y dar sentido"», en Munita, F. (2022), *Yo, mediador (a). Mediación y formación de lectores*, Octaedro, págs. 52-53.

15. Munita, F. (2022), *op. cit.* La cita se encuentra en la pág. 56.

16. Humanity in Action (2013), «Human Library with Refugees and Immigrants»: <https://lc.cx/bB7p0x>.

17. La historia de la experiencia puede encontrarse de manera ampliada en Boix-Mansilla, V., y Rivard, M. (2014), «The Many Stories Library Project: Sharing Untold Stories of Who We Are», en Harvard Graduate School of Education: <https://lc.cx/XaCmCu>.

18. VV.AA. (2019), *The Book of Dreams,* European Commission, Directorate-General for Neighbourhood and Enlargement Negotiations.

19. Ibíd., pág. 12.

Paraísos virtuales

1. Human Development Library: <https://lc.cx/xcrnQx> y <https://lc.cx/RcZWGh>.

2. Cooperative shares ideas & support: <https://lc.cx/c5LHRb>.

3. Witten, I., *et al.* (2002), «The Promise of Digital Libraries in Developing Countries», *The Electronic Library,* vol. 20, n.º 1, págs. 7-13 (cita en pág. 9): <https://n9.cl/2l4yt

4. Ranganathan, S.R. (1931), *The Five Laws of Library Science*, The Madras Library Association.

5. Ibíd., pág. 141.

6. Ibíd., pág. 248.

7. Los diálogos adquieren este tono, en líneas generales: *«Primera ley:* no quiero puertas, cerraduras ni llaves para los estantes de libros. Usted puede ahorrarse el costo de todos ellos. *Regla del menor coste:* En cierto modo, estoy satisfecho, pero ¿qué pasa con las ratas y las ardillas? Y de nuevo, usted dice que todo tipo de gente accederá a los pasillos. ¿Qué les impedirá pasar los libros por las ventanas?», ibíd., pág. 28.

8. Unesco (2014), *Reading in the mobile era: A study of mobile reading in developing countries,* Unesco: <https://n9.cl/fy524>, pág. 15.

9. Ibíd., pág. 18.

10. Illich, I. (2006), «La alternativa a la escolarización», en *Obras reunidas. I,* Fondo de Cultura Económica, págs. 125-146 (cita en pág. 126).

11. Perry Barlow, J. (2001), «A declaration of the independence of cyberspace», en *Crypto Anarchy, Cyberstates, and Pirate Utopias*, MIT Press, págs. 27-30. Puede encontrarse traducción en español de la declaración en: <https://lc.cx/Rgvp4H>.

12. Se pueden encontrar más datos sobre la historia del desarrollo del software Greenstone en Witten, I.H., y Bainbridge, D. (2007), A brief history of the Greenstone Digital Library Software, en: <https://lc.cx/AkKsw0>.

13. Digital Library Group, The University of Waikato: <https://n9.cl/09obh>.

14. Movimiento del software libre: <https://lc.cx/J4v352>.

15. Greenstone Language Support: <https://n9.cl/0j2ww>.

16. Greenstone Digital Software: <https://lc.cx/hSA4PP>.

17. Witten, I.H., Bainbridge, D., y Boddie, S.J. (2001), «Power to the people: End-user building of digital library collections», en *Proceedings of the 1st ACM/IEEE-CS joint conference on Digital libraries:* <https://n9.cl/6fd1u>.

18. En Karrie, J. (2001), «Utopia Redux», *Crypto anarchy, cyberstates, and pirate utopias*, The MIT Press, págs. 349-352 (cita en pág. 350).

19. Jacbos, K. (2001), *op. cit.*

20. Me refiero a *softwares* de gestión de bibliotecas tan conocidos como los desarrollados por ExLibris: <https://lc.cx/YVBgoJ>.

21. Ecosia Chat: <https://lc.cx/0Sjxzr>.

22. Mindstudio: <https://youai.ai/>.

23. Research Rabbit: <https://www.researchrabbitapp.com/>.

24. Collier, M. (2017), «After the Digital Library Decade: Where are the Next Frontiers for Library Innovation?», en *Digital Libraries: Policy, Planning and Practice*, Routledge, págs. 229-237.

25. Rodríguez López, J. (2000), «La locomotora digital. Lo que las revistas científicas pueden hacer por el futuro de la edición», en jamillan.com: <https://lc.cx/vItYZ9>.

26. Uno de los últimos proyectos es el de CRAFT-OA: <https://www.craft-oa.eu/>, cuyo propósito es el siguiente: «El panorama de la publicación de revistas de acceso abierto en Europa es muy diverso. Sin embargo, a menudo dispersos entre varias organizaciones e instituciones, muchos de estos servicios de publicación luchan por alcanzar los niveles necesarios de profesionalización y madurez requeridos en el estado del arte de la publicación en Acceso Abierto. CRAFT-OA (Creating a Robust Accessible Federated Technology for Open Access) pretende cambiar esta situación. El objetivo del proyecto es hacer más resistente el panorama del acceso abierto centralizando la experiencia, la colaboración y una capa conjunta de visibilidad e indexación. Obtenga más información sobre el proyecto y sus objetivos, y forme parte de nuestra comunidad». La Unión Europea también lanzó la iniciativa *Open Research Europe:* <https://lc.cx/VnxiLu>, que es un lugar de publicación de acceso abierto para investigadores de todas las disciplinas financiados por la Comisión Europea, sin tasas de autor.

27. Recolecta: <https://recolecta.fecyt.es/>.

28. La más importante de las cuales sea seguramente la *European Open Science Cloud:* <https://eosc-portal.eu/>.

29. Principios FAIR: buenas prácticas para la gestión y administración de datos científicos: <https://lc.cx/85mSh5>.

30. The Declaration on Research Assessment DORA: <https://sfdora.org/>. Paris Call on research assessment: <https://osec2022.eu/paris-call/>, European Commission (2021), *Towards a reform of the research assessment system:* <https://n9.cl/4sii1>.

31. Europeana: <https://www.europeana.eu/es>.

32. arXiv: <https://lc.cx/JV3Uk3>.

33. La Unión Europea avanza en un modelo de evaluación distinto al tradicional: Directorate-General for Research and Innovation (European Commission) (2021), *Towards a reform of the research assessment system: scoping report:* <https://lc.cx/IwnUhk>.

34. Max Planck Society (2003), Berlin declaration on Open Access to knowledge in the science and humanities: <https://lc.cx/FupPgV>.

35. Es conveniente recordar que Ranganathan habla ya del *open access* vs. *Closed systems* en los capítulos 5 y 6 de sus *Cinco leyes de la biblioteconomía.*

36. Benkler, Y. (2015), *La riqueza de las redes. Cómo la producción social transforma los mercados y la libertad*, Icaria Editorial, pág. 43.

37. Orientation: the world of digital libraries. Supporting human development: <https://lc.cx/B3VzHc>.

38. arXiv usage statistics: <https://lc.cx/XBB6xD>.

Bibliomaker o la fábrica del paraíso

1. Lankes, D. (2021), *Ampliemos expectativas. Exijamos mejores bibliotecas para lidiar con la complejidad del mundo actual*, Biblioteca Nacional del Perú. La cita se encuentra en la pág. 71.

2. Lessig, L. (2007), «Laws that choke creativity», en *TED Talks:* <https://n9.cl/auv02>.

3. Para una explicación extensa de los valores de la cultura de la colaboración debe consultarse Jenkins, H., *et al.* (2009), *Confronting the Challenges of Participatory Culture: Media Education for the 21st Century*, The MIT Press.

4. Palfrey, J. (2015), «Hacking libraries», *Publishers Weekly*, 12 de junio.

5. La cita se encuentra en *Bib.li.o.tech,* MIT, primavera de 2017, vol. 29, n.º 1, pág. 1.

6. Estratificación socioeconómica de la Ciudad de Bogotá: <https://n9.cl/kt9rw>.

7. Alcaldía Mayor de Bogotá (2023), *Estudio de la relación entre la estratificación socioeconómica, el bienestar de los hogares bogotanos y el ordenamiento del territorio,* Alcaldía Mayor de Bogotá. Los datos pueden encontrarse en las págs. 72-73.

8. Ibíd., pág. 74.

9. Sala LabCo: un espacio para la creatividad: <https://lc.cx/ruzJtE>.

10. LabCo-Crea: ciencia, arte y tecnología para el cuidado de la vida: <https://n9.cl/ijb6s>.
11. FabLabs: <https://www.fablabs.io/>.
12. De Boer, J. (2015), «Setting up a Frisian Library FabLab: a personal story», en *Medium:* <https://lc.cx/JAR5zd>.
13. «Reis Frysklab zit erop», en *Fers:* <https://lc.cx/zdKfyj/>.

El paraíso entre barrotes

1. Prison Studies Project (2018), *Why Prison Education?* Cambridge, MA, Charles Warren Center for Studies in American History. Disponible en: <https://n9.cl/lo66i>.
2. Ibíd.
3. Prison Studies Project (2018), *Language*. Disponible en: <https://n9.cl/ab7w3>.
4. Estos datos pueden contrastarse en *Literacy Mid-South* (2024), «The Relationship Between Incarceration and Low Literacy». Disponible en: <https://n9.cl/sjgrk>.
5. Moss, S. (2017), «Half of Britain's prisoners are functionally illiterate. Can fellow inmates change that?», *The Guardian*, 15 de junio.
6. Llorente, A. (2021), «¿Por qué los libros huelen tan bien? La respuesta de la ciencia», *BBC News Mundo*. Disponible en: <https://lc.cx/M-c6ev>.
7. Malcolm X (1964), *The Autobiography of Malcolm X. As Told to Alex Haley,* Ballantine Books Trade Paperback. Disponible en: <https://n9.cl/bheld8>, pág. 185.
8. «Me dijo que debía aprovechar los cursos por correspondencia de la cárcel y la biblioteca», en ibíd., pág. 168.
9. «Entre lo que escribí en mi libreta, y escribir cartas, durante el resto de mi estancia en prisión supongo que escribí un millón de palabras», en ibíd., pág. 186.
10. Ibíd., pág. 187.
11. Assumção, J. (2000), *Máquina de destruir leitores,* Editora Sulina, pág. 20.
12. Red Nacional de Bibliotecas Comunitárias de Brasil: <https://rnbc.org.br/>.
13. Assumção, J. (2000), *op. cit.,* pág. 20.
14. Ibíd., pág. 32.
15. Mitra, S. (2021), *The Hole In The Wall: Beginnings of a new education*, autoeditado.

16. Illich, I. (2006), «La alternativa a la escolarización», en *Obras reunidas I,* Fondo de Cultura Económica, págs. 125-146.

17. Illich, I. (2006), «La convivencialidad», en *Obras reunidas I,* Fondo de Cultura Económica, págs. 369-532 (cita en pág. 437).

18. Jéferson dos Santos Assumção es director de Libro, Lectura, Literatura y Bibliotecas del Ministerio de Cultura del Gobierno brasileño: <https://lc.cx/IRoiBC>.

19. Orientação técnica dmf/cnj n.º 1 de 04 de julho de 2022 sobre remição de pena pelas práticas sociais educativas.

20. Joyce Rubin. R. (1978), *Bibliotherapy Sourcebook*, Oryx Press, pág. XI.

21. Garner, J., y Krolak, L. (2023), *IFLA Guidelines for Library Services to Prisoners*, IFLA, pág. 5.

22. Malcolm X (1964), *op. cit.,* pág. 187.

23. Giacchino De Ribet, M.I., y Sai, L. (2011), «Spaces for becoming: Prison education in Argentina», *Lifelong Learning in Europe,* vol. 16, n.º 4, págs. 239-242.

24. La voz del presente activo infinitivo es *legõ,* algo que, de acuerdo con el *Nuevo diccionario latino-español etimológico* de Raimundo de Miguel, publicado en el año 1867, podía significar, entre otras cosas, coger, escoger, recoger, apropiarse, tomar, entresacar, examinar, considerar, leer, escuchar atentamente la conversación de alguno, costear con las naves, levar anclas y hacerse a la vela. En la voz latina predomina el sentido de selección, de escogimiento del rumbo que tomar, de apropiación creativa, de determinación de las opciones que elegir o descartar. Seguir la derrota de un texto, reflexionar sobre su sentido, formarse una opinión cabal, atreverse a surcar en solitario un mar de dudas con el solo gobierno de las palabras.

25. Malcolm X (1964), *op. cit.,* pág. 187.

26. Ibíd., pág. 172.

27. Garner, J. (2017), *Experiencing the Use of Australian Prison Libraries: A Phenomenological Study,* School of Business IT and Logistics, College of Business, RMIT University.

28. Moss, S. (2017), «Half of Britain's prisoners are functionally illiterate. Can fellow inmates change that?», *The Guardian*, 15 de junio.

29. Malcolm X (1964), *op. cit.,* pág. 368.

Acariciando un fragmento de Paraíso

1. Estos y otros datos pueden encontrarse en Alcaldía Mayor de Bogotá (2017), *Monografía de la localidad de Ciudad Bolívar 2017*. Disponible en: <https://n9.cl/1v7rl9>.

2. Museo de la Ciudad autoconstruida: <https://n9.cl/5mcul>.

3. De acuerdo con el Diccionario de americanismos, «Berraquera» significa: Energía y entusiasmo para realizar una acción. Disponible en: <https://lc.cx/gbIomN>.

4. VV.AA. (2020), *Sí hay casa pa tanta gente. Reflexiones colectivas desde y sobre el Museo de la ciudad autoconstruida,Ciudad Bolívar,* Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. Disponible en: <https://n9.cl/00d1p>, pág. 18.

5. VV.AA. (2022), *Pensar la biblioteca del siglo xxi. Estrategias, sabores y experiencias iberoamericanas,* Alcaldía de Medellín & Biblioteca Nacional de Colombia. Disponible en: <https://n9.cl/jg88a>, pág. 20.

6. Marca de Agua: <https://n9.cl/vov2y>.

7. Para una historia del CIDOC de Cuernavaca puede consultarse Von Hentig, H. (1972), *Cuernavaca oder: alternativen zur Schule?,* Klett / Kösel.

8. LEO Bogotá: <https://lc.cx/OejTo3>.

9. Nueva política pública de lectura, escritura y oralidad. Conversaciones sobre el derecho a la palabra: <https://n9.cl/jg5pr>.

10. La última estación del TransMiCable se llama así: «Paraíso»

Paraíso
o de la felicidad en las bibliotecas
Joaquín Rodríguez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Ilustración de la cubierta: © New Africa Studio
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Joaquín Rodríguez, 2025

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2025

ISBN: 978-84-1107-612-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta